

EL ALFABETO DEL CRIMEN

p
de peligro

SUE GRAFTON

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Nadie puede explicarse por qué Down Purcell, un reputado especialista en medicina geriátrica de Santa Teresa (California), lleva desaparecido desde hace nueve semanas. Purcell está aparentemente muy enamorado de Crystal, su segunda esposa, una ex bailarina de strip-tease. Pero lo curioso es que es Fiona, su primera esposa, quien contrata a Kinsey Millhone, convencida de que, en realidad, Purcell quería huir de Crystal.

La detective no tarda en averiguar que hay otras posibilidades mucho más tétricas: ¿se ha esfumado Purcell para eludir alguna cuenta pendiente con la justicia?, ¿tiene algo que ver el millón de dólares que Fiona cobraría del seguro si fallece su ex marido? Durante la investigación, Kinsey conoce a uno de los hermanos Hevener, y se ilusiona pensando que puede haber novedades en su vida. Lo que ignora es que esas novedades son en realidad de muy distinta y amenazadora naturaleza...

L=LIBROS

Sue Grafton

P de peligro

El alfabeto del crimen - 16

Al departamento de Policía de Santa Bárbara
y al jefe de policía, el difunto Richard Breza.

A la comisaría de sheriff
del condado de Santa Bárbara.

Al juzgado de instrucción de santa Bárbara.

Y a Harriet Miller,alcaldesa de santa Bárbara.

En reconocimiento de su competencia, integridad
dedicación y espíritu generoso.

AGRADECIMIENTOS

La autora desea agradecer la valiosa ayuda que le han prestado las siguientes personas: Steven Humphrey; capitán (retirado) Ed Assted y sargento Brian Abbott, del Departamento de Policía de Santa Bárbara; Melinda Johnson; Jamie Raney, abogada; Sam Eaton, abogado; Lynn McLaren, investigadora privada; E. Robert Jones, odontólogo; Hildy Hoffmann, de la alcaldía de Santa Bárbara; Robert Failing, doctor en Medicina y patólogo forense (retirado); Judy Crippen; Tracy Brown; Norm Arnold; Sheila Harker, enfermera Lynn Lazaro y enfermera Joyce Tevenan; Leslie Minschke, RHIA; Ron Shenkman, de Ron Shenkman and Associates; Lorna Backus, del Departamento de Estadística del condado de Santa Bárbara; John Hunt, de CompuVision; Jamie Clark y Neville Blakemore.

Y dedicar un agradecimiento especial a Alan Cates, jefe de la Oficina de Prevención del Delito de Medi-Cal, estado de California.

La casa del Camino del Pantano Viejo parecía estar en las últimas fases de construcción. La vi al girar por la curva y reconocí la inacabada estructura por la descripción que me había proporcionado Fiona Purcell. A la derecha se veía una parte del embalse que daba nombre a la calle. El lago Brunswick, que llena una depresión de origen geológico, abasteció de agua potable a la población durante muchos años. En 1953 se construyó un pantano con más capacidad, y ahora el Brunswick es poco más que una manchita azulada en los mapas de la zona. Está prohibido bañarse y navegar, aunque, periódicamente, las aves migratorias hacen un alto en su plácida superficie mientras se dirigen hacia el sur. Los montes que rodean el lago son austeros, pequeñas elevaciones que suben hacia las montañas que constituyen la frontera septentrional del municipio de Santa Teresa.

Dejé el VW en el arcén de grava y crucé la calle. La empinada parcela carecía todavía de detalles paisajísticos y no era más que una alfombra de tierra, piedras y hierbajos. Al nivel de la calle había un contenedor grande, lleno hasta los topes de escombros. Una breve antología de rótulos clavados en el patio anunciaba los nombres del contratista de obras, el pintor y el arquitecto, aunque a la señora Purcell le había faltado tiempo para contarme por teléfono que los planos lo había trazado ella. La casa era una contundente serie de cubos de cemento, sobrios y sin adornos, empotrados en la falda de la colina y bañados por el pálido sol de noviembre; un diseño, si se quiere llamar así, que habría aprobado el mismísimo Ministerio de Defensa. La fachada era tan insípida como la de una casamata y contrastaba radicalmente con el estilo colonial español de los edificios de las parcelas contiguas. Detrás de la casa tenía que haber algún camino que condujera a garajes y plazas de aparcamiento, pero preferí los peldaños que recorrían la pelada ladera. A las seis había corrido los seis kilómetros que hago todas las mañanas, pero me había saltado el levantamiento de pesas de los viernes para acudir a aquella temprana cita. Eran ya las ocho, y el culo me pesaba cuando me puse a subir las escaleras.

Oí unos ladridos a mis espaldas. Las roncas quejas resonaban por todo el valle, transmitiendo un mensaje de ansiedad. Una mujer gritó: « ¡Trudy! ¡Truudy! », mientras el animal seguía ladrando. Dio un silbido penetrante y por la ladera apareció un pastor alemán de pocos meses corriendo hacia mí. Me

preparé para la embestida de las patas embarradas, pero en el último segundo se oyó otro silbido y la perra cambió de rumbo. Seguí subiendo los anchos escalones de cemento, de dos en dos, hasta que llegué al rellano superior y al pórtico de piedra que sombreaba la entrada principal. Me ardían los muslos, resoplaba y jadeaba y el corazón me iba como una ametralladora. Habría jurado que el aire de aquellas alturas contenía menos oxígeno, aunque la verdad era que sólo había subido dos plantas y no estaba a mucho más de noventa o cien metros sobre el nivel del mar. Di media vuelta y fingí que contemplaba el paisaje mientras recuperaba el aliento.

A unos ocho kilómetros se perfilaba una ancha y oscilante franja de océano cosida a la playa. El día estaba tan despejado que casi se podían contar las montañas de las islas que había a cuarenta kilómetros. Hacia el interior, las nubes asomaban por encima de las cumbres como una manta gris plomo que se moviera a gran velocidad, amenazando tormenta. San Francisco, a seiscientos cuarenta kilómetros al norte, sentía ya sus efectos.

Cuando pulsé el timbre, mi respiración era normal y había hecho un rápido repaso del asunto que me había llevado allí. El doctor Dowan Purcell, exmarido de Fiona, estaba en paradero desconocido desde hacía nueve semanas y la mujer me había enviado por mensajero un sobre con recortes de prensa que resumían los sucesos que habían rodeado la desaparición. Me había encerrado en el despacho y retrepado en la silla giratoria y, con los pies en la mesa, había leído atentamente los recortes. Fiona los había clasificado cronológicamente, pero no había apuntado en ellos ningún comentario u observación. Yo había seguido el suceso en los periódicos locales, pero no había previsto en ningún momento que me iba a ver envuelta en el caso. Me fue muy útil volver a ver la película de los acontecimientos, recontada de aquel modo tan escueto.

El tono de la cobertura periodística había pasado de la confusión de las primeras setenta y dos horas a la paciente espera que caracterizaba el estado presente de las investigaciones, después de muchas jornadas de especulación activa. No había salido nada nuevo a la luz, de modo que no había mucho que contar. Acabadas las revelaciones, el interés del público había empezado a disminuir y la atención de los medios informativos había llegado a un nivel tan frío y breve como un día de noviembre. Una verdad de la naturaleza humana es que sólo nos dedicamos a los misterios de la vida hasta que otro asunto llama nuestra atención. El doctor Purcell había desaparecido el viernes 12 de septiembre, y las largas columnas que al principio se habían dedicado a su desaparición se habían reducido ya a menciones ocasionales de estilo casi ritual. Volvían a contarse los detalles, pero la curiosidad se había desviado hacia acontecimientos más atractivos.

El doctor Purcell, de sesenta y nueve años de edad, había practicado la medicina general en Santa Teresa desde 1944, y durante los últimos quince años

de actividad profesional se había especializado en geriatría. En 1981 se había retirado y, seis meses después, se le había autorizado a dirigir una clínica geriátrica llamada Pacific Meadows, propiedad de dos empresarios. La noche del viernes en cuestión había trabajado hasta tarde en su despacho, revisando papeles relacionados con la contabilidad del centro. Según los testigos, eran cerca de las nueve de la noche cuando se detuvo un momento en el mostrador de recepción para despedirse de las enfermeras de guardia. A aquella hora, los internos estaban en sus habitaciones. Los pasillos, iluminados y por luz atenuada, estaban vacíos y las puertas cerradas. El doctor Purcell se había detenido a hablar con una anciana que estaba en el vestíbulo, en silla de ruedas. Tras una conversación superficial que, según declaración de la mujer, había durado menos de un minuto, el doctor cruzó la puerta principal y salió al aire de la noche. Sacó el coche de la plaza que tenía reservada en la zona norte del complejo, abandonó el lugar y se perdió en el Impenetrable Vacío del que nunca más salió. La policía de Santa Teresa y el sheriff del condado habían dedicado interminables horas al caso y no acertaba a imaginar ningún rincón que las fuerzas del orden no hubieran registrado ya.

Volví a llamar al timbre. Fiona Purcell me había dicho que estaba a punto de irse a San Francisco, donde pensaba pasar cinco días comprando muebles y antigüedades para un cliente de su taller de decoración de interiores. Según la prensa, Fiona y el doctor se habían divorciado hacía varios años, y yo me preguntaba por qué había sido ella quien me había llamado y no su segunda esposa, Crystal.

Tras uno de los cristales que flanqueaban la entrada apareció un rostro. Cuando abrió la puerta, vi que ya estaba lista para el viaje, con un traje sastre de rayas y de solapas anchas. Me tendió la mano.

—¿Kinsey Millhone? Fiona Purcell. Disculpe que la haya hecho esperar. Estaba en la parte trasera. Pase, por favor.

—Gracias. Puede llamarme Kinsey, si lo prefiere. Encantada de conocerla —dije.

Nos estrechamos la mano y pasé al vestíbulo. Su apretón había sido flojo, sorprendente en una persona que, por lo demás, parecía enérgica y eficiente. Le eché sesenta y tantos años, más o menos la edad del doctor Purcell. Tenía el pelo teñido de castaño oscuro y lo llevaba peinado con raya a un lado, con el flequillo hueco y cascadas de rizos artificiales recogidos con peinetas de fantasía, al estilo de las actrices de los años cuarenta. Casi esperaba ver por allí a John Agar o a Fred MacMurray, a algún pobre y atolondrado varón que hubiera caído en las redes de aquella bruja de hombreras agresivas.

—Podemos hablar en la salita —dijo—. Tendrá que perdonarme por el desorden.

En el vestíbulo había un andamio que llegaba hasta el techo. Las escaleras y

el ancho pasillo que conducía a la parte de atrás estaban cubiertos por grandes lienzos de tela. A un lado de las escaleras había una consola con una lámpara de cromo. Al parecer, no había nadie más en la casa en ese momento.

—Su avión sale a las diez, ¿no? —pregunté.

—No se preocupe. Estoy a ocho minutos del aeropuerto. Tenemos una hora por delante. ¿Le apetece un café? Yo me estaba tomando uno.

—No, gracias. Ya me he tomado dos esta mañana y ese suele ser mi límite.

Fue hacia la derecha y la seguí, a través de una amplia superficie de cemento desnudo.

—¿Cuándo harán el suelo? —pregunté.

—*Este es el suelo.*

—Ah —dije, y me prometí no hacer más preguntas sobre temas que estaban más allá de mi comprensión.

La casa conservaba el frío y el olor ligeramente húmedo del yeso y la pintura recientes. Las paredes estaban pintadas de un blanco deslumbrante y las ventanas eran altas y austeras, sin visillos ni cortinas. Miré de reojo y vi un comedor al otro lado del pasillo, sin muebles, dividido en romboides por la clara luz matutina. Nuestros pasos resonaban como si por allí discurreniera un pequeño desfile.

Al llegar a la salita, Fiona me señaló un sillón enorme y pesado que hacía pareja con otro; los dos estaban tapizados con una tela de color neutro que se fundía con el gris cemento del suelo. La alfombra tenía un dibujo de rayas negras sobre fondo gris. Me senté al mismo tiempo que mi anfitriona y la miré mientras ella inspeccionaba el espacio con el ojo experimentado de los estetas. Los muebles eran chocantes: madera clara, tubos de acero y formas geométricas elementales. En el manto de la chimenea colgaba un gran espejo redondo con medio marco de cromo. En la mesita de cristal, sobre una bandeja de plata, había una cafetera de plata y marfil, con la lechera y el azucarero correspondientes. Volvió a llenar su taza.

—¿Le gusta el art déco?

—No entiendo mucho del tema.

—Hace años que lo colecciono. La alfombra es de Da Silva Bruhns. Esto es obra de Wolfgang Tumpel. ¿Ha oído hablar de él? —dijo, señalando el servicio de café.

—Es precioso —murmuré, totalmente despistada.

—Casi todas estas piezas son únicas, creadas por artesanos que fueron maestros en su día. Mencionaría más nombres, pero dudo que signifiquen nada para usted si no está familiarizada con la época. Construí esta casa como una especie de vitrina para mi colección, pero, en cuanto esté terminada, lo más probable es que la venda y me mude. Soy impaciente por naturaleza y demasiado inquieta para echar raíces.

Tenía los rasgos muy marcados; las cejas eran arcos de trazo fino, y de los rabillos de sus ojos oscuros partían arrugas pronunciadas. Dio un sorbo al café y sacó un cigarrillo de un paquete que había encima de la mesa. El mechero era de los pequeñitos y dorados, y apenas hizo ruido cuando levantó la tapa y giró la rueda de la chispa. Mantuvo el mechero en la palma y aspiró el humo profundamente, saboreándolo con fruición. Echó la cabeza hacia atrás y expulsó una bocanada de color pardo. Me dije que no estaría de más dejar la chaqueta en la lavandería cuando volviera a casa.

—Creo que no se lo comenté el día que hablamos —dijo—, pero quien me sugirió que me pusiera en contacto con usted fue Dana Glazer. Tengo entendido que antes se llamaba Dana Jaffe.

—Sí. ¿De qué la conoce?

—La ayudé a redecorar su casa. Ahora está casada con un socio de Dow, Joel Glazer, que era viudo. ¿Conoce a Joel? Es socio de una compañía llamada Century Comprehensive, que es propietaria de una cadena de geriátricos, entre otras cosas.

—Conozco el apellido Glazer por los periódicos, pero no lo conozco a él personalmente —dije.

Su llamada empezaba a tener sentido, aunque aún no sabía cuál era mi papel en todo aquello. El primer marido de Dana Jaffe, Wendell, había desaparecido en 1979, aunque en circunstancias muy diferentes de las del caso actual. Wendell Jaffe era un magnate de las inmobiliarias que había fingido su propia muerte y que apareció en México poco después de que su «viuda» cobrara el medio millón de dólares del seguro. Wendell había organizado una típica pirámide financiera, la engañifa había empezado a ponerse al descubierto y se había visto ya entre rejas. Y con su suicidio imaginario sólo había tratado de evitar la inevitable condena. Podía haberle salido bien, pero en México coincidió con un antiguo conocido, y la compañía de seguros, que quería recuperar su dinero, me envió en su busca. ¿Había pensado Fiona en la posibilidad de que su exmarido hubiese hecho algo semejante?

Dejó la taza en la mesa.

—¿Recibió los artículos?

—Un mensajero me los llevó ayer a la oficina. Los leí anoche y los he vuelto a leer esta mañana. La policía ha trabajado...

—Eso quieren hacernos creer.

—¿No está satisfecha con sus progresos?

—¡Progresos! ¿Qué progresos? Dowan sigue en paradero desconocido. Le diré lo que ha conseguido la policía: nada. Es cierto, cumplen con las formalidades, y hacen declaraciones públicas, y manifiestan a gritos su preocupación, pero es un cuento lleno de ruido y de furia que no significa nada.

No estaba de acuerdo, pero opté por callarme mis opiniones por el momento.

Yo creo que la policía es estupenda, pero ¿para qué discutir? Aquella mujer quería contratarme y yo estaba allí para averiguar qué podía hacer, si es que podía hacer algo.

—¿Cuál es el último parte? —pregunté.

—Que nadie lo ha visto ni sabe nada de él. O, al menos, eso dicen.

Dio otra chupada al cigarrillo y dejó caer la ceniza en un abultado cenicero de cristal. Su pintura de labios era oscura y se le había corrido hasta la pelusilla del labio superior. Había dejado un arco en la taza y un anillo completo en el filtro del cigarrillo. Las joyas que llevaba eran ostentosas, tanto los grandes pendientes de plata como la pulsera. Quedaban elegantes, pero todo en ella sugería subastas por lotes y tiendas de ropa antigua. Estaba convencida de que si acercaba la nariz me llegaría el olor a naftalina y a perfumes de los años cuarenta, Shalimar y Old Golds. Su aspecto parecía hecho de bruscas y chocantes pinceladas de belleza que a duras penas conseguía acentuar. Bajó los ojos.

—Supongo que sabe usted que estamos divorciados —añadió.

—Lo vi en uno de los artículos que me envió. ¿Qué hay de su actual esposa?

—Sólo he hablado una vez con Crystal desde que empezó todo este embrollo. Quiere mantenerme fuera del caso a toda costa. Si sé algo es gracias a mis hijas, que tratan de no perderla de vista. Sin ellas, aún tendría menos información de la que tengo, que no es mucha, bien lo sabe Dios.

—Tiene dos hijas, ¿no?

—Sí. La menor, Blanche, y su marido viven a cuatro manzanas de aquí. Melanie, la mayor, vive en San Francisco. Me quedaré con ella hasta el martes de la semana que viene.

—¿Tiene nietos?

—Mel no se ha casado. Blanche espera el quinto hijo para dentro de unas tres semanas.

—Guau —dije.

Sonrió con malestar.

—La maternidad es simplemente su excusa para no trabajar.

—Tengo la impresión de que trabajar es más fácil. Yo no podría hacer lo que hace ella.

—Apenas sabe cuidar de sí misma. Por suerte tiene una niñera muy competente.

—¿Qué tal se llevan sus hijas con Crystal?

—Supongo que bien. ¿Qué remedio les queda? Si no bailan al son que toca, Crystal hará lo que sea para que no vuelvan a ver a su padre ni a su hermanastro. Sabía que Dow y Crystal tienen un hijo, ¿no? Se llama Griffith. Acaba de cumplir dos años.

—Recuerdo haber leído algo al respecto. ¿Puedo llamarla Fiona?

Dio otra chupada al cigarrillo y lo dejó en el cenicero.

—Prefiero que me llame señora Purcell, si no le importa. —El humo salió de su boca mientras hablaba y pareció observarlo con actitud meditabunda.

—Bien, de acuerdo. Me gustaría saber si tiene alguna teoría sobre la desaparición de su exmarido.

—Es usted una de las pocas personas que se han atrevido a preguntarlo. Por lo que parece, mi opinión le trae sin cuidado a todo el mundo. Sospecho que está en Europa o en Sudamérica, esperando el momento oportuno de volver. Crystal piensa que ha muerto; al menos, eso he oído.

—No es tan descabellado. Según los periódicos, no ha hecho operaciones con sus tarjetas de crédito. Y no hay rastro de su coche ni de él.

—Bueno, eso no es completamente cierto. Ha habido informes. Hay quien asegure haberlo visto en sitios tan lejanos como Nueva Orleans y Seattle. Lo vieron subiendo a un avión en el aeropuerto JFK y en el sur de San Diego, camino de México.

—Hay quien sigue viendo a Elvis Presley, y eso no quiere decir que esté vivo.

—Es verdad. Por otro lado, alguien que responde a la descripción de Dow trató de entrar en Canadá, pero dio media vuelta cuando el funcionario de inmigración le pidió el pasaporte, que, por cierto, ha desaparecido.

—Ah, ¿sí? Eso es interesante. Los periódicos no lo mencionaban. ¿Significa que la policía le ha seguido la pista?

—Eso espero —respondió. Había algo hueco en su voz. Si conseguía convencerme, quizá lo que decía acabase por resultar cierto.

—¿Está convencida de que sigue vivo?

—Soy incapaz de suponer otra cosa. Dow no tenía enemigos y no me lo imagino víctima de ningún «juego sucio» —dijo, entrecomillando la expresión con los dedos de ambas manos—. Es una idea absurda.

—¿Por qué?

—Dow es perfectamente capaz de cuidar de sí mismo, al menos físicamente. De lo que no es capaz es de enfrentarse a los problemas de la vida. Es pasivo. En vez de pelear o huir, se echa a tierra y se hace el muerto..., por decirlo de alguna manera. No se atrevía a enfrentarse a los conflictos, sobre todo si había mujeres por medio. Le viene de su madre, aunque eso es otra historia.

—¿Había hecho antes algo parecido?

—La verdad es que sí. Traté de explicárselo a la policía, pero fue en vano, todo hay que decirlo. Ya lo había hecho dos veces. La primera, Melanie y Blanche tenían..., creo que seis y tres años. Dowan desapareció durante tres semanas. Se fue sin avisar y regresó de la misma manera.

—¿Adónde fue?

—Lo ignoro. La segunda vez pasó lo mismo. Sucedió unos años después, antes de que nos separáramos para siempre. Un día estaba aquí y al siguiente se había

ido. Volvió al cabo de unas semanas, sin explicaciones ni disculpas. Como es lógico, he supuesto que estamos ante un número parecido.

—¿Qué lo empujó a marcharse las dos primeras veces?

Hizo un gesto vago, trazando una raya con el humo del cigarrillo.

—Me imagino que tendríamos problemas. Casi siempre los teníamos. En cualquier caso, Dow no dejaba de decir que necesitaba tiempo para aclararse las ideas..., aunque no sé a qué se refería. Y de pronto dejaba de aparecer por casa. Había cancelado todas sus visitas y compromisos sociales, y sin decir una palabra, ni a mí ni a nadie. La primera vez me di cuenta cuando llegó la hora de la cena y no se presentó. La segunda vez pasó lo mismo, con la única diferencia de que entonces no enloquecí de preocupación.

—Así que en esos dos casos se comportó más o menos como en la presente circunstancia, ¿no es eso?

—Exactamente. La primera vez tardé horas en comprender que se había ido. Dow es médico y, como es lógico, llegaba tarde a menudo. A media noche, estaba desesperada, casi histérica. Creí que iba a volverme loca.

—¿Llamó a la policía?

—Llamé a todo el mundo que se me ocurrió. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, recibí una nota por correo. Decía que volvería a casa antes o después, y eso fue exactamente lo que sucedió. Yo estaba furiosa, como es natural, pero a él no pareció importarle. Le perdoné, tonta de mí, y seguimos como si no hubiera ocurrido nada. Teníamos una buena relación, al menos desde mi punto de vista. Yo pensaba que era feliz..., hasta que se produjo lo de Crystal. Por lo que sé, llevaba años tonteando con ella.

—¿Por qué se quedó usted?

—Creía que era un buen marido. Así de ingenua era entonces. Tendía a ser distante, pero no se lo reprochaba, al menos conscientemente. Puede que acumulase resentimiento, pero si lo hice no me di cuenta. Al mirar atrás me doy cuenta de que un hombre puede desaparecer de muchas formas.

—¿Por ejemplo?

Se encogió de hombros y sacudió la ceniza del cigarrillo.

—La televisión, el sueño, el alcohol, la lectura, los estimulantes, los tranquilizantes... Hablo en general, pero seguro que usted me entiende.

—¿De qué se trataba en su caso?

—Se refugiaba en su profesión. Se iba temprano y se quedaba en el despacho hasta la madrugada. Lo que hay que tener en cuenta es que es un hombre que elude las discusiones. Por eso le gustan los ancianos, porque no le exigen nada importante. Ser médico le da posición, y eso, para él, siempre ha sido mejor que tener responsabilidades como cualquier persona normal y corriente.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Cerca de cuarenta años. Nos conocimos en Siracusa. Yo me estaba

especializando en Historia del Arte y él estaba haciendo un curso preparatorio para estudiar Medicina. Nos casamos poco después de que terminara el curso. Dow ingresó en la facultad de Medicina de la Universidad Estatal de Pensilvania y allí hizo el internado y la residencia. Fue entonces cuando tuvimos a las niñas. Yo me quedé en casa con ellas hasta que tuvieron edad de ir a la escuela, luego volví a estudiar y saqué un máster en decoración de interiores. Yo diseñé la casa que construimos poco después en Horton Ravine. Como es lógico, contratamos a un arquitecto para que se ocupara de los aspectos prácticos.

—¿Y esa casa todavía es de Dow?

—Sí, aunque a Crystal no le gusta, por lo que he oído.

—¿No la solicitó usted cuando tramitaron el acuerdo de separación?

—No podía permitirme pagar la hipoteca ni el mantenimiento. Según él, lo dejé sin blanca. Pero es sólo su punto de vista. Créame si le digo que salió ganando. Lo más probable es que sobornara a alguien, al juez o a mi abogado. Ya sabe cómo se alían los hombres cuando se trata del todopoderoso dólar.

Se esforzaba por nublar mi percepción, por anotarse puntos para tenerme a su favor. Los divorciados siempre tratan de despertar nuestra simpatía, mostrándose con la mejor de sus caras. En aquel caso parecía extraño, ya que la razón de mi visita era ver si podía ser útil en la búsqueda del doctor. ¿Estaría enamorada aún de él?

—Tuvo usted que pasarlo muy mal cuando el matrimonio se fue a pique — murmuré.

—Fue humillante. Devastador. Y tóxico. Un médico atraviesa la crisis de los cuarenta, abandona a su cuarentona esposa y se va con una puta.

Los periódicos habían explotado a placer el hecho de que Crystal hubiera sido bailarina de *strip-tease*. Aun así, me parecía cuestionable que utilizara la palabra «puta». Desnudarse para ganar dinero no equivale necesariamente a prostituirse. Por lo que sabíamos, Crystal bien podía haberse sacado un máster en asistencia social psiquiátrica.

—¿Cómo la conoció?

—Tendrá que preguntárselo a ella. La verdad es que Dow empezó a sentir un creciente deseo de..., bueno..., de prácticas sexuales raras. O se le gastaron las hormonas o sus niveles de ansiedad aumentaron con los años. Es posible que sus problemas se remonten a su madre. Todo lo demás está vinculado con la relación que tenía con ella. Fuera cual fuese el motivo, cuando Dowan cumplió los sesenta, empezó a chochear. No podía..., digamos..., «cumplir» sin estímulos. Pornografía, artilugios conyugales...

—Y a usted no le gustaba.

—Me parecía nauseabundo. No me atrevo a detallarle las experiencias que quería probar..., actos indescriptibles de los que me negaba en redondo a hablar con él. Al final dejó de insistir.

—¿Porque se había liado con la otra?

—Evidentemente. Nunca quiso admitirlo, pero estoy segura de que fue deliberado. Supongo que saldría por ahí en busca de alguna dispuesta a plegarse a sus perversos deseos. Yo no iba a hacerlo, por supuesto, y se lo había dejado muy claro.

Me moría por oír un ejemplo de aquellas perversidades, pero pensé que por una vez sería más inteligente tener la boca cerrada. A veces es preferible no saber lo que la gente hace o deja de hacer en privado. Si algún día conocía al doctor, no quería distorsionar su imagen sabiendo que se lo pasaba bomba metiéndose en el culo una zanahoria de cultivo biológico.

—¿Quién pidió el divorcio, él o usted?

—Él. Me pilló completamente desprevenida. Suponía que, una vez satisfechas sus necesidades fuera del matrimonio, mantendría la familia intacta. No pensé que se rebajaría a divorciarse a su edad. Debería haberlo sabido. Dowan es débil. A nadie le gusta reconocer sus errores, pero Dow detestó siempre incluso parecer débil.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno —dijo, bajando los ojos. Vi que recorría el suelo con la mirada—. Sospecho que su relación con Crystal no es la unión espiritual que le habría gustado que los demás creyeran. Unos meses antes se había enterado de que su mujer se la estaba pegando con otro. Mejor desaparecer que admitir que le ponían los cuernos.

—¿Sabía él con quién se la pegaba?

—No, pero trató de enterarse. Después de su desaparición, mi amiga Dana me confió que lo sabía desde el principio. Es el entrenador personal de Crystal. Se llama Clint Augustine.

Oí un tenue campanilleo dentro de mi cabeza. Estaba segura de haber oído antes aquel nombre, posiblemente en el gimnasio al que iba.

—¿Cree usted que se fue por eso?

—Sí. Tuvimos una conversación, una larga charla, el 10 de septiembre, dos días antes de que desapareciera. Era muy desgraciado.

—¿Eso dijo?

Se hizo evidente que vacilaba mientras discutía consigo misma.

—No con esas palabras, pero no estás cuarenta años casada con alguien sin aprender a leer entre líneas.

—¿Qué motivó la conversación?

—Vino a casa.

—Lo veía usted de vez en cuando. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Bueno, sí. A petición suya —alegó, un poco a la defensiva—. A Dow le encanta este lugar, tanto como la casa de Horton Ravine. Siempre le gustaron mis

diseños, incluso antes de que nuestra relación se fuera a pique. Últimamente venía al caer la tarde a tomarse algo conmigo. Aquella noche estaba agotado. Tenía la cara gris de preocupación, y, cuando le pregunté qué pasaba, dijo que el trabajo del despacho lo estaba volviendo loco. Y Crystal no cooperaba. Es muy narcisista, se dará cuenta cuando la conozca.

—¿Le extrañó que confiara en usted después de todo lo que le había hecho sufrir?

—¿A qué otra persona podía recurrir? En realidad no hablaba de ella, pero se le notaba la tensión en la cara. Había envejecido diez años en cuestión de unos meses.

—¿Quiere decir que tenía problemas en casa además de tenerlos en el trabajo?

—Exacto. No daba detalles, pero en una ocasión mencionó de pasada que necesitaba huir. Fue en lo primero que pensé cuando me enteré de su desaparición.

—¿Y no pudo ser una manera de hablar?

—Supongo que sí —dijo—. Quiero decir que no sacó ningún pasaje de avión, pero parecía desesperado.

—¿Recuerda si hizo referencia a algún lugar concreto?

Ladeó la cabeza.

—Me he estrujado los sesos pero no recuerdo nada en ese sentido. Fue un comentario casual, y no volví a pensar en ello hasta que ocurrió lo que ocurrió.

—Supongo que se lo contó a la policía.

Volvió a vacilar.

—Al principio no. Pensé que la ausencia era voluntaria y que volvería cuando se le pasase. No quería ponerlo en evidencia. Preferí que fuera Crystal quien convirtiese la dura prueba en un circo periodístico.

El comentario me irritó.

—Señora Purcell, su exmarido es un médico eminente, conocido y querido en esta comunidad. Es lógico que su desaparición atraiga la atención de los medios de comunicación. Si pensaba que se había ido a la francesa, ¿por qué no lo dijo?

—Porque pensé que Dow tenía derecho a proteger su intimidad —respondió, ruborizándose ligeramente.

—¿Y todo el tiempo y el dinero que se han gastado en la investigación? ¿No le importaban?

—Claro que sí. Por eso hablé con la policía. Al cabo de seis semanas empecé a preocuparme. Supongo que hasta entonces había esperado un telefonazo o una nota, alguna indicación de que estaba bien, dondequiera que estuviese. Pero ya han transcurrido nueve semanas y creo que es hora de tomar cartas en el asunto.

—¿Qué la hizo pensar que se pondría en contacto con usted y no con Crystal?

—El hecho de que, precisamente, quisiera escapar de Crystal.

—Y ahora le preocupa que pueda haberle pasado algo.

—Supongo que sí. Por eso me reuní la semana pasada con el inspector Odessa. Me trató con amabilidad. Tomó notas. Pero me dio la impresión de que no me tomaba en serio. Dijo que se pondría en contacto conmigo, pero no he vuelto a saber de él. La policía debe de estar trabajando en docenas de casos, lo que significa que no tiene tiempo ni recursos que dedicar a Dow. Le dije todo eso a Dana, y está de acuerdo conmigo. Por eso me la recomendó.

—No sé qué decir. Aunque llegáramos a un acuerdo, me pasa como a la policía: no puedo dedicar las veinticuatro horas del día a este asunto. Tengo otros clientes.

—No he dicho que tenga que trabajar para mí en exclusiva.

—Aun así, estoy sola. Sería mejor que se dirigiera a cualquier agencia importante de Los Ángeles, a una con personal suficiente para cubrir el territorio nacional y hacer las cosas bien. Puede que al final tenga que buscarlo en el extranjero.

Me interrumpió moviendo la mano.

—No quiero ninguna agencia importante de Los Ángeles. Quiero a alguien de aquí que me informe directamente.

—Pero lo único que yo podría hacer es lo que probablemente habrá hecho y a la policía.

—Quizás a usted se le ocurran cosas que a ellos no se les hayan ocurrido. Al fin y al cabo, encontró la pista de Wendell Jaffe años después de que todo el mundo lo diera por muerto.

—Encontré su pista, pero no partí de cero. Alguien lo había visto en México y por eso pude resolver el caso.

Adoptó una expresión de retraimiento.

—No quiere usted ayudarme.

—No estoy diciendo eso. Estoy hablando de la realidad, que no parece tener buena cara.

—¿Y si la policía ha pasado por alto algún enfoque?

—¿Y si no ha sido así?

—Bueno, entonces me contentaré con el trabajo que han hecho.

Guardé silencio unos instantes, con los ojos fijos en el suelo. Una voz interior me gritaba: « ¡No, no, no! ». Pero mi boca dijo:

—Haré lo que pueda, pero no le prometo nada.

—Bien. Estupendo. Volveremos a hablar el martes. Apunte las horas que dedica y en cuanto vuelva de San Francisco me pasa la factura. —Miró el reloj y se puso en pie.

Yo hice lo mismo.

—Necesitaré una señal.

—¿Una «señal»? —Se hizo la sorprendida, pero me pregunté si no habría repetido la palabra buscando algún efecto. ¿Acaso trabajaba ella sin antes firmar un contrato y recibir un adelanto?—. ¿Cuánto es la señal?

—Cobro cincuenta dólares por hora o una tarifa plana de cuatrocientos al día, más los gastos; así que quinientos bastarán por ahora. Si me da la dirección de Melanie, esta misma noche le enviaré el contrato para que lo firme. —En realidad, podía haber ido con uno ya preparado, pero no lo había hecho porque no estaba segura de si llegaríamos a un acuerdo.

Parpadeó como si estuviera confusa.

—Disculpe. Había imaginado algo más informal. ¿Es el procedimiento habitual en su trabajo?

—Pues sí —dije.

Reparé en que no había dicho «profesión», lo que probablemente significaba que me había clasificado en el grupo de los oficinistas, los cocineros de comida rápida y los fontaneros.

—¿Y si no lo encuentra?

—He ahí la cuestión. Si al final vuelvo con las manos vacías, será usted libre de lamentar no haber optado por la tarifa plana. Una vez decido encargarme de un caso, no hay quien me detenga. Sigo la pista hasta el cruel desenlace.

—Eso espero —dijo. Meditó brevemente y echó a andar hacia una consola con incrustaciones de marfil. Sacó el talonario de cheques, volvió al sillón y se sentó—. ¿A qué nombre debo hacerlo?

—Investigaciones Millhone.

La vi rellenar el cheque y arrancarlo de la matriz, sin molestarse en disimular la irritación al entregármelo. Vi que éramos compañeras de banco, que teníamos el dinero en la misma sucursal del Banco Municipal de Santa Teresa.

—Está usted alterada —dije.

—Yo trabajo sobre una base de confianza. Usted, por lo visto, no.

—La vida me ha hecho así. No es nada personal.

—Ya veo.

Le alargué el cheque.

—Quédeselo, si lo prefiere.

—Encuéntrelo. Espero un informe completo en cuanto vuelva de San Francisco.

Antes de despedirnos, Fiona me dio la dirección de Melanie en San Francisco y el teléfono de su casa y del despacho. No imaginaba para qué iba a necesitar llamarla allí. También me dio la dirección de Crystal en Horton Ravine y su teléfono. No conocía al inspector Odessa, al que Fiona había mencionado de pasada, pero el primer punto que puse en mi lista fue una conversación con él. Mientras volvía a casa noté unos retortijones de nerviosismo en el estómago. Me puse a enumerar las dudas que tenía, una por una, aunque no necesariamente por orden de importancia.

1. No me gustaba Fiona ni confiaba en ella. No había sido sincera con la policía y no creía que lo hubiera sido completamente conmigo. Dadas las circunstancias, habría sido mejor rechazar el caso. Empezaba a lamentar la prisa que me había dado en aceptarlo.
2. No estaba segura de mi efectividad. Suelo ponerme nerviosa cuando comienzo una investigación, sobre todo una como la presente. Habían pasado nueve semanas desde la última vez que habían visto al doctor Purcell. Sean cuales fueran las circunstancias de una desaparición, el paso del tiempo acostumbra jugar en contra nuestra. Los testigos adornan. Inventan. Los recuerdos se vuelven borrosos. La verdad se difumina con las repeticiones, y los detalles se alteran para que encajen en las interpretaciones personales. Los ciudadanos quieren cooperar, lo que significa que completan las declaraciones, coloreando los sucesos según su tendencia conforme la situación se prolonga. Por entrar en el juego tan tarde, la probabilidad de hacer un descubrimiento importante era prácticamente nula. Fiona había señalado que una perspectiva insospechada podía cambiar la orientación de un caso. Muy bien, pero la intuición me decía que si encontraba alguna pista nueva sería por pura casualidad.
3. No me había gustado la gilipollez de la señal.

Me detuve en un McDonald's y pedí café y dos McMuffin. Necesitaba tanto el consuelo de la comida basura como alimentarme, si se me permite decirlo así. Mastiqué con la otra mano en el volante, con tal ansiedad que casi me muerdo un

dedo.

Creo que ya es hora de identificarme. Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada en Santa Teresa, California, que está a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Los Ángeles. Tengo treinta y seis años, me he divorciado dos veces y no tengo hijos ni ninguna otra carga familiar. Aparte del coche, cuento con pocos bienes materiales. Mi empresa, Investigaciones Millhone, no tiene más personal que yo. Fui policía durante dos años, cuando tenía veinte, y gracias a oscuras intrigas personales demasiado tediosas para explicarlas, comprendí que no encajaba en las fuerzas del orden. Era demasiado gruñona e independiente para adaptarme a las normas del departamento y sus cláusulas éticas; en realidad, me había hecho famosa por incumplir las reglas. Además, los zapatos eran un estorbo, y el uniforme y el cinturón me hacían un culo enorme.

Tras renunciar a la seguridad salarial de los empleos municipales, entré de aprendiz en el despacho de dos investigadores privados, donde trabajé el tiempo que hizo falta para solicitar una licencia propia. Ahora trabajo por mi cuenta desde hace diez años, con licencia, ahorros y un buen seguro. Parte de la década la pasé investigando incendios provocados y reclamaciones por defunciones fingidas para Seguros La Fidelidad de California, primero como empleada de plantilla y después como independiente sujeta a contrato. Nuestros caminos se separaron en octubre de 1983, tres años atrás. Desde entonces tenía un despacho alquilado en el bufete de Kingman e Ivés, aunque sospechaba que el acuerdo estaba a punto de finalizar.

Hacía un año que Lonnie Kingman no dejaba de quejarse de la falta de espacio. Ya había ampliado el bufete una vez, quedándose con la totalidad de la tercera planta de un edificio que es de su propiedad. Y había comprado un nuevo edificio en la parte sur de State Street, al que tenía intención de mudarse en cuanto se cumpliese el plazo estipulado en la escritura. Había encontrado ya inquilino para el inmueble en que estábamos, y la única cuestión pendiente era si me iba con él o buscaba un despacho propio. Soy una solitaria convencida y, aunque aprecio a Lonnie, la mera idea de trabajar cerca de otras personas empezaba a fastidiarme. Iba al despacho por la noche y durante los fines de semana, y pasaba la mitad de la jornada trabajando en mi domicilio particular..., lo que hiciera falta para crear la ilusión de que disponía de soledad y espacio. Ya había hablado con una inmobiliaria sobre alquileres y contestado a varios anuncios por palabras. Hasta el momento no había visto nada que me convenciera. Mis necesidades eran modestas: espacio suficiente para la mesa, la silla giratoria, los archivadores y unas cuantas plantas artificiales. Además fantaseaba con un lavabo de ejecutiva, pequeño pero con buen gusto. Pero lo que

me gustaba era o demasiado grande o demasiado caro, mientras que lo que se ajustaba a mi presupuesto era demasiado estrecho o demasiado cutre, o estaba demasiado lejos del centro de la ciudad. Pasaba mucho tiempo en el Registro Civil y prefería estar a poca distancia del Palacio de Justicia, de la comisaría de policía y de la biblioteca municipal. El bufete de Lonnie era un refugio seguro y, además, Lonnie me defendía como abogado cuando la mierda me salpicaba, cosa que sucedía a menudo.

En cuanto llegué al 200 de Capillo Este, sede del bufete, di comienzo a la aventura cotidiana de encontrar sitio para aparcar. Un inconveniente de aquel edificio era que el aparcamiento quedaba pequeño, con sólo doce plazas. Lonnie y su socio tenían asignada una por cabeza, al igual que sus respectivas secretarías, Ida Ruth Kenner y Jill Stahl. Las ocho plazas que quedaban eran para los restantes inquilinos del edificio, así que a los demás no nos quedaba más remedio que dejar el coche donde podíamos. Aquel día no había dejado junto al bordillo que separaba dos vías de acceso a sendas zonas comerciales, un lugar que habría jurado que no era del todo legal. Más tarde comprobaría que, en efecto, no lo era.

Recorrí a pie las cinco manzanas que había hasta el bufete, subí los dos obligados tramos de escalera y entré por una puerta lateral. Crucé el vestíbulo interior, abrí la puerta de mi despacho y entré, procurando que no me vieran Ida Ruth ni Jill, que estaban enfrascadas en una conversación a unos pasos de distancia. Sabía que hablaban de lo mismo que venían hablando los dos últimos meses. El socio de Lonnie, John Ivés, había obligado a la empresa a contratar a su sobrina como recepcionista cuando el puesto quedó vacante. Jennifer tenía dieciocho años y acababa de salir del instituto. Era su primer trabajo y, a pesar de que le habían dado un detallado manual de instrucciones, no parecía tener la menor idea de lo que se esperaba de ella. Se presentaba con camisetas estampadas y minifaldas, con el rubio pelo colgándole hasta la cintura, las piernas desnudas y calzadas con zuecos. Su voz sonaba chillona por teléfono, tenía una ortografía espantosa y no conseguía pillarle la onda a lo de la puntualidad. Además, se tomaba frecuentes permisos, que duraban entre dos y cuatro días, cada vez que los amigos en paro la llamaban para irse de marcha. Ida Ruth y Jill estaban que trinaban por tener que encargarse de su trabajo, y las dos venían a llorarme a mí, ya que no se atrevían a quejarse a Lonnie o a John. Las miserias oficinescas no me han convencido nunca, y esa era otra de las razones por las que quería cambiar de aires. Antaño me había atraído la sensación de estar como en familia en aquel bufete, pero ahora sólo veía psicodramas. Jennifer era una Cenicienta con el coeficiente intelectual de un mosquito. Ida Ruth y Jill, las despreciables hermanastras, le sonreían por delante y la ponían verde por detrás siempre que podían. No sé qué papel tenía yo allí, pero procuraba eludirlo refugiándome en el despacho. Sin duda era tan experta

en resolver conflictos como cualquiera.

Para evadirme, llamé a la comisaría de la ciudad y solicité hablar con el inspector Odessa. Estaba en una reunión, pero la mujer que respondió dijo que no tardaría en salir. Concerté una cita para las diez y media. Rellené un contrato impreso y lo metí en un sobre de correo urgente que dirigí a Fiona, a casa de su hija Melanie, en San Francisco. Lo guardé en el bolso, me senté a la mesa y me dediqué a hacer garabatos simbólicos en el secante entre un solitario y otro. No es que no tuviera miles de cosas que hacer, pero la información que me circulaba por el cerebro me distraía. Finalmente, saqué una carpeta marrón y un cuaderno amarillo y me puse a tomar notas.

A las diez y veinticinco cerré la puerta con llave y fui a Correos antes de dirigirme a la comisaría, que estaba a cuatro manzanas. La brisa de la mañana era fría y la pálida luz del sol matutino se había eclipsado conforme el cielo se cubría con los primeros indicios de lluvia. La estación «lluviosa» de Santa Teresa es impredecible. Se compone de períodos intermitentes de precipitaciones que empiezan a mediados de enero y se prolongan hasta principios de marzo. Los extremos climáticos de otras partes del mundo vienen produciendo en esta zona caprichosas aberraciones. Desde finales de mayo hasta octubre, nuestras precipitaciones todavía pueden medirse en milímetros, pero los meses invernales varían, y aquel era de los noviembre más húmedos de los últimos años. De Alaska bajaba un frente frío que enviaba por delante un viento que soplaba con fuerza. Las ramas de los árboles se agitaban sin descanso, doblándose y crujiendo, mientras las hojas mustias se desprendían de las palmeras y barrían las aceras como si fueran escobas.

En comparación, el vestíbulo de la comisaría resultaba acogedor. Un niño esperaba sentado en el banco de madera de mi izquierda mientras su padre hablaba con un funcionario de paisano acerca de las copias de un parte de accidente. Fui hacia el mostrador con forma de L, desde el que un agente uniformado vigilaba la puerta de la calle. Le dije que tenía una cita y avisó al inspector Odessa por teléfono.

—Enseguida vendrá.

Mientras esperaba, miré distraídamente hacia la sección de Archivos, que estaba a mi derecha, al otro lado del mostrador. Mi amiga Emerald se había jubilado y ya no había nadie que me pasara información. En realidad, Emerald nunca había violado las normas del departamento, aunque en ocasiones había estado muy cerca.

El inspector Odessa abrió la puerta y asomó la cabeza por el hueco.

—¿Kinsey Millhone?

—Soy yo.

—Vince Odessa —dijo, y nos estrechamos la mano—. Pase.

—Gracias —dije.

Odesa me entregó un pase de visitante, que me colgué de la solapa.

Llevaba camisa azul de traje, corbata oscura, pantalón informal, calcetines oscuros y zapatos negros y brillantes. Era moreno y tenía plana la parte posterior de la cabeza, como si hubiera dormido boca arriba durante toda la infancia. Su metro con setenta y cinco superaba levemente mi metro con sesenta y ocho. Me abrió la puerta para que accediera al pasillo. Esperé y se puso en cabeza para guiarme. Giró a la izquierda y cruzó una puerta en la que se leía INVESTIGACIONES. Lo seguí por un laberinto de pequeños despachos.

—Shelly me comentó que tenía que ver con el doctor Purcell —dijo, mirando por encima del hombro.

—Así es. Su exmujer me ha contratado para que investigue su desaparición.

Odesa siguió hablando con voz neutral.

—Tenía la impresión de que sucedería algo así. Estuvo aquí la semana pasada.

—¿Qué piensa de ella?

—Me acojo a la Quinta Enmienda. ¿Está trabajando en el caso ahora?

—Aún no he ingresado su cheque. Pensé que sería más inteligente hablar antes con usted.

Su « despacho » era el típico cubículo de oficina: paneles grises que llegaban al hombro, enmoquetados de fibra sintética. Se sentó ante la mesa y me ofreció la otra silla que había en el pequeño espacio. Encima de la mesa vi fotos enmarcadas de la familia: esposa, tres hijas y un hijo. La pequeña estantería metálica que había tras él estaba llena de manuales del departamento, libros de texto y un surtido de libros de derecho, todo muy ordenado. Iba bien afeitado, aunque al pasarse la maquinilla por el hoyuelo del mentón se había dejado una fila de pelos. Sus cejas oscuras eran tupidas y daban sombra a unos ojos azul oscuro.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarla?

—No estoy muy segura. Me gustaría saber qué tienen ustedes hasta ahora, si es que quiere compartirlo conmigo.

—No tengo inconveniente —dijo. Se inclinó hacia una pila de gruesos expedientes amontonados a un lado de la mesa, sacó del fondo una carpeta de tres anillas y se la puso delante—. Este lugar es un desastre. Dicen que nos vamos a informatizar dentro de seis u ocho meses. Una oficina sin papeles. ¿Se lo imagina?

—Estaría bien, pero lo dudo.

—Yo también —dijo. Pasó varias páginas hasta que llegó al parte inicial—. Acaban de ascenderme. Soy nuevo en el equipo, así que para los demás esto viene a ser como un ejercicio de adiestramiento. A ver qué tenemos. —Su mirada se deslizó por la página—. Crystal Purcell puso la denuncia el martes 16 de septiembre por la mañana, setenta y dos horas después de que el doctor

dejara de aparecer por casa según lo previsto. Archivos tomó nota de la información. Habíamos detenido a varios ladrones de pisos aquel mismo fin de semana, así que no supe lo de la denuncia hasta el mediodía del jueves 18 de septiembre. Por lo que pudimos determinar, Purcell no estaba en peligro y no había nada sospechoso en las circunstancias de su desaparición. —Se detuvo para mirarme—. La verdad es que supusimos que se había ido voluntariamente. Ya sabe cómo son estas cosas. La mitad de las veces vuelven al poco tiempo con el rabo entre las piernas, y resulta que se han echado una novia o han estado por ahí de juerga con los amigos. Podría haber una docena de explicaciones, todas inofensivas. Es desagradable para la esposa, pero no siniestro. —Se recostó en la silla y prosiguió—: Cada año desaparecen entre quinientas mil y un millón de personas. Es duro para la familia y los amigos. Probablemente lo haya visto usted misma. Al principio lo niegan; no pueden creer que se les haya tratado de un modo tan indigno. Después se ponen furiosos. De todas formas, me puse en contacto con la actual señora Purcell y concerté una cita para el viernes por la tarde. Eso fue el 19 de septiembre. Francamente, no hice nada, porque daba por sentado que ella acabaría por tener noticias del marido.

—¿Y no fue así?

—Ni entonces ni hasta el momento. Por lo que me contó, Purcell no tenía ninguna dolencia que pudiera darnos una pista, ni problemas de corazón, ni diabetes, ni historial de trastornos mentales. Dijo que lo había llamado a su despacho el 12 de septiembre, poco después del almuerzo. Purcell le dijo que llegaría tarde, pero de ningún modo que no llegaría. El sábado por la mañana estaba histérica, y llamó a todos sus conocidos: amigos, parientes, colegas... Hospitales, Policía de Carreteras, el depósito de cadáveres... Todo. No había el menor rastro de él.

» Estuve con ella una hora, en la casa de Horton Ravine. Tiene otra residencia en la playa, donde pasa muchos fines de semana. Hice lo que manda la rutina. Le pregunté por sus costumbres, sus gustos, su trabajo, el club de campo del que era miembro; eché un vistazo a su dormitorio; registré sus cajones, las facturas del teléfono, los recibos de las tarjetas de crédito. Comprobé las cuentas de las tarjetas en busca de alguna actividad reciente, el cuaderno de direcciones, el calendario..., investigué todos los detalles básicos.

—¿No encontró nada?

Levantó un dedo.

—A eso voy. Durante las dos semanas siguientes, nos ocupamos de la correspondencia de su casa y de la clínica, establecimos un filtro para el correo entrante, hablamos con sus socios, lo introdujimos en la base de datos de personas desaparecidas y cursamos una orden de búsqueda de su coche. Tiene usted que entender que no estamos aquí ante un delito, que esto es estrictamente un servicio público. Hacemos lo que podemos, pero no hay indicios que sugieran que el

asunto sea serio.

—Fiona me dijo que también desapareció su pasaporte.

Odessa sonrió.

—Toma, y el mío. Que su mujer no lo haya visto no significa que se lo hayan llevado. Encontramos un balance reciente de una cuenta del *Mid-City Bank*. Había algo que nos llamó la atención. Al parecer, Purcell, durante los dos últimos años, había estado retirando dinero en pequeñas cantidades, que suman un total de treinta mil dólares. Sólo en los últimos diez meses, el saldo pasa de trece mil a tres mil. El último movimiento data del 29 de agosto. Su mujer no parece saber nada al respecto.

—¿Cree que se estaba preparando para la fuga?

—Bueno, eso parece al menos. Aunque con treinta de los grandes no se puede ir muy lejos, y menos en los tiempos que corren y con sus años, pero es un comienzo. Puede que haya ordeñado otras cuentas a las que aún no hemos tenido acceso. También cabe la posibilidad de que sea un jugador y esta sea su apuesta. Ella dice que no lo es, pero podría no saber nada del asunto.

—¿Volvemos al pasaporte? Si Purcell ha abandonado el país, ¿no tendrán constancia de ello los de Aduanas?

—Sería lo lógico. Suponiendo que haya utilizado *su* pasaporte. Podría haber cambiado sus documentos personales, el carnet de conducir, la partida de nacimiento y el pasaporte, por otros falsos, lo que significa que podría haber huido a Europa o a Sudamérica con otra identidad. También podría haber entrado en Canadá, comprado un pasaje de avión y huido desde allí.

—También podría haberse camuflado —sugerí.

—Desde luego.

—¿No ha visto nadie su coche?

—No hay ninguna certeza en ese sentido. Podría haberlo tirado por un acantilado, o haberlo vendido en México en cualquier tienda de recambios. Deja un coche como el suyo en South Central y verás lo rápido que desaparece.

—¿Qué coche es?

—Un sedán Mercedes de cuatro puertas, plateado, con una matrícula personalizada que dice: « Doctor P ».

—No ha hablado usted de juego sucio —dije.

—No hay ninguna razón para hacerlo. Y si la hay, no la veo. Otra cosa sería si hubiéramos encontrado manchas de sangre en el aparcamiento del geriátrico. No hay señales de lucha ni indicios de agresión, ni razones para creer que se lo llevaran por la fuerza. Peinamos el barrio y llamamos a todas las casas. Nadie había visto ni oído nada aquella noche.

—Fiona cree que podría haberse ido voluntariamente. ¿Qué opina?

—Personalmente, no simpatizo con la idea. Nueve semanas de arrebato. Casi es obligatorio considerar que hay algo más. Vamos a repasar todo el caso desde

el principio, en busca de alguna cosa que pudiera habérsenos escapado la primera vez.

—¿Afecta a la investigación la historia de Fiona?

—¿En qué sentido?

—Todo lo que cuenta sobre anteriores desapariciones —dije.

Odesa desestimó el tema dando un manotazo al aire.

—Palabras y más palabras. Dice que ya se ha marchado otras veces. Quizá sí, quizá no. No me quedaron muy claros sus motivos.

—Según ella, sólo quiere resultados.

—Claro, ¿quién no los quiere? Somos policías, no magos. No hacemos milagros.

—¿Creyó la historia que contó?

—Lo que creo es que él la dejó a ella. Si tenía problemas con la actual señora Purcell, es pura conjetura. —Se detuvo—. ¿Ya conoce a Crystal?

Negué con la cabeza.

Odesa enarcó las cejas y sacudió la mano como si se hubiera quemado.

—Es una mujer muy hermosa. Cuesta imaginar que un hombre huya de ella.

—¿Tiene usted alguna teoría?

—Yo no —repuso—. Desde nuestro punto de vista, no es un asunto delictivo hasta ahora. No hay delito, así que no hay lectura de derechos ni necesidad de conseguir órdenes judiciales, lo que facilita muchísimo el trabajo. Sólo somos un puñado de buenos chicos tratando de hacerle un favor a la familia. Personalmente, creo que todo esto tiene mala pinta, pero no pienso repetírselo a nadie más, ni siquiera a usted.

—¿Le importa si echo un vistazo? —dije, señalando el expediente.

—Ojalá pudiera, pero el caso es de Paglia y se toma muy en serio la confidencialidad. No le importa que hablemos de lo esencial si es necesario. Lo importante es encontrar al hombre, lo que quiere decir que cooperamos siempre que podemos.

—¿No le importaría que hablara con algunas de estas personas?

—Es usted libre de hacer lo que quiera.

Cuando me acompañó a la puerta, añadió:

—Si lo encuentra, comuníquenoslo. Puede seguir desaparecido si se le antoja, pero no me haría gracia malgastar horas de trabajo si está en Las Vegas hartándose de coca.

—No creará usted eso.

—No, no lo creo —admitió—. Ni usted tampoco.

Camino del despacho di un rodeo de dos manzanas y pasé por el banco. Rellené un ingreso, firmé por detrás el cheque de Fiona y esperé mi turno en la cola.

Cuando llegué a la ventanilla, señalé el número de cuenta que figuraba en el anverso.

—¿Podrías comprobar el saldo de esta cuenta? Quiero estar segura de que hay fondos antes de hacer el ingreso.

Otra lección aprendida en el duro camino: no empiezo a trabajar hasta haber cobrado el cheque.

La cajera se llamaba Barbara y hacía años que la conocía. La miré mientras tecleaba el número de cuenta en el ordenador y luego alcé los ojos hacia el monitor. Pulsó la tecla de introducción de datos. Volvió a pulsarla. La pulsó otra vez. La observé mientras sus ojos seguían las líneas de la pantalla.

Volvió a mirar la papeleta de ingreso e hizo una mueca.

—Hay para esta cantidad, pero por poco. ¿Quieres que te lo haga efectivo?

—Prefiero ingresarlo en cuenta, pero hazlo antes de que llegue otro cheque y se quede sin fondos.

Al volver al despacho vi en la puerta una nota de Ida Ruth y Jill:

« Kinsey :

» Aquí tienes una lista detallada de los días que Jennifer ha llegado tarde, de sus cagadas y de sus ausencias sin justificar. Por favor, añade los incidentes que conozcas, firmalo y déjalo en mi mesa. Creemos que será mejor si hacemos frente común. ¡Esto va muy en serio!

» Ida Ruth» .

Tiré la lista a la papelera y llamé a Crystal Purcell a la residencia de Horton Ravine. El ama de llaves me dijo que había ido a la casa de la playa a pasar el fin de semana. Me dio el número de teléfono, que marqué en cuanto colgamos. Esperaba que contestara Crystal, pero cuando pronuncié su nombre me dejaron a la espera hasta que se puso otra voz femenina.

—Crystal al habla —dijo.

Me identifiqué diciendo mi nombre y ocupación, con la esperanza de que no le fastidiase tener que tratar con más detectives. Según los periódicos, ya se había entrevistado con oficiales de la comisaría de Santa Teresa. Le dije que había hablado con Fiona por la mañana y que me había pedido que investigara la desaparición del doctor Purcell.

—Ya sé que ha tenido que hablar del tema varias veces, pero me gustaría oír la historia de sus propios labios, si es que se ve con ánimos de volver a contarla.

Hubo una pausa durante la que habría jurado que estaba practicando la respiración profunda del Zen.

—Es un trance muy amargo.

—Me doy cuenta de ello, y lo lamento.

—¿Cuándo?

—Eso depende de usted. Cuanto antes mejor.

Hubo otra pausa.

—¿Cuánto cobra usted?

—¿A Fiona? Cincuenta dólares la hora, que es la tarifa más barata. Los investigadores privados de la capital cobran el doble.

Por un instante me pregunté por qué mis palabras tenían ese tono de disculpa. ¿Y si Crystal prefería hablar con alguien de servicios más caros?

—Pase por aquí a las cinco. Estoy en Paloma Lane. —Me dio el número—. ¿Sabe dónde está?

—Ya lo encontraré. Trataré de no hacerle perder mucho tiempo.

—No se preocupe por eso. Es Fiona quien paga.

Dejé el despacho a las cuatro y pasé por mi domicilio mientras me dirigía a la casa costera de Crystal. La creciente capa de nubes había generado un ocaso artificial y el olor de la lluvia impregnaba el aire. Había dejado las ventanas abiertas y quería cerrar bien la casa en previsión de la tormenta que se avecinaba. Aparqué el coche enfrente y abrí la verja, que emitió las quejas y chirridos de costumbre. Recorrí el estrecho camino de cemento que rodeaba el edificio y llegué al patio trasero.

Mi casa es un antiguo garaje reconvertido en vivienda. La planta baja consta de una salita con sofá cama para invitados, una mesa, una cocina en miniatura, una combinación de lavadora y secadora y un cuarto de baño. En el altillo, al que se llega por una escalera de caracol, tengo el dormitorio y otro cuarto de baño. Se parece al interior de un barco, con todos los útiles empotrados, incluso con un ojo de buey en la puerta principal, paramentos de teka en las paredes y rincones, entrantes, ángulos y agujeros de sobra para instalar mi pequeño almacén de pertenencias. Lo mejor de todo es el ángel que ha hecho posible este milagro: mi casero, Henry Pitts. Tiene ochenta y seis años, es atractivo, ahorrador, enérgico y competente. Ha sido pastelero casi toda su vida y, ahora que está retirado, no puede olvidar su afición por los panes, los pasteles y las tartas. No sólo elabora una cadena constante de productos al horno, sino que además provee de lo necesario a las comidas y meriendas formales de las ancianas del barrio. Por si fuera poco, abastece de bollos y pan recién hechos a la casa de comidas en la que cena tres o cuatro noches por semana.

Desde el camino vi que la puerta del garaje de Henry estaba abierta, aunque los dos vehículos estaban dentro. Cuando giré a la izquierda para acceder al patio, lo vi subido a una escalera de mano, instalando el último postigo en las ventanas de su dormitorio. Llevaba pantalón corto y camiseta, luciendo en sus largas piernas nudosas un bronceado atenuado por la proximidad del « invierno ». La temperatura de Santa Teresa no suele bajar de diez grados, pero Henry es de Michigan y, a pesar de llevar viviendo en el sur de California más de cuarenta años, las viejas costumbres lo inducen a poner persianas al final de la primavera y contraventanas al final del otoño. El clima en sí le trae sin cuidado.

El patio estaba aún lleno de trastos de limpieza: la manguera de regar, periódicos arrugados, un cepillo de púas, un cubo con agua y vinagre y multitud

de esponjas cubiertas de mugre. Me saludó desde las alturas y bajó con cuidado los peldaños, silbando para sí, sin melodía. Lo ayudé a recoger las cosas y eché el agua sucia entre los arbustos mientras él enrollaba la manguera y la metía en una maceta de barro.

—Llegas pronto —dijo.

—Para cerrar las ventanas antes de que se ponga a llover, si es que llueve —repliqué.

Henry suele decir que a las lluvias de California les faltan los bramidos y el aparato de las buenas tormentas del Medio Oeste. En muchas ocasiones la lluvia prometida no acaba de materializarse, y cuando lo hace apenas llega a mojar el suelo. Tenemos pocas oportunidades de ver los rayos y centellas que tanto le entusiasman en Michigan cuando era joven.

—¿Por qué no me has llamado? —dijo Henry—. Podía haberte ahorrado el viaje. Mete el cepillo en el cubo; me lo llevaré cuando me vaya.

—Me pillaba de camino. He quedado con alguien a las cinco en Paloma Lane y tenía que pasar por aquí. No ha sido una excusa para salir del despacho. No soy tan retorcida.

—¿Cómo va la búsqueda del nuevo local?

Estiré la mano y la hice escorar a ambos lados, para indicarle que no iba bien.

—Ya aparecerá algo. Mientras tanto, me ha salido otro cliente. Al menos, estoy segura en un noventa y nueve por ciento.

—¿Por qué esa vacilación?

—Quizá sea por lo del despacho, que lo pringa todo. Estoy interesada en el caso, pero no convencida de poder ser de utilidad. Se trata del médico que desapareció.

—Recuerdo haber leído sobre eso. ¿Sigue sin dar señales de vida?

—Sí. Su exmujer cree que a la policía le falta iniciativa. Francamente, me pareció la típica persona a la que le gusta hacer pasar por el aro a los demás, cosa que detesto.

—Harás un trabajo excelente.

Volvió a la escalera, la plegó y la arrastró hasta el garaje. Lo vi rodear el Chevy de 1932 y colgar la escalera en la pared. Tiene las paredes del garaje forradas de tableros con ganchos y alcayatas, con el perfil de todos los objetos limpiamente dibujado.

—¿Te da tiempo a tomar un té? —preguntó cuando volvió al patio.

Miré el reloj.

—No. Nos vemos después en el local de Rosie.

—Estaré allí más hacia las siete que hacia las seis. Rosie está al caer, así que será mejor que me duche. Me ha pedido que le eche una mano, pero no quiere decir en qué.

—Ah, ah —dije.

Manoteó para restarle importancia al asunto.

—Será alguna tontería. La verdad es que me trae sin cuidado. Si aparece y aún no he vuelto, dile que saldré enseguida, en cuanto me haya lavado.

Entró por la puerta trasera, que daba a la cocina. Vi por la ventana que fregaba algo en la pila. Sonrió al ver que lo miraba y se puso a silbar otra vez.

Oí crujir la verja y me volví. Rosie apareció al cabo de unos instantes, con una bolsa de papel marrón. Rosie es húngara y propietaria de la casa de comidas en la que William, el hermano mayor de Henry, trabaja ahora de encargado. William y Rosie se habían casado el Día de Acción de Gracias del año anterior, y ahora viven encima del restaurante, a media manzana de casa. William tiene ochenta y siete años, y Rosie, quien juraba antes que sólo era sesentona, admite ahora que tiene setenta y tantos, aunque no especifica los tantos. Es baja y fornida, con una coqueta mata de pelo teñido con el color de las naranjas de Florida. Como de costumbre, llevaba un amplio vestido hawaiano, esta vez estampado con una jungla chillona naranja y oro, y el viento le levantaba la parte inferior. Su expresión se iluminó al verme.

—Kinsey, qué alegría. Esto es para Henry —dijo, abriendo la bolsa para que la viera.

Miré el interior, esperando ver gatitos o algo así.

—¿Qué es? ¿Basura?

Rosie se apoyó en la otra pierna, sin mirarme todavía a los ojos, una estrategia que emplea cuando es culpable, está incómoda o se hace la loca.

—Son las facturas del hospital de mi hermana Klotilde, y las de después de su muerte. Henry me las va a explicar. Yo no me aclaro.

Rosie es muy capaz de hablar correctamente. Sólo destroza el idioma cuando trata de parecer desvalida, de seducir para que se le haga algún favor indigno. Esto se pone particularmente de manifiesto cuando tiene que ocuparse de los impuestos estatales y nacionales, operación que Henry le viene haciendo sin protestar desde hace seis años.

—Espero que me ayudes tú también —añadió, con picardía—. Él no lo haría por voluntad propia. Y no es justo.

—¿Y por qué no lo hace William?

—Klotilde prefería a Henry.

—Pero si está muerta —repliqué.

—Antes de morir, lo prefería —dijo, sonriendo tímidamente, como si el argumento fuera decisivo.

Opté por no discutir. Era asunto de Henry, aunque me ponía furiosa que se aprovechara de él. La Klotilde en cuestión era la maniática hermana mayor de Rosie. Nunca había sido capaz de pronunciar su propio apellido húngaro, cargado de consonantes y de extraños signos ortográficos. Había sufrido durante años una

enfermedad degenerativa indeterminada. Había ido en silla de ruedas desde los cincuenta, aquejada de mil y un achaques que requerían medicamentos variados y numerosas estancias en hospitales. Finalmente, a los setenta años, le habían aconsejado que se sometiera a una operación de cadera. Fue en abril, unos siete meses antes. Aunque la operación había sido un éxito, había soportado mal los rigores de la convalecencia. Se había opuesto a todos los esfuerzos por conseguir que se levantara, se había negado a comer y a utilizar la cuña, se quitaba los catéteres y los tubos de suero, tiraba las píldoras a las enfermeras y sabotaba la fisioterapia. Tras los acostumbrados cinco días de hospital, la trasladaron a un geriátrico, donde, al cabo de unas semanas, empezó a declinar. Al final murió de neumonía, disfagia, desnutrición e insuficiencia renal. Rosie no se había sentido precisamente consternada cuando pasó a mejor vida.

Tendría que haber estirado la pata hace mucho —dijo—. Vivir con ella era una pesadilla. Eso es lo que pasa cuando no te portas bien. Tendría que haber hecho lo que manda el médico. No tendría que haberse resistido porque él hacía lo que se sabía. Ahora me han dado esto y no sé qué hacer. Toma.

A juzgar por el peso de la bolsa, también ella parecía haberse resistido a poner un poco de orden en su vida civil. Henry tardaría semanas en clasificar todo aquello. El mentado apareció por la puerta trasera y vino hacia nosotras. Se había despojado de la camiseta y de los pantalones cortos y se había puesto una camisa de franela y pantalón largo.

—Me voy corriendo —dije, dejando la bolsa en tierra.

Henry echó un vistazo al contenido.

—¿Qué es? ¿Basura?

Cuando entré en mi casa, él ya transportaba la bolsa hacia la puerta trasera de la suya, moviendo la cabeza en señal de simpatía mientras Rosie le daba una tortuosa versión de sus apuros.

Dejé el bolso en el taburete de la cocina y recorrí la casa cerrando ventanas y echándoles el pestillo. Durante la operación encendí algunas luces, para que el lugar pareciera más acogedor cuando volviese. Subí al dormitorio y me puse un jersey de cuello alto que pegaba con los tejanos. Descolgué la chaqueta gris de mezclilla, dejé las Saucony por unas botas negras y me observé en el espejo del cuarto de baño. El efecto era el que cabía esperar: chaqueta de mezclilla con tejanos. «Una mujer diferente», me dije.

Paloma Lane es un sombreado camino de dos direcciones que discurre entre la 101 y el océano Pacífico, compartiendo la irregular y estrecha franja de tierra con la línea ferroviaria Southern Pacific. A pesar de la proximidad de los trenes que pasan rugiendo y trepidando dos veces al día, muchas casas de Paloma están valoradas en cantidades de siete cifras, según la longitud de playa que

corresponda a cada propiedad. Los estilos varían y van del falso Nueva Inglaterra al Actual, pasando por el Tudor de imitación y el Mediterráneo postizo. Todas las casas se han construido lo más lejos posible de las vías y tan cerca de la arena como permiten las leyes del condado. La propiedad de Crystal Purcell era de las pocas que tenían verja electrónica. En la contigua, la de la izquierda, había un discreto cartel de SE VENDE, con una pegatina que decía A MITAD DE PRECIO cruzando el rótulo.

La casa de Crystal llenaba toda la parcela. La estructura, de vidrio y cedro, debía de medir unos doce metros de anchura y tenía tres plantas, cada una de ellas orientada estratégicamente para que no se vieran las casas colindantes. A la izquierda, en un garaje descubierto, había un Audi descapotable color plata y un Volvo nuevo, blanco y con una matrícula personalizada que decía CRYSTAL. Una de las plazas estaba vacía, probablemente la del Mercedes de Dow Purcell. A la derecha, en la grava, había sitio para otros tres coches, y allí aparqué mi abollado VW de 1974.

La fachada posterior de la casa era austera, una pared de madera erosionada y sin ventanas. A los lados de la puerta había sendas filas de palmeras de nueve metros en grandes macetas negras. Anduve por la grava y pulsé el timbre. La mujer que abrió la puerta llevaba en la mano un ancho vaso de martini, sujeto por el borde.

—Tú debes de ser Kinsey —dijo—. Soy Anica Blackburn, pero casi todo el mundo me llama Nica. ¿Por qué no pasas? Crystal acaba de echar su carrera diaria. Bajaré enseguida. Yo ya me iba, pero le dije que te esperaría para abrirte.

Su cabello era castaño oscuro; lo llevaba recogido en la nuca y parecía mojado, como si acabara de salir de la ducha. De su piel parecía brotar una humedad caliente que olía a jabón perfumado francés. Era esbelta y andaba muy erguida. Llevaba una camisa de seda negra y tejanos ajustados, e iba descalza. Sus pies eran largos y elegantes.

Entré en el vestíbulo. Estaba a un nivel más bajo que la puerta, y se ensanchaba hasta convertirse en un gran salón que abarcaba la anchura de la casa. Las altas ventanas daban a una terraza de madera erosionada, donde había sillas de una lona tan descolorida que oscilaba entre el matiz teja y el pardo. El suelo era de madera clara, y la alfombra de sisal que lo cubría se había elegido probablemente por su aptitud para camuflar la arena de la playa. Todo lo demás, desde las paredes hasta los detalles de ebanistería y los pesados muebles tapizados y con funda de lino, era tan blanco como la leche entera.

Más allá de la terraza había un trecho de hierba descuidada de unos diez metros de anchura. Más allá de la hierba, el agua parecía fría e implacable bajo la última luz vespertina. El mar era de un gris perla, oscuro en el horizonte, donde el agua y las nubes se fundían en una masa tenebrosa. El oleaje batía monótonamente contra la orilla. Las olas se relajaban, se abrían, llegaban,

dudaban y volvían a retirarse. Dentro, en alguna parte del primer piso, oía voces que se iban acalorando.

—¡Cállate! Eso es mentira. Qué guarra eres. ¡Te odio...!

Replicaron en voz baja y firme, pero al parecer sin efecto.

Se oyó una imprecación chillona por toda respuesta. Sonó un portazo, y luego otro, tan fuerte que las ventanas temblaron.

Miré a Nica, que había levantado la cara y miraba el techo con desconcierto.

—Leila se quedará el fin de semana. Es la hija de Crystal y tiene catorce años. Esta es la pelea número uno. Y las cosas se irán poniendo peor a medida que vayan pasando las horas, créeme. El domingo habrá guerra abierta, pero entonces tendrá que volver al colegio. El próximo fin de semana volverán a empezar, y así una y otra vez.

Me indicó por señas que la siguiera, pasamos al salón y tomó asiento en un sofá.

—¿Está en un internado? —pregunté.

—En la Academia Fitch de Malibu. Yo soy la consejera escolar y me encargo del transporte de ida y vuelta. No está entre mis obligaciones, pero da la casualidad de que tengo una casa en alquiler aquí al lado. —Tenía cejas grandes y arqueadas, ojos oscuros, pómulos pronunciados y pecosos y una boca ancha y pálida que dejaba ver una dentadura blanca y perfecta—. Esta pelotera en particular es por si Leila pasa la noche con su padre o no. Hace cuatro meses se moría por estar con él. Si no pasaba el fin de semana con él, berreaba, lloraba y pataleaba. Ahora están de morros y no quiere ir. Hasta hace un instante iba ganando la batalla. Pero una vez que da el portazo, se acabó. Pierde muchos puntos por eso, y le da a Crystal una ventaja táctica.

—A mí me sería muy difícil.

—¿A quién no? Las chicas de su edad son melodramáticas por naturaleza, y a Leila le va el drama de altos vuelos. Es una de las alumnas más aventajadas que tenemos, pero es de armas tomar. Todas lo son, descontando a unas cuantas inocentonas. Nunca sabes a qué atender con ellas. Personalmente, prefiero esto, aunque acaba aburriendo.

—¿Fitch es sólo para chicas?

—Gracias a Dios. Detestaría tener que vérmelas también con chicos de esa edad. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Apuró el martini y dejó el vaso vacío encima de la mesa del café, que era de madera pálida.

—Tengo entendido que vienes por lo de Dowan.

—Sí, y siento molestar. Creo que ha sufrido mucho desde que empezó todo este lío.

—No hay más remedio.

—¿Lo lleva bien?

—Yo diría que sí. Claro que la presión es enorme. Los días pasan, unos peor que otros, y ella sigue esperando que suene el teléfono, y buscando su coche. Siguen llegando rumores, pero eso es todo. No hay el menor rastro de él todavía.

—Tiene que ser muy duro.

—Horroroso. Está acabando con ella. Si no fuera por Griff, no se cómo se las arreglaría para conservar la cordura.

—¿Dónde estaba aquella noche, en esta casa o en la de Horton Ravine?

Nica señaló el suelo.

—Normalmente pasaban aquí los fines de semana. Crystal es Piscis, criatura de agua. Esta casa le sienta mejor que ese pretencioso montón de mierda que Fiona construyó en la ciudad. ¿Has estado allí?

—Todavía no.

—No he querido ofenderte —añadió, con dulzura—. Sé que es tu cliente.

«Pobrecita», apostilló en silencio.

—¿Y tú? ¿Cuándo te enteraste de que Dow había desaparecido?

—Bueno, aquella misma noche supe que pasaba algo. Había venido con Leila de Malibu, como siempre; llegamos alrededor de las cinco. Ella se fue a casa de su padre. En realidad es su padrastro, pero la crio desde pequeña. En cualquier caso, Crystal ya había hablado con Dow cuando salimos de la academia. Sabía que no iba a llegar a tiempo para la cena, así que sólo estábamos Crystal, Rand y yo.

—¿Rand?

—El niño de Griff. Es estupendo. Ha estado con el niño casi desde que nació. Conocerás a los dos enseguida. Rand traerá a Griff para que nos dé el beso de buenas noches justo después del baño. A esa hora ya ha cenado y está listo para irse a la cama. El 12 preparamos una cena fría y nos instalamos en la terraza. Era una delicia, el cielo estaba despejado y hacía buen tiempo para esa época del año; lo bastante cálido para no necesitar jersey, algo inusual por aquí. Charlamos de todo un poco mientras nos tomábamos un par de botellas de vino. A las ocho menos cuarto, Rand se llevó a Griff a la otra casa. Hay un par de programas de televisión que le gustan y quería llegar a tiempo para verlos.

—¿Rand y el niño suelen quedarse en la casa de Horton Ravine?

—Normalmente no. Creo que Crystal y Dow estaban buscando un momento para estar solos. Yo me quedé hasta eso de las diez. No era muy tarde, pero estaba muerta después de trabajar toda la semana.

—¿A qué hora esperaba que llegase Dow?

—Después de las nueve. Era la norma habitual cuando tenía que trabajar hasta tarde. Supongo que si estás casada con un médico no prestas mucha atención al reloj. Crystal se quedó dormida en el sofá. Me llamó a las tres de la mañana, al comprobar que Dow no estaba con ella. Pensó que a lo mejor había

llegado muy tarde y se había ido a dormir a la habitación de los huéspedes para no molestarla. Miró y, cuando se dio cuenta de que tampoco estaba allí, bajó y encendió las luces exteriores. El coche de Dow no estaba en su plaza. Llamó a la clínica y le dijeron que hacía horas que se había ido. Fue entonces cuando me llamó y yo le dije que avisara a la policía. No podía poner una denuncia hasta que transcurrieran como mínimo setenta y dos horas.

—¿Qué pensó? ¿Recuerdas lo que dijo?

—Lo habitual. Accidente de tráfico, ataque al corazón. También pensó que podía haberlo detenido la policía.

—¿Por qué motivo?

—Por conducir borracho.

—¿Bebe?

—Un poco. Dow siempre se toma un par de vasos de whisky en la clínica cuando trabaja hasta tarde. Es su recompensa por dedicar al trabajo más horas de las que imponen el deber y la obligación. Ella le recuerda que después tiene que conducir, pero él siempre jura que se encuentra perfectamente. A Crystal le preocupaba la posibilidad de que se hubiera salido de la carretera.

—¿Tomaba él algún medicamento?

—Bueno, ¿y quién no, a su edad? Tiene sesenta y nueve años.

—¿Y tú qué pensaste?

Esbozó una leve sonrisa.

—Es extraño que lo preguntes. Pensé en Fiona. Casi lo había olvidado, pero realmente es lo que me vino a la cabeza en el instante en que me enteré de su desaparición.

—¿Qué pensaste en relación con Fiona?

—Que finalmente había ganado. No tiene otra cosa en la cabeza desde el día que Dow la dejó. Ha intrigado y recurrido a todos los medios posibles para conseguir que regrese con ella. —Pensé que Nica iba a seguir hablando, pero se limitó a llevarse el vaso a los labios. Se dio cuenta demasiado tarde de que ya había consumido toda la bebida—. He de irme. Dile a Crystal que, termine cuando termine, y yo estaré en casa.

Se levantó y se dirigió hacia las anchas puertas de cristales.

La vi cruzar la terraza, recorrer a zancadas el camino y pisar la arena. Oí ruido de agua corriente al fondo de la casa, una voz masculina murmurando y unas carcajadas infantiles que resonaron en las paredes alicatadas: eran Griffith, el niño de dos años, y Rand.

Aproveché la ausencia de testigos para inspeccionar el lugar. Por lo general, cuando me dejan a mi aire, abro algunos cajones, miro la correspondencia, y a veces incluso leo una carta o un extracto bancario. En la correspondencia suele haber mucha información, de ahí que violarla se castigue con penas tan severas. A pesar de mi instinto de garduña, no fui capaz de encontrar nada de interés, y me limité a mirar los muebles de la casa, tratando de calcular su valor, un tema en el que no estoy especializada. En un rincón había una mesa redonda con un mantel hasta el suelo, rodeada por cuatro sillas protegidas por esas fundas de tela que se atan al respaldo con un lacito. Levanté una funda y vi que se trataba de sillas metálicas plegables, normales y corrientes. La misma mesa no era más que un tablero de contrachapado sujeto con tornillos a un rústico juego de patas. Constituía una prosaica metáfora de casi todo lo que veo mientras hago mi trabajo: lo que parece bueno a simple vista suele ser mierda en cuanto hurgas un poco.

En la pared del fondo, a la izquierda, había estanterías hasta el techo, con una escalera de mano enganchada a un rail que las recorría a media altura. Una inspección más escrupulosa puso de manifiesto que los estantes estaban llenos de novelas de amor firmadas con sonoros seudónimos femeninos. Una chimenea independiente, a la sueca, proporcionaba calor en las noches frías sin obstaculizar la vista del mar. Entre la cocina de diseño y la parte del comedor que daba a la playa había un gran mostrador en ángulo. A la derecha vi una escalera que me dio envidia. En las dos plantas superiores estaban seguramente los dormitorios y quizás habría un estudio o un despacho doméstico en el que se guardarían los papeles y documentos de la vivienda. Aunque lo más probable era que el correo se enviase a la residencia principal de Horton Ravine, circunstancia que explicaría que no hubiera cartas a la vista.

Oí que alguien cruzaba la habitación del piso de arriba; era un rumor blando, de pies desnudos que pisan un suelo de madera. Levanté los ojos sin pensar, siguiendo el sonido. Entonces descubrí que había una especie de ventana en el techo, de vidrio o de algún plástico transparente, de unos dos metros de lado, que daba al dormitorio de encima. No di crédito a mis ojos cuando vi pasar a Crystal Purcell desnuda. Medio minuto después, bajó las escaleras, descalza y con unos

tejanos viejos, tan bajos de cintura que se le veía el ombligo. Llevaba encima una camiseta gris, muy corta, y con el cuello deformado por el uso. Según mis cálculos, no había tenido tiempo de ponerse ropa interior.

El pelo, de ese rubio subido que se fabrica en los salones de belleza, le llegaba hasta los hombros y le envolvía la cara en un amasijo de bucles. Aún tenía húmedos de la ducha unos cuantos mechones que le caían por el cuello. Me tendió la mano y dijo:

—Hola, Kinsey. Siento haberte hecho esperar. He estado corriendo un rato y quería quitarme de encima el sudor y la arena. —Su apretón fue firme, su voz suave y sus modales agradables aunque contenidos—. ¿Dónde está Anica? ¿Se ha ido? Le dije que te hiciera compañía hasta que terminara.

—Acaba de irse. Dijo que la llamaras en cuanto estuvieras libre.

Se dirigió a la cocina, lanzándome los comentarios mientras avanzaba hasta el frigorífico de acero inoxidable y sacaba una botella de vino.

—Esa mujer ha sido una bendición del cielo, sobre todo con Leila en casa los fines de semana. Ya es bastante difícil la situación sin tener que preocuparme por ella por encima de todo lo demás. Anica es consejera en el colegio privado de Leila.

—Eso me dijo. Es una suerte tenerla tan cerca.

—Es una buena amiga. De las pocas con que puedo contar, añadiría. Los amigos de Dow en Horton Ravine me miran con desprecio.

No se me ocurrió qué contestar y mantuve la boca cerrada. Fui hasta el mostrador, sin perderla de vista. Vi restos de la cena de Griff. En la bandeja de la silla de cromó y plástico todavía había un plato Beatrix Potter de tres secciones, con restos secos de huevo revuelto, tostada y puré de manzana. Del respaldo de la silla colgaba un babero.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Pues no mucho. Desde principios de primavera. La vi en la playa y, más tarde, en la Academia Fitch, en una de esas horrorosas entrevistas con padres. ¿Te ofreció algo de beber?

—Sí. Pero pensé que sería mejor no tomar nada todavía.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

Sacó un sacacorchos del cajón y empezó a abrir la botella mientras se acercaba a un armario en busca de una copa.

—No lo sé —repuse—. No me parece muy profesional, ya que estoy aquí por trabajo.

Confusa, sacó otra copa y la levantó.

—¿Estás segura? No contará en perjuicio tuyo. Podemos sentarnos en la terraza y beber vino mientras contemplamos la puesta de sol.

—Bueno. ¿Por qué no? Me has convencido.

—Estupendo. Detesto beber sola. —Me alargó las copas y la botella—. Si

llevas esto, prepararé algo para picar. Así no se nos subirá tanto el vino..., o no se nos subirá más de lo que queremos.

Recogí las copas con una mano, formando una equis con los pies de las mismas, y encajé la botella entre el brazo y el tórax. Crucé el salón y abrí una puerta con el codo. Una vez en la terraza, lo dejé todo encima de una mesa de madera erosionada que había entre dos tumbonas de playa. El viento que llegaba del océano era húmedo y de olor fuerte, como de caldo de almejas. Respiré hondo, percibiendo un ligero sabor a sal en el fondo de la garganta.

Junto a la casa había dos palmeras de ramas susurrantes que se perfilaban contra el fondo grisáceo. Me acerqué al borde de la terraza y contemplé el oleaje. La playa estaba desierta. Las luces blancas de las plataformas petrolíferas destacaban en alta mar como diamantes sobre terciopelo oscuro. Aquel clima me despertaba cierta sensación de peligro. Me senté y crucé los brazos para protegerme del frío. Estaba a punto de anochecer; oscurecía gradual e indiscriminadamente, y no se distinguía ningún color entre las nubes. A lo lejos, en el horizonte, se veían manchas de plata allí donde los últimos rayos de sol atravesaban el manto del mar. Oí el lejano ronroneo de un avión que se aproximaba a la costa. Visto por los cristales de las puertas, el salón parecía limpio y acogedor. Menos mal que iba protegida por el jersey de cuello alto y por la chaqueta. Miré la botella de Chardonnay, con su elegante etiqueta negra y plata. Me acerqué. El precio marcado era de sesenta y cinco dólares, más de lo que una servidora había pagado aquel mes por el teléfono y la electricidad juntos.

Se encendieron dos lámparas de adorno y Crystal, todavía descalza, salió de la casa con una bandeja con queso, galletas, uvas y trozos de manzana. Se había puesto un ancho jersey azul marino que le llegaba casi hasta las rodillas y que le sentaba muy bien. Dejó la puerta abierta y me miró.

—Parece que tienes frío. Yo estoy acostumbrada al mar, pero tú te estás helando. ¿Quieres que encienda las estufas exteriores? No tardaré ni un segundo. Sirve el vino mientras.

Hice lo que me indicaba, y luego me dediqué a observarla mientras se agachaba sobre una bomba de propano coronada por una pantalla. Llevaba las uñas de las manos y de los pies arregladas a la francesa, con un toque blanco para realzar la media luna de las bases y el arco de las puntas. El efecto era de limpieza, aunque, al igual que el del pelo, no parecía barato y necesitaba retocarse cada dos semanas. Costaba poco imaginársela meneando las caderas. Abrió una válvula y encendió el gas con un mechero eléctrico. La enrojecida pantalla no tardó en ponerse casi blanca. Encendió otra estufa y la volvió hacia nosotras para que el calor llenase el espacio que nos separaba.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor.

—Bien. Si necesitas más calor, no dudes en decírmelo. Tengo un buen suplemento de jerséis en el armario que hay bajo la escalera.

Bebimos vino en silencio mientras meditaba cómo y por dónde empezar.

—Te agradezco que me hayas concedido parte de tu tiempo.

Crystal sonrió ligeramente.

—He pensado más de una docena de veces en contratar a un investigador, pero no quería herir los sentimientos de la policía. Confío por completo en el trabajo que hacen. Aunque parece que Fiona no opina lo mismo.

—Le gusta la idea de que alguien se dedique en exclusiva a los intereses de la familia. La policía tiene otros casos que requieren su atención inmediata. —Me detuve—. Quisiera aclarar que cualquier comentario que hagas estará a salvo conmigo. Si tienes información relevante, tendré que comunicársela, pero no le contaré nada más. Puedes ser todo lo sincera que quieras.

—Gracias. Es lo que me estaba preguntando.

—Deduzco que no os tenéis mucho cariño.

—Difícilmente. Fiona ha hecho lo imposible por convertir mi vida en un infierno.

Tenía el rostro anguloso y la boca ancha. Los ojos eran grises, las cejas claras y las pestañas negras y espesas. Aparte del rímel, llevaba muy poco maquillaje. Habría jurado que se había operado los ojos y la nariz. En realidad, todo lo que veía parecía haber sido retocado o mejorado por algún frenético equipo de cirujanos que se hubiera inclinado sobre ella en la mesa de operaciones para repararle una pieza tras otra.

—Sé que se esfuerza por presentarse como víctima de todo esto —continuó, sonriendo sin estirar la boca—, como la traicionada, la utilizada. La verdad es que no le dio a Dow nada en absoluto. Todo era para ella. Dow llegó a un punto en el que ya no tenía más que lo puesto. Pobre hombre. Cuando pienso en las horas que trabajaba, en todos los sacrificios que hizo por ellas, ¿y a cambio de qué? Durante años, las tres han revoloteado a su alrededor con la mano abierta. Sobre todo Fiona. Siempre aparecía con alguna idea disparatada, como por ejemplo su actual empresa. ¿Diseño de interiores? ¿A quién quiere engañar? Una matrona de Horton Ravine que gasta el dinero de otra persona y, de repente, se pone a hablar de su talento y del «ojo» que tiene para la decoración. Sólo tiene un cliente, una amiga suya que se llama Dana...

—¿Y está casada con un socio de Dow?

—Sí, con Joel Glazer. ¿Cómo es que lo conoces?

—No lo conozco. La conozco a ella. Bueno, la conocí cuando estaba casada con otro.

—No debe de ser muy espabilada. Fiona ha estado sacándole todo lo que ha podido.

—¿Y las hijas de Dow? ¿Cuál es tu relación con ellas?

Crystal se encogió de hombros.

—Con ellas no hay problema. No saben ni la mitad de lo que está pasando. Es probable que me odien, pero al menos tienen la educación de no decirlo. Suelen estar ocupadas desangrando a su padre. Estoy segura de que les preocupa la posibilidad de que haya muerto y nos deje todo el dinero a Griffith y a mí, y lo entiendo. Yo también estaría preocupada si estuviera en su lugar.

Empuñó un cuchillo de mantequilla y lo hundió en el brie. Extendió el queso en una galleta y me la pasó. Con la galleta en la mano, estuve mirando a Crystal mientras se preparaba otra, se la introducía en la boca y la masticaba.

—De todas formas, con Dow desaparecido, todo eso importa bien poco. Las diferencias que pueda tener con Fiona son irrelevantes.

—¿Se te ocurre dónde podría estar?

—Qué más quisiera. Es en lo único en que he pensado durante estas nueve semanas.

—¿Crees que está vivo?

—No, la verdad es que no, pero no estoy segura. Si supiera que ha fallecido, al menos podría afrontar ese hecho, asumirlo y seguir viviendo.

—El inspector me comentó que había desaparecido dinero. Dijo que habían sacado del banco cerca de treinta mil dólares durante los dos últimos años.

—Eso he oído. No supe nada hasta que me lo contaron. Sé que tenía mucho dinero en alguna parte, pero nunca me dijo nada al respecto. Por lo visto, los balances de esa cuenta se enviaban a un apartado de correos que antes fue mío. Dowan me preguntó por él hace un par de meses y le dije que lo había cancelado. Pero parece que estuvo pagando para conservarlo todo este tiempo.

—¿Y por qué te preguntó si ya conocía la respuesta?

Crystal se encogió de hombros.

—Quizá quisiera saber cuánto sabía yo.

—¿Por qué necesitaría ese dinero en efectivo?

—No tengo la menor idea. Utilizaba las tarjetas de crédito para todo.

—¿Podría ser alguna clase de extorsión?

—¿Por qué motivo?

—Es lo que estoy preguntando. ¿Se te ocurre algo?

—¿Crees que lo estaban chantajeando? Es ridículo. ¿Cómo iban a hacerlo?

—¿No es posible?

Me miró brevemente y negó con la cabeza, como si tuviera la mente en blanco.

—¿No es más lógico que un chantajista pida cantidades más sustanciosas, y no tres míseros billetes a la semana?

—Podría resultar más aceptable de esa forma. Una cosa es exigir una elevada cantidad de dinero y otra muy distinta pedir ayuda para ir tirando.

—Estoy segura de que si alguien hubiera estado sacándole dinero me lo

habría dicho. Dow me lo contaba todo.

—O eso crees.

Crystal parpadeó.

—Sí, claro.

—Además, imagina que estuvieras complicada.

—¿De qué manera?

—Puede que pagara ese dinero secreto por ti, para protegerte.

—No lo creo.

Habría jurado que se le habían coloreado las mejillas, pero con aquella luz tan débil era difícil asegurarlo. Desde luego, su mano no tembló cuando se llevó la copa a los labios. La dejó sobre la mesa e introdujo las manos entre las rodillas, como para calentárselas.

Cambié de táctica, ya que no quería que se aislara de la conversación.

—¿Estarías dispuesta a retroceder y a contarme qué han sido para ti estas nueve semanas? —pregunté.

Dejó escapar un bufido.

—Ha sido espantoso —repuso. Horrendo. A estas alturas estoy aturdida, pero los dos o tres primeros días tenía la adrenalina por las nubes y realmente me agoté. La casa estaba repleta de gente: mis amigos, las hijas de Dow, sus amigos y colegas. Yo no quería ver a nadie, pero tampoco podía negarme. No tenía suficiente energía para resistirme, así que no dejaban de danzar a mi alrededor. Lo soporté a duras penas. Lo único que quería era estar al lado del teléfono, ir a la puerta y volver, gritar, emborracharme. Durante días recorrí el trayecto entre la casa y la clínica, comprobando todas las rutas posibles. Cuando me daba cuenta de que llevaba horas al volante, comprendía que era una insensatez. Dow podía estar en cualquier rincón y la posibilidad de que llegara a localizarlo era infinitamente pequeña.

—¿Sucedió algo inusual el día de su desaparición? ¿Alguna actitud, algún comentario que ahora te parezca extraño?

Negó con la cabeza.

—Fue como cualquier otro viernes. Estaba haciendo planes para el fin de semana. El sábado iba a participar en un campeonato de tenis en el club de campo. Nada especial, pero le gustaba. El sábado íbamos a ir a cenar con unos amigos, una pareja que se había mudado hacía poco y que posee una cadena de restaurantes en Colorado.

—¿Podrías darme sus nombres?

—Claro. Te daré una lista antes de que te vayas.

—¿Nadie informó de nada fuera de lo normal?

—No que yo sepa. Habla con sus colegas y con el personal del geriátrico. Yo ya he hablado con muchos y les he preguntado lo mismo. También la policía ha hecho indagaciones. Todos se han prestado a cooperar, pero nadie parece saber

nada; y si alguien sabe algo, no lo ha dicho.

—¿Tenía problemas en el trabajo?

—Siempre hay problemas en el trabajo. Dow se lo toma muy en serio. Está siempre rodeado de pacientes, de empleados, de trámites inherentes a la administración. También se encarga de las contrataciones, de los despidos y de las revisiones anuales de los sueldos. Siempre hay algo que hacer. Es cosa del animal humano. Últimamente dedicaba mucho tiempo a los libros. El año fiscal de la clínica termina el 30 de noviembre y a Dow le gusta tenerlo todo a punto.

—¿Invierte entonces en la clínica la mayor parte de su tiempo?

—Exacto. Se retiró de la práctica privada hace unos cinco años. Aparte de ciertas obras de caridad a las que aún tiene mucho aprecio, se pasa las horas en Pacific Meadows, organizándola y dirigiéndola.

—¿Sus responsabilidades eran..., son médicas o administrativas?

—Yo diría que de las dos clases. Está muy interesado por los pacientes, aunque no los trata él, desde luego; ya tienen sus propios médicos para atender a sus necesidades. Pero Dow está ahí todos los días, supervisando el funcionamiento general. Tengo que decirte que no siempre es fácil. Cuando tu especialidad es la geriatría, sabes que vas a perder a las personas con las que más simpatizas.

—¿Alguien en particular?

—Bueno, no. No hablaba de nadie en concreto, y no estoy diciendo que no lo soportara. Claro que sí. Llevaba muchos años trabajando con ancianos. Sólo digo que estas cosas siempre pasan factura emocional.

—¿Cabe la posibilidad de que haya huido?

—No.

—¿Estás segura?

—Totalmente. ¿Quieres saber por qué? Por Griff. Esa criatura es la niña de sus ojos. Si llegaba tarde a casa, enseguida iba al dormitorio de Griff. Se echaba un rato en la cama, a su lado, y se quedaba contemplando su sueño. A veces también él se quedaba dormido. Nunca dejaría voluntariamente a Griffith.

—Entiendo —dije.

—Además hay otra cosa. Dow está escribiendo un libro. Es un proyecto que lleva años acariciando. Ha visto muchos cambios en medicina y tiene historias maravillosas que contar. No creo que renunciara a eso.

—¿Y vosotros dos? ¿Os llevabais bien?

—Estábamos muy unidos. La verdad es que habíamos hablado de tener otro hijo, ahora que Griffith tiene dos años.

—Así que estás convencida de que ha pasado algo malo.

—Muy malo. Pero no sé qué es. Si lo hubieran herido o secuestrado, estoy segura de que ya nos habríamos enterado.

—¿Y sus jefes? ¿Qué sabes de ellos?

—En realidad, no mucho. Sólo he visto dos veces a Joel Glazer y una de ellas fue en la inauguración del anexo de Pacific Meadows, y no tuvimos tiempo de hablar. Tal como yo lo entiendo, Joel y Harvey Broadus han amasado una fortuna con la construcción, edificando centros para jubilados en el sudoeste. También tienen una cadena de residencias, además de varias clínicas por toda California. Veíamos a Harvey de vez en cuando, en reuniones sociales, pero parece que ahora está en medio de un desagradable divorcio y no asoma mucho la nariz. Es un poco amanerado para mi gusto, pero sólo es una opinión personal. En cualquier caso, cuando Dow se retiró, en 1981, se encontró con que no tenía nada que hacer. Todo el mundo sabe que la comunidad médica lo tenía por un gran profesional. Se pusieron en contacto con él con Pacific Meadows en la mente y le propusieron que se hiciera cargo de la administración.

—¿Y los tres se llevan bien?

—Por lo que sé, sí. Aunque apenas se ven. Joel y Harvey están contentos con él, así que van a lo suyo y dejan en paz a Dow. De la facturación se encarga una gestoría. A Dow le preocupó al principio que pudieran interferir en la marcha de la clínica, pero al final no fue así.

—¿Cuánto tiempo hace que son propietarios de la clínica?

—Creo que la compraron en 1980. Está en Dave Levine Street, en el cruce con Nedra Lane. Seguro que has pasado cientos de veces por delante. Es como la mansión de *Lo que el viento se llevó*, pero sin las tierras, con grandes columnas blancas en la fachada.

—Ah, esa. La veo a mi derecha cada vez que paso por esa parte de la ciudad. Debe de haber cinco o seis geriátricos en esa calle.

—Los empleados la llaman «la Calle del Formol», sin ánimo de ofender. A Dow no le gusta que yo pronuncie ese nombre.

—¿Cómo os conocisteis?

—Mamá...

Crystal miró hacia el interior de la sala.

—Estamos aquí. —Debió de ver a Leila, porque se volvió con cara de fastidio e incredulidad—. Por el amor de Dios.

Seguí su mirada.

Leila bajaba las escaleras dando patadas con unos zapatos blancos de raso; los tacones eran tan altos que casi no podía tenerse en pie, y los tobillos le temblaban como si estuviera patinando por primera vez en su vida. Bajo la cazadora de cuero negro llevaba un top transparente de encaje y una larga y estrecha falda de lana. Con catorce años, aún estaba en aquella semisalvaje etapa del desarrollo: pecho liso, caderas estrechas y piernas huesudas. La falda larga no podía haberle sentado peor; parecía el cilindro de cartón de un rollo de papel de cocina. También se había hecho algo extraño en el pelo, que llevaba muy corto, teñido de rubio blanquecino y apuntando en todas direcciones. Se había

ensortijado unas mechas y dejado el resto tan revuelto como el algodón de azúcar. Llegó a la puerta y se nos quedó mirando.

—¿Qué es ese disfraz? —dijo Crystal.

—No es ningún disfraz. ¿Qué le pasa?

—Estás ridícula. Eso le pasa.

—Tú también. Pareces una pordiosera con ese jersey hasta las rodillas.

—Por fortuna, no me ve nadie. Ahora haz el favor de subir a ponerte algo decente.

—Joder, ¿siempre tienes que preocuparte tanto por el qué dirán?

—Déjalo ya. Estoy harta de pelearme contigo.

—Entonces ¿por qué no me dejas en paz? Puedo vestirme como me dé la gana. No es tu problema.

—Leila, no vas a salir vestida de ese modo.

—Genial. Pues me quedaré. Muchas gracias y que te den por el culo.

—¿Dónde tienes la maleta? —dijo Crystal con voz tranquila, esquivando la provocación de Leila.

—No llevo maleta. Te he dicho que no pienso ir. Prefiero quedarme.

—No lo viste la última vez y prometí que en esta ocasión irías.

—No tengo por qué ir si no quiero. Es decisión mía.

—No, no es decisión tuya, sino mía, así que deja de discutir.

—¿Por qué?

—Leila, estoy harta de tus insolencias. ¿Qué te pasa?

—Que no quiero ir. Es un coñazo. Lo único que hacemos es sentarnos a ver películas de vídeo.

—¡Lo mismo que haces tú aquí!

—Prometiste que podría ver a Paulie.

—Nunca dije tal cosa. Y no cambies de tema. Paulie no tiene nada que ver en esto. Lloyd es tu padre.

—¡No lo es! Ni siquiera somos parientes. Es otro de tus viejos y estúpidos exmaridos.

—Mi único exmarido. Sólo me he casado dos veces —dijo—. ¿Por qué te comportas de una manera tan hostil y repelente? Lloyd te adora.

—¿Y qué?

—Leila, te lo advierto.

—Si tanto me adora, ¿por qué me obliga a perder el tiempo con él, en contra de mi voluntad?

—No te obliga él, te obligo yo y se acabó. Ahora vete.

—Pero yo quiero ver a Paulie.

—Rotundamente no.

—Joder, mira que eres mezquina. No te importo una mierda.

—Exacto. Sólo estoy aquí para fastidiarte y maltratarte. Rápido, llama a

Protección de Menores.

—Si crees que Lloyd es tan fantástico, ¿por qué no vas a verlo tú?

Crystal cerró los ojos para contener la ira.

—No hagamos una escena delante de extraños. Tiene la custodia compartida, ¿no? Ha de recogerte a las siete, lo que significa que ya está en camino. Iré a buscarte el domingo a las diez. Ahora ve a cambiarte de ropa. Y será mejor que te prepares la bolsa, porque si no la prepararé yo y no te gustará lo que elija.

La muchacha se puso seria, y vi que se le enrojecían las aletas de la nariz y las comisuras de la boca mientras se esforzaba por contener las lágrimas.

—Eres muy injusta —protestó, y se alejó taconeando escaleras arriba. Nada más entrar en su habitación cerró de un portazo y volvió a gritar—: ¡Guarra!

Crystal reanudó nuestra conversación sin hacer más referencia a Leila que un movimiento de cabeza y un parpadeo.

—Dow y yo nos conocimos en Las Vegas, en casa de unos amigos comunes. La primera vez que lo vi, supe que acabaría casándome con él algún día.

—¿No estaba casado?

—Bueno, sí. Técnicamente, pero no *felizmente* —repuso, como si la angustia conyugal de Dow justificase que ella se hubiera metido en el territorio de otra—. Ya has visto a Fiona. Sólo tiene seis meses menos que él, pero parece que tenga cien años. Bebe, fuma dos cajetillas al día y es adicta al Valium, cosa que dudo que mencionara al hablar contigo. Dow cumplió sesenta y nueve años la primavera pasada, pero nunca lo adivinarías por su aspecto. ¿Has visto alguna foto suya?

—Había una en el periódico.

—Bueno, esa era horrorosa. Tengo otra mejor. Espera.

Se levantó y entró en el salón. Al poco rato, volvió con una foto en color enmarcada. Se sentó de nuevo y me dio la fotografía. Inspeccioné la cara de Dow Purcell. La foto, tomada en el campo de golf, había sido recortada para que no se viera a los otros tres del cuarteto. Tenía el pelo blanco y muy corto, el rostro enjuto y la piel bronceada, y parecía estar en buena forma; llevaba polo, calzado deportivo claro y un guante de piel claro en la mano derecha. No se veía el extremo del palo de golf que sostenía ante sí en posición vertical.

—¿Dónde se la hicieron?

—En Las Vegas. El mismo viaje. Fue en otoño de 1982. Un año después nos casamos.

Le devolví la foto.

—¿Fue a jugar?

Se quedó mirando la foto fijamente.

—No. Fue a dar una charla en un simposio sobre medicina geriátrica. Las Vegas le gustaba por el golf, que jugaba durante todo el año. Era un cinco bajo par, realmente muy bueno.

Me extrañó que de repente se refiriera a él en pasado, pero decidí no desviar su atención del tema.

—¿Tú juegas?

—A veces, pero lo hago fatal. Juego para hacerle compañía cuando no encuentra a nadie más. Está bien cuando viajamos, porque así tenemos algo con que entretenernos. —Dejó la foto en la mesa y la miró brevemente antes de volverse hacia mí—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Hablaré con todos los que puedan tener algo que ver con el caso y trataré de averiguar qué ha sucedido.

—Ahí está tu mami —dijo una voz masculina.

El hombre apareció en la puerta llevando de la mano a Griffith, que ya estaba preparado para irse a la cama, con un pijama de franela hasta los pies rematado con suelas de goma y provisto de una abertura detrás para cambiarle los pañales. Su cara era un óvalo perfecto; las mejillas, regordetas; y la boca, un capullito rosa. Llevaba el pelo todavía húmedo, con la raya a un lado y peinado hacia atrás. Donde el cabello se había secado se estaban formando ya unos rizos rubios. Estiró los brazos sin decir nada y Crystal se inclinó para alzar al pequeño. Se lo puso en el regazo y lo miró fijamente mientras le hablaba con voz de pito.

—Griffie, te presento a Kinsey. Dile «hola».

El niño siguió mudo.

Crystal le cogió una mano y la agitó hacia mí.

—Hola, hola. Eztoy lizo pada idme a la camita ahoda. Buenaz nochez.

—Buenaz nochez, Griffith —dije, para seguirle la corriente.

Era peor que hablar con un perro. Al menos no esperas que los perros te contesten con voz de pito. Me pregunté si cuando reanudáramos la conversación seguiríamos hablando como personajes de dibujos animados.

Miré a Rand.

—Hola. ¿Eres Rand? Kinsey Millhone.

—Ay, lo siento. Os tendría que haber presentado.

—Encantado —dijo Rand.

Debía de andar por los cuarenta; era moreno, muy delgado, y llevaba tejanos y una camiseta blanca en la que aún se notaban las salpicaduras del baño del niño. Al igual que Crystal, iba descalzo, como si fuera inmune al frío.

—Será mejor que me vaya y os deje acostar al niño —dije.

Rand tomó al niño de los brazos de su madre y se alejó con él, sin dejar de hablarle. Esperé a que Crystal anotara los nombres y teléfonos de los socios de su marido y el de su mejor amigo, Jacob Trigg. Intercambiamos unos comentarios sin importancia, me dijo que podía llamarla siempre que la necesitara y me fui.

Al salir me crucé con Lloyd, el padrastro de Leila, que llegaba en aquel momento. Conducía un viejo Chevy descapotable con la capota hecha trizas y desteñida por el sol, y con pegotes de base plástica en las abolladuras que

esperaban la mano de pintura definitiva. Llevaba un corte de pelo infantil, y gafas de vidrios grandes y montura de concha. Tenía cuerpo de corredor o de ciclista, largo, con piernas delgadas y ni un gramo de grasa a la vista. A pesar del frío, llevaba pantalón corto, camiseta negra y zapatillas deportivas sin calcetines. No parecía haber cumplido los cuarenta, aunque era difícil determinarlo con un simple vistazo en el momento en que me pasaba por delante. Hizo un ademán con la cabeza y murmuró un breve «hola» al acercarse a la puerta principal. En el instante en que me disponía a arrancar el coche empezaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Aparte de Henry, el local de Rosie estaba vacío cuando llegué, poco después de las siete de la tarde. Cerré el paraguas y lo apoyé en la pared, al lado de la puerta. Al parecer, la clientela de la *Happy Hour* ya había estado allí y se había marchado, y los bebedores del barrio todavía no habían aparecido en busca de la dosis nocturna. La cavernosa sala olía a ternera y a lana húmeda. Unos periódicos empapados hacían de felpudo en la entrada, y se distinguían las huellas de suciedad y tinta que habían dejado las suelas humedecidas al pisar el linóleo. El televisor, situado en un extremo de la barra, estaba encendido, aunque le habían bajado el volumen. Por la pantalla desfilaban las imágenes de una vieja película en blanco y negro. En una escena nocturna y lluviosa, un turismo de 1940 iba a toda velocidad por una carretera llena de curvas. Las manos de la mujer se crispaban en el volante. Por el parabrisas se veía un autoestopista esperando en la curva siguiente, lo cual no auguraba nada bueno.

Henry estaba solo, sentado a una mesa de cromo y formica, a la izquierda de la puerta, con el impermeable doblado en la silla que tenía enfrente y el paraguas formando un charco de lluvia al pie de la pata de la mesa en la que estaba apoyado. Se había llevado la bolsa marrón en la que Rosie había guardado las facturas médicas de su hermana. Tenía al lado un vaso de Jack Daniel's y las gafas le habían resbalado hasta la punta de la nariz. En la silla de al lado había un fichero de acordeón, con los bolsillos etiquetados por meses. Lo miré mientras desdoblaba una factura, comprobaba el membrete y la fecha y la guardaba en el correspondiente apartado antes de pasar a la siguiente. Acerqué una silla.

—¿Necesita ayuda?

—Claro. Algunas son de hace dos años o más.

—¿Pagadas o sin pagar?

—Eso todavía no lo sé. Supongo que las habrá de las dos clases. Es un caos.

—No puedo creer que se haya ofrecido a hacer esto.

—No es para tanto.

Cabeceé sonriendo. Henry es un encanto, y sé que haría lo mismo por mí si lo necesitara. Nos mantuvimos en agradable silencio, abriendo y ordenando facturas.

—¿Dónde se ha metido Rosie? —pregunté.

—En la cocina. Está haciendo un budín de hígado de becerro con salsa de anchoas.

—Suena apetitoso —comenté, y Henry me fulminó con la mirada—. Bueno, podría serlo, ¿no? —rectifiqué.

Rosie estaba especializada en preparar platos húngaros inverosímiles, imposibles de pronunciar y a veces demasiado raros para engullirlos. Como por ejemplo, su caldo de gallina con uvas blancas. Dado su carácter autoritario, solíamos pedir lo que nos aconsejaba y tratábamos de mostrarnos entusiasmados ante lo que se avecinaba.

Se abrió la puerta de la cocina y apareció William, elegantemente vestido con traje de rayas y chaleco y con el periódico vespertino bajo el brazo. Como Henry, es alto y de miembros largos, con los mismos ojos azules y la cabeza igualmente cubierta de pelo blanco. Se parecían tanto que podían pasar por dos gemelos que habían desarrollado ligeras diferencias con el paso de los años. No obstante, la cara de Henry era más estrecha, y William tenía la barbilla y la frente más pronunciadas. Cuando William llegó a la mesa, pidió permiso para sentarse con nosotros y Henry le señaló la silla libre.

—Buenas tardes, Kinsey. Ya veo que estáis muy ocupados. Rosie no vendrá todavía porque está preparando la cena. Vais a comer budín de hígado de becerro con colinabo.

—Me está asustando —dije.

William abrió el periódico, buscó la sección segunda y miró la página de esquelas funerarias. Aunque su hipocondría vitalicia se había mitigado con el matrimonio, todavía sentía fascinación por la gente que había accedido al otro mundo de mano de sus enfermedades. Y se enfadaba si una esquila no especificaba la naturaleza de la dolencia que se había llevado al difunto. En momentos de depresión o de inseguridad, volvía a las manías de siempre e iba a entierros de desconocidos, preguntando discretamente a los demás asistentes por el motivo de la defunción. Para él era fundamental identificar los primeros síntomas de la enfermedad decisiva: visión borrosa, vértigo, dificultad respiratoria..., los mismos síntomas que él empezaría a experimentar la semana siguiente. Nunca se quedaba tranquilo hasta que averiguaba la verdad. « Molestias gástricas », nos decía después, con cara de saberlo todo. « Si hubiera ido al médico la primera vez que las sintió, hoy es posible que estuviera con nosotros. Me lo dijo su hermano ». « Todos tenemos que morir algún día », decía siempre Henry.

William se lo tomaba a mal, y replicaba: « No tienes por qué ser tan pesimista. Autovigilancia, esa es mi idea. Escuchar los mensajes del cuerpo... ». « Pues el mío dice: “Algún día morirás por mucho que te vigiles, viejo pedorro” ».

Aquella noche, Henry echó una discreta ojeada al periódico de William.

—¿Algún conocido?

William negó con la cabeza.

—Un par de críos de setenta años; sólo uno trae foto. No creo que se la hicieran después de 1952. —Miró fijamente la página—. Espero que de jóvenes no tuviéramos nosotros esta pinta de lameculos.

—Tú sí —dijo Henry, tomando un sorbo de whisky—. Si te mueres antes, sé exactamente la foto que daré al periódico. Aquella del viaje que hicimos en verano a Atlantic City, en la que estás con unos pantalones bombachos que parecen pololos. Llevas la raya del pelo en el centro y da la sensación de que te has puesto pintalabios.

William adelantó la cabeza.

—El señor todavía está celoso porque le quité a Alice Vandermeer. Bailaba el fox trot divinamente y tenía un montón de dinero.

—Tenía un forúnculo en la mejilla del tamaño y el color de una pasa de Corinto. Nunca sabía por dónde mirarla, así que se la cedí.

William llegó a los anuncios por palabras y se puso a comparar las descripciones de los perros y los gatos « encontrados » con las de los perdidos; solía encontrar coincidencias. Mientras Henry y yo seguíamos abriendo y clasificando las facturas de Klotilde, William nos entretenía comentando anuncios. Levantó la mirada del periódico y anunció, mirándome:

—Aquí hay algo que podría interesarte. ¿Todavía necesitas despacho? Deberías mirar esto. Cincuenta metros cuadrados, recién restaurado, en el centro de la ciudad. Doscientos cincuenta al mes, listo para estrenar.

Dejé lo que estaba haciendo y acerqué la cabeza.

—Bromea. Déjeme verlo.

William me pasó la página y señaló el anuncio, que decía:

ALQUILER: 50 M² EN FINCA VICTORIANA RECIÉN RESTAURADA, EN PLENO CENTRO, JUNTO PALACIO JUSTICIA; BAÑO PROPIO, ENTRADA PARTICULAR, TERRAZA PRIVADA. 250 DÓLARES MES. LLAMAR A RICHARD A PARTIR 6 DE LA TARDE.

Luego venía un teléfono.

Lo leí dos veces, pero el mensaje no cambió.

—Apuesto a que es un timo. En estos anuncios, siempre ponen las cosas mejor de lo que son.

—No pierdes nada llamando.

—¿Eso cree?

—Desde luego.

—¿Y si ya lo han alquilado?

—No habrás perdido nada. Quizás ese tipo tenga más. —Sacó una moneda del bolsillo del chaleco y la dejó en la mesa, delante de mí—. Llama.

Recogí la moneda y el periódico y eché a andar. El teléfono estaba en el vestíbulo, una zona débilmente iluminada por un anuncio de Budweiser. Marqué el número y volví a leer el anuncio mientras oía cinco timbrazos. Por fin respondieron y pedí que me pusieran con Richard.

—Soy yo.

Le eché unos treinta años, aunque por teléfono una voz puede engañar bastante.

—Llamo por el anuncio del despacho que viene en el periódico de esta tarde. ¿Está todavía libre? —pregunté, no sin advertir que en la voz se me había infiltrado un ligero timbre quejumbroso.

—Sí, pero exigimos contrato por un año como mínimo, el alquiler de dos meses y un depósito.

—¿En qué calle está?

—Floresta. Enfrente de la comisaría, a unos seis portales de distancia.

—¿Y el precio es correcto? El anuncio dice doscientos cincuenta dólares al mes.

—Es sólo una habitación. Tiene armario y cuarto de baño privado, pero no es grande.

Imaginé una cabina telefónica.

—¿Puedo ir a verlo esta noche?

—Da la casualidad de que mi hermano está ahora enmoquetándolo y yo voy hacia allí. Si quiere echar un vistazo, podemos vernos en el lugar dentro de un cuarto de hora.

Según mi reloj eran las siete y media.

—Estupendo. Voy ahora mismo. ¿Cuál es la dirección exacta?

Me la dio.

—Puede entrar por el aparcamiento que hay en la parte trasera. Verá las luces en el primer piso. Mi hermano se llama Tommy, y el apellido es Hevener.

—Yo soy Kinsey Millhone. Muchas gracias. Hasta dentro de un cuarto de hora.

Salta a la vista que antes había sido una casa unifamiliar: un edificio de madera de una sola planta, con buhardillas en las vertientes del tejado y multitud de adornos inútiles. A las ocho menos dieciocho minutos doblaba con el VW por el camino del aparcamiento, rebanando las sombras con los faros. Reduje la velocidad y miré por la ventanilla. La pintura blanca parecía reciente y había macizos de flores por todas partes. ¿Cómo no lo había visto antes? La situación era ideal, a una manzana de donde estaba por entonces, y el precio no podía ser

mejor. Conté diez plazas de aparcamiento en el estrecho patio pavimentado con asfalto y vallado por dos lados. En una plaza había una furgoneta negra, pero las demás estaban libres a aquella hora. En la entrada del callejón trasero había un cubo grande de basura. Si miraba hacia arriba, veía las ventanas del despacho de Lonnie y la tapia que cerraba el pequeño patio que había detrás de su edificio. Aparqué y salí del coche, tratando de dominar la euforizante esperanza que me dominaba. Por lo que sabía, la propiedad estaba en venta, o en el solar se había instalado antaño una gasolinera y tenía el suelo todavía manchado de benceno y otros productos cancerígenos.

Detrás de la casa habían construido una ancha terraza de secoya y una larga rampa de madera para facilitar el acceso a los minusválidos. Del centro de una mesa de cristal rodeada por cuatro sillas brotaba una sombrilla grande de lona blanca. Y había grandes macetas de barro con hierbas. Estaba a punto de desmayarme. Las luces de la planta baja estaban encendidas. Entré en un pequeño vestíbulo. Vi una puerta abierta a mi derecha. El olor a pintura reciente era intenso, pero cedía ante el ímpetu del tufillo a moqueta nueva. Cerré los ojos y recé en silencio, arrepiñtiéndome de mis pecados y prometiendo no reincidir. Abrí los ojos y crucé la puerta, peinando la habitación con una sola mirada.

La habitación medía cuatro por cuatro, y dos de las paredes tenían ventanas nuevas de manivela. En lugar de las cortinas convencionales, había dos juegos de persianas blancas. En la pared del fondo había dos puertas abiertas; una daba a un pequeño lavabo, y la otra a lo que a todas luces había sido un cuarto de vestir. Un joven pelirrojo con tejanos, camiseta verde oliva y gruesas botas de trabajo estaba sentado en el suelo, golpeando con el pie un clavo de moqueta para que quedara bien estirada. Habían puesto ya el cable telefónico, y el aparato descansaba encima de una caja de cartón vacía.

La moqueta era de nailon industrial, con un dibujo de motas marrones sobre un fondo gris carbón. Vi el cuchillo de enmoquetar, de hoja curva y gruesa, y el martillo con que había asegurado el tejido bajo las tiras de clavos. Los trozos de moqueta sobrantes estaban amontonados en medio de la habitación. Pegada a la pared había una nevera de plástico, cerca de una papelera llena también de trozos de moqueta. La bombilla de doscientos vatios que colgaba del techo daba a la habitación una atmósfera asfixiante.

—Hola, soy Kinsey —dije—. Tu hermano dijo que vendría a las ocho menos cuarto. ¿Eres Tommy?

—Sí. Richard siempre llega tarde. Está garantizado. Yo soy el bueno, el que aparece cuando se le espera. Aguarda un momento. Ya casi he terminado.

Levantó la cara y me sonrió, todo él ojos verdes y dientes blancos. Unas arrugas profundas le flanqueaban la boca como si fuesen abrazaderas. Pelirrojo y de faz rubicunda, el efecto era electrizante, como una película en blanco y negro con una inesperada secuencia en tecnicolor. Aparté los ojos al sentir que un

escalofrío me recorría la espalda. Creo que no lancé ningún gemido.

Vi cómo daba patadas, martilleaba y cortaba, y cómo se le hinchaban los músculos de los hombros y la espalda mientras trabajaba. Tenía los brazos cubiertos de venas y de un fino vello rojo. El sudor le corría por las mejillas. Encogió un hombro y se secó la cara con la manga de la camiseta. Dejó el martillo y se puso en pie, limpiándose las manos en las perneras del pantalón. Luego me tendió una mano y dijo:

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Kinsey. El apellido es Millhone, con dos eles.

El sol había dejado huella en su tez clara, trazándole en la frente y alrededor de los ojos una serie de rayas. Le eché veintitantos años, casi treinta, un metro con setenta y cinco, y alrededor de setenta kilos. Con mi pasado policiaco, aún veía a los hombres como sospechosos a los que tendría que identificar más tarde en una rueda de reconocimiento.

—¿Te importa si echo un vistazo?

—Como quieras —repuso, encogiéndose de hombros—. No hay mucho que ver. ¿A qué te dedicas?

Entré en el lavabo y mi voz retumbó entre las baldosas.

—Soy investigadora privada.

Un inodoro, un lavabo con un armario de espejos encima. La ducha era de fibra de vidrio, con puerta de cristal y marco de aluminio. El suelo era de baldosas blancas, lo mismo que las paredes hasta media altura. Por encima había un papel estampado con motivos florales crema, blancos y gris carbón. El efecto era tan innovador como anticuado. También era fácil de limpiar.

Volví a la habitación principal, fui al vestidor y contemplé el espacio de un metro por dos, completamente enmoquetado, vacío y pintado de blanco. Los archivadores y accesorios de oficina cabrían más que de sobra. Incluso había un gancho para colgar la chaqueta. Salí y recorrí con la mirada la habitación principal. Si ponía el escritorio frente a la ventana, veía la terraza. Las persianas me venían estupendamente; si entraba un cliente, podía bajar las inferiores para que no se viese por fuera y dejar subidas las de arriba para que entrara luz. Probé la manivela de la ventana y giró suavemente emitiendo un leve chirrido. Me asomé.

—¿No hay termitas ni goteras?

—De eso nada. Te lo puedo garantizar porque lo he comprobado personalmente. Es un sitio muy tranquilo. Tienes que verlo de día. Por las ventanas entra un montón de luz. Y si hay problemas, tienes a la policía en la acera de enfrente. —Tenía un leve acento del sur.

—Por suerte, mi trabajo no es tan peligroso.

Se metió las manos en los bolsillos. Tenía la cara llena de manchas solares que le moteaban la piel como si fueran pecas. No se me ocurría cómo continuar

la conversación y se produjo un silencio. Tommy lo rompió, sin mucha ayuda por mi parte.

—Este sitio estaba hecho un asco cuando lo compramos. Mejoramos la instalación eléctrica y las cañerías, pusimos techo nuevo y marcos de aluminio. Cosas así. —Hablabas tan bajo que tenía que esforzarme para oírle.

—Está muy bien. ¿Cuánto hace que lo tenéis?

—Cosa de un año. No somos de aquí. Nuestros padres murieron hace unos años, los dos. A Richard le gusta tocar ese tema menos que a mí. Todavía nos duele. Así que ahora sólo quedamos los dos, mi hermano y yo. —Se acercó a la nevera y la abrió sin dejar de mirarme—. ¿Quieres una cerveza?

—Ah, no, gracias. Estaba a punto de cenar cuando me enseñaron el anuncio. En cuanto hable con Richard, volveré allí.

—No te gusta beber y conducir —replicó, sonriendo.

—Algo de eso hay —dije.

Metió la mano entre el hielo, sacó una Pepsi light y tiró de la lengüeta. Levanté la mano, pero no lo bastante rápido para impedirselo.

—De verdad, no quiero nada.

Su voz burlona suavizó el frunce que se le había formado en la frente.

—Ni cerveza, ni refrescos. La lata está abierta. Al menos toma un sorbo. No querrás que se desperdicie entera —dijo, volviendo a ofrecerme la Pepsi y agitando la lata con aire persuasivo.

Acepté por no discutir.

Volvió a la nevera y sacó una botella de Bass Ale. Hizo saltar la chapa y la empuñó por el gollete mientras se sentaba en el suelo. Apoyó la cabeza en la pared y estiró las piernas. Las botas parecían enormes. Señaló la moqueta.

—Siéntate. A lo mejor estás más cómoda.

—Gracias.

Me senté delante de él y tomé un sorbo de refresco antes de dejar la lata a un lado. Tommy bebió un buen trago; parecía de esos hombres acostumbrados a fumar mientras trabajan.

—Antes fumaba —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—. Fue difícil dejarlo, pero creo que me he desenganchado. ¿Tú fumas?

—Hace mucho tiempo.

—Ya hace seis meses que lo dejé. De vez en cuando todavía tengo ganas, pero respiro hondo dos veces, así... —El pecho se le hinchó mientras aspiraba ruidosamente por la nariz. Dejó escapar el aire—. Las ganas desaparecen enseguida. ¿De dónde eres?

—De aquí. Estudié en el instituto de Santa Teresa.

—Mi hermano y yo somos de Tejas, de un pueblo llamado Hatchet. ¿Has oído mencionarlo alguna vez? —Negué con la cabeza—. Está cerca de Houston. Nuestro padre se dedicaba al petróleo. Por suerte vendió la compañía antes de

que el negocio se agotara. Luego lo invirtió todo en bienes raíces, grandes almacenes, edificios de oficinas y todo tipo de fincas comerciales. California es extraña. La gente no parece tan cordial como en el lugar de donde venimos. Sobre todo las mujeres. Hay mucha engreída por aquí.

Volvió a hacerse el silencio.

Tomó otro trago de cerveza y se secó la boca con la mano.

—Investigadora privada. Eso es nuevo para mí. ¿Llevas pistola?

—A veces. Normalmente no. —No me gustaba que me sonsacaran, aunque lo más probable es que quisiera mostrarse amable mientras llegaba su hermano.

Sonrió con desgana, como si percibiera mi innato mal genio.

—¿Y tú qué prefieres? ¿Los mucho más jóvenes que tú o los mucho más viejos?

—Nunca me he planteado nada semejante.

Agitó un dedo.

—Mucho más viejos.

Me ruboricé. Dietz no era tan mayor.

—A mí me gustan las mujeres de tu edad —dijo, enseñando unos dientes blanquísimos—. ¿Tienes novio?

—Eso no es asunto tuyo.

Se echó a reír.

—Vamos, mujer. ¿Hay alguien a quien veas a menudo?

—Más o menos —respondí; no quería mandar al cuerno a aquel muchacho cuando, contra toda esperanza, esperaba alquilar aquel local.

—« Más o menos ». Me gusta. ¿Y eso cuánto es?

—Supongo que « más » .

—No debe de ser un romance, si sólo lo supones. —Entornó los ojos como si consultara con su intuición—. Te diré lo que pienso. Apuesto a que eres una esquizofrénica total. Apuesto a que das una de cal y otra de arena a los demás seres humanos, sobre todo a los hombres. ¿Tengo razón?

—No necesariamente. Yo no lo describiría así.

—Pero seguro que has visto a muchos chicos malos, por el trabajo que tienes.

—También he visto chicas malas.

—Otra cosa que me gusta. Chicas malas, mujeres malas, traidoras, rebeldes... —Levantó la cabeza y miró el reloj—. Ahí llega. Quince minutos tarde. Puntualmente impuntual.

Miré por la ventana y vi que unos faros barrían el aparcamiento. Me puse en pie. Tommy terminó su cerveza y dejó la botella a un lado. La puerta de un coche se cerró de golpe y al poco apareció Richard Hevener, dándose insistentemente con una carpeta en el muslo. Llevaba tejanos y una camiseta negra sobre la que se había puesto una cazadora negra de cuero. Era moreno, más alto que Tommy y mucho más robusto. Era el hermano formal, y parecía

tomarse muy en serio a sí mismo. Aquello prometía ser un aburrimiento.

—Richard Hevener —dijo, alargándome la mano. Nos la estrechamos y se volvió a Tommy—. Tiene buen aspecto.

—Gracias. Terminó de recoger y me voy. ¿Necesitas algo más?

Me aparté a un lado mientras hablaba. Deduje que había otra propiedad en trance de reformarse y que Tommy se pondría a trabajar en ella la semana siguiente. Sus modales habían cambiado en presencia de su hermano, y ya no tenía ganas de coquetear. Terminada la charla, Tommy recogió la papelera llena de trozos de moqueta y se la llevó al cubo de basura que había en la parte posterior.

—¿Qué le parece el lugar? —preguntó Richard, volviéndose hacia mí—. ¿Quiere rellenar una solicitud?

Su acento y su forma de hablar eran mucho menos tejanos que los de Tommy, y eso hacía que su imagen se acercara más a la de una persona mayor, con más sentido de lo práctico.

—Sí, la rellenaré —dije, tratando de no parecer demasiado interesada.

Me pasó la carpeta y un bolígrafo.

—El agua y la basura corren por nuestra cuenta. Usted abonará la luz y el teléfono. La calefacción se paga a partes iguales y varía según la estación. Sólo hay otro inquilino, un contable.

—No puedo creer que no lo hayan alquilado ya.

—Acabamos de poner el anuncio y ya hemos recibido muchas llamadas. Tres después de la suya. Esta noche tengo que ver a otra persona.

Sentí que crecía mi ansiedad. Me apoyé en el alféizar de la ventana y empecé a rellenar la solicitud. Todas son una lata, ya que piden datos que en realidad no interesan a nadie. Puse mi número de la Seguridad Social y el permiso de conducir, y tracé un círculo alrededor de la palabra correspondiente en el apartado que preguntaba si estaba soltera, casada o divorciada. Domicilios anteriores, duración de la estancia y motivos de la mudanza. Di algunas referencias personales y la razón social de mi banco. Algunas cosas me las inventé, y puse una línea de puntos donde se me pedían los números de las tarjetas de crédito y el saldo de las cuentas correspondientes. Cuando terminé, Tommy ya se había ido. Oí su furgoneta en el camino del aparcamiento, y al poco rato se desvaneció el ruido. Di la carpeta a Richard y lo observé mientras leía los datos.

—Si quieres un depósito, puedo dártelo esta misma noche.

—No hace falta. Comprobaré las referencias y el crédito. El lunes vendrán otras dos personas.

—¿Cuánto tiempo tardarás en tomar una decisión?

—A mediados de semana. Indícanos cómo localizarte por si hay que preguntarte algo.

Señalé la solicitud.

—He anotado el teléfono de mi casa y el del trabajo. Tengo contestador automático en los dos sitios.

—¿Esta es la dirección laboral?

—Sí. Tengo un despacho alquilado en el bufete de un abogado llamado Lonnie Kingman. Él y mi casero te dirán que siempre les he pagado puntualmente.

—Todo parece en regla. Si sale algo, te llamaré. Si no, me pondré en contacto contigo cuando haya revisado todas las solicitudes.

—Muy bien. Suena fantástico. Si quieres, podría pagar por adelantado los seis primeros meses.

Mi conducta era ya ridícula, servil e insegura.

—¿En serio? —preguntó Richard. Me miró largamente con aquellos ojos pardos y meditabundos—. Mil quinientos dólares más los ciento setenta y cinco del depósito —dijo, para asegurarse de que yo comprendía a fondo el alcance de mi capricho.

Pensé en el cheque que me había dado Fiona por valor de mil quinientos dólares.

—No hay problema. Podría abonarlos ahora mismo.

—Lo tendré en cuenta —replicó.

A las seis menos un minuto del sábado abrí los ojos automáticamente. Me quedé mirando la claraboya y vi que estaba mojada; todo el plexiglás estaba perlado de finas gotas de luz. La brisa que entraba por la ventana olía a tierra, a aceras mojadas y a los eucaliptos que flanqueaban la calle. En realidad, el olor de los eucaliptos apenas se diferencia del de la orina de gato, pero no quería pensar en eso. Ahuequé la almohada, consciente de que no tenía que salir de la cama arrastrándome para hacer la carrera diaria. A pesar de lo disciplinada que soy con el ejercicio, no hay nada tan delicioso como la oportunidad de seguir durmiendo. Me encogí bajo las mantas y me olvidé del mundo hasta las ocho y media, momento en que me levanté finalmente en busca de aire.

Después de ducharme y vestirme, preparé una cafetera y un tazón de cereales mientras leía el periódico de la mañana. Cambié las sábanas, puse una lavadora y me dediqué a recoger la casa. Cuando era pequeña, mi tía Gin insistía en que adecentara mi cuarto los sábados antes de salir a jugar. Como vivíamos en una caravana, la faena no era muy pesada, pero la costumbre permanece. Limpié el polvo, pasé la aspiradora y fregué el cuarto de baño, actividades mecánicas que me dejaban tiempo para pensar. Alternaba las fantasías, y unas veces redistribuía el mobiliario del nuevo despacho y otras me preguntaba a quién interrogaría a continuación en el caso del doctor Purcell. Con los mil quinientos dólares de la señal de Fiona ingresados en la cuenta corriente, me sentía obligada a trabajar el fin de semana. Resistí la tentación de elaborar teorías tras una sola jornada de trabajo; pero si hubiera tenido que hacer apuestas me lo habría jugado todo a que Purcell estaba muerto. Por la información que tenía sobre él, no me lo imaginaba huyendo sin decir una palabra a su mujer ni a su hijo pequeño. Esto no explicaba la desaparición del pasaporte y de los treinta mil dólares, pero ya averiguaría lo ocurrido con las dos cosas a su debido tiempo. Hasta el momento no había motivo para pensar que estuvieran relacionadas con el caso.

A las once saqué la guía telefónica y pasé las páginas amarillas hasta que encontré la sección de geriátricos. Conté casi veinte. Muchos tenían grandes anuncios enmarcados que detallaban servicios:

RECUPERACIÓN INTEGRAL Y CUIDADOS A LARGO PLAZO...
HABITACIONES ESPACIOSAS EN UN ENTORNO TRANQUILO...
EDIFICIO E INTERIORES DISEÑADOS CON ELEGANCIA... NUEVA
INSTALACIÓN CON JARDÍN SEGURO.

Algunos incluían planos con flechas que señalaban la situación de sus soberbios locales, como si morir en uno de los mejores barrios de Santa Teresa tuviera más mérito. Los nombres de muchas instalaciones sugerían cualquier cosa menos lo que era realmente el lugar: Arroyo de los Cedros, Villa Brezo Verde, Vista Horizonte, Colinas Suaves, Los Jardines. Seguro que nadie se imaginaba frágil, achacoso, abandonado, incapacitado, sólo, enfermo y con incontinencia urinaria entre unos nombres tan poéticos.

Pacific Meadows, la clínica geriátrica que administraba Dow Purcell, prometía cuidados las veinticuatro horas del día y capilla con servicios religiosos, cosa que siempre convenía tener a mano. Además estaba avalada por servicios de la Seguridad Social como Medicare y Medicaid, lo que le daba una ventaja decisiva sobre los competidores del sector privado. Decidí hacer una visita para ver el lugar. Lo más probable era que el personal habitual no estuviese allí el fin de semana, inconveniente que podía convertirse en ventaja. Puede que los empleados más puntillosos estuvieran en casa haciendo limpieza general, como yo.

Metí en el bolso un paquete de fichas sin estrenar, me puse las botas y eché mano al chubasquero y al paraguas amarillo. Cerré la puerta con llave y fui hasta el coche esquivando los charcos. Me deslicé en el asiento del conductor, tiritando de frío. Había estado lloviendo desde el amanecer y las gotas golpeteaban sobre el techo del coche como si fueran clavos que cayeran del cielo. Puse en marcha el motor y me incliné sobre el volante, conduciendo despacio mientras los limpiaparabrisas hacían su trabajo.

El cielo estaba oscuro cuando llegué al aparcamiento de Pacific Meadows, y las luces de las ventanas hacían que el lugar pareciera acogedor y cálido. Elegí una plaza pegada a la puerta y asignada a un empleado cuyo nombre estaba escrito en el suelo, pero que era imposible descifrar con aquella lluvia. Apagué el motor y esperé a que el chaparrón se mitigase. Aun así, tuve que recorrer con cuidado el tramo medio inundado que me separaba de la relativa sequedad de la cubierta entrada principal. Sacudí el paraguas y el chubasquero antes de cruzar la puerta. En un perchero había impermeables y sombreros goteantes. Colgué el chubasquero y dejé el paraguas en un rincón, mientras me orientaba.

En el ancho vestíbulo vi una cola de seis ancianos en silla de ruedas, pegados a la pared como si fueran plantas mustias. Unos parecían dormidos; otros sencillamente miraban al suelo con expresión ausente. Dos estaban sujetos con correas, en una postura provocada por la osteoporosis, que les corroía los huesos

por dentro. Una mujer muy delgada, de largos miembros blancos, había pasado una huesuda pierna por el brazo de la silla y la agitaba con frenesí, a causa del dolor. Retrocedí como si me encontrara ante un choque múltiple de automóviles.

Al final del pasillo, dos mujeres con uniforme verde apilaban sábanas en un carro de lavandería, ya cargado de ropa sucia. Había un olor extraño, no desagradable, sino inusual, como una mezcla de olores dispares: a judías verdes en lata, a esparadrapo, a metal calentado, a alcohol de frotar y a detergente. No había nada molesto en ninguno, pero la combinación era muy singular, como si el aroma de la vida se hubiera viciado.

A mi derecha había unos andadores de aluminio empotrados entre sí, como los carros de los supermercados. El menú del día estaba colgado en la pared, con cristal y todo, como si fuera un cuadro en una exposición. El almuerzo del sábado consistía en croquetas de pollo, maíz con crema, lechuga, tomate, macedonia y una galleta de avena. En mi mundo, la lechuga y el tomate eran guarnición de restaurante, un elemento decorativo del que el cliente no hace caso y que se queda en el plato para ir a parar a la basura. Allí, la lechuga y el tomate compartían importancia, como si formaran parte de un espléndido banquete de nutrientes. Pensé en las patatas fritas y en las hamburguesas con queso y estuve a punto de irme corriendo.

Por unas puertas de cristales se pasaba al comedor, donde estaban los residentes comiendo. Me bastó un solo vistazo para comprobar que había tres veces más mujeres que hombres. Algunos llevaban ropa de calle, pero la mayoría iba en bata y zapatillas, no porque estuvieran obligados a guardar cama, sino porque eran convalecientes. Algunos se volvieron para mirarme, sin brusquedad, con aire de expectación. ¿Estaba allí de visita? ¿Había ido para llevármelos a casa? ¿Sería la hija o la sobrina que esperaban desde hacía tanto tiempo y que iba a proponerles un paseo al aire libre? Aparté la mirada, avergonzada de no poder ofrecerles ningún tipo de contacto personal. Luego, con timidez, levanté la vista y la mano para saludarles. Un indeciso bosque de manos se levantó para responder. Sonreían con tanta dulzura y comprensión que me sentí llena de un sentimiento de gratitud.

Me alejé del comedor y fui al otro lado del vestíbulo. Tras una puerta abierta vi un salón colectivo, vacío en aquel momento, amueblado con sofás heterogéneos, sillas tapizadas, un piano, dos televisores y juegos de mesa. El linóleo del suelo era de un beis brillante y las paredes estaban pintadas de un relajante color azul. Las cortinas eran una profusión de florecillas que combinaban el amarillo, el azul y el verde. Había incontables cojines, bordados, cosidos con punto de cruz, guateados y hechos con ganchillo. Puede que a un pelotón de ancianas le hubiera dado por coser frenéticamente. En un cojín habían bordado un refrán: TENEMOS LA EDAD QUE SENTIMOS. Un pensamiento descorazonador, si teníamos en cuenta a algunos internos que había visto. Había

varias sillas plegables de metal apoyadas en la pared, listas para utilizarse. Todo estaba limpio, pero la «decoración» era impersonal y barata, falta de gusto.

Pasé ante el mostrador de la entrada, que estaba situado en un pequeño entrante, y recorrí el pasillo, orientándome por los rótulos que indicaban los servicios del supervisor de dieta, la supervisora de enfermeras y diversos terapeutas encargados de la ocupación del tiempo, del habla y de los aspectos físicos. Las tres puertas estaban abiertas, pero no había nadie en los consultorios y las luces estaban apagadas. Al otro lado del pasillo vi el cartel de admisiones. La puerta estaba cerrada; quise girar el pomo, pero habían echado la llave. La puerta siguiente era la de Historiales Médicos, que al parecer compartía el espacio con Administración. Me dije que se podía empezar por allí.

Las luces del techo estaban encendidas. Crucé la puerta; no había nadie a la vista. Esperé en el mostrador, mirando por hacer algo la bandeja llena de correo reciente. Eché un vistazo a mi alrededor. Había dos mesas, espalda contra espalda, una con un ordenador y la otra con una máquina de escribir eléctrica que zumbaba ligeramente. Vi archivadores de ruedas, una fotocopidora y ficheros metálicos en la pared del fondo. También había un gran reloj con un segundero que podía oírse a cinco metros de distancia. Como no aparecía nadie, apoyé el codo en el mostrador, con los dedos cerca de la cesta llena de correo. Separando las puntas y ladeando la cabeza, pude leer varias direcciones. Los habituales recibos de la luz y el gas, un servicio de jardinería, dos sobres marrones del Hospital de Santa Teresa, más conocido por Saint Terry.

—¿Qué desea?

Me erguí dando un respingo y dije:

—Hola, ¿cómo está usted?

La joven había salido de la puerta que comunicaba Administración con Historiales Médicos. Llevaba gafas con montura de plástico rojo. Era pálida, pero parecía propensa a criar granos a la menor provocación. Tenía el pelo castaño y de longitud desigual; un mechón le había crecido demasiado y necesitaba un tijeretazo. Bajo la bata verde llevaba pantalones de poliéster. Llevaba bordados a máquina el nombre MERRY PACIFIC MEADOWS en el bolsillo del pecho.

Cruzó el mostrador levantando una trampilla y se sentó en el otro lado. Al principio pensé que tendría unos treinta años, pero poco después rectifiqué y le resté diez. Llevaba un aparato de ortodoncia en la boca, en cuyos alambres todavía tenía parte de la comida. Su aliento olía a tensión y descontento. Su expresión era burlona, pero su voz tenía algo amenazador.

—¿Puede decirme qué estaba haciendo?

Le acerqué un ojo y parpadeé.

—He perdido una lentilla. Puede que se me haya desprendido en el coche, pero acabo de darme cuenta. Pensaba que podía haberseme caído en la bandeja, pero no la veo por ningún lado.

—¿Quiere que la ayude a buscar?

—No te preocupes. Tengo una caja entera en casa.

—¿Ha venido de visita?

—He venido por trabajo —respondí. Saqué la billetera del bolso, la abrí y le enseñé la licencia de Investigadora Privada—. Me han contratado para que aclare la desaparición del doctor Purcell.

Merry miró la licencia, levantando la foto del tamaño de un sello para compararla con mi cara de tamaño natural.

—¿Eres la encargada de las oficinas? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Sólo vengo los fines de semana, mientras la otra chica está de baja por maternidad. De lunes a viernes soy la ayudante de la señora Stegler.

—Ah, ¿sí? Qué bien. ¿Y eso qué implica?

—Ya sabe, escribir a máquina, archivar. Contesto al teléfono, distribuyo el correo entre los residentes, lo que haga falta.

—¿Es la señora Stegler la persona con quien debería hablar?

—Supongo que sí. Es la administradora asociada en funciones. Por desgracia, no vendrá hasta el lunes. Vuelva usted entonces.

—¿Y el señor Glazer, o el señor Broadus?

—Tienen las oficinas en el centro.

—Vaya, qué mala suerte. Tenía que pasar por el barrio y he aprovechado para acercarme. Bueno. Qué le vamos a hacer.

Vi que miraba al ordenador.

—¿Me disculpa un momento?

—Adelante.

Se volvió hacia el monitor de doce pulgadas, de fondo ámbar y letras en negro. Probablemente utilizaba las horas de trabajo para tener al día su correspondencia personal. Apretó teclas hasta que guardó el documento y volvió al mostrador con una sonrisa algo crispada.

—¿Tiene alguna tarjeta? Podría decirle a la señora Stegler que la llame en cuanto llegue.

—Eso sería estupendo. —Revolví un rato en el bolso hasta que encontré una tarjeta—. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

—El uno de diciembre hará tres meses. Todavía estoy a prueba.

Puse la tarjeta en el mostrador.

—¿Te gusta el trabajo?

—Algo, pero no demasiado. Es aburrido, aunque no está mal. La señora Stegler trabaja aquí desde siempre y empezó igual que yo. No es que piense quedarme aquí tanto tiempo como ella. Me quedan dos semestres para terminar la diplomatura.

—¿En qué?

—Enseñanza primaria. Mi padre dice que hay que aceptar trabajos temporales porque en el currículo queda fatal que no hayas trabajado nunca. Como si fueras una vaga o algo por el estilo, cosa que no he sido nunca.

—Sí, bueno, pero si te gusta enseñar no tiene sentido que trabajes en algo que no tiene nada que ver.

—Eso fue lo que dije. Además, la señora Stegler tiene muy mal humor y me saca de quicio. Un día es suave como la mantequilla y de repente empieza a refunfuñar. Que me digan a mí qué problema tendrá esa mujer.

—¿Qué crees tú?

—Ni idea. Todavía están buscando a alguien que ocupe el puesto y ella está que trina. Cree que deberían ascenderla en vez de utilizarla, o al menos así lo cuenta ella.

—Y si la ascendiesen, ¿a quién sustituiría?

—A la señora Delacorte. La que echaron.

Mantuve una expresión de indiferencia. La pobre chica no sólo se aburría, sino que además no había aprendido las normas más elementales, la más importante de las cuales es que jamás hay que confiar secretos de la empresa a gente como yo.

—Ostras, qué mal. ¿Sabes por qué la despidieron? —Cuando me dispongo a fingir de lo lindo, empiezo por las «ostras» y los «jopés».

—No la despidieron exactamente. Más bien la relevaron.

—Ya entiendo. ¿Y eso cuándo fue?

—Cuando le pasó lo mismo a la señora Bart. Había sido la contable hasta entonces. Estaban haciendo entrevistas para cubrir su puesto cuando me la hicieron a mí para este.

—¿Y eso?

—¿Y eso qué?

—Que por qué cesaron la administradora y la contable al mismo tiempo. ¿Fue una casualidad?

—No —repuso—. La señora Bart se fue y la señora Delacorte se enfadó y organizó un escándalo. El señor Harrington sugirió que estaría más a gusto trabajando en otro sitio y la señora Delacorte le tomó la palabra. Es lo que he oído. —Dejó de hablar y sus ojos parecieron crecer tras la montura de plástico rojo—. No estará usted apuntando lo que digo, ¿verdad? No debo chismorrear. La señora Stegler se pondría hecha una fiera.

Levanté las manos.

—Sólo quiero entretenerme hasta que deje de llover.

Se dio unos golpecitos en el pecho.

—¡Uf! Me había puesto nerviosa. No quiero que se lleve una impresión errónea. Quiero decir..., es lo que le dije a ella, nunca me meto en los asuntos de los demás. No va con mi carácter.

—Ni con el mío —repliqué—. ¿Y quién es el señor Harrington? Nunca había oído hablar de él.

—Trabaja para la gestoría de Santa María.

—¿Y es quien te contrató?

—Más o menos. Me hizo una entrevista por teléfono, pero después de que la señora Stegler hubiera leído mi solicitud. Así es como funcionan las cosas aquí. Esos tipos piensan que son los jefes, pero somos nosotros quienes lo hacemos todo.

—Pensaba que el encargado de contratar y despedir era el doctor Purcell.

—No sé nada de eso. Llevaba menos de dos semanas aquí cuando él, ya sabe, se fugó o lo que sea. Creo que por eso tuvo que intervenir el señor Harrington.

—¿Dónde trabaja ahora la señora Delacorte? ¿No lo ha comentado nadie?

—Está en el Saint Terry. Lo sé porque vino la semana pasada a ver a la señora Stegler. Resulta que le salió un empleo estupendo, así que le va bien. Que te echen puede ser una bendición, lo que pasa es que en esos momentos no te das cuenta, o al menos eso dice ella.

—¿Y la señora Bart?

—No sé adónde ha ido.

—¿Conociste al doctor Purcell?

—Sé quién era, pero eso es todo. Su despacho está ahí. Es como si se hubiera desvanecido. Me pone los pelos de punta.

—Qué raro. Me pregunto qué pasaría.

—Yo no sé nada. Todo el personal está muy afectado. Los pacientes lo adoraban. Siempre se encargaba de que todos recibieran una postal el día de su cumpleaños y cosas así. Lo pagaba con su propio dinero, sólo para que estos pobres viejos se sintieran un poco especiales.

—¿Has oído alguna opinión acerca de lo que le pasó?

—Al principio no se hablaba aquí de otra cosa. Yo no, claro, porque casi no lo conocía.

—¿Y qué decía la gente?

Vi que forcejeaba con su conciencia y que deliberaba durante siete segundos; transcurridos estos, La Que Nunca Habla me acercó la cabeza.

—Prometa que no lo repetirá.

—No lo diré ni una vez.

Merry bajó la voz.

—La señora Stegler cree que se ha ido del país.

Yo también bajé la voz.

—Por...

—Medicare. La Seguridad Social.

—Ah, claro. Alguien lo mencionó tiempo atrás, pero no tuve oportunidad de

preguntar. ¿Y por qué?

—Fraude —repuso—. El invierno pasado, la OIG...

—¿La OIG?

—Sí, la Oficina del Inspector General. Pertenece al Ministerio de Sanidad y Servicios Humanos. Bueno, pues la OIG nos mandó un fax con un listado de gráficas y pagos que querían ver. La señora Stegler dijo que al principio el doctor Purcell no hizo caso, que a veces te pinchan un poco para que no te pases de listo. Pero volvieron a la carga, y entonces se dio cuenta de que iba en serio. Fue enviando la información para ver cómo reaccionaban. Fatal. La caca le llegaba al labio inferior, por repetir lo que dijo la señora Stegler.

—¿Por eso trabajó hasta tan tarde los dos últimos meses?

—Bueno, sí.

—Entonces, ¿están investigando este centro?

—Sí. Empezó como una auditoría. Querían todos los papeles de los dos últimos años, desde que el doctor Purcell entró a trabajar como director médico. Bueno, es director médico y administrador, con un guión en medio. Por lo que dice la señora Stegler, si Pacific Meadows pierde la subvención, la cerrarán. Por no hablar de las sanciones que caerán..., ya sabes, multas y restituciones. Ella dice que habrá incluso cárcel, además de vergüenza pública. Los Purcell son gente guapa y bien, así que ya puede imaginar el escándalo. El doctor Purcell se llevaría la peor parte. Como si tuviera el culo en una honda. Son palabras de la señora Stegler, no mías.

—¿Y sus jefes?

—Ah, esos dos no tienen nada que ver con el fraude. Andan por todo el estado, ocupándose de otros asuntos.

—Bueno, parece que el doctor Purcell lo tiene mal —comenté.

—Si me pasa a mí, me muero.

—Apuesto a que sí —dije—. ¿Cuándo empezó todo esto?

—Creo que en enero, mucho antes de entrar yo. En marzo, los dos tipos de la UPDM... los de la Unidad de Prevención de Delitos Médicos, se presentaron sin llamar. Llegaron cargados de preguntas y con una lista de todas las gráficas que querían ver. Todos se echaron a temblar; casi se mearon encima. Al doctor Purcell le pusieron delante una larga lista de infracciones y un montón de gastos discutibles, o sea, falsos. Hablamos de miles de dólares. Por lo menos de medio millón, contando por encima. Resulta que a lo mejor es un sinvergüenza de tomo y lomo.

—Me sorprende que no saltara a los periódicos.

—La señora Stegler dice que lo mantendrán en secreto hasta ver qué tienen. Pero van tras él, y muy en serio.

—¿Y ella cree que desapareció para evitar las consecuencias?

—Bueno, es lo que habría hecho yo en su lugar.

—¿Cómo sabes que fue él? Habría otras personas con acceso a la facturación. Quizá por eso echaron a la contable —sugerí.

Se inclinó y bajó la mirada.

—No lo dirá, ¿me lo promete? Júrelo por Dios. —Me puse una mano en el corazón y levanté la otra—. La señora Dorner, la directora de personal, cree que el doctor Purcell podría haber sido secuestrado. Que lo raptaron en el aparcamiento, para evitar que hablara.

—Guau —dije, poniendo cara de incredulidad—. Por desgracia, la policía afirma que no hay ninguna prueba de que haya sucedido nada parecido.

—No se habría tardado mucho. Esparadrupo en la boca, meterlo en el maletero y largarse —dijo—. Podrían haber utilizado su propio coche, y por eso no lo han encontrado.

Reparé en la expresión de Merry en el momento en que se puso a manosear el correo, como si quisiera estar ocupada. Vi su expresión.

—Es una buena idea.

Miré por encima del hombro. Desde la puerta, una enfermera de uniforme blanco nos fulminaba con una mirada astuta e intimidatoria. Me aclaré la garganta y dije:

—Bueno, Merry. Será mejor que me vaya y te deje trabajar. Pasaré el lunes y hablaré con la señora Stegler.

—Le diré que ha estado usted aquí.

La enfermera se volvió para no perderme de vista cuando pasé a unos centímetros de ella. Reprimí un escalofrío cuando le di la espalda y me pregunté qué habría oído exactamente.

En la entrada recogí el chubasquero y me preparé para afrontar el temporal. Cuando salí del centro, la lluvia era llovizna y la niebla flotaba sobre el asfalto como si fuera humo. De los aleros todavía caían gotas a intervalos regulares. Esquivé un charco y me dirigí a la plaza donde había dejado el coche. Entonces vi que el nombre escrito en el suelo era P. DELACORTE.

Una vez en el coche, abrí el paquete de fichas y empecé a tomar notas, a razón de un dato por ficha, hasta que se me vació el cerebro. No dejaba de preguntarme por qué Crystal y la policía se habían olvidado de contarme lo del fraude.

Tras salir de Pacific Meadows, pasé por Kingman & Ivés y entré por la puerta lateral. Llegué al despacho, me quité el chubasquero y lo colgué. Por suerte, el lugar estaba desierto, aunque había luces encendidas en la mayoría de despachos. El personal de limpieza de los sábados por la mañana había llegado y se había ido. Las papeleras estaban vacías. El aire olía a Pledge y se veían las huellas que habían dejado las aspiradoras en la moqueta color naranja oscuro. El silencio era celestial. Evoqué durante unos segundos la imagen del despacho unipersonal de la calle Floresta. Era ya como si compitiera con los otros aspirantes a inquilinos.

Puse en la mesa la Smith-Corona portátil. Me senté en la silla giratoria y miré el expediente que acababa de abrir. Ordené las notas que había tomado, pasando la información a las fichas de cartulina. En el horizonte de mis intenciones descollaba el regreso de Fiona el martes siguiente. Podía verla ya con los brazos cruzados y taconeando con impaciencia mientras la ponía al día, encima de su cabeza bailoteaban símbolos del dólar, gordos como bombones, mientras se decía: «¿Cincuenta pavos la hora por esto?». Mi estrategia consistía en enredarla, presentándole un informe perfectamente construido y mecanografiado que diera la impresión de que había hecho mucho más que andar por ahí charlando con la gente. Me había movido presionada por el fantasma de las recriminaciones de Fiona, consciente de que me echaría en cara cada centavo que gastase. Aunque su enfado inicial hubiera sido premeditado, sentía el escozor de su látigo en mi espalda. Procuré no pensar demasiado en la oportunidad que había tenido de rechazar el trabajo.

Me concentré en lo que estaba haciendo. Tardé una hora en preparar el borrador. Lo pasé a máquina e hice algunas correcciones, revisándolo dos veces. Mantuve un lenguaje neutral y me guardé de sacar conclusiones precipitadas de lo que había averiguado hasta el momento. También omití gran parte de lo que me había contado Crystal. Me pagaban para encontrar a Dow, no para chismorrear con Fiona acerca de su segunda mujer. Cuando estuve satisfecha del documento y vi que ya no lo podía mejorar, mecanografié el segundo borrador. Luego saqué la calculadora y apunté las horas. ¿Cuánto tiempo había pasado con el agente Odessa? Me rocé los dientes con el bolígrafo. Como máximo veinte

minutos, que redondeé en media hora; no quería que Fiona pensara que me había quedado con la vuelta. Vamos a ver. Había pasado casi dos horas con Crystal, y añadí otra para cubrir la visita matutina a Pacific Meadows. Repasé las cifras. Hasta el momento sólo había ganado 175 dólares de los 1.500 que me había adelantado, lo que significaba que aún le debía 1.325. A aquel ritmo no dejaría nunca de estar en deuda con ella. En fin. Hice la factura, la adjunté al original del informe y guardé las copias en el expediente.

Me levanté, me estiré y giré un par de veces la cabeza para quitarme la rigidez del cuello. Estaba nerviosa y me puse a recorrer el pasillo interior, mirando hacia los despachos. Cuando pasé por delante del de Lonnie, me sorprendió verlo allí. Estaba arrellanado en el sillón, con los pies apoyados en la mesa y un expediente en los muslos; por lo visto, adelantaba trabajo mientras la oficina estaba tranquila y los teléfonos silenciosos. En lugar de la camisa de vestir y el traje, llevaba camisa de cuadros y tejanos lavados a la piedra. Su concentración era tan absoluta que estaba inmóvil por completo. Lo vi empuñar el lápiz para subrayar una frase, produciendo un leve rumor que rasgó el silencio.

Lonnie tiene facha de boxeador; es macizo y musculoso, con la nariz abultada por las cicatrices. Tiene el pelo negro y rebelde, y le crece en todas direcciones. Había visto recién nacidos así, con una mata de pelo tan espesa e inesperada que daba risa. Es un hombre muy dinámico, saturado de vitaminas, café, complementos nutritivos y ganas de competir. Era la primera vez que lo veía tan relajado.

—¿Lonnie?

Levantó la cabeza y sonrió, dejando el lápiz a un lado.

—Kinsey. Pasa, pasa. ¿Qué haces últimamente? Hace semanas que no te veo.

—Poca cosa. Ni siquiera sabía que estuvieras aquí. Estaba todo tan tranquilo que creí que no había nadie más. ¿Adelantando trabajo?

—Sí, aunque sólo es una excusa —repuso—. Marie está fuera. Una convención de tocacojones en San Diego. Si te digo la verdad, prefiero quedarme aquí a encerrarme en casa. Siéntate. ¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí un sábado por la tarde?

—Tenía que pasar a máquina unas notas mientras la información estaba fresca en la memoria. Vamos, antes de que se me olvidara. Es posible que llame un tal Richard Hevener para pedir referencias sobre mí.

—¿Cuál es el problema?

—Creo que he encontrado un sitio, pero aún no es seguro. —Lo puse al corriente de la situación y le describí el chalecito recién restaurado, con su terracita de secoya—. Es fantástico. Pequeño y tranquilo. Y la situación es perfecta.

—Si llama, prometo que entonaré un encendido cántico a tus virtudes. No diré nada de aquellos días que pasaste entre rejas. Y si el asunto no funciona, mi

puerta siempre está abierta.

—Te lo agradezco. Cruza los dedos por mí.

—Tranquila —dijo—. Ida Ruth me dijo que estabas trabajando en la desaparición del doctor Purcell.

—¿Cómo se ha enterado? Me dieron el trabajo ayer.

Agito una mano.

—Ida Ruth lo sabe todo. Pone particular empeño en enterarse. En realidad, tiene un amigo que trabajaba para Purcell. La opinión más extendida es que se largó de casa. Hay días que me pasa por la cabeza hacer lo mismo.

—Bah, por favor. Marie te perseguiría como un perro de caza.

Su mujer era monitora de artes marciales, una experta en inmovilizar a la gente con los pies descalzos. Y gasta un cuarenta y dos.

—Y que lo digas —admitió Lonnie—. Claro que el problema de desaparecer es que no puedes hacerlo de repente. No si lo haces en serio. Tienes que planearlo durante mucho tiempo si quieres que salga bien.

—¿Eso crees? Personalmente, sospecho que está muerto; pero además desaparecieron su pasaporte y treinta mil dólares, casi al mismo tiempo que él.

—Treinta mil dólares pueden gastarse en seis meses. Purcell está acostumbrado a vivir bien, no es de los que se aprietan el cinturón. ¿A su edad? Tendría que estar loco.

—Eso me dije yo. Ahora bien, si se instalara en algún país del Tercer Mundo, podría vivir bastante bien, y, si se quedara sin dinero, podría abrir un pequeño consultorio sin que nadie le hiciera preguntas.

—¿Y por qué no se ha quedado donde estaba?

—A propósito, he olvidado contarte con qué me he tropezado hoy. —Le conté mi visita a Pacific Meadows y la conversación que había sostenido con Merry Bocazas—. Según ella, los sabuesos de delitos federales le siguen la pista. Medio millón de dólares en pagos apañados. Culpable o inocente, podría haberse largado al darse cuenta de que los tenía encima.

Lonnie hizo un gesto de impaciencia.

—Seamos serios. No tiene sentido. Las autoridades no meterían a un tipo así en la cárcel. El fiscal tendría que demostrar que hubo intención delictiva, ¿y cómo iba a hacerlo? Créeme, las normas de Medicare podrían volver loco a cualquier hombre honrado. Así que escurres el bulto; errores al codificar los gastos e incompetencia del personal administrativo. Podrían multarlo y amonestarlo, pero cualquier buen abogado lo sacaría del apuro. Maldita sea, yo mismo podría hacerlo y no tengo ni idea de ese asunto. Lo primero que hay que hacer es aburrir mortalmente al jurado. Sacas toneladas de gráficas y cuadros, y citas estadísticas hasta que nueve de los doce empiezan a dar cabezadas. Y sugieres que el viejo doctor está medio chocho o es una nulidad en gestión económica. —Dio un bufido de hilaridad—. ¿No te enteraste de aquel caso? Un

tipo de Fresno que fue absuelto porque el jurado dijo que era demasiado idiota para malversar fondos. Su propio abogado lo pintó como a un payaso, y con tal convicción que el jurado sintió lástima y dejó libre al pobre bobo. Purcell no corre peligro.

—Ya, pero ¿lo sabía él? ¿Y el escándalo público?

—Nadie se preocupa ya por esas cosas en estos tiempos. —Lonnie empuñó el lápiz y dibujó un cuadro en un cuaderno—. Estás olvidando una cosa. Si es un tío listo..., digamos que ha robado al sistema medio millón de dólares, calculando por lo bajo. Es lo que sabemos hasta ahora. Pongamos dos millones, para que merezca la pena el riesgo. Un tío listo hace dos, tres viajes al extranjero. Elige un país donde sabe que puede contar con las leyes de extradición si lo localizan los federales. Abre una cuenta corriente y va ingresando dinero, transfiriendo fondos hasta que tiene lo que necesita. Luego sigue estafando alegremente hasta que lo descubren. La situación se pone fea y él toma el primer avión. En ese caso, los treinta mil dólares son sólo para el viaje. Fiona me había dicho que Purcell había desaparecido dos veces sin dar explicaciones.

—Buena teoría —dije.

Estaba pensando en la contable despedida, y en la administradora ayudante, que había dejado el puesto en señal de protesta. Quizá no hubiera sido más que una táctica de Dow para que buscaran por otro lado. Sonó el teléfono y respondió Lonnie; por el tono que utilizaba, debía de ser Marie quien llamaba. Me despedí agitando la mano y salí para dejarle hablar con tranquilidad.

Volví a mi despacho y releí el informe. Parecía impecable, pero decidí dejarlo dormir veinticuatro horas. Añadiría más entrevistas en cuanto supiera a quién debía entrevistar a continuación. Hice una lista con los candidatos que se me ocurrieron. Los socios de Purcell estaban entre los cinco primeros, junto con el mejor amigo de Dow. Busqué los teléfonos que necesitaba, di por terminada la faena y volví a casa.

A las dos en punto me preparé una sopa de tomate y un emparedado de queso pingoso, que mojé en el tazón y me llevé chorreando a la boca. El líquido rojo de la sopa en la crujiente superficie del pan era un consuelo culinario cuya historia se remontaba a mi infancia. La primera vez que tía Gin me preparó el invento yo tenía cinco años y echaba de menos a mis padres, muertos en accidente de tráfico en mayo de aquel año. El goteo del queso fundido me producía desde entonces una mezcla de dolor espiritual y satisfacción gastronómica. En cualquier caso, aquel emparedado era el plato fuerte de mi fin de semana, y a eso se reduce la vida cuando vivimos solos.

Después hice lo que haría cualquier investigador profesional con experiencia: di los seis pasos que me separaban de la salita, me quité las botas, me acomodé

en el sofá, me tapé con un edredón y me puse a leer un libro. A los pocos minutos corría ya hacia el mundo de la ficción, absorbida por un agujero de gusano, y me adentraba a mayor velocidad que las palabras en un reino sin sonido ni gravedad.

El teléfono dio un irritante timbrazo. Me había hundido como una piedra en un río de sueños y me sentí desorientada al tener que salir a la superficie. Alargué la mano en busca del teléfono, que estaba en el extremo de la mesa que tenía al lado de la cabeza. Comprendí que me había dormido por la humedad de la boca, y a que no suelo babear cuando estoy despierta.

—¿Señora Millhone?

—Sí —respondí; si era para venderme algo, se iba a enterar de lo que valía un peine.

—Soy Blanche McKee.

Transcurrieron tres segundos. El nombre no me decía nada. Me froté la cara y dije:

—¿Quién?

—La hija de Fiona Purcell. He sabido que mi madre ha contratado sus servicios. Sólo quiero que sepa que nos sentimos muy aliviados. Desde la desaparición de papá, no habíamos dejado de decirle que lo hiciera.

—Ah, sí. Disculpe, no situaba el nombre. ¿Cómo está usted?

Me incorporé aturdida y me envolví en el edredón como si fuera la túnica de la tribu.

—Bien, gracias —repuso—. Espero que no sea un mal momento. No la habré despertado, ¿verdad?

—Claro que no —dije; la verdad es que todo el mundo se da cuenta de que una estaba durmiendo, por muchas mentiras que cuente.

Blanche tomó mis palabras al pie de la letra.

—No sé cuánto le contó mamá..., aunque estoy segura de que mucho... Aun así, si puedo hacer algo, cooperaré encantada. ¿Le dijo algo de mi amiga Nancy?

—Creo que no. No recuerdo ese nombre.

—Me lo temía. Mamá tiende a ser escéptica, como y ya habrá adivinado usted. Nancy se ha trasladado a Chico hace poco, pero puede llamarla por teléfono cuando desee si lo cree necesario.

—Nancy. Bueno es saberlo. Tomaré nota. —Fuera quien fuese aquella Nancy.

—Supongo que también querrá saber lo que pienso yo.

—Claro, más adelante. Sería estupendo.

—Me alegra muchísimo que diga eso, porque estaba pensando..., que si tuviera un minuto esta tarde, podríamos vernos con objeto de exponerle mis preocupaciones.

Vacilé.

—Ah. Bueno, es que, ¿sabe usted?, por ahora me interesan más los hechos que las impresiones y preocupaciones. Sin ánimo de ofender.

—Claro que no. No quería que entendiera que no tengo hechos concretos.

—Ajá.

No había olvidado el mal disimulado desprecio de Fiona por su hija menor, madre de cuatro criaturas, pronto de cinco. Por otra parte, cabía la posibilidad de que Fiona le hubiera hablado de mí para poner a prueba mi celo laboral, ya que yo había hecho hincapié en mi perseverancia durante nuestro encuentro.

—¿A qué hora le iría bien?—dijo Blanche.

Acerqué la boca al auricular y vocalicé un par de tacos sin sonido que escogí de mi nutrida colección.

—Espere un momento. Consultaré la agenda.

Me apoyé el teléfono en el pecho mientras miraba el reloj. Las cuatro y seis minutos. Dejé pasar el tiempo mientras fingía inspeccionar los numerosos compromisos que tenía aquel sábado por la tarde. No tenía ningún deseo especial de ver a Blanche, y menos si el precio era una buena siesta. No quería salir de casa, y desde luego no quería vagabundear por la ciudad en un día tan frío y húmedo. El temprano atardecer de noviembre oscurecía ya las ventanas de la salita y podía ver a contraluz la llovizna que mojaba las ramas peladas y golpeaba en mis cristales. Volví a mirar el reloj. Las cuatro y siete minutos.

Oía la respiración de Blanche. Habló con cierta brusquedad.

—Kinsey —dijo—, ¿está usted ahí?

—Aquí estoy. Vaya, parece que hoy tengo la agenda al completo. Podríamos vernos mañana. Estaría con usted a las diez.

—Me viene muy mal, y el lunes es imposible. ¿No hay ninguna posibilidad de que pueda pasarse hoy? Sé que es muy importante.

Y yo sabía que mi cabreo iba en aumento. Ya veía a Fiona volviendo de San Francisco, quejándose porque no había tenido tiempo de hablar con Blanche. «¿Mil quinientos dólares y ni siquiera se ha molestado en ver a mi hija?».

—Podría pasar por ahí hacia las cinco y media, pero sólo podré quedarme media hora. Es lo máximo que puedo hacer.

—Perfecto. Me va bien. Estamos en Edenside, en la esquina con Monterey Terrace. Es el número mil doscientos treinta y seis. Es una casa de estilo colonial, de dos plantas. Verá un cinco puertas azul oscuro aparcado en el sendero del garaje.

Edenside Road formaba parte de una pequeña urbanización graciosamente empotrada en la ladera montañosa, constituida por cinco calles llenas de curvas que terminaban en un amplio callejón sin salida. El constructor se había adaptado al terreno, siguiendo el camino menos accidentado, y las cinco calles se habían

trazado siguiendo el contorno de la montaña como riachuelos de asfalto que fluyeran desde lo más alto. Mi avance era lento, a unos exasperantes dieciséis kilómetros por hora, ya que cada quince metros me encontraba con una barrera de clavos de cemento para reducir la velocidad. El barrio era ideal para los niños, los cochecitos de paseo, las casas de juguete, los columpios, las bicicletas, los triciclos, las bicicletas de adulto y los monopatines que abarrotaban los patios delataban su presencia. Era como si hubiera explotado un almacén de juguetes en los alrededores.

La casa del cruce de Edenside con Monterey Terrace era realmente una hacienda de estilo colonial español, de dos plantas y con patio delantero. Ni siquiera la creciente oscuridad me impidió ver el garaje de tres plazas que sobresalía como una mandíbula agresiva. El alumbrado comunitario se encendió en aquel momento, iluminando con sus escasos vatios la fachada de la casa. El estucado exterior era de un rosa chillón, y las tejas, aunque de arcilla, eran eses superpuestas de color naranja, indudablemente fabricadas en serie. Las verdaderas tejas de arcilla que todavía coronan muchas casas viejas de la ciudad tienen ya un matiz rojo oscuro, manchas y pegotes de líquen y forma de ce, ya que el tejero las hacía apoyando la arcilla en el muslo.

Tal como me habían prometido, había un cinco puertas azul oscuro estacionado en el sendero del garaje. Aparqué junto al bordillo, bajé del coche, lo cerré con llave y anduve hacia la casa por un desigual camino de granito. El paisaje que me rodeaba era a prueba de sequías; todo grava y cemento, salpicado de cactus y otras plantas suculentas. Crucé una pequeña verja de hierro y recorrí el patio de baldosas. Una fuente de falso estilo colonial echaba agua gracias a una bomba de motor.

Toqué el timbre. Oí chillidos y ladridos, y el ruido de los pequeños pies de una jauría de niños que se disputaban el honor de recibirme. Cuando se abrió la puerta, una niña de unos cinco años se volvió y le dio un bofetón al niño de cuatro años que tenía detrás. Segundos después saltaban los puños, mientras los niños, y a con la cara enrojecida y bañada en lágrimas, rivalizaban por el pomo de la puerta entre empujones y puntapiés que se propinaban con zapatos de suela dura. En el interin, dos terrier hiperactivos brincaban como si les hubieran dado cuerda. El niño que cerraba la retaguardia gateando recibió un golpe en el pañal y lanzó un grito. Otra niña, esta dándome la espalda, iba por el pasillo hacia la parte trasera de la casa, aullando:

—¡Mamá, maaaaaaaaaaaaá! Heather está zurrando a Josh y los perros han pegado a Quentin en el pompis.

—Amanda, ¿qué te digo cada vez que gimoteas? Josh sabe cuidarse solo. Y ahora, por favor, preocúpate de tus asuntos y deja de gritar o me volverás loca.

Blanche llegó moviéndose con torpeza, con la espalda arqueada y una barriga esférica tan grande que parecía un satélite descarriado y mantenido en órbita por

fuerzas gravitatorias invisibles. El vestido de premamá consistía en un pantalón ancho de seda gris clara y lavable y una larga túnica con botones y bolsillos falsos. Imaginaba que cuando llegase la criatura sabría sacarse una teta para darle de mamar. El cabello, rubio y largo, con mechones finos y brillantes, casi le llegaba a la cintura. La tez de porcelana tenía un ligero matiz melocotón. Ojos azules, frente despejada y cejas dibujadas con delicadeza. Parecía una princesa de cuento de Andersen, pero preñada.

Osciló para recoger al pequeño llorón y se lo apoyó en la cadera. Luego asió a Heather por el brazo, para separarla de su hermano, y la empujó hacia el pasillo.

—Niños, salid al patio de atrás. Amanda os va a hacer galletas de mantequilla de cacahuete. Podéis merendar fuera. Pero no comáis demasiado. Cenaremos enseguida. Ahora, largo. Lo digo en serio. Todo el mundo fuera.

—Mamá, está oscuro.

—Pues enciende la luz del porche.

—¡Pero queremos ver los dibujos animados!

—Ni hablar. Haréis lo que he dicho. Y sin carreras —avisó Blanche. Heather y Josh corrían ya por el pasillo, pero redujeron la velocidad en el acto para propinarse golpes y empujones. Los perros los seguían ladrando mientras Amanda entraba sin rechistar en la cocina para hacer las galletas de mantequilla de cacahuete. A Amanda, que no debía de tener más de siete años, ya le habían asignado el cargo de mamá secundaria.

Mientras impartía órdenes, Blanche se las había arreglado para mecer al niño llorón y conseguido que sus berridos cesaran. Viró aparatosamente hacia el cuarto de estar y la seguí como pude. Había juguetes por todas partes. Para no pisarlos arrastraba los pies, abriendo un sendero entre piezas de Lego. En las escaleras que conducían al primer piso habían puesto una puerta de madera, y lo que pensé que sería la puerta del sótano tenía un cerrojo para impedir que los niños se precipitaran de cabeza en el abismo. Siempre optimista, comenté:

—Su madre me habló de una niñera.

—No viene los fines de semana, y Andrew suele estar fuera de la ciudad.

—¿A qué se dedica?

—Es abogado. Fusiones y adquisiciones. Estará en Chicago hasta el miércoles.

—¿Cuándo nacerá el niño?

—Técnicamente faltan aún tres semanas, pero es probable que nazca antes. A los otros les pasó lo mismo.

En el cuarto de estar había un cofre de juguetes abierto, y su contenido yacía desparramado por toda la habitación: muñecas, osos de trapo, un autobús escolar amarillo lleno de niños pintados con la cabeza redonda. Vi un banco de madera y un martillito, lápices, libros para colorear, juegos de construcciones, cochecitos

de metal y un tren de madera. En medio de la sala había un parque. Vi un columpio mecánico, un andador circular con parachoques, una silla alta, una silla infantil y una cuna portátil. Todos los enchufes de las paredes estaban protegidos con tapas de plástico. No había nada en ninguna superficie por debajo del nivel de los ojos; los objetos rompibles se habían puesto en un estante más alto, como si la casa estuviera preparándose para una inundación.

Fuera se oyó un aullido penetrante, con más decibelios que el que había oído en el vestíbulo. Amanda empezó a gritar:

—¡Mami! ¡Mamá! Heather ha echado a Josh del mecano y le sale sangre por la nariz...

—¡Ay, Señor! —exclamó Blanche—. Sujétemelo.

Sin detenerse, me pasó al niño como si estuviera jugando a baloncesto y fue a la cocina. Quentin era sorprendentemente pesado, y sus huesos tan duros como la piedra. Vio salir a su madre y sus ojos se fijaron en los míos. Aunque todavía no sabía hablar, pude percibir que el concepto «monstruo» cobraba forma en su cerebro subdesarrollado. Empezó a darse cuenta de la enormidad de su cuita y frunció la boca como preámbulo de una sucesión de gemidos.

—¿Puedo dejarlo en el parque? —pregunté.

—No lo soporta —gritó Blanche, al tiempo que salía por la puerta trasera.

En el patio se puso a chillar otro niño que parecía competir con el primero. A modo de respuesta, Quentin abrió la boca y lanzó un grito tan profundo que al principio ni siquiera fue audible. Se encogió como si reuniera fuerzas y, sin previo aviso, se lanzó hacia atrás como un nadador en una competición de saltos. Se me habría caído al suelo si no lo hubiera sujetado a tiempo.

—¡Hala, viva! —dije, como si nos estuviéramos divirtiendo.

La expresión de su cara sugería todo lo contrario.

Traté de mecerlo como había hecho su madre, pero sólo empeoré las cosas. Yo ya no era sólo un monstruo, sino el Monstruo Sacudenifios, que trataba de matarlo entre zarandeos. Caminé en círculo, diciendo:

—Vamos, vamos, vamos.

No se tranquilizaba. Finalmente, desesperada, lo dejé en el parque, doblándole las rígidas rodillas hasta que estuvo sentado. Le di dos fichas del alfabeto y una galleta mordisqueada. Los berridos cesaron al momento. Se metió la galleta en la boca y golpeó el suelo del parque con la letra pe. Me incorporé dándome palmadas en el pecho y fui a la cocina a ver qué estaba pasando.

Blanche acababa de entrar dando un portazo y con Josh, el niño de cuatro años, apoyado en la cadera. Los pies del niño le rebasaban las rodillas. El niño tenía en la frente un chichón como un huevo y mucha sangre en el labio superior. Blanche, con una sola mano, humedeció un paño de cocina, abrió el frigorífico y sacó unos cubitos de hielo, que envolvió en el paño y aplicó a la frente del pequeño. Lo llevó al cuarto de estar y se dejó caer en un sillón. Nada más

sentarse, metió la mano en un pliegue de la túnica y le dio de mamar. Desvié la mirada con turbación. Pensaba que los niños ya no mamaban a aquella edad. Blanche me señaló una silla cercana, sin prestar la menor atención al niño enganchado de su pezón derecho.

Miré la silla, pero antes de tomar asiento retiré el medio sándwich de mermelada y mantequilla de cacahuete que descansaba sobre ella. La urgencia sanitaria de Josh había autorizado a los otros niños a huir de la oscuridad y el frío exteriores. Antes de que me diera cuenta había una ruidosa película de dibujos animados en la tele. Heather y Amanda estaban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, y Josh se unió a ellas al poco rato, con el paño de los cubitos apretado contra la frente.

Traté de concentrarme en lo que Blanche me estaba diciendo, pero sólo podía pensar en que no descartaba del todo una ligadura de trompas, ni siquiera a mi edad.

Blanche me vio mirar el reloj.

—Ya sé que tiene prisa, así que iré al grano. ¿La puso mamá al corriente del pasado de Crystal?

—Sé que fue bailarina de *strip-tease* antes de casarse con el padre de usted.

—No me refiero a eso. ¿Le contó que su hija es ilegítima?

Esperé a que me revelara la trascendencia de aquel dato. Adelanté la cabeza, no porque ansiara oír la respuesta, sino porque los silbidos, los impactos y la música estridente de la televisión sonaban a un volumen más que suficiente para provocar una sordera irreversible. Veía moverse los labios de Blanche, y yo iba entendiendo las frases con unos segundos de retraso y fragmentariamente, como en una película con subtítulos.

—Ni siquiera estoy segura de que Crystal sepa quién es el padre —decía—. Por entonces se casó con un tal Lloyd, y tuvo con él otra criatura que murió al año y medio de nacer. Se ahogó accidentalmente. Fue hace cuatro o cinco años.

—¿Y cree que eso está relacionado con la desaparición de su padre? —dije, entornando los ojos.

La pregunta pareció sorprenderla.

—Bueno, no, pero usted dijo que quería hechos. Quería ponerla al corriente para que sepa exactamente a qué se enfrenta.

—¿A qué se refiere?

Llegó un anuncio y el volumen subió bruscamente al nivel de los martillos neumáticos, para que los niños que vivían al otro lado de la calle no olvidaran las propiedades de unos cereales ricos en vitaminas que tenían el aspecto y el sabor del regaliz.

—¿No le parece extraña la conducta de Crystal? —decía Blanche.

Yo ya me había resignado a enterarme leyéndole los labios, pero no había entendido lo que acababa de decir.

—Blanche, ¿podría bajar el volumen del televisor?

—Disculpe. —Buscó el mando a distancia y quitó el sonido.

Se produjo un silencio celestial. Los niños siguieron sentados en el suelo, alrededor de la tele, como si fuese una hoguera de campamento. En la pantalla danzaban imágenes frenéticas con unos colores tan vivos que seguía viéndolos

después de apartar la vista.

Blanche repitió el comentario.

—No sé qué pensará usted, pero Crystal no parece muy afectada por lo que ha pasado. Se mantiene muy serena, y a mí no me parece muy apropiada esta actitud.

—Han transcurrido nueve semanas. No creo que nadie esté afectado tanto tiempo. Para eso están las defensas; hay que adaptarse para no perder la cordura.

—Creo que es importante señalar el hecho de que Crystal no haya aparecido públicamente para pedir información sobre papá. Tampoco ha ofrecido ninguna recompensa. Ni ha enviado cartas. Ni ha consultado a ningún vidente...

Aquello me pilló fuera de juego.

—¿Cree que en este caso podría ser útil un vidente?

—No haría ningún mal —repuso—. Mi amiga Nancy es asombrosa. Tiene un don sorprendente, increíble.

—¿Es vidente? ¿Por eso dijo usted antes que podía consultar con ella por teléfono?

—Desde luego. Cuando perdí el anillo de diamantes, lo localizó con una precisión matemática.

—¿Y cómo lo hizo? Siento curiosidad.

—Es difícil describirlo. Dijo que olía a algo dulce. Veía destellos blancos, quizás algo marino. Hizo dos..., sesiones, por llamarlas de algún modo, y las imágenes fueron las mismas. Entonces recordé que la última vez que había visto el anillo me lo había quitado para lavarme las manos en la pila del cuarto de baño. Ya había registrado aquel sector media docena de veces. Pues bien, resultó que había dejado el anillo en la jabonera y se había quedado pegado a la parte de abajo de la pastilla; y ese jabón era exactamente lo que ella olía.

—¿Y el blanco? —pregunté—. ¿Era por la pila?

—No la de ese cuarto de baño. —Esa es verde, pero el jabón era blanco.

—Entiendo. ¿Y lo marino?

Blanche se puso a la defensiva.

—No todo es literal. A veces ve imágenes metafóricas..., ya sabe, asociativas.

—Mar..., agua del grifo, ¿no? —sugerí.

—El caso es que Nancy se ofreció a entrevistarse con Crystal, pero Crystal no quiso.

—Quizá no crea en la videncia.

—Pero Nancy es fabulosa, se lo juro.

—¿Cuánto cobra?

—Ah, no quiere dinero. Normalmente sí cobra, pero esto quería hacerlo sólo por amistad.

—¿Por qué tiene que participar Crystal? ¿No puede Nancy hacer una sesión y contarle a usted lo que ve?

—Necesita tener acceso a la casa para recoger las vibraciones de papá y su energía psíquica. La llevé a su despacho y dejé que se sentara en su sillón. Lo ha visto repetidas veces en una imagen en la que papá se aproxima a una casa y entra por la puerta principal. Y luego, nada. Tiene que ser la casa costera de Crystal, porque ve arena.

—Podría ser el desierto.

Blanche parpadeó.

—Bueno, supongo que sí.

—Prosiga. Perdone que la haya interrumpido.

—Eso es todo. Ve una puerta y luego el vacío. Sin la ayuda de Crystal, no puede ir más allá. Creemos que salió del despacho y se dirigió a la casa de la playa, como siempre, pero entonces ocurrió algo terrible. Crystal lo niega, como es lógico. Asegura que no llegó a casa, pero sólo tenemos su palabra.

—Entonces, según usted, Crystal conoce su paradero y lo está encubriendo, ¿no es eso?

—Pues sí —respondió, como extrañada de que lo preguntase—. Nancy siente su presencia. Tiene la poderosa impresión de que le han hecho daño. No hay ninguna duda de que está rodeado de oscuridad. Dice que trata de llegar hasta nosotros, pero que algo se lo impide.

—¿Está vivo?

—Nancy está convencida de que sí. No hay error posible. Sin embargo, dice que hay fuerzas muy negativas actuando. Dice que está afligido porque no sabe dónde se encuentra, y que está rodeado por esa conciencia espiritual opresiva. Puede sentir su confusión, pero no logra pasar de ahí. Nancy dice que Crystal está muy relacionada con la situación de papá. En realidad, es probable que sea la causa.

—¿En qué sentido?

—Bueno, podría haberlo dejado inconsciente y haberlo encerrado después en alguna parte.

—¿Y qué hizo con el coche? No lo digo por poner pegas, es que estoy francamente desconcertada.

—Puede que interviniese dos personas. Crystal podría haber contratado a alguien. ¿Cómo voy a saberlo? Lo único que yo digo..., es que nada beneficiaría más a Crystal que verse libre de mi padre.

—¿Por qué? Bueno, aunque sólo sea por hablar, digamos que Crystal ha hecho que secuestren a su padre y lo mantiene encerrado contra su voluntad. ¿Qué motivos podría tener? No se trata de dinero, pues no ha habido ninguna nota pidiendo rescate ni comunicados de nadie que se ofreciera a negociar.

Blanche acercó la cabeza.

—Escuche. Antes de casarse, firmaron un contrato prematrimonial por el que ella no obtendría absolutamente nada en caso de divorcio.

—Espere un momento. Retroceda. Aún no me ha dicho qué provecho sacaría Crystal secuestrándolo.

—Yo no he dicho que lo haya secuestrado. He dicho que sabe dónde está.

—¿Qué tiene que ver eso con los contratos prematrimoniales?

—Tiene una aventura con otro.

—Su madre también me lo dijo. ¿Con Clint Augustine?

—Exacto. Bien, ella quiere recuperar la libertad, pero también quiere el dinero. Si elige el divorcio, se quedará sin nada. Sólo podrá beneficiarse si papá muere.

—Circunstancia que, según Nancy, todavía no se ha producido.

—No.

—¿Y por qué iba a arriesgarse a llamar la atención liándose con su entrenador personal? Se enteraría todo el mundo.

—Era su entrenador personal, pero ya no lo es. Supongo que cuando empezaron a manchar sábanas decidieron suprimir toda relación pública. Habría habido demasiados rumores.

—¿Cómo lo descubrió usted?

—Por una amiga de mamá, Dana Glazer. Su marido y ella tienen una casa en Horton Ravine. Joel es uno de los...

—Jefes de su padre. Sí, y a lo sé.

—La propiedad de los Glazer está detrás de la de papá; sólo las separa una pequeña valla. Tienen un chalecito independiente para invitados, y Crystal les pidió que se lo alquilaran temporalmente a un amigo suyo. Les dijo que el amigo en cuestión había comprado una casa que tenía que restaurar y que las obras no terminarían hasta principios de otoño. Esto fue en enero. El caso es que los Glazer no utilizan el chalecito, y pensaron que no había motivo para desestimar la oferta. Le pidieron ochocientos dólares al mes y el individuo ni se inmutó. Cuando Dana comprendió lo que sucedía, se quedó horrorizada. Lo encontró totalmente repulsivo, y por eso mismo no le dijo nada a mi madre.

—¿Y por qué se lo dijo a usted?

—No me lo dijo. Me enteré por otra amiga. Dana confirmó la historia, pero sólo cuando le insistí. Créame, no soy cotilla.

—Hay muchas personas que no lo son, pero eso no les impide contar chismes. ¿Por qué no lo echó Dana si la situación le parecía tan denigrante?

—Porque había firmado un contrato por seis meses. Ahora ya se ha ido y adiós, muy buenas. Puede hablar con ella si no me cree. Quiero decir que Dana tuvo que saberlo. Sucedió delante de sus narices. Pobre mamá, todavía cree que papá va a volver con ella. Ya fue un trago difícil que la dejara por ese..., por ese pedón, pero que Crystal siga pegándose la deja a papá como un idiota.

—¿Y a qué conclusión nos lleva eso?

—Crystal lo quiere muerto. Lo quiere fuera de su camino —respondió con un primer asomo de sentimiento.

Le temblaron los labios y se puso a parpadear con rapidez, y desvió los ojos hacia el pasillo para recuperar la compostura. Vi que se movía un bultito en su regazo, por debajo de la túnica de premamá; probablemente era el pie del niño. Comprendí por qué la gente alargaba la mano instintivamente hacia aquellas barrigas. Blanche siguió hablando con los ojos fijos en el otro extremo de la sala:

—Créame, se casó con papá por su dinero. El contrato prematrimonial sólo fue una treta. Puede que Crystal lo aceptara entonces, pero conoció a Clint y se lió con él. Como le he dicho, si papá muere, ella hereda la mayor parte de su patrimonio y encima queda libre. Si se divorcia, no consigue nada. Es así de sencillo.

—Blanche, usted no sabe con certeza que su padre esté muerto. Nadie lo sabe. Incluso su amiga Nancy asegura que está vivo.

La mirada de Blanche se posó en la mía; sus ojos azules echaban chispas.

—No diga « incluso Nancy » como si fuera una embaucadora. Me ofende.

—No ha sido mi intención. Retiro la palabra. El caso es que lo ve indefenso, pero vivo, al menos por lo que ha dicho usted.

—Pero ¿durante cuánto tiempo? Tiene casi setenta años. ¿Y si está atado y amordazado, y no puede respirar?

—Vale, vale. Veamos qué puedo hacer para averiguarlo. Hasta el momento, no son más que teorías, pero comprendo su preocupación.

En cuanto llegué a casa, me senté a la mesa e hice una lista de posibles explicaciones para la desaparición de Dowan Purcell. Había desechado ya el secuestro, pero quizás estuviera equivocada. Podían habérselo llevado por la fuerza, y en tal caso o estaba muerto (lo siento, Nancy) o retenido contra su voluntad. Expuse las restantes opciones conforme se me iban ocurriendo. Podía haberse ido voluntariamente, por decisión propia, para huir o para esconderse. Podía haber sufrido un accidente por conducir bajo los efectos del alcohol; si yaciera en el fondo de un barranco, se explicaría que el Mercedes no se hubiera encontrado aún. Podía haber sido víctima de cualquiera de los numerosos incidentes fatales: un aneurisma, un ataque al corazón, una apoplejía; si había sido así, lo sorprendente era que nadie hubiera encontrado todavía el cadáver, aunque a veces sucede.

¿Qué más había? Puede que llevara doble vida y cambiase de identidad por temporadas. ¿Qué más? Podía haberse suicidado por temor al escándalo. O, como había sugerido Blanche, podían haberlo matado por interés, o para ocultar algo peor. No se me ocurrían más variaciones. Bueno, dos: amnesia,

circunstancia que parecía más propia de una película de los años treinta; y que lo hubieran atracado, que al agresor se le hubiera ido la mano y que hubiera escondido el cadáver. La última posibilidad era que lo hubieran detenido y encarcelado; pero, según el inspector Odessa, Purcell no aparecía en ninguna base de datos de las fuerzas del orden. Suponía por esto último que no lo habían identificado ni como autor de sus propios delitos ni como víctima de los de ningún otro.

Repasé la lista. Había ciertas variantes que me resultaba imposible investigar. Por ejemplo, si Dow se había puesto enfermo, o si había resultado herido o muerto en un accidente, no tenía forma de saberlo mientras no apareciese nadie con la información; además la policía ya había peinado los hospitales de la zona. Esta era una de esas veces en las que ser detective de pueblo (que, por si fuera poco, trabajaba sola) ponía las cosas difíciles. No tenía acceso a las bases de datos de las líneas aéreas, ni de inmigración, ni de aduanas, así que no podía saber si Purcell había tomado un avión (o un tren, o un barco) con su nombre o con algún otro (utilizando un permiso de conducir falso y un pasaporte también falso). Si todavía estaba en el país, podía pasar inadvertido no utilizando las tarjetas de crédito, no alquilando ni comprando propiedades, no pidiendo la instalación de un teléfono ni de otros servicios públicos, no conduciendo ningún coche con los papeles caducados y no llamando la atención sobre sí ni sobre el vehículo. No podía votar, no podían darlo de alta en la Seguridad Social y no podía abrir ninguna cuenta bancaria. Y, como es lógico, no podía ejercer la profesión con que se había ganado la vida durante los últimos cuarenta años.

Ahora bien, si se había forjado una falsa identidad, podía hacer lo que se le antojara mientras su historia fuera convincente y sus referencias comprobables. Si este era el caso, y habiendo pasado sólo nueve semanas, encontrarlo era prácticamente imposible. No había transcurrido tiempo suficiente para que su nombre apareciese en los registros. Mi única esperanza era ir pacientemente de amigo en amigo, de un colega a un socio, de la esposa a la exesposa, de hija en hija, en espera de que apareciese algún indicio. Sólo necesitaba un hilo del tejido de su vida, un lazo o un retal que pudiera utilizar para descubrir su actual paradero. Decidí concentrarme en los dominios sobre los que tenía control.

El domingo pasó en un vuelo. Me tomé el día libre y pasé el tiempo danzando por la casa, haciendo un poco de todo.

El lunes por la mañana me levanté como de costumbre, me puse el chándal y las Saucony y corrí cinco kilómetros. Las nubes eran espesas y el oleaje de un marrón cenagoso. La lluvia había amainado, pero las aceras estaban mojadas y pisé no pocos charcos mientras corría los dos kilómetros y medio que había hasta la casa de baños donde daba la vuelta. Los gusanos habían salido y yacían en la

acera como cordeles grises desprendidos de alguna fregona muy usada. En el camino había además multitud de caracoles que cruzaban la acera con el optimismo de los inocentes; tenía que ir mirando dónde pisaba para no aplastar ninguno.

Cuando volví a casa, recogí la bolsa de deportes y me fui al gimnasio. Aparqué en la única plaza libre que quedaba, entre una furgoneta último modelo y una camioneta. Incluso en el aparcamiento se oían los chasquidos de las máquinas y los gruñidos de un levantador de pesas que bregaba con una barra fija. Dentro, la música rock que salía por los altavoces competía con el noticiario matutino del televisor instalado en el techo. Dos mujeres hacían peldaños en la máquina de escaleras, mientras otra mujer y dos hombres trotaban elegantemente en sendas cintas móviles. Ninguno de los cinco apartaba los ojos del televisor.

Firmé y le pregunté a Keith, el recepcionista, si conocía a Clint Augustine. Keith tiene veintitantos años, bigote castaño y una brillante cabeza afeitada.

—Claro que conozco a Clint —repuso—. Probablemente lo hayas visto tú también. Un tipo grande y de pelo muy rubio, tirando a blanco. Suele venir a las cinco de la mañana, cuando abrimos. A veces llega más tarde con sus clientes, sobre todo señoras casadas. Son su especialidad.

El consumo irregular de esteroides había hecho que Keith se hinchara o encogiera según la cantidad que tomase. Normalmente estaba encogido, que era como yo lo prefería. Era uno de esos individuos de pecho ancho y bíceps gordos, pero con poco desarrollo de cintura para abajo. Tal vez pensase que, como estaba detrás de un mostrador, no necesitaba desarrollar lo que no se veía.

—He oído decir que era monitor de Crystal Purcell.

—Durante un tiempo. Venían a última hora de la tarde, los lunes, miércoles y viernes. Esa Crystal es la mujer de ese fulano que desapareció hace un tiempo, ¿no? Mal asunto, tía. Huele a gorrinada.

—Podría ser —dije—. Bueno, voy a moverme un rato. Gracias por la información.

—De nada.

Me puse los guantes y busqué un lugar tranquilo. Me tendí sobre una esterilla gris y empecé castigando los abdominales: dos tandas de cincuenta flexiones de cintura, con las manos en la nuca y las pantorrillas apoyadas en un banco, sin sujeción. Aspiré el tufo a pegamento que despedía la moqueta color gris asfalto. Las máquinas Nautilus y Universal parecían mecanotubos contruidos con piezas de ascensor: barras verticales, pernos, poleas y empalmes en ángulo. Cuando terminé con las flexiones, seguí con los movimientos circulares de las piernas, el ejercicio que más me horroriza. Cuando llegué a quince, sentí que se me soltaban los ligamentos de las corvas y se enrollaban como persianas. Pasé al estiramiento de piernas, que quemaba como el infierno, pero al menos no tenía efectos

secundarios ni te dejaban tullida. Espalda, pecho y hombros. Terminé el ejercicio con elevaciones de pesas deslizantes, por delante y por detrás. Reservé la mejor máquina para el final: estiramiento de tríceps, mi favorito de siempre. Salí del gimnasio empapada en sudor.

De nuevo en casa, me duché, me puse el jersey de cuello alto, los tejanos y las botas, comí algo y metí un bocadillo en una bolsa marrón. Llegué a la oficina a las nueve y llamé a la comisaría de policía. El inspector Odessa me dijo que había comprobado otra vez las bases de datos para ver si había algún rastro de Dow Purcell. También había revisado un sinfín de informes que describían los cadáveres sin identificar hallados a lo largo y ancho del estado de California. No había varones blancos de la edad de Purcell. A la policía local, la comisaría del sheriff y los patrulleros de carreteras se les recordaba semanalmente que había que estar alerta por si lo veían. Odessa había ampliado la cobertura y avisado a todos los centros médicos de los condados colindantes por si aparecía Purcell balbuciendo incoherencias o en coma.

Le conté las entrevistas que había sostenido hasta el momento. Cuando le mencioné lo del fraude a la Seguridad Social, dijo:

—Ya lo sabíamos.

—¿Y por qué no me habló de ello?

—Porque el caso es de Paglia y estamos a sus órdenes.

Al final de la conversación quedó claro que los dos seguíamos a oscuras, aunque pareció agradecer que le hubiera puesto al corriente. Incluso tuvo unas palabras medianamente generosas para la consulta de Blanche con la vidente, cosa que no dejó de sorprenderme. Había olvidado que los policías, además de ser unos tíos muy duros, son capaces de albergar dudas sobre esas historias.

Busqué el teléfono de Jacob Trigg, que, según Crystal, era el mejor amigo de Dow. Marqué el número y hablé brevemente con él, le expliqué quién era y quedamos en encontrarnos en su casa, a las diez de la mañana del martes. Lo anoté en el calendario y luego llamé a Joel Glazer, al número de la oficina que Crystal me había dado. Su secretaria me dijo que estaba trabajando en su casa. Llamé a su casa, me identifiqué y le dije que me había contratado Fiona. Estuvo amable y servicial, hasta tal punto que me dio su dirección y quedamos para vernos a la una de aquel mismo día. A continuación llamé al Hospital de Santa Teresa, y me enteré de que Penelope Delacorte era ya directora de Servicios de Enfermería y de que la encontraría en su despacho todos los días laborables de nueve a cinco. Tomé nota del cargo y decidí probar suerte más tarde, después de haber visto a Glazer. Finalmente, por asuntos propios, llamé a Richard Hevener y respondió el contestador automático. Dejé un mensaje interesándome por la suerte de mi solicitud. Me esforcé por parecer cordial con la esperanza de

inclinarse la balanza en mi favor.

A la hora del almuerzo me senté a la mesa y me comí el emparedado de variantes y mantequilla de cacahuete que había traído de casa. A las doce y media salí del edificio y me dediqué a dar vueltas, esperando recordar dónde había dejado el VW. Lo encontré intacto en el cruce de Capillo con Olivo, mucho más cerca de lo que pensaba y en la dirección opuesta. El cielo estaba cubierto por quinto día consecutivo, de un gris amenazador, y una densa masa de nubes de lluvia se acercaba por el horizonte.

Santa Teresa limita al norte con las montañas y al sur con el océano Pacífico, lo que impide su expansión geográfica. Los barrios más occidentales llegan hasta Colgate y los orientales se cuelan en Montebello, donde los precios suben como la espuma. Horton Ravine, el lugar al que me dirigía, era un enclave de lujo, construido con concesiones y préstamos, y con el que los sucesivos gobernadores de California recompensaron en su día a los jefes militares por matar gente a conciencia. Las mil quinientas hectáreas resultantes fueron pasando de mano en mano, de ricos a riquísimos, hasta que el último de la cola, un ganadero llamado Tobias Horton, tuvo la feliz idea de dividir el terreno en parcelas venales, cometiendo así un asesinato de otra índole.

Tomé la 101 hasta la salida de La Cuesta, giré a la izquierda y seguí la carretera por la derecha, en dirección a la entrada principal, que consistía en dos columnas de piedra maciza con el nombre HORTON RAVINE escrito con floridas letras de hierro y formando un arco. La vegetación era lujuriosa y los troncos de los sicomoros y de los robles estaban oscurecidos por las recientes lluvias. Muchas calles se llamaban vías, Vía Tal, Vía Cual, en español. Pasé ante el Club Hípico y recorrí kilómetro y medio hasta que torcí a la derecha y subí por una cuesta.

Los Glazer vivían en Vía Buena. La casa, de una modernidad de los años sesenta, era una acumulación de formas abstractas, superpuestas y deslumbrantemente blancas que daban por resultado una especie de melé arquitectónica. Las tres altas plantas estaban custodiadas y unidas a distintos niveles por una torre de tejado puntiagudo que se alzaba en medio del caos. Había anchas terrazas rodeándola por los cuatro costados, y muchos cristales contra los que probablemente se descalabraban a menudo los pajarillos. Cuando conocí a Dana Jaffe, vivía en una pequeña comunidad de casas subvencionadas de Perdido, una ciudad situada a cuarenta y cinco kilómetros al sur. Me pregunté si sería tan consciente como yo de lo lejos que había llegado.

Aparqué en un patio circular para vehículos y me dirigí a los bajos y cómodos escalones que conducían a la puerta principal. Me abrió Dana en persona. Habría jurado que llevaba el mismo atuendo que la primera vez que nos vimos: tejanos ceñidos y una camiseta blanca. Seguía teniendo el pelo del color de la miel, aunque con algún que otro mechón plateado. Lo llevaba corto y en

capas, y todas las mechas le volvían a su lugar cada vez que movía la cabeza. Los ojos eran color caqui o avellana, a veces con algún reflejo verde o castaño debajo de las cejas suavemente dibujadas. Su rasgo más atractivo era la boca. Tenía los dientes ligeramente saltones, lo que hacía que sus labios parecieran carnosos y fruncidos.

—Hola, Kinsey —dijo—. Joel me dijo que vendrías. Pasa, por favor. Dame eso.

—Qué preciosidad de casa —dije al entrar, quitándome el chubasquero y dándoselo.

Mientras lo colgaba en el ropero, eché un vistazo a mi alrededor. Era como una catedral, un vasto espacio cubierto por un techo abovedado que se alzaba a diez metros de altura. Los irregulares niveles de la casa estaban comunicados por puentes y pasarelas, y los rayos de sol formaban dibujos geométricos en el liso suelo de piedra.

Dana regresó diciendo:

—¿No te comentó Fiona que estábamos reformando la casa?

—Lo mencionó —respondí—. También me dijo que me habías recomendado para este trabajo. Muchas gracias.

—De nada. Confieso que por entonces no me caías bien, aunque parecías honrada y tenaz, un perdiguero cumplidor cuando se trató de buscar a Wendell. Tu amigo Mac Voorhies, de La Fidelidad de California, te atribuye el mérito de que consiguiera quedarme con el dinero.

—Me lo he preguntado más de una vez. Lo último que supe es que todavía estaban discutiendo el asunto. Me alegro de que diese resultado. ¿Conocías mucho a Dow?

—Lo veía de vez en cuando por los asuntos de Joel, pero no éramos amigos. Conocí a Fiona después del divorcio, así que tiendo a ponerme de su parte. Cuando me encuentro con él, soy educada, pero eso es todo. Joel está hablando por teléfono, pero te llevaré a su despacho en cuanto termine. ¿Quieres ver la casa?

—Me encantaría.

—Estamos trabajando por etapas, aunque no me gusta. Fiona y yo queríamos que se hiciera todo a la vez, una reforma completa, que es mucho más espectacular y divertida; pero Joel se negó, así que lo estamos haciendo por partes. Esto es el salón, obviamente... —Iba describiéndome las habitaciones mientras marchaba tras ella. Solana, estudio, comedor oficial. La cocina está allí. El despacho de Joel está en el « nido del cuervo », en la planta superior.

Se notaba que las habitaciones estaban en obras. Los suelos estaban cubiertos por alfombras orientales de tamaño palacial, muy antiguas a juzgar por la suavidad de los colores y los intrincados dibujos. El mobiliario, elegido seguramente por la anterior señora Glazer, tenía aspecto de antiguo, con

armarios gigantescos y piezas de caoba pulimentada. Los pocos muebles tapizados lo estaban en un lino blanco de rayas limpias y claras. Sobre las sillas había telas de distintos colores y estampados, y en la pared se habían pegado con cinta diversas muestras de colores de pintura. No veía aquellos estampados desde la infancia, cuando tía Gin me llevaba a visitar a sus amigas. Selvas, piel de leopardo visiblemente falsa, palmeras, cañas de bambú, líneas en zigzag y uves invertidas en tonos naranja y amarillo. La pintura de pared que se estaba estudiando era de ese horrible color verde que imperaba en los cuartos de baño de los años treinta, antes de que los embadurnaran con una modernísima mezcla de rosa y negro.

—Fiona nos ha encontrado para esa pared una mesa Ruhlmann con tablero de piel de tiburón y un espejo André Groult. Estamos entusiasmados.

—Ya me lo imagino —murmuré.

Me daba cuenta de que allí no estaba totalmente fuera de lugar el gusto de Fiona por el art déco, pero aunque me hubiera ido la vida en ello no habría dejado reformar aquellas elegantes salas con laca, plástico, piel, esmalte, arce y cromo negros.

Dana seguía hablando.

—Joel envió hace cuatro años. Vivió aquí con su mujer durante veintidós. La verdad es que me encantaría nivelarlo todo, pero él no ve ninguna razón para hacerlo.

Bien por Joel, pensé.

—¿Qué tal está Michael? —No me atrevía a preguntar por Brian, su hijo menor, porque la última vez que lo había visto iba camino de la cárcel.

—Brendon y él están bien. Juliet se fue. Creo que se cansó del matrimonio y de la maternidad.

—Qué pena.

—Bueno —dijo bruscamente—, voy a ver si Joel ha terminado con el teléfono.

Me di cuenta de que Dana tenía tan pocas ganas de hablar de Brian como yo. Fue a un interfono que había en el comedor y apretó un botón; al parecer, el del despacho de Joel.

—Corazón, ¿estás libre?

Oí una respuesta ahogada, y Dana se volvió con una sonrisa.

—Dice que subas enseguida. Te acompaño al ascensor. Quizá podamos hablar cuando hayas terminado con él.

—Me encantaría.

El despacho de Joel Glazer se encontraba en el segundo piso, en una habitación de la torre, espaciosa y aireada, con ventanas en los cuatro lados. No había cortinas ni visillos, aunque sí persianas, subidas en aquel momento para que entrase el máximo de luz. La vista era espectacular: el océano, la playa, las montañas y los bordes occidentales de Horton Ravine. El cielo encapotado daba un aire melancólico al paisaje y hacía que el profundo azul de las montañas y el verde oscuro de la vegetación parecieran más intensos.

En lugar de escritorio, utilizaba una maciza mesa de comedor. Los demás muebles también eran de tienda de antigüedades, salvo el sofá de dos metros, de un terciopelo prefabricado de color óxido y ribeteado de blanco en las costuras. Como en las habitaciones inferiores, el suelo estaba cubierto por una gran alfombra oriental de unos cinco metros por siete. Con tanta ventana no había espacio para obras de arte. Las estanterías y los archivadores no superaban la altura de los alféizares. El despacho no sólo era immaculado, sino que además estaba ordenado, con cada cosa en su sitio. Los papeles y documentos que había sobre el escritorio formaban montones perfectos, y los lápices y bolígrafos estaban colocados en sentido paralelo al secante.

Joel Glazer se levantó para saludarme y nos estrechamos la mano. Su aspecto me sorprendió. Estaba tan prendada de la belleza de Dana Jaffe que le había imaginado un compañero igual de atractivo. Mi reacción ante él fue la misma que tuve la primera vez que vi una fotografía de Jackie Kennedy con Aristóteles Onassis: la princesa y el sapo. Joel andaba por los sesenta años, tenía la frente muy despejada y el pelo rubio le blanqueaba en las sienas. Sus ojos eran castaños tras las gafas sin montura, con patas de gallo muy acentuadas. También tenía arrugas profundas alrededor de la boca. Cuando se levantó me di cuenta de que era más bajo que yo, un metro sesenta aproximadamente. Era corpulento, pero tenía los hombros tan caídos que decidí controlar en el futuro mi ingesta diaria de calcio. Su sonrisa dejó ver un hueco entre los torcidos y manchados dientes incisivos. Llevaba camisa blanca con gemelos ostentosos, y había dejado la chaqueta colgada de la silla. Percibí el ligero olor a limón que despedía su loción para después del afeitado.

—Mucho gusto en conocerla, señorita Millhone. Tome asiento. Tengo

entendido que usted y mi mujer se conocían ya.

Me senté en un sillón de cuero pardo que combinaba perfectamente con el crema, el beis, el óxido y el marrón de la alfombra.

—Fue hace mucho tiempo —dije.

No sabía cuánto le había contado Dana de su vida anterior, y la mayor parte de esa historia era demasiado complicada para resumirla en una charla.

Joel se retrepó en el sillón y apoyó la mano en la mesa. En el dedo corazón le brillaba un anillo de sello.

—Es igual. En realidad, usted está aquí por Dow. Fiona nos ha dicho que la contrató para que le siguiera la pista. Le contaré lo que sepa, aunque no sé si será de mucha ayuda.

—Entiendo —dije—. ¿Podemos empezar por Pacific Meadows? Ya sé que hubo un problema económico con la Seguridad Social.

—Fue un error mío, y me culpo por ello. Tendría que haber vigilado extraoficialmente las operaciones diarias. Harvey Broadus y yo..., no sé si lo conoce..., es mi socio... —Negué con la cabeza y lo dejé continuar—. Hemos tenido que meditar un sinfín de proyectos durante los últimos seis meses. Hace años que somos socios. Mi especialidad son los negocios y las finanzas, y la suya la propiedad inmobiliaria y la construcción..., un matrimonio bendecido por el cielo. Nos conocimos jugando al golf hace quince años y decidimos asociarnos y dedicarnos a los hogares de ancianos, las clínicas y las residencias. Aunque nuestros padres ya habían fallecido por entonces, la ausencia de residencias atractivas y clínicas con experiencia para la tercera edad era algo que nos motivaba, no siempre con éxito. En fin, para abreviar la historia, ahora poseemos una impresionante cadena de clínicas y casas de reposo. Pacific Meadows es nuestra desde 1980. Estaba medio en ruinas y muy mal gestionada. Vimos el potencial, pero el lugar perdía el dinero a espuertas. Invertimos cerca de un millón de dólares en reformas y mejoras que supusieron la construcción del nuevo anexo. Poco después llegamos a un acuerdo con Servicios Administrativos Génesis. Alguien, no recuerdo quién, sugirió a Génesis el nombre de Dow como posible administrador del centro. Yo lo conocía en el ámbito social y, desde luego, podía responder por su reputación en la comunidad médica. Acababa de retirarse de la práctica privada y buscaba la manera de emplear el tiempo. El acuerdo parecía bueno para todas las partes implicadas.

—¿Qué pasó?

—Ojalá lo supiera. Harvey y yo estamos fuera a menudo, recorriendo toda California. Es probable que tengamos entre manos más asuntos de los que deberíamos, pero Harvey y yo somos así, los dos nos crecemos con las dificultades.

Sonó el teléfono. Joel lo miró durante un segundo.

—¿Quiere atender la llamada?

—Ya lo hará Dana. Será mejor retroceder para que sepa, al menos superficialmente, cómo funciona este negocio. Básicamente, hay tres entidades distintas. Harvey y yo poseemos la propiedad a través de Century Comprehensive, una compañía que fundamos en 1971. Al decir propiedad me refiero al terreno y el edificio en que está Pacific Meadows. La clínica la administra Génesis, como ya he dicho. Ellos nos pagan el alquiler del edificio y además se encargan de la contabilidad: cuentas por pagar y por cobrar, facturación para la Seguridad Social, adquisiciones de MMD, es decir, de material médico duradero... Génesis depende de una compañía mayor que se llama Millennium Health Care. Millennium se mantiene con fondos públicos, por tanto está obligada por ley a rendir cuentas a la Seguridad Social, y con esto me refiero a balances de activos y pasivos y a reintegros de capital propio. Las cifras las comprueba un contable de la administración pública. Hace diez, quince años, el gestor solía ser el mismo propietario, pero los tiempos han cambiado. Según la ley, esas funciones tienen que estar separadas. Es como un sistema de revisiones y balances, mantiene a todo el mundo alerta.

—¿Qué papel tenía en todo esto el doctor Purcell?

—Ya llegamos a él. Por debajo de la empresa de gestión está Dow, o cualquier otro que cumpla sus funciones. Es el administrador médico del centro, responsable de las decisiones básicas cotidianas, y por aquí es por donde ha podido tener problemas.

—¿No son socios ustedes tres?

—En realidad, no. Dow nos llama así, pero técnicamente no es exacto. Para el profano, es la explicación más sencilla de nuestra relación. Pero no podríamos ser socios de Dow ni de la compañía que dirige el negocio. Créame, la administración pública se vuelve muy suspicaz cuando ve acuerdos sin negociaciones conflictivas, es decir, dos empresas independientes sin intereses encontrados. Cuesta creer que Dow quisiera sacar provecho tomando decisiones parciales en la facturación, ya que es muy difícil. Puede que se refiera usted al hecho de que comprara acciones de Millennium Health Care, que es una cadena de la que también nosotros poseemos algunas acciones. Supongo que eso nos hace socios en cierto modo. Todos trabajamos en lo mismo, en servir a los ancianos de la comunidad. No tuvimos nada que ver en su designación, pero Harvey y yo pensamos que para un hombre con la experiencia y reputación de Dow, el lugar ideal era Pacific Meadows. Ahora sé que quizá no tenía tanta cabeza para los negocios como suponía. La primera vez que supimos algo de ese asunto de la Seguridad Social fue en mayo. Entonces pensé, y mi convicción sigue intacta, que las discrepancias que pudiese haber serían a la postre un simple error humano, una acumulación de errores de codificación, y no una manipulación fraudulenta para hinchar las cantidades. Dow Purcell es un hombre demasiado brillante para rebajarse a estafar así. Mi opinión es que o no entendía

completamente cómo funciona la Seguridad Social o se impacientó con las minucias y tonterías burocráticas de los funcionarios. No lo culpo por eso. Como médico, su primer objetivo es el bienestar del paciente. Debía de molestarle ver tanto papeleo ridículo para conseguir atenciones como Dios manda o, peor aún, puede que pensara que la administración pública no tenía derecho a darle órdenes.

—Así que cree que pudo haberse saltado las normas.

—Prefiero esa explicación a la que parece defender el investigador de Prevención del Delito. Otra posibilidad mejor es que obró imprudentemente, dando el visto bueno a cantidades que debería haber examinado con más atención. La idea de Dowan defraudando al Estado conscientemente es inadmisibile.

—Pero, suponiendo que lo haya hecho, no entiendo cómo se beneficia él. Cuando se reclama dinero extra a la Seguridad Social, ¿no va a parar a la empresa de gestión? Es responsabilidad suya, ¿no?

—Totalmente. Pero los proveedores externos, como las compañías de ambulancias y las empresas de material médico, pueden acaparar miles de dólares por servicios no prestados, o por mercancías no entregadas, o por mercancías adquiridas a precios inflados. Si una persona en la posición de Dow estuviera compinchada con estas compañías, los contratos podrían significar para ellas miles de dólares. A cambio, él percibiría una remuneración, un soborno, quizás en forma de descuento profesional o de honorarios de consulta. Ahora que la DES..., perdone por tanta sigla, es la Dirección Económica de Sanidad, regula los programas de Medicare y Medicaid...

—Qué complicado —señalé.

—Mucho. En cualquier caso, ahora que la DES ha intervenido, quieren ver la documentación de todas las transacciones, incluido el contrato de arrendamiento, que es donde entramos nosotros.

—Pero usted no cree que sea culpable.

—No. Aunque lo cierto es que las cosas no pintan demasiado bien para Dow.

—¿Cree que se fue para eludir el escándalo?

—Es posible —repuso—. Si no podía o no quería enfrentarse a los hechos... No sé cómo soportará la humillación si lo acusan formalmente. No sé cómo la soportaríamos nosotros en su caso. Es un hombre con un problema muy serio. Y no quiero pensar en él como en un cobarde.

—¿Cuándo lo vio por última vez? ¿Lo recuerda?

—Desde luego. El 12 de septiembre, el mismo día que desapareció. Fui a buscarlo para ir a comer.

—No lo sabía. ¿Fue a petición de Dow o suya?

—De él. Llamó y dijo que quería verme. Naturalmente, le dije que sí. Yo ya sabía que estaba en apuros. Tenía asuntos que atender en aquella parte de la

ciudad y nos reunimos cerca de Pacific Meadows, en un cuchitril llamado Dickens, una imitación de pub inglés. Es tranquilo y permite cierta intimidad, y yo sabía que a él le gustaría.

—¿Habló de sus problemas con la Seguridad Social?

—Directamente, no. Empezó a divagar sobre la investigación que se había abierto. Estaba muy preocupado. Parecía deseoso de que le confirmáramos que Harvey y yo lo defenderíamos. Hice lo que pude por tranquilizarlo, pero le dije que yo no podía aprobar nada sucio. No quiero parecer arrogante, pero, si llegaran a confirmarse las sospechas que pesan sobre Dow, no sólo habría cometido una falta de ética, sino también un delito. Por muy bien que me cayera y por mucho que lo admirase como persona, no estaba dispuesto a encubrirlo, aunque pudiera.

—Pero ¿por qué se arriesgó él? Sobre todo con su edad y su posición. Es imposible que necesitara el dinero.

—De eso no estoy seguro. Dow siempre ha sabido administrarse, pero Crystal le cuesta muchísimo dinero. Tiene que mantener dos casas... Ya sabe que compró la de la playa por insistencia de Crystal; no le servía para nada, pero tenía que ser suya. Además, está la pensión de Fiona, que es abultada, por no decir algo peor. A Crystal le gusta viajar y lo hace con estilo, lo que significa volar en clase preferente y alojamiento para el niño de Griffith y quien se tercie. Es la clásica mujer que quiere que le hagan regalos, cumpleaños, aniversarios, Navidad, San Valentín; y espera joyas, y no baratas precisamente. Ya se encarga ella de que no sean baratas. La teoría de Dana es que quiere acumular valiosas pertenencias por si algún día se le cae la casa encima.

El teléfono volvió a sonar. Joel ni siquiera parpadeó esta vez.

—¿Cree que se casó con él por su dinero?

Meditó la pregunta unos momentos y negó con la cabeza.

—Yo diría que no. Creo que lo quiere de verdad, pero ha sido pobre toda su vida. Quiere asegurarse de que queda a cubierto si le pasa algo a él.

—¿Y qué sabe de los rumores sobre una posible infidelidad suya?

—Tendrá que preguntárselo a Dana. Ella fue quien descubrió ese desliz. Yo prefiero quedarme al margen.

—¿Dijo algo el doctor Purcell que sugiriese que tenía intención de huir?

Negó con la cabeza.

—No recuerdo nada en ese sentido. ¿Eso es lo que opina la policía?

—Bueno, no pueden descartarlo. Al parecer, han desaparecido su pasaporte y una elevada cantidad de dinero.

Me miró, como si estuviera asimilando lo que le contaba.

—Si huyó, tendrá que correr el resto de su vida.

—Quizá no sea tan malo como la otra posibilidad. Por lo que usted dice, estaba desesperado.

—Sí. Le horrorizaba la perspectiva de enfrentarse a una condena judicial.

—Hablé con un abogado que cree que no sería tan catastrófico. Probablemente tendría que devolver el dinero, pero no iría a la cárcel.

—Él opinaba de otro modo. Estaba muy deprimido. La administración pública se mostraba inflexible. Sabía que podían hacer un ejemplo de su caso. Se trataba sobre todo de desprestigio, algo que no estoy muy seguro de que pudiera soportar.

Se detuvo y cambió de sitio cuatro bolígrafos que había en la mesa. Ví que se quedaba mirando al vacío.

—¿En qué está pensando?

Cabeceó.

—En algo que no me he atrevido a contar a nadie. Aquel día, después de verlo, se me pasó por la cabeza que quizás había pensado en el suicidio. Trataba de ocultar la inquietud, pero puede que estuviera muy inquieto. No estaba seguro de que Crystal siguiera a su lado una vez que el escándalo saliera a la luz. Habría que preguntarse hasta qué punto estaba abatido y de qué habría sido capaz para encontrar consuelo. Debería haberle preguntado cómo se sentía, haber hecho todo lo posible para tranquilizarlo, pero no lo hice.

—¿Joel?

Nos volvimos y vimos a Dana en la puerta.

—Es Harvey, por la línea dos. Es la segunda vez que llama.

—Disculpe. Tengo que atender la llamada.

—Claro, adelante. Gracias por su tiempo. Es posible que vuelva a hablar con usted más adelante.

—Cuando quiera —dijo.

Se levantó al mismo tiempo que yo y nos estrechamos la mano por encima de la mesa.

Cuando llegué a la puerta, vi que descolgaba el teléfono.

Dana me condujo hasta el ascensor para dos personas, que tenía el tamaño de una cabina telefónica. Habría tardado lo mismo bajando por las escaleras. Durante el cansino y ruidoso descenso, le pregunté:

—¿Qué es esa historia que circula sobre Clint Augustine?

—Sencilla. Durante los seis meses que tuvimos a Augustine de inquilino, cada vez que Dow se iba al trabajo, Crystal se escabullía por la puerta trasera, cruzaba los árboles y entraba en el chalecito. Se quedaba allí aproximadamente durante una hora, y después volvía a su casa. Mientras tanto, Rand cuidaba del niño y lo llevaba a pasear por Horton Ravine. Era la comidilla del barrio.

—¿Y no podría haber otra explicación? —pregunté cuando llegábamos al vestíbulo, en la primera planta.

Sonrió con cansancio y respondió:

—Quizá se veían para tomar el té.

El Hospital de Santa Teresa, Saint Terry, está situado al norte del sector occidental, en una zona dedicada antiguamente a la agricultura, con viñedos, vacas y cuadras, y con vistas alucinantes de las montañas del borde septentrional de la ciudad. En vetustas fotos en blanco y negro se veían anchos y polvorientos caminos, cabañas flanqueadas por naranjos y nogales, todo ello desaparecido hacía mucho tiempo. Es un mundo que se nos presenta curiosamente pelado y llano, con campos alfombrados de cortaderas y arbolillos que parecen espigas. Aún quedan unas cuantas estructuras sin pretensiones de aquella época, encajonadas como reliquias entre edificios modernos. El resto —las iglesias, el antiguo juzgado del condado, pensiones de madera, establecimientos de comestibles, la antigua misión, la cochera del trolebús y los vistosos hoteles de dos pisos— había sucumbido ante los terremotos y los incendios, equipos de demolición de la naturaleza.

Todavía no eran las dos cuando aparqué en una travesía y anduve manzana y media hasta la entrada principal del Saint Terry. Se había levantado viento y los árboles se agitaban con inquietud. A veces caía una breve ducha de las ramas. Hasta el aire parecía gris, y me alegré de entrar en el vestíbulo del hospital por las puertas de vidrio que se separaron al aproximarme. Vi algunos empleados y visitantes en la cafetería de la izquierda. Pregunté en Información y me indicaron dónde estaba la oficina de la directora de Servicios. Hice un alto en un lavabo de señoras antes de proseguir la búsqueda.

Encontré a Penelope Delacorte en un pequeño despacho particular con una ventana que daba a la calle. La luz de los fluorescentes del techo contrastaba bruscamente con la oscuridad exterior. Estaba sentada a la mesa, siguiendo con un rotulador los renglones de un informe fotocopiado. Di unos golpecitos en el marco de la puerta y me miró por encima de unas gafas con montura de concha. Había entrado en la cincuentena y estaba en esa etapa de la vida en que hay que decidir si teñirse las canas o no. La imaginé discutiendo con su peluquera, incapaz de decidir entre el teñido y los reflejos. Probablemente discutirían también por el corte, y Penelope se inclinaría por la melena estilo paje que había llevado durante años. El flequillo le quedaba demasiado corto y me pregunté si se lo cortarían ella misma entre una visita y otra. Se quitó las gafas y las dejó a un lado.

—¿Sí?

—¿Es usted la señora Delacorte?

—Sí —repuso; su actitud era cautelosa, como si temiese que estuviera allí para entregarle una citación judicial.

—Kinsey Millhone —dije—. Soy investigadora privada local y me han contratado para aclarar la desaparición del doctor Purcell. ¿Tendría la bondad de concederme unos minutos?

Sin esperar invitación, entré en el despacho, me quité el chubasquero y me

senté frente a ella. Dejé el bolso y el impermeable a mis pies.

Penelope Delacorte se levantó y cerró la puerta. Mi presencia no parecía hacerle gracia. Medía más de un metro con ochenta, era delgada y vestía a la antigua, un traje sastre azul marino con botones dorados. Sus zapatos, también de color azul marino, no tenían tacón y parecían vagamente ortopédicos, como si se los hubieran prescrito por tener pies planos o callos.

Se sentó con las manos en el regazo.

—No sé qué puedo contarle. Yo ya me había ido cuando..., cuando desapareció.

—¿Durante cuánto tiempo trabajó usted en Pacific Meadows?

—Fui administradora durante ocho años, hasta el 23 de agosto. Trabajé con el doctor Purcell durante los últimos cuarenta y siete meses.

Hablaba con una voz tan cuidadosamente estudiada como sus movimientos, como si hubiera puesto la aguja interior en «Agradable».

—Pensaba que el administrador era él.

—Su cargo era administrador-director médico. Yo era administradora asociada, así que supongo que está usted en lo cierto.

—¿Podría decirme por qué dejó usted el trabajo?

—Génesis, la empresa de gestión que supervisa el trabajo de Pacific Meadows, tuvo noticia de que Sanidad estaba investigando nuestros archivos.

Levanté la mano.

—¿Por qué? ¿Lo sabe?

—Probablemente, por alguna queja.

—¿De quién?

—De un paciente, de un guarda, de un celador disconforme... No sé cuál fue el origen, pero parecían saber lo que estaban haciendo. Por lo visto, la clínica era sospechosa de varias infracciones, desde pagar demasiado a los proveedores hasta facturar servicios inexistentes. Al doctor Purcell le entró el pánico y culpó a la contable, Tina Bart, una acusación absurda e injusta. La señora Bart trabajaba en Pacific Meadows desde antes de que yo llegara y su labor siempre había sido irreprochable. Salí en su defensa. No iba a dejar que le echaran toda la culpa a ella. Tina Bart no tomaba decisiones. Ni siquiera pagaba las facturas, eso lo hacía Genesis. Ella gestionaba los órdenes de compra y preparaba las facturas de los internos, que comprendían los servicios básicos, la terapia y todo lo que no fueran medicinas. Estas corrían a cargo de Medicare, Medicaid y otras ramas de la Seguridad Social, de seguros privados y de cuentas particulares. Esa misma información pasaba también por mi mesa. Bart no generaba el papeleo; se limitaba a cursar lo que le daban.

—¿Por qué no consideraron a Genesis responsable si era esta empresa la que pagaba las facturas?

—Nosotros les facilitábamos la información. Por norma, no se paraban a

comprobar los datos, ni tampoco la señora Bart.

—Pero, aun así, la despidieron.

—Sí, y a mí me dieron el aviso el mismo día. Estaba dispuesta a poner una denuncia en la magistratura del trabajo.

—¿Cómo reaccionaron?

—No llegué tan lejos. Lo pensé mejor y decidí no seguir adelante. Tina Bart no quería escándalos. Le molestaba tanto como a mí que descubrieran en qué situación se hallaba el doctor Purcell.

—¿Su situación?

—Bueno, sí. Todos lo apreciábamos. Es un ser humano encantador y un médico maravilloso. Que no tuviera cabeza para los negocios no era un delito punible desde nuestro punto de vista, y se lo digo con toda sinceridad. No tenía ni idea de las normas y procedimientos de Medicare, qué artículos eran facturables y cuáles se rechazaban automáticamente, qué se pagaba a medias, qué era deducible o qué se podía reclamar por servicios abonados. Le aseguro que es muy complicado. Cometa usted un error, y Dios le libre de poner mal un código o dejar una simple casilla en blanco, y el formulario volverá a sus manos, por lo general sin especificar dónde se ha cometido la equivocación.

—Pero el doctor Purcell no llevaba la facturación.

—Claro que no, pero su trabajo consistía en revisar las PAT.

—¿Las PAT?

—Las Peticiones de Autorización de Tratamiento. También era responsable de revisar los códigos CPT y aprobar el coste de cualquier servicio auxiliar y del MMD. Debo decir que siempre se lo tomaba muy en serio, y era muy innovador en todo lo que se refería al cuidado y el bienestar de los pacientes.

—No tiene que esforzarse tanto por defenderlo —dije—. La creo. Pero también ha dicho que en la administración cotidiana era un incompetente.

—Me temo que sí, aunque ese es un término demasiado fuerte.

—¿No se dieron cuenta Glazer y Broadus de lo que pasaba?

—La institución no era cosa de ellos. Compraron el solar al anterior propietario, hicieron muchas mejoras y financiaron y construyeron el anexo. Lo demás quedó a cargo de Génesis y del doctor Purcell. Quiero que entienda que sólo es una opinión personal mía, pero he trabajado con muchos médicos en mi vida, y siempre me ha parecido que cuanto mejor es un hombre para practicar la medicina, peor es para los negocios. Pocos médicos tienen el valor de admitirlo. Están acostumbrados a ser dioses. Su veredicto no se suele poner en duda. No son conscientes de los límites que tienen delante, así que es fácil embaucarlos. Puede que sepan mucho de medicina, pero no suelen tener ni pizca de sentido común cuando se trata de administrar dinero. En fin, no quiero apartarme del tema. Sólo trato de explicar cómo se metió el doctor Purcell en este lío.

—¿No se lo explicó a él?

—Muchísimas veces. Parecía escucharme y estar de acuerdo, pero los errores seguían acumulándose.

—Pero si usted sospechaba que lo estaba haciendo mal, ¿por qué no habló con la empresa de gestión?

—¿Pasando por encima de él? No podía hacerlo si pretendía conservar mi empleo.

—Que perdió de todos modos.

La señora Delacorte apretó los labios y se ruborizó.

—Me sentí obligada a presentar la dimisión cuando despidieron a la señora Bart.

—¿Cree que el doctor Purcell estaba defraudando intencionadamente a la administración pública?

—Lo dudo. No sé qué beneficio podía sacar, a menos que hubiera hecho un pacto secreto con Génesis o con los proveedores. El caso es que el doctor Purcell estaba allí. Génesis no, y el señor Glazer y el señor Broadus tampoco. Era responsabilidad suya y, en última instancia, será él quien tenga que responder.

—¿Qué cree que le pasó?

—No puedo contestar a eso. Yo ya me había ido.

—Todavía no entiendo por qué no presentó usted una denuncia. Si el despido de Tina Bart fue impropio, la queja estaba justificada.

Guardó silencio y vi que buscaba una respuesta.

—Supongo que ambas éramos reacias a enzarzarnos en una batalla pública.

—¿Con quién?

—Con quien fuera —repuso—. Las ofertas de trabajo son limitadas en Santa Teresa. Las noticias vuelan, sobre todo en los círculos médicos. A pesar del número de facultativos, sólo hay tres hospitales. Los trabajos de mi nivel son difíciles de encontrar, y he echado aquí raíces muy profundas; llevo casi treinta años en la ciudad. No me puedo permitir ser catalogada como problemática o descontenta. Puede llamarme pusilánime, pero soy viuda y tengo que mantener a mi madre, que es ya muy mayor. En fin, creo que le he dado toda la información de que disponía, así que, si me disculpa...

Empezó a revolver los papeles que tenía en la mesa, poniéndolos en un montón y dando golpecitos en los bordes para alinearlos. En el cuello le aparecieron unas manchas rojas, como si fuera una urticaria moral.

—Sólo una cosa más. ¿Qué ha sido de Tina Bart?

—Usted es la investigadora. Averíguelo.

Cuando volví al bufete, vi un papel en el que Jennifer había escrito: «Llamó Richard Heaven. Que *por favor* lo llames». El corazón empezó a darme saltos mientras corría hacia mi despacho y abría la puerta. No esperaba tener noticias de aquel hombre por lo menos hasta el miércoles. Tiré el bolso encima de la mesa y acerqué el teléfono. Marqué mal dos veces seguidas antes de darme cuenta de que Jennifer había invertido el orden de las dos últimas cifras del número que había copiado con tanto esmero. A la tercera, di con Richard.

—Hola. Soy Kinsey Millhone. ¿Me has llamado?

—Sí. Gracias por llamar. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Qué querías?

—Pues mira, he revisado todas las solicitudes y ninguna me convence. Hay mucho vago suelto por ahí. El local es tuyo si lo quieres.

—¿De veras? Estupendo. Me alegro mucho, de verdad. ¿Cuándo puedo tomar posesión?

—Ahora voy para allá. Si tienes unos minutos, podrías darme un cheque. Son mil seiscientos setenta y cinco dólares, contando el depósito, a nombre de Propiedades Hevener.

—Claro que puedo. Estoy al otro lado del callejón. El edificio en el que estoy ahora está precisamente al lado del tuyo.

—No me había dado cuenta. ¿Por qué no nos vemos ahora? En cuanto esté firmado el contrato de alquiler, te daré la llave.

Como le sucedía a mucha gente, parecía incomodarle hablar de dinero. Me pregunté cuánta experiencia tendría en cuestiones arrendatarias.

—¿Cuándo?

—Dentro de diez o quince minutos.

—Hasta entonces. Y gracias.

Colgué y di unos saltitos de alegría, pensando ya en los aspectos prácticos de la mudanza. Por suerte, no había terminado de desembalarlo todo en los tres años que llevaba con Kingman & Ivés, así que ahorraría tiempo. Mesa, sillón, sofá-cama y ficus artificial. Aquello lo preparaba yo en un periquete. Iba a tener plaza de aparcamiento propia a quince pasos de la oficina. Podría almorzar en la mesa de la terraza de secoya...

Abrí el armario y bajé las dos cajas que había en el estante de arriba. La cinta métrica estaba en el fondo de la segunda caja; era de metal, de las que vuelven como un rayo al estuche de plástico cuando sueltas el extremo y, si te descuidas, te rebanan el meñique. La metí en el bolso, busqué una carpeta y un bolígrafo, comprobé que el contestador automático estaba en marcha, me puse el chubasquero y me fui a estrenar el nuevo despacho. Tenía ganas de andar a la pata coja, y entonces me pregunté si los niños todavía darían brincos como en los viejos tiempos.

Me sentía ya el ama y señora del lugar mientras iba por la calzada que salía de la parte trasera. Aunque la casa se veía desde el despacho de Lonnie, tuve que recorrer media manzana y atajar por el callejón para llegar a ella. Todas las luces estaban encendidas y, dando un salto, vi a medias al contable que ocupaba el despacho delantero. Ya me presentaría cuando tuviera tiempo. Rodeé la esquina y vi un coche azul oscuro que supuse que pertenecería al contable. La furgoneta negra de Tommy estaba aparcada dos plazas más allá.

Entré por la puerta trasera y restregué bien los pies en el deshilachado felpudo que habían dejado allí a tal efecto. La puerta del despacho trasero estaba abierta y del interior salía olor a pintura. Miré dentro y vi a Tommy a cuatro patas, pasando por el zócalo una brocha empapada en pintura blanca. Me sonrió y siguió trabajando. Llevaba un mono verde caqui, y de nuevo me llamó la atención el dinamismo que evidenciaba su aspecto. A la luz del día, su rojo pelo tenía reflejos cobrizos, y advertí que el color rubicundo de su rostro era en realidad una pátina de pecas.

—Hola. ¿Qué tal estás? —saludé.

—Cojonudo. Voy a terminar esto, ahora que tengo ocasión. Me he enterado de que eres la nueva inquilina.

—Bueno, parece que sí. Richard ha dicho que vendría para firmar los papeles.

Si algo había de positivo en el hecho de que estuviera concentrado en el trabajo era que ello me permitía contemplar a placer sus hombros y el suave vello rojizo de los brazos que las mangas subidas dejaban al descubierto. Me fijé en sus nudillos, cuyas grietas cubría una fina capa de pintura blanca. Necesitaba un buen corte de pelo en la nuca, donde ya se le ensortijaba caprichosamente.

Me miró por encima del hombro.

—Creí que te habías ido. Estás muy callada.

—Estoy aquí. —Fui a la ventana, por hacer algo—. La terraza es preciosa —comenté; la verdad es que me estaba preguntando si tendría novia.

—La construí yo mismo. Pensaba ponerle un enrejado, pero quedaría recargada.

—Está muy bien tal como está. ¿Es madera de secoya?

—Sí señora. Del centro del árbol. No me gustan los materiales baratos. Richard se pone como una fiera, pero yo creo que al final ahorraremos dinero. Con materiales baratos, acabas haciéndolo dos veces.

No se me ocurría qué decir. Abrí la ventana y la cerré. Sin pensar lo que hacía, levanté el auricular del teléfono. Oí el tono de marcar.

—¿Quieres hablar con alguien?

—No. Sólo quería saber si había línea. Tendré que hablar con la compañía telefónica para que me transfieran el número.

—¿Qué tal tu novio?

—Bien.

Otra pausa durante la que Tommy mojó la brocha en la lata.

—Espero que sepa tratarte.

—En realidad, está fuera de la ciudad —dije, e hice una mueca, porque había sonado a proposición.

—¿A qué se dedica? ¿Es un abogado elegante de esos?

—Es detective privado, como yo. Está medio retirado. Tuvo que guardar cama durante un tiempo por una operación de rótula.

Bizqué mentalmente. Tal como estaba describiendo a Dietz, parecía un viejo chocho que casi no podía ni andar. La verdad es que hacía tanto tiempo que se había ido que presentarlo como novio era una ridiculez total.

—Un tipo mayor.

—No. Sólo tiene cincuenta y tres años.

Tommy sonrió para sí.

—¿Lo ves? Sabía que eras de las que los buscan mayores. ¿Cuántos años tienes tú? ¿Treinta y cinco?

—Treinta y seis.

—Yo tengo veintiocho, la mejor edad para un hombre. —Levantó la cabeza —. Ahí llega Richard.

—¿Cómo lo sabes? Yo no oigo a nadie.

—Radar —repuso. Se levantó y se quedó inmóvil un momento, recorriendo el zócalo con mirada crítica—. ¿Me he dejado algo sin pintar?

—Por lo que puedo ver, no.

Tapó la lata de pintura y apretó los bordes de la tapa para cerrarla herméticamente.

Richard apareció en el umbral. Llevaba puesta una larga gabardina negra, con los extremos del cinturón anudados en la espalda. No era ni la mitad de atractivo que su hermano, y desde luego menos cordial. Me miró de pasada.

—Creía que tenías otras cosas que hacer —dijo, dirigiéndose a Tommy.

—Sí, bueno, quería terminar esto. No me gusta dejar las cosas a medias —respondió Tommy sin mirarlo.

Se notaba cierta tensión entre los dos, pero no sabía cuál era el problema. Parecían distantes, como si las palabras que acababan de cruzar pertenecieran a una disputa en curso. Tommy fue al lavabo y oyó correr el agua mientras limpiaba la brocha. Salió al poco rato y empezó a recoger las herramientas. Yo me sentía como si aquello fuera una repetición de la primera vez que había ido al lugar, con la única diferencia de que ahora estaban callados.

—Extenderé el cheque —dije, tratando de introducir un poco de calor. Abrí el bolso, saqué el talonario y un bolígrafo y me apoyé en la pared—. ¿Propiedades Hevener, SA?

—Exacto.

Richard se mantuvo erguido, con las manos en los bolsillos de la gabardina, mirándome sin expresión mientras yo escribía la cantidad. Tommy se dirigió a la puerta y vi que cambiaba una mirada con su hermano. Luego me miró a mí y sonrió fugazmente antes de desaparecer.

Arranqué el cheque de la matriz y se lo di a Richard, que sacó el contrato de alquiler del interior de la gabardina. Ya había rellenado los espacios importantes. Empecé a leer la letra pequeña mientras Richard me observaba.

—Espero que no te haya molestado.

—¿Quién? ¿Tommy? En absoluto. Hemos estado hablando de la terraza. Me quedaré por aquí para tomar algunas medidas. Me gustaría poner estanterías en las paredes.

—Claro. ¿Lo ves todo bien?

—Sí. Ha hecho un gran trabajo.

—¿Cuándo te mudas?

—Espero que a principios de la semana que viene.

—Estupendo. Toma mi tarjeta. Es a mí a quien has de llamar si necesitas algo.

Volví a concentrarme en el contrato y lo leí sin saltarme ni una línea. Parecía muy normal, sin trucos, sin cláusulas ocultas ni restricciones inusuales.

—¿De qué clase de casos te encargas? —preguntó Richard.

—Cualquier cosa. Varía. Ahora mismo estoy rastreando la pista de un médico que hace casi diez semanas que desapareció. A comienzos de año tuve que buscar a un heredero en paradero desconocido.

—¿Casos locales?

—La mayoría. A veces tengo que salir de California, pero suele ser más barato para el cliente contratar a un detective de la misma zona. Así no tienen que pagarle el viaje, que puede encarecer mucho el precio. —Firmé al final del contrato, le di una copia y me quedé la otra—. Yo no dejo de repetir que este trabajo es mucho más aburrido de lo que parece. Comprobación de antecedentes personales y búsqueda de documentos en el Registro Civil. Antes trabajaba para una compañía de seguros, investigaba incendios provocados y reclamaciones

fraudulentas, pero prefiero trabajar por mi cuenta.

No quería pasar por holgazana y omití que *La Fidelidad de California* me había despedido. Esperaba que no insistiera en aquel particular, porque no quería mentirle tan pronto.

—Bueno. Te daré la llave —dijo. Metió la mano en el bolsillo de la gabardina, sacó una anilla con diez o quince llaves y buscó una; la sacó y me la puso en la palma de la mano—. Hazte un duplicado por si la pierdes.

—Lo haré, gracias —repliqué, al tiempo que sacaba el llavero y añadía el ejemplar a mi modesta colección.

Cuando se fue, saqué la cinta métrica y me puse a medir la habitación: espacio entre ventanas, profundidad del ropero, distancia hasta la puerta. Hice un dibujo rudimentario en el cuaderno y me senté en el suelo, golpeándome el labio con el bolígrafo mientras inspeccionaba la estancia. Entre el olor a moqueta nueva y las vaharadas de pintura, la oficina parecía tan limpia y pulida como un coche recién salido de fábrica. Por la ventana se veía un día plomizo, pero dentro, donde yo estaba, era como si las cosas volvieran a empezar.

Estaba a punto de irme cuando sonó el teléfono. Creo que di un respingo y me quedé mirándolo. Alguien que buscaba a Richard o a Tommy; no podía ser para mí. Descolgué al quinto timbrazo.

—¿Diga?

—Hola, soy yo —dijo Tommy, arrastrando las palabras—. ¿Está mi hermano ahí todavía?

—Se acaba de ir.

—Pensaba que podríamos salir a tomar algo tú y yo —dijo en voz baja, con intención coqueta; habría jurado que sonreía para sí, con la boca pegada al micrófono.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Se echó a reír—. ¿Por qué crees?

—¿Hay algún problema entre Richard y tú?

—¿Qué clase de problema?

—No lo sé. Tengo la sensación de que no le gusta que hables conmigo. Así que, bueno, me invitas a tomar algo y no estoy segura de que sea buena idea.

—Eres una inquilina, y mi hermano es muy estricto. Pero eso no hace que esto sea asunto suyo.

—No quiero meterte en líos.

Se echó a reír.

—No te preocupes. Sé cuidar de mí mismo.

—No me refería a eso. No quiero causar problemas.

—Y yo te digo que no hay ningún problema. Deja de eludir la pregunta y vámonos. Te invito a un vino.

—Son sólo las cuatro de la tarde.

—¿Y qué?

—Tengo trabajo.

—¿A qué hora terminarás?

—Cerca de las seis.

—Bien. Pues cenaremos.

—Nada de cenas. Una copa. Y sólo una —recalqué.

—Tú mandas. Dime dónde y estaré allí.

Lo pensé un momento, tentada por la idea de ir al local de Rosie, que quedaba lejos de las rutas habituales. Todo aquello me parecía un poco clandestino, como si no estuviera bien que Richard nos viera. Aun así, no entendía qué podía haber de malo en tomar una copa.

—Hay un local cerca de la playa —dije, y le di la dirección de Rosie—. ¿Sabes dónde está?

—Lo encontraré.

—Puede que llegue tarde.

—Esperaré.

Cuando colgué, tenía la sensación de haber cometido un error. No es prudente mezclar el placer con el trabajo. Era mi casero y, si algo salía mal, tendría que buscar otro despacho. Sin embargo, con Lonnie Kingman me llevaba bien, y eso nunca había supuesto ningún problema. La idea de volver a ver a Tommy me estimulaba; con suerte, resultaría ser un gilipollas y me negaría educadamente a salir más con él.

Mientras tanto, tenía que concentrarme en el asunto de Dow Purcell. Volvería a la casilla número uno, y empezaría por Pacific Meadows y la noche en que desapareció de la faz de la tierra.

El aparcamiento de Pacific Meadows estaba lleno esta vez. Dejé el VW en la última plaza de la izquierda, pegado al seto. Cerré el coche y fui sorteando charcos hacia la puerta principal. El viento me daba en la espalda y cuando llegué tenía las botas cubiertas de salpicaduras. Apoyé el paraguas en la pared y colgué el chubasquero en una percha. Aquel día, el ambiente olía a salsa de tomate, claveles, calcetines de lana mojados, tierra de maceta y polvos de talco. Miré el menú colgado en la pared, cerca de las puertas dobles del comedor: costillas asadas, judías al horno, brécol con coliflor; y, de postre, gelatina con macedonia de frutas, que esperaba que tuviera cerezas, el mejor sabor para todas las edades. Como era día laborable, parecía haber más residentes moviéndose por el vestíbulo.

El salón colectivo estaba casi lleno. Con las cortinas echadas tenía un aire más acogedor. Un grupo veía un telediario y otro una película en blanco y negro, con Ida Lupino y George Raft. En un rincón había una cuarentona dirigiendo los

ejercicios de seis ancianas, que consistían en levantar los brazos y mover los pies mientras estaban sentadas en otras tantas sillas plegables. El cuerpo humano se concibió para moverse, y aquellas mujeres seguían haciendo lo que podían para mantenerlo en forma. Bravo por ellas.

Saludé con la cabeza a la recepcionista, como si estuviera acostumbrada a ir por allí. Sin que nadie me dijera nada, seguí hasta Administración y vi a Merry, que se entretenía haciendo un solitario. Levantó la cara con expresión culpable, recogió la baraja y la guardó rápidamente en un cajón.

—Hola, ¿qué tal? —dijo; advertí que reconocía mi cara, pero que era incapaz de recordar mi nombre.

—Kinsey Millhone —aclaré—. Se me ha ocurrido pasar a ver si estaba la señora Stegler. Espero que no se haya ido ya.

Merry señaló hacia su derecha en el momento en que una señora salía del despacho interior con unas tijeras de podar y un manajo de ramas de hiedra, peladas y parduscas.

—Así está mucho mejor —decía—. El doctor Purcell no me dejaba cuidar las plantas cuando estaba aquí.

Pareció desconcertada al verme, pero siguió avanzando hacia la papelera y tiró las ramas.

Tenía el pelo revuelto y muy corto alrededor de las orejas. Llevaba una americana marrón que le quedaba grande, camisa, corbata y pantalón masculino. Del bolsillo superior de la chaqueta le sobresalía un pañuelo de seda y oro. Por debajo del dobladillo del pantalón asomaba la punta de unos zapatos masculinos de cordones. Habría llevado con igual soltura un pantalón mucho más largo.

—¿La señora Stegler? Soy Kinsey Millhone. Le agradecería que me proporcionara alguna información sobre el doctor Purcell.

Sacó un pañuelo de papel de una caja que había en la mesa de Merry y se secó cuidadosamente las manos antes de estrechar la mía.

—Merry me ha dicho que vino el sábado. No estoy segura de poder ayudarla. He convertido en norma no hablar de mi jefe sin su permiso expreso.

—Lo entiendo —dije—. No le estoy pidiendo que traicione ninguna confidencia. ¿Conoce a Fiona Purcell?

—Desde luego. Fue la primera esposa del doctor Purcell. Hace muchos años que nos conocemos.

—Me ha contratado para que encuentre alguna pista sobre su paradero. Si estoy aquí, es por sugerencia suya. Pensó que lo más lógico para empezar era que hablara con usted.

La señora Stegler negó con la cabeza.

—Lo siento, pero aquella noche, cuando el doctor salió del edificio, yo me había ido ya —señaló casi con tozudez, habría jurado que se alegraba de no tener

nada que aportar.

—¿Habló con él aquel día?

Me miró con segundas y me indicó con los ojos que Merry estaba escuchando.

—Venga a ver su despacho. Hablaremos allí.

Abrió la trampilla del mostrador y pasé dentro. Sus ojos eran tan pequeños y redondos como los de un periquito, de un azul pálido, y con un aro negro alrededor del iris. Cuando entrábamos en el despacho, se volvió hacia Merry.

—Por favor, que no nos molesten.

—Sí, señora —dijo Merry, elevando los ojos al techo.

Me emocionaba aquella oportunidad de ver el despacho del doctor Purcell, que era pequeño y limpio. Mesa, sillón giratorio, dos sillones tapizados para las visitas y una estantería llena de libros médicos y manuales variados sobre asistencia sanitaria. En una esquina del escritorio estaba la hiedra recién podada, que parecía un perro de aguas con un rapado estival. Habría dado cualquier cosa por mirar en los cajones del escritorio, pero no parecía que fuera a tener muchas posibilidades.

Era evidente que la señora Stegler no encontraba apropiado sentarse a la mesa, así que lo hizo en un sillón, y yo me senté en el otro, con lo que quedamos frente a frente, rodilla contra rodilla. Se apartó el cabello de la cara y cruzó las piernas, desnudando al hacerlo un depilado fragmento de pantorrilla por encima del calcetín de lana.

—Espero que no le parezca inoportuno, pero debo decirle que no soporto los cotilleos —aseguré—. A pesar de mi trabajo, nunca animo a nadie a hablar cuando no debe ni a traicionar un secreto, sobre todo en un caso como este.

Me miró con suspicacia. Quizás había notado que mentía descaradamente.

—Estamos de acuerdo en eso.

—Le agradecería que me hablara del último día que el doctor Purcell vino al trabajo.

—Ya se lo expliqué todo a la policía, y más de una vez.

—Espero que también me lo explique a mí. El inspector Odessa me dijo que fue usted de mucha ayuda.

Miró inquieta mi bolso, que había dejado en el suelo, al lado de la silla.

—No lo estará grabando, ¿verdad?

Me incliné, recogí el bolso y lo abrí para que viera el contenido. Lo único que se parecía vagamente a una grabadora era la caja de tampones que me había proporcionado expresamente el FBI, con su potentísimo micrófono direccional incorporado.

—¿Y no citará mis palabras fuera de contexto?

—No citaré ninguna de sus palabras.

Se quedó callada, mirándose el regazo.

—Llevo varios años divorciada —dijo al fin.

Volví a guardar silencio y dejé que el tema se instalara entre nosotras sin comentarios por mi parte ni aclaraciones por la suya. Vi que se debatía. De pronto, hizo una mueca y sus labios se estiraron como movidos por cuerdas invisibles. Habló, pero su voz sonó tan tensa y crispada que a duras penas conseguí entender lo que decía.

—El doctor Purcell era..., lo más parecido que tenía..., a un amigo. No puedo creer que se haya marchado. Cuando llegué el lunes siguiente por la mañana, todo el mundo murmuraba que había desaparecido. Sufrí una conmoción. Era un hombre..., un hombre amabilísimo. Yo lo apreciaba mucho..., y si hubiera sabido que era la última vez que iba a verlo, le habría dado..., le habría dado las gracias de todo corazón por la..., la consideración con que me había tratado.

Respiró profundamente, gimiendo con ese dolor que no se puede expresar con palabras. Al cabo de medio minuto, pareció recuperar la compostura, aunque no con mucha convicción. Sacó el pañuelo del bolsillo y se sonó con estridencia. La seda no parecía muy absorbente. Junto las manos en el regazo con el pañuelo entre los dedos, retorciéndolo. Vi caer una lágrima, y luego otra, como si se tratara de un grifo mal cerrado.

Me di cuenta de que era la primera persona, aparte de Blanche, que había dado muestras de sentir verdaderamente la desaparición de Purcell. Me acerqué y encerré sus frías manos entre las mías.

—Ya sé que es difícil. Tómese su tiempo.

Tragó aire a bocanadas.

—Perdóneme. Lo siento mucho. No debería importarla de esta manera. Sólo espero que esté sano y salvo. No me importa lo que haya hecho. —Se detuvo, llevándose el pañuelo a los labios, y volvió a respirar profundamente—. Ya estoy mejor. Estoy mejor. No sé lo que me ha pasado. Le pido disculpas.

—Lo entiendo. Por lo que me han contado, era un hombre maravilloso. Mi única intención es ayudarla. Tiene que confiar en mí. No estoy aquí para causar problemas.

—¿Qué quiere?

—Sólo que me cuente lo que sabe.

Vaciló. Tenía demasiado arraigada la política antichismorreo para olvidarse de ella de repente. Creo que optó por confiar en mí, porque volvió a tragar aire y empezó a hablar.

—Aquel día parecía preocupado. Yo creo que estaba inquieto..., quiero decir que tenía motivos. La señora Purcell..., perdón, la primera, Fiona, vino a verlo, pero él había salido a almorzar. Esperé un rato y finalmente le dejó una nota. Cuando el doctor volvió, estuvo trabajando en su despacho durante el resto del día. Recuerdo que tenía un vaso de whisky en la mesa. Eso fue a última hora.

—¿Salió a cenar?

—Creo que no. A menudo cenaba tarde o se saltaba la cena. Muchas noches tomaba alguna cosa aquí, en su mesa, galletas o fruta..., eso si su mujer iba a salir y no cocinaba. Cuando llamé a su puerta para despedirme, estaba sentado ahí.

—¿Tenía papeles delante? ¿Expedientes o gráficas?

—Debía de tenerlos. No me fijé. Pero no era de los que se están sin hacer nada, puedo asegurárselo.

—¿Hablaron?

—La típica despedida. Nada significativo.

—¿Sabe si recibió alguna llamada telefónica o visita?

—Que yo recuerde, no —repuso, negando con la cabeza—. Cuando llegué el lunes siguiente, el despacho estaba vacío, algo muy poco habitual. Siempre llegaba a las siete en punto, antes que nadie. Por entonces empezaban ya a circular los rumores. Alguien, he olvidado quién, dijo que ni siquiera había llegado a su casa el viernes. Al principio no le dimos importancia. Luego la gente empezó a temer que hubiera sufrido un accidente o estuviera enfermo. Cuando llegó la policía, estábamos asustados, pero aún confiábamos en que apareciera en un par de días. He pensado en esto una y otra vez, pero es todo lo que hay.

—¿No dijo la prensa que aquella noche cruzó unas palabras con una anciana que estaba en el vestíbulo?

—Sí, la señora Curtsinger. Ruby. Reside aquí desde 1975. Le diré a Merry que la acompañe a su habitación. No quiero que la ponga usted nerviosa.

—Le prometo que no.

Merry me condujo por el pasillo. Vi que transportaban ya los carros de comida con los compartimentos llenos de bandejas para los que preferían cenar en sus habitaciones. No eran todavía las cinco y supuse que habían señalado una hora tan temprana para cenar a fin de concentrar las tres comidas del día en un único turno.

—¿Recuerdas la enfermera que viste el sábado, cuando te marchaste? —dijo Merry—. Se llama Pepper Gray. Pues empezó a hacer preguntas sobre ti. Yo no le dije ni pío, sólo que volverías hoy para hablar con la señora Stegler. Me echó una buena bronca. Dijo que no debería hablar con nadie sobre la clínica. Menuda fresca. No tenía ningún derecho a hablarme de esa forma. Ni siquiera trabaja en mi departamento.

—¿Qué crees que oyó?

—Eso no importa. No es asunto suyo. Pero he pensado que deberías saberlo por si nos tropezamos con ella.

Giramos a la izquierda, pasamos ante la sala de personal, la oficina de abastecimiento y unas cuantas habitaciones de residentes. Había muchas puertas cerradas, decoradas por fuera con tarjetas postales o ramos de flores mustias. Aquí y allá, los nombres de los ocupantes estaban escritos con letras de papel de plata que colgaban graciosamente de una pequeña cinta o de un cordón. Por las puertas abiertas veía camas individuales, flores y fotografías de familiares en las cómodas. Cada cuarto era de un color diferente, y todos daban a un pequeño jardín en el que los arbustos temblaban bajo las primeras gotas de lluvia. Nos cruzamos con una anciana que arrastraba un andador por el pasillo. Su paso era rápido y, cuando llegó al cruce, se volvió con tal ímpetu que estuvo a punto de caerse. Merry alargó el brazo para sujetarla. La mujer esquivó el brazo, dio un rodeo y siguió andando a trompicones.

Ruby Curtsinger estaba sentada en un sillón junto a unas puertas correderas de cristal, una de las cuales había sido abierta para dejar pasar el aire fresco y húmedo. Tenía los pies apoyados en un taburete. Fuera, colgando del alero, había un comedero de pájaros. En el borde del comedero se habían posado varios pajarillos en fila, como si fueran pinzas de la ropa. Ruby era pequeña y consumida; tenía la cara pequeña y huesuda, y los brazos delgados como palillos.

Su cabello, blanco y raleante, parecía recién lavado. Nos miró con sus brillantes ojos azules y sonrió, enseñando multitud de huecos en la mandíbula inferior. Merry nos presentó y, antes de irse, le explicó lo que yo buscaba.

—Hable con Charles —dijo Ruby—. Él vio al doctor Purcell después de que nos despidiéramos.

—No conozco a ese Charles.

—Es un celador del turno de noche. Debe de andar por ahí; suele venir pronto a trabajar, para ver a la señora Thornton y a algunas de las demás chicas. Juegan al gin rummy a centavo la apuesta, pero debería oírles gritar. Cuando no puedo dormir, toco el timbre y viene él, me sienta en la silla de ruedas y me pasea por los pasillos. A veces me instalo en la sala de personal y juego con él al euchre; al muchacho le encanta jugar a las cartas. Suelo comer en la habitación, porque en el comedero hay gente que me disgusta. Una mujer mastica con la boca abierta, y no quiero ver eso cuando estoy comiendo. Es asqueroso. La noche por la que pregunta, la última vez que vi al doctor, había tomado mis pastillas, pero no me sirvieron de mucho. Llamé a Charles y dijo que haríamos la Cabalgada del Sapo. Así es como él lo llama, pero la verdad es que quería fumar, y por eso me aparcó en el vestíbulo y salió. Y esa es la razón de que yo estuviera junto a la puerta aquella noche, para que Charles se pudiera fumar un cigarrillo a escondidas. Quiere dejarlo y piensa que, si nadie sabe lo que hace, es como si no lo hiciera. El doctor Purcell no permite que nadie fume dentro del edificio. Dice que hay mucha gente con problemas respiratorios. Me lo dijo aquella misma noche.

—¿A qué hora fue?

—A las nueve menos cinco. No hablamos mucho rato.

—¿Recuerda alguna cosa más?

—Me dijo que estaba guapa. Siempre me lo dice, aunque a veces creo que exagera un poco. Le pregunté por su hijo. He olvidado su nombre.

—Griffith.

—Eso. El doctor decía a su mujer que lo trajera una vez por semana para vernos. Como es lógico, no ha vuelto a traerlo desde que el papá desapareció. Los pies de ese niño apenas tocaban el suelo. Lo llevaban en brazos a todas partes y, cuando quería algo, lo señalaba y gruñía. Le dije al doctor: «Nunca aprenderá a hablar si lo tratan de esa manera». Estaba totalmente de acuerdo. Luego hablamos del tiempo. Hacía una noche preciosa. Parecía primavera y creo que la luna estaba casi llena. Salió por la puerta y esa fue la última vez que lo vi.

—¿Sabe de qué humor estaba? ¿Enfadado? ¿Triste?

Se apoyó un dedo en la mejilla y meditó la respuesta. La artritis le había doblado el pulgar hasta formar un ángulo recto con la mano y daba grima mirarlo.

—Ausente, diría yo. Tuve que preguntarle dos veces si podía organizarnos

una salida. La comida de aquí es buena, no quiero quejarme, pero comer fuera es divertido y nos da un respiro. Cualquier pequeño cambio es importante.

En la puerta apareció una hispana vestida con ropa de quirófano.

—Le traigo la bandeja de la cena, señora Curtsinger. ¿Quiere tomársela al lado de la tele para ver su programa? Lo dan dentro de cinco minutos y no querrá perderse el principio. Dice usted que es la mejor parte.

Se acercó al sillón de Ruby y dejó la bandeja en una mesita con ruedas. Levantó la tapa de aluminio y puso al descubierto la costilla asada y su habitual acompañamiento. La gelatina era verde, con trozos de fruta hundidos en sus brillantes profundidades.

—Gracias —dijo Ruby, y me sonrió—. ¿Querrá volver por aquí, querida? Me gusta hablar con usted.

—Veré si puedo. ¿Sabe?, la próxima vez que venga, le traeré una hamburguesa súper con queso.

—Y otra con cebolla. Veo los anuncios de la tele y las de cebolla me parecen riquísimas.

—Lo son, créame. También le traeré una.

Fui por el pasillo hasta la sala de personal; asomé la cabeza y dije:

—Estoy buscando a Charles.

El hombre que vi sentado a la mesa con el periódico vespertino andaba por los cincuenta años y vestía ropa de quirófano, como la mujer de las bandejas. Tenía la piel de un castaño suave, era estrecho de hombros y sus brazos eran lampiños y escualidos. Dejó el periódico y se puso en pie educadamente para identificarse.

—Soy Charles Biedler. ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Le expliqué quién era y lo que quería, y le repetí lo esencial de lo que me había contado Ruby Curtsinger.

—Sé que ya habrá contestado antes a todas estas preguntas, pero sería de gran ayuda que me contara lo que recuerde.

—Puedo enseñarle dónde había dejado su coche y dónde estaba yo aquella noche.

—Me encantaría —dije.

Separó una sección del periódico y se la llevó. En la entrada me detuve a recoger el paraguas y el chubasquero, que me puse sobre la cabeza. Charles se cubrió con el periódico y salimos encogidos bajo la lluvia, que nos golpeaba con ráfagas racheadas. Charles se detuvo al final del camino y señaló los vehículos.

—¿Ve el pequeño VW azul? Pues esa era la plaza del doctor Purcell. Lo vi cruzar el aparcamiento, entrar en el coche y dar la vuelta aquí mismo.

—¿No vio usted a nadie más?

—No, pero ese rincón del aparcamiento está más oscuro a las nueve que a esta hora. Era una noche cálida. Yo iba en mangas de camisa, como ahora,

aunque sin carne de gallina. Crucé con él unas palabras, como siempre, ya sabe; le dije algo bromeando y él contestó.

—¿No hubo nada inusual?

—Que yo recuerde, no.

—Me estoy esforzando por verlo como lo vio usted. Ruby dice que el doctor llevaba la chaqueta del traje colgada del brazo. ¿Llevaba algo más?

—Creo que no. Si lo llevaba, no lo recuerdo.

—¿Y las llaves del coche?

—Debía de llevarlas en la mano. No recuerdo que buscara en el bolsillo.

—Abrió el coche. ¿Qué hizo después?

—No recuerdo esos detalles concretos.

—¿Se encendió la luz interior del coche?

—Podría ser. Cuando subió, estuvo un momento sentado, y luego puso el motor en marcha y dio aquí la vuelta para enfilar hacia la salida.

—¿Siempre lo hacía así?

Parpadeó y meneó la cabeza.

—Casi siempre.

El periódico se estaba empapando y comprendí que era hora de ponerse a cubierto.

—Vayamos a un sitio seco —dije. Volvimos a la entrada y nos quedamos a un paso de la puerta—. ¿No pasó nada más? —insistí—. ¿Nada de nada, aunque parezca trivial?

—No dijo buenas noches al marcharse, aunque solía hacerlo. Lo último que hacía era sacar un dedo y agitarlo, como si se burlara, porque le había dicho que había dejado el tabaco.

—¿Estaba bajada la ventanilla del coche?

—No puedo asegurarlo.

—¿No vio a nadie en el coche con él? —Negó con la cabeza—. ¿Está seguro?

—Completamente. Y eso es todo lo que sé.

—Muy bien. Muchas gracias por su amabilidad. Si se le ocurre alguna cosa, ¿querrá llamarme? —Saqué una tarjeta del bolso y se la di—. Puede localizarme en este número. Si no estoy, hay un contestador.

Me alejé del porche y, cuando empecé a cruzar el aparcamiento, me volví para despedirme con la mano. Charles seguía en el mismo sitio, mirándome.

Ya sentada al volante, me quedé inmóvil un momento, pensando en la circunstancia de encontrarme en el mismo sitio en que había estado Dow Purcell la noche del 12 de septiembre. Observé lo que tenía a mi alrededor. ¿Qué le había sucedido? La lluvia caía en el techo del coche como una mano que tamborileara en una mesa. No lo habían agredido. Había subido al coche y se había quedado un rato sentado..., ¿haciendo qué? Puse el coche en movimiento y salí marcha atrás, para poner rumbo, como Purcell, a Dave Levine Street. Me volví para

mirar hacia el edificio. Charles se había ido ya. El camino estaba vacío y la lluvia daba a la entrada un aspecto desolado.

Torcí a la derecha y miré a ambos lados de la calle. Era una zona residencial. El Saint Terry estaba sólo a cuatro manzanas. En los alrededores había dependencias médicas, casas de vecinos, viviendas independientes y poco más. Ni bares ni restaurantes donde el doctor hubiera podido detenerse a tomar un trago. Cuando llegué al cruce siguiente, me fue imposible calcular qué dirección había tomado.

Volví al despacho y a las cinco y media ya estaba redactando una tosca versión del siguiente capítulo de mi informe. Me resultaba útil tener que explicarlo todo como si fuera un reportaje. Había trabajado otras cuatro horas, lo que, deducido del saldo anterior, reducía la deuda a mil ciento veinticinco dólares de esclavitud. El nerviosismo me corría por los huesos. No era más sabia ahora que al comienzo, ni estaba más cerca de encontrar al doctor Purcell. No tenía ningún plan, ninguna astuta estrategia sobre cómo proseguir. ¿Qué más podía hacer? Fiona quería resultados. Yo me movía, pero no llegaba a ninguna parte. Miré el reloj. Las seis. Me puse en pie de un salto. Ya llegaba tarde a la cita en el local de Rosie, pero no podía remediarlo. Guardé el informe en el bolso, para seguir trabajando más tarde si se terciaba.

El tráfico era denso debido a la lluvia. Aprovechando un semáforo, volví el espejo retrovisor para mirarme. No suelo llevar maquillaje, así que tenía el aspecto de siempre: tez cetrina por las luces de la calle y una espesa mata de pelo castaño encima. No me sentía precisamente fascinante con los tejanos y el jersey de cuello de cisne, pero no tenía tiempo para subir a casa a cambiarme. ¿Y para ponerme qué? No tenía nada mejor. Es la ropa que suelo llevar.

Aparqué frente a mi casa y corrí hasta el local de Rosie. Abrí la puerta de un empujón, dejé el paraguas y me quité el chubasquero. El viernes no había un alma por culpa del tiempo, pero aquella noche estaba de bote en bote. La máquina de discos y la televisión estaban a todo volumen. *Lunes de rugby* había llenado la barra de hinchas jaraneros. El humo de tabaco era denso y todas las mesas estaban ocupadas. Vi a William salir de la cocina con una bandeja a la altura del hombro mientras Rosie abría botellas de cerveza a toda velocidad. Observé a los clientes, preguntándome si habría llegado antes que Tommy Hevener. Me tiraron de la manga y bajé los ojos. Tommy estaba en el primer reservado de la derecha.

Ay, Dios.

Estaba recién afeitado, y se había puesto una camisa blanca y, encima, un jersey de cuello redondo de lana azul celeste. Dijo algo que no oí. Me acerqué y oí a Aqua Velva. Cuando repitió lo que había dicho, su voz me produjo un

escalofrío que empezó en la oreja y llegó hasta la punta del pie.

—Salgamos de aquí —dijo; se levantó y recogió su impermeable del asiento de enfrente.

Asentí y me dirigí hacia la puerta. Me siguió con una mano en mi espalda. El gesto suponía una familiaridad por la que debería haber protestado, pero no lo hice. Nos detuvimos en la entrada para recoger el chubasquero y el paraguas. Se puso el impermeable y se levantó las solapas.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Hay un local a una manzana de distancia, el Emile. Podemos ir andando.

Como su paraguas era mayor que el mío, me cubrió con él cuando salimos bajo la lluvia. Yo tenía la mano apoyada en el mango, a dos centímetros de la suya, y echamos a andar con el paso desgarrado que se adopta cuando se va acompañado. El agua caía con tanta fuerza que se filtraba por el tejido y nos envolvía como si fuera niebla. Un coche que pasaba levantó un penacho de agua que cayó ante nosotros, salpicándonos.

Tommy se detuvo.

—Esto es de tontos. Tengo el coche aquí mismo.

Sacó las llaves y abrió la portezuela del copiloto de un Porsche nuevo, pintado con el rojo de las manzanas de caramelo y con una matrícula personalizada que decía HEVNER 2. Subí sin alardes de elegancia, por la escasa altura del chasis y por el torrente de agua que corría junto al bordillo. Cerró y rodeó el coche por la parte delantera para instalarse ante el volante. El interior estaba forrado de piel color caramelo y despedía un aroma tan terrenal y rico en matices como un cobertizo de herramientas.

—¿Dónde tienes la furgoneta? —dije.

—Eso es para trabajar. Esto es para divertirse. Tienes un aspecto imponente. Te he echado de menos.

Charlamos de tonterías durante el corto paseo que terminó en el Emile. Tommy me dejó en la puerta. Entré y hablé con el camarero mientras él aparcaba. Nos llevaron a una mesa de la estrecha sala lateral, al lado de la ventana. El lugar olía a ajo y cebolla salteados, a pollo asado, a vinagreta. La atmósfera era íntima, y a que, a causa de la lluvia, había pocas mesas ocupadas. Sólo se oía el apagado murmullo de las conversaciones y el tintineo ocasional de los cubiertos.

Las velas proyectaban círculos de luz en el oscuro espacio. El camarero nos trajo la carta y, tras una rápida consulta, Tommy pidió una botella de Chardonnay de California. Mientras esperábamos, se puso a jugar con un tenedor, trazando con los dientes surcos paralelos en una servilleta de papel. Llevaba en la muñeca un reloj de oro blanco y una esclava de oro cuyos eslabones contrastaban con su piel rojiza.

—He leído tu contrato de arrendamiento. Estás divorciada.

Levanté dos dedos.

—Nunca me he casado —añadió—. Soy demasiado trotamundos.

—Suelo gustar a los chicos de paso —dije.

—Quizá yo te sorprenda. ¿Dónde está tu familia?

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando tenía cinco años.

Me crio una hermana de mi madre, mi tía Gin. También murió.

—¿No tienes parientes? —preguntó. Negué con la cabeza—. ¿Y tus maridos?

¿Quiénes eran?

—El primero era poli. Lo conocí al poco de ingresar en el cuerpo...

—¿Has sido de la pasma?

—Dos años.

—¿Y el otro?

—Músico. Con mucho talento. No muy fiel, pero era bueno en otros aspectos.

Cocinaba y tocaba el piano.

—Habilidades que admiro. ¿Dónde está ahora?

—No lo sé. ¿Dijiste que tus padres también habían muerto?

—Ser huérfano y adulto produce extrañeza, pero no es tan malo como se tiende a creer. ¿En qué trabajaba tu padre?

—Era cartero. Llevaba quince años casado con mi madre cuando llegué yo.

—Así que sólo has tenido familia durante cinco años.

—Supongo que sí. No lo había pensado de esa forma.

—Pobre criatura.

—Pobres todos —repliqué—. Así es la vida.

El camarero llegó con el Chardonnay y lo miramos mientras procedía ritualmente a abrir la botella, servir una muestra y llenar los dos vasos. Ni siquiera habíamos mirado la carta, así que nos tomamos unos minutos para decidir qué queríamos. Yo pedí pollo asado y Tommy pasta *a la puttanesca*. También pedimos una ensalada para dos. Cuando llegaron los platos, Tommy dijo:

—Háblame de tu novio. ¿Qué pasa con él?

Bajé el tenedor y me puse a la defensiva en honor de Dietz.

—¿Por qué habría de hablarte de él?

—No seas tan quisquillosa. Me gustaría saber qué hay. Entre tú y yo.

—No hay nada. Estamos cenando.

—Yo creo que hay algo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto.

—¿A qué estamos jugando? ¿A definir nuestras relaciones? No te habré visto más de una hora en toda mi vida.

Sonrió con lentitud. No parecía afectado por la rotundidad de la réplica; en realidad, se la había soltado sin querer.

—De hecho, yo diría que más de una hora, cerca de dos. Te he visto dos veces en el despacho en alquiler, y otra ahora.

Terminó el vino y se sirvió más, no sin antes servirme a mí. Realmente, sus ojos eran de un verde extraordinario.

—Bueno, te conozco muy poco —dije—. Además, eres demasiado joven. —Enarcó las cejas y me ruboricé. De inmediato, añadí—: ¿Cómo es que decidisteis mudaros a Santa Teresa?

—Estás cambiando de conversación.

—No me gusta que me presionen.

—Hablemos de sexo. Dime qué te gusta hacer en la cama, por si se presenta la ocasión.

Me eché a reír.

—Hablemos de la enseñanza primaria. Yo odiaba mi escuela. ¿Qué tal te fue a tí?

—Muy bien. Fue divertido. Fui jefe del consejo de seguridad dos años seguidos. He estado en cuatro universidades, pero no me he licenciado en ninguna. Puede que algún día vuelva a intentarlo; me gustaría terminar la carrera.

—Yo fui durante dos semestres a un colegio universitario, pero no me gustaba. Estudié español en una escuela para adultos, pero he olvidado todo salvo «hola» y «buenos días».

—¿Cocinas?

—No, pero soy aseadita.

—Yo también. Mi hermano es un cerdo, aunque nunca lo dirías por su aspecto. Viste bien, pero tiene el coche hecho una pocilga.

—Yo llevo latas de aceite para el motor en el asiento trasero.

—Parte de tu trabajo —dijo para disculparme.

Mientras seguíamos conversando de esta guisa, me di cuenta de que me gustaba su cara. Y no era indiferente a su cuerpo, delgado y musculoso. Me pregunté dónde estaría Dietz. En ningún sitio cercano, así que tenía poca importancia. Me atraen muy pocos hombres, y no porque yo sea exigente. Procuo protegerme, lo que significa que no me estimula nada salvo... ¿salvo qué? No sabía qué era lo que permitía a algunos hombres atravesar mis barreras defensivas. La química, supongo. Me concentré en cortar el pollo y probé el puré de patatas. Demasiada mantequilla de cacahuete para mi gusto.

Tommy me tocó la mano.

—¿Adónde te has ido?

Levanté los ojos y vi que me estaba mirando. Retiré la mano.

—¿Esto es una cita?

—Sí.

—No me van las citas.

—Ya lo veo.

—Hablo en serio —repliqué—. Estas historias de chico-chica no son mi fuerte.

—Tienen que serlo. Has estado casada dos veces y ahora tienes un novio por ahí.

—Y algún que otro ligue entre una cosa y otra. Pero eso no significa que se me dé bien.

—Claro que sí. Me gustas. No tienes que hacerte la capulla. Relájate.

—Bueno, bueno —dije con humildad.

A las nueve salimos del restaurante. Las calles todavía estaban mojadas, pero ya no llovía. Vi el Porsche al otro lado de la calle. El parque infantil estaba a oscuras y las embarcaciones de la dársena parecían vestidas de luces. Esperé a que abriera el coche y subí. Cuando lo puso en marcha, dijo:

—Hay algo que quiero enseñarte. Todavía es pronto. ¿Vale?

Arrancó y dio la vuelta en Cabana Boulevard. Nos dirigimos hacia el oeste, dejando el club náutico a la izquierda y la Universidad de Santa Teresa a la derecha; y luego, colina arriba por la playa. Doblamos a la izquierda en el siguiente cruce. No me lo había dicho, pero sabía que íbamos a Horton Ravine. Me sonrió.

—Quiero enseñarte la casa.

—¿Y Richard? ¿No pondrá objeciones?

—Se ha ido a Bell Garden, a jugar al póquer.

—¿Y si pierde y vuelve pronto?

—Pase lo que pase, no llegará hasta mañana por la mañana.

Cruzamos las columnas de piedra que señalaban la entrada posterior de Horton Ravine. El camino era ancho y oscuro. Muchas casas estaban sin vallar y tenían aspecto rural: pastos, cuadras, luces domésticas titilando entre los árboles. Tomó un camino lleno de curvas, supongo que para demostrar la capacidad y adaptabilidad del Porsche. Finalmente dobló a la derecha, entró por un camino particular y accedió a un patio en forma de media luna. Entreví la casa: paredes estucadas, líneas llenas, tejado de tejas rojas. Todos los arcos y terrazas estaban espectacularmente iluminados por luces exteriores. Buscó el mando automático de la puerta del garaje, apretó el botón y entró en un espacio con capacidad para cuatro coches. El cavernoso interior estaba inmaculado; la blanca pared del fondo era de construcción reciente y olía al yeso que la recubría. Había tres plazas vacías. Imaginé a Richard conduciendo un coche deportivo tan nuevo y flamante como el de Tommy. Abrí la portezuela y bajé. Tommy hizo lo mismo y buscó en el bolsillo la llave de la casa. No había estantes, ni herramientas, ni chatarra amontonada; ni sillas de jardín, ni cajas de cartón marcadas con un rótulo que dijera: NAVIDAD Y DEMÁS. Entramos por la cocina. El indicador de la alarma de la puerta estaba apagado. A la izquierda había un aseo y una

habitación para la criada, y a la derecha estaba el rincón de la lavadora. En todas las superficies de la cocina había montones de correo basura, catálogos y publicidad; en un montón aparte estaban los manuales de instrucciones del contestador automático, el microondas y el robot de cocina, que se notaba que todavía no se había usado. Los suelos eran de ladrillo mexicano rojo oscuro, con las juntas selladas y tan pulidos que parecían espejos. Tommy dejó las llaves en un mostrador de baldosas blancas.

—¿Qué te parece?

—¿No tiene alarma? Qué raro en una casa de este tamaño.

—Hablas como una poli. Sí que hay alarma, pero no está conectada. Cuando vinimos a vivir aquí, Richard la hacía saltar tantas veces que la compañía empezó a cobrarnos cincuenta pavos por salto y los polis ni aparecían. Así que pensamos: ¿para qué la queremos?

—Esperemos que los ladrones no se hayan enterado.

—Tenemos un seguro. Ven y haremos la visita de diez centavos.

Me llevó por toda la casa, haciendo algunas pausas para ponerme al corriente de sus planes decorativos. Todos los suelos de la planta baja, del salón, el comedor, la salita, el estudio y las dos habitaciones de huéspedes, eran de anchos tablones de roble. La planta superior estaba totalmente enmoquetada con lana color crema; dos habitaciones de matrimonio, un despacho y roperos con capacidad para diez personas. El lugar parecía una casa piloto de una nueva urbanización, sólo que sin muebles ni puñetitas. Había muchas habitaciones vacías y las que tenían algún mueble parecían vacías, también. Comprendí que Tommy era de los que viajan con poco equipaje, como yo: ni niños, ni animales, ni plantas. En la salita había un bar bien surtido, demasiado cuero negro y un televisor de pantalla grande para los acontecimientos deportivos. No vi cuadros ni libros, pero quizá porque todavía no los habían desembalado.

Se notaba que los muebles de los dormitorios los habían comprado por lotes en grandes almacenes. Todos hacían juego. Madera clara en el de Tommy, de estilo moderno; en el de Richard, la cabecera, la cómoda, el armario y las dos mesitas de noche eran de madera maciza y oscura, de un estilo ligeramente colonial, con tiradores de hierro forjado en cajones y puertas. Todo estaba impecable, lo que probablemente significaba un equipo de limpieza una vez por semana.

Hicimos el recorrido completo y acabamos de nuevo en la cocina. Los dos éramos conscientes del paso del tiempo. A pesar de su indiferencia inicial, parecía temer tanto como yo que Richard apareciera en cualquier momento. Aunque llevara horas fuera, sentía su presencia en todas las habitaciones, como si fuera un fantasma. Tommy no había vuelto a hacer comentarios sobre la actitud distante de su hermano y yo no quería preguntarle. Por lo que sabía, la desavenencia no tenía nada que ver conmigo.

Finalmente dijo en un arranque de valentía:

—¿Quieres tomar algo?

—No, pero gracias. Tengo que trabajar. Gracias por la visita. Es una casa estupenda.

—Todavía necesita algunos arreglos, pero nos gusta. Tienes que verla de día. El paisaje es precioso. —Miró el reloj—. Te llevaré a casa.

Recogí el bolso y lo seguí. Esperé dentro del coche a que cerrara la puerta principal. En la estrechez carcelaria del Porsche me di cuenta de la pesadez del aire que había entre nosotros. Charlamos por el camino, de un modo insustancial y forzado, a pesar de lo mucho que él me atraía. Encontró sitio cerca del restaurante de Rosie, a media manzana de mi casa. Aparcó y rodeó el vehículo para abrirme la puerta. Me ofreció la mano para ayudarme y bajé con toda la gracia de que fui capaz. Los deportivos tendrían que estar equipados con asientos eyectables.

El ruido del local de Rosie llegaba amortiguado, pero era consciente del contraste entre el alboroto que habría dentro y el sosiego que nos rodeaba en la calle. Los árboles cercanos goteaban restos de lluvia y el agua corría por la cuneta como un riachuelo urbano. Los dos nos quedamos un momento inmóviles, sin saber muy bien cómo despedirnos. Alargó las manos y me cerró el broche metálico del chubasquero.

—No quiero que te mojes. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—Vivo ahí al lado. Casi se ve desde aquí.

Sonrió.

—Ya lo sé. Vi la dirección en tu solicitud y lo comprobé. Parece un sitio guapo.

—Eres un fisgón.

—En lo que se refiere a ti —dijo.

Volvió a sonreír y desvió la mirada. Ambos dijimos «bueno» al mismo tiempo y nos echamos a reír. Retrocedí unos pasos y vi que abría la portezuela y se encogía ante el volante. Cerró el coche y lo puso en marcha. Encendió los faros y se alejó con un rugido. Di media vuelta y avancé hacia la esquina mientras el ruido del motor se perdía a lo lejos. Confieso que tenía la ropa interior caliente y un poco mojada.

El martes amaneció envuelto en niebla y humedad. Hice los habituales ejercicios matutinos, en particular una carrera tan vigorosa que me dejó sudorosa y con las mejillas coloradas. Después de desayunar, estuve un rato trabajando en casa, terminando de revisar el informe que había preparado para Fiona. Puede que con todas aquellas páginas mecanografiadas la convenciera de que estaba haciendo progresos. Veía la posibilidad de fracasar, una percepción de la que había gozado muy pocas veces en mi vida, y estaba asustada. Esperaba su regreso con el mismo entusiasmo que sentía de niña cuando tenían que ponerme una inyección.

Salí de casa a las diez menos veinticinco. La tormenta había cesado de momento y se veían amplias franjas de cielo azul entre las nubes. La hierba era de color esmeralda y las hojas de los árboles brillaban como nuevas. La cita con el mejor amigo de Dow Purcell, Jacob Trigg, era a las diez. Miré un plano de la ciudad y localicé su domicilio en el centro de Horton Ravine. Fui hacia el este por Cabana Boulevard y subí la colina por la playa. Giré a la izquierda en Promontory Drive y seguí la carretera por los acantilados que daban a la playa. Doblé otra vez a la izquierda y crucé la entrada trasera de Horton Ravine. Pensé en Tommy, sonreí como una tonta y sentí vergüenza.

Kilómetro y medio más allá vi la calle que estaba buscando. Giré a la derecha, recorrí un laberinto de calzadas sinuosas y subí otra cuesta. El agua bajaba como un torrente por el arcén y era como si hubieran volcado en la carretera varios camiones de grava. Un árbol se había venido abajo, arrastrando una placa de suelo en forma de media luna. A pesar de que había muchas casas en la zona, la Madre Naturaleza se dedicaba a reclamar lo que le pertenecía.

Mientras recorría la calle miré los buzones de la derecha. Finalmente vi el número que me había dado Jacob Trigg. La verja de hierro estaba abierta y seguí por un largo camino que se curvaba entre muretes de piedra. En la cima de la suave pendiente el terreno se volvió llano y vi hectáreas de tierra en todas direcciones. La casa tenía dos plantas y era de vago estilo italiano, elegante y sencilla, con ventanas dispuestas simétricamente y un pequeño porche con una balaustrada circular.

Aparqué y bajé del coche. Todas las ventanas de la planta baja estaban a oscuras, un rasgo insólito. No había timbre en la puerta y nadie contestó a mis

llamadas. Rodeé la casa en busca de luces o de cualquier otro indicio de que hubiera habitantes. No hacía viento y de vez en cuando caía del alero alguna gota de agua. ¿Me había dado plantón el dichoso Trigg? Miré a mi alrededor. El jardín se extendía por ambos lados de la casa, pero no vi ningún jardinero. Es posible que la tierra estuviese demasiado mojada para trabajar.

Bajé por el césped en cuesta, esperando ver a alguien que pudiera decirme si Trigg estaba en casa. Durante cinco minutos vagué por la propiedad, dejando la tierra llena de pisadas que se llenaban de agua inmediatamente. Al final de una fila de perales de adorno vi un invernadero con un pequeño cobertizo adjunto. Al lado mismo habían estacionado un coche eléctrico de golf. Seguí andando, con las suelas de las botas llenas de pegotes de barro.

Dentro del cobertizo había un hombre trabajando en un banco de madera. A pesar del frío, llevaba pantalón corto de color caqui y zapatillas de deporte, llenas de barro. Tenía aparatos ortopédicos en las dos piernas, sujetos por unos tornillos que parecían perforarle las rodillas por ambos lados. Vi indicios de atrofia en los músculos de las pantorrillas. Había unas muletas apoyadas en el mostrador que tenía detrás. Una gorra de plato le cubría la mata de pelo gris. En la tabla de secoya que tenía delante había cinco o seis macetas con plantas de aspecto marchito y en diferentes etapas de deterioro.

Me detuve en la puerta, esperando que me viese antes de entrar. El invernadero estaba al otro lado de la puerta del fondo, aunque desde donde estaba no se veían las vertientes de vidrio de la techumbre. Casi todos los vidrios laterales eran de un blanco opaco, pero había otros transparentes por los que entraban cuadrados de luz. El aire era cálido, y olía a tierra y a musgo.

—Hola. Perdone que le interrumpa. ¿Es usted el señor Trigg?

Casi ni levantó la vista.

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Soy Kinsey Millhone.

Me miró sin expresión, con una creciente arruga en el entrecejo. Tenía el bigote gris, y sus cejas combinaban los pelos negros con los grises. Con poco más de sesenta años, tenía la nariz roja, papada y un pecho amplio que bajaba en oblicuo para formar una barriga de buen tamaño.

—Esperaba que me aclarase usted algunos datos sobre el doctor Purcell —proseguí.

Su confusión pareció despejarse.

—Ah, disculpe. Había olvidado que iba usted a venir, de lo contrario la habría esperado en la casa.

—Tendría que haber llamado para recordárselo. Le agradezco que me conceda usted parte de su tiempo.

—Espero poder serle de ayuda —dijo—. La gente me llama Trigg a secas, así que puede saltarse lo de « señor ». No viene muy a cuento.

Se apoyó en el mostrador de secoya y echó un chorrito de detergente en un cubo de agua. Alcanzó un rosal enano cubierto de telarañas; apoyó la mano en la tierra, en la base de la planta, la puso boca abajo y la metió en el cubo.

—Me sorprende que me haya encontrado. Mi hija vive conmigo, pero ha salido esta mañana.

—Bueno, he estado dando vueltas. Me alegro de que no tenga perros de presa por aquí.

—Se los ha comido la planta carnívora —dijo sin detenerse. Esperaba que fuese un chiste. Era difícil asegurarlo, porque no cambió la voz ni la expresión—. Por si se está preguntando qué estoy haciendo —prosiguió—, le diré que no me dedico a la horticultura. Mi hija trabaja cuidando las plantas de interior de los habitantes de Horton Ravine. También provee a algunos hoteles, el Edgewater, el Montebello Inn y sitios por el estilo. Sólo plantas vivas, nada de flores recién cortadas. Supongo que tratan a otros para hacer los arreglos. Ella me trae las enfermas y yo las cuido hasta que les «devuelvo» la salud. —Sacó el rosal goteante y lo metió en otro cubo con agua limpia. Volvió a sacarlo, lo sacudió y observó el efecto—. Este pequeño está infestado de ácaros; estos parásitos no miden más de medio milímetro y mire el daño que hacen. Era un rosal con muchas hojas y ahora no es más que un triste tallo. Lo pondré en cuarentena. También hay muchas raíces podridas. La gente riega demasiado, intentando colaborar entre las visitas de Susan. ¿Le gustan las plantas?

—No mucho. Antes tenía un helecho, pero lo tuve que tirar.

—Los helechos huelen a pies —dijo cabeceando, mientras dejaba a un lado el rosal y recogía una maceta con un tallo de maíz; lo miró mientras quitaba con una esponja la capa de polvo gris de las hojas—. Es el moho del humo —añadió como si le hubiera preguntado—. Un poco de agua y jabón basta para solucionar muchos de estos problemas. No me opongo a los insecticidas al uso, pero si se trata de pulgones, prefiero probar antes con un pesticida de contacto. El más común es el sulfato de nicotina. No me gusta cambiar. A veces Susan no está de acuerdo, pero no puede discutir con mis buenos resultados.

—¿Es usted amigo del doctor Purcell? —pregunté.

—Desde hace veinte años. Fui paciente suyo. Testificó en mi favor en un juicio que tuve por un accidente de tráfico.

—¿Fue antes de que empezara a trabajar en geriátricos?

—Espero que sí —repuso.

Sonreí.

—¿A qué se dedicaba usted entonces?

—Era viajante; productos farmacéuticos. Cubría los tres condados y visitaba a los médicos que ejercían privadamente. Conocí a Dow cuando tenía el consultorio al lado del Saint Terry.

—No hay duda de que se le daba a usted bien. Esta finca es impresionante.

—También lo fue la indemnización. Aunque salí perdiendo. A mí me gustaba correr y jugar al tenis. Uno cree que el cuerpo le va a durar siempre, hasta que le toca. Es un infierno, pero he tenido más suerte que otros. —Se detuvo para mirarme—. Ya sé que ha hablado con Crystal. Me llamó para decirme que se pondría usted en contacto conmigo. ¿Cómo va hasta ahora?

—Es frustrante. He hablado con mucha gente, pero sólo he conseguido teorías y lo que necesito son hechos.

Sus despeinadas cejas se juntaron, formando un pliegue de piel y pelo.

—Me temo que voy a aumentar la confusión general. He estado pensando en él, recordando algunas cosas. La policía habló conmigo la primera semana de su desaparición; yo estaba tan desconcertado como los demás.

—¿Lo veía a menudo?

—Un par de veces por semana. Pasaba por aquí a tomar un café por la mañana, camino de Pacific Meadows. Ya sé que las mujeres creen que los hombres no hablamos de asuntos personales, que sólo discutimos de deportes, coches y política. Dow y yo éramos diferentes, quizá porque me había visto sufrir. Sin quejarme, todo sea dicho. Dow tendía a guardarse sus opiniones, y creo que prefería ver esa misma actitud en los demás. Sólo tenía ocho años más que yo, pero lo veía como a un padre. Me sentía bien contándole todo. Llegamos a confiar mucho el uno en el otro y, con el tiempo, él también me hizo confidencias.

—La gente lo admira.

—Como debe ser. Es un buen hombre..., o lo era, no sé cómo debemos hablar de él. En presente, espero, aunque eso está por ver todavía. Crystal me dijo que la había contratado Fiona.

—Sí. Está en San Francisco por trabajo, pero llegará esta tarde. Voy de aquí para allá, hablando con toda la gente que puedo, con la esperanza de convencerla de que no ha malgastado el dinero.

—Yo no me preocuparía. Fiona es difícil de complacer —señaló—. ¿Quién está en su lista, aparte de mí?

—Bueno, he hablado con uno de sus dos asociados...

—¿Con cuál?

—Con Joel Glazer. No he hablado con Harvey Broadus. He hablado con personal de la clínica y con su hija Blanche, aunque no con Melanie.

Enarcó las cejas cuando pronuncié el último nombre, pero no hizo ningún comentario.

—¿Y con Lloyd Muscoe, el exmarido de Crystal? ¿Ha hablado con él?

—No se me había ocurrido, pero podría hacerlo. Lo vi en casa de Crystal el viernes por la tarde, cuando fue a recoger a Leila. ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Puede que tenga que ver o puede que no. Hace cosa de cuatro meses, Dow

dijo que iría a ver a Lloyd. Supuse que sería por Leila, pero quizá me equivocara. Ya sabe que Leila vivió con Lloyd durante algún tiempo, pero no dejaba de repetir a todo el mundo que era lo bastante madura para decidir por sí misma. Crystal se cansó de pelearse con ella, así que Leila se fue a vivir con Lloyd. Y empezó octavo curso en las escuelas públicas de aquí. No habían pasado ni dos meses y ya estaba fuera de control. Sus notas eran cada vez peores, faltaba a clase, tomaba alcohol y drogas. Dow dijo basta y la ingresaron en Fitch. Ahora está bajo una vigilancia muy estricta y culpa de ello a Dow. Lo considera un tirano; para ella, cualquiera que no la deje hacer lo que le da la gana es un tirano.

—Creo que también le tiene ojeriza a Lloyd. Cuando estuve en su casa, se negaba a verlo, pero Crystal insistió.

—Es natural. Cree que tiene la obligación de sacarla de allí. No se fija en su propia conducta. A su edad, siempre se piensa que la culpa es de otros.

—¿Qué pasó cuando Dow fue a ver a Lloyd? ¿Se pelearon?

—Que yo sepa, no. De todas formas, si Lloyd hubiera querido hacer daño a Dow, creo que no habría cometido la estupidez de organizar un espectáculo público.

Busqué en el bolso y saqué un sobre suelto para tomar notas.

—¿Podría darme su dirección?

—Ahora no la recuerdo, pero puedo decirle dónde está. Una casa grande, con tejado amarillo y a dos aguas, en el cruce de Missile y Olivio. Lloyd vive en el pequeño estudio de la parte trasera.

—Creo que conozco el lugar —dije—. Supongo que él y Crystal se llevan bien.

—Más o menos. Ella aún suele besar el suelo que él pisa. Crystal siempre estuvo dominada por él.

—¿Y eso?

—Él vivía de lo que ganaba ella desnudándose en Las Vegas. Tenían una de esas relaciones pasionales con mucho alcohol y peleas. Uno u otro terminaba llamando a la policía, gritando que se iba a cometer un asesinato. Crystal hacía que detuvieran a Lloyd, y después cambiaba de opinión y retiraba los cargos. O él la acusaba a ella de agresión con lesiones, y luego se besaban y hacían las paces. La típica historia. Cuando conoció a Dow, lo dejó todo y se vino a Santa Teresa con su hija. Supongo que vio en Dow a un salvador, y en cierto modo lo fue. El problema es que Lloyd la siguió, y estaba muy furioso; no podía creer que ella lo hubiera dejado después de todo lo que habían pasado juntos. Yo más bien diría que se negaba a creer que hubiera perdido el dominio que tenía sobre ella.

—¿Cómo sabe usted todos estos detalles?

—Me los contó Dow —respondió—. Creo que temía que Lloyd encontrara una manera de recuperar el control sobre Crystal. Ella parece fuerte, pero se

siente culpable en relación con Lloyd. Él afirma que ella tiene una deuda pendiente por haberle trastornado la vida.

—¿No trabaja?

—Que se sepa, no. Se dedicó a la construcción durante un tiempo, pero pronto dijo que se había lesionado la espalda. Vivió de la compensación sindical hasta que se le agotó. Así trabaja su cerebro. ¿Para qué esforzarse si puede conseguir lo que quiere manipulando a otros?

—Pero seguro que Crystal ha escapado ya de sus garras.

—Una mujer como ella nunca se libra de un hombre así.

Guardé el sobre, meditando qué aspecto del caso tocaría a continuación.

—¿Y el libro que Dow estaba escribiendo? Es una de las razones por las que Crystal está convencida de que le ha pasado algo. Dice que no pudo irse por las buenas: primero por Griffith y segundo por el libro en el que estaba trabajando.

Por la cara de Trigg pareció pasar un rictus de aflicción.

—Al comienzo sí estaba emocionado con el plan, pero resultó mucho más difícil de lo que había imaginado. Yo diría que estaba más desmoralizado que entusiasmado. También estaba inquieto por Fiona. No dejaba de pedirle dinero. Él sabía que estaba convencida de que volvería con ella, y eso le angustiaba siempre. Por eso iba a subir.

—¿A subir? ¿Adónde?

—A ver a Fiona, para aclarar la situación.

—¿La noche que desapareció?

—Eso me dijo él. Desayunamos juntos aquel viernes por la mañana y me dijo que ella había insistido en verlo. Siempre lo estaba machacando con algo; es un grano en el culo, y perdóneme la grosería. Le dije a Dow entonces lo que le he dicho siempre: que ella siempre le estaba sacando cosas. No podía evitar ya que la hubiese dejado, pero sí asegurarse de que lo pagaba con creces.

—¿Y por qué extraordinario motivo creía que iba a dejar a Crystal para volver con ella?

—Bueno, según él, ella ya lo tenía todo planeado. Decía que era la única que lo entendía, para bien o para mal. Yo creo que más bien para mal.

—Fiona dice que Dow ya había desaparecido antes en dos ocasiones. ¿Alguna idea de adónde fue?

—A rehabilitarse. Me dijo que había ido a una granja de desintoxicación.

—¿Alcohol?

—Exacto. No quería que se supiera porque sus pacientes podían perder la confianza en él si se enteraban de que se desmandaba bebiendo.

—He oído decir a un par de personas que había vuelto a beber.

—Probablemente por influencia de Fiona. Conseguiría que cualquier hombre se diera a la bebida.

—¿Y no podría haber ingresado ahora en otra institución rehabilitadora?

—Eso espero. Yo lo habría hecho, pero diría que a estas alturas ya se lo habría dicho a alguien.

—Fiona dijo que en las otras ocasiones no dijo nada a nadie.

—Eso no es cierto. Me lo dijo a mí.

—¿Qué sabe del asunto de Pacific Meadows?

Negó con la cabeza.

—No mucho. Sé que no tenía buen aspecto. Le aconsejé que contratara a un abogado, pero me dijo que no quería llegar a esos extremos todavía. Tenía ciertas sospechas sobre lo que estaba pasando, pero antes quería comprobarlas por sí mismo.

—Alguien me dijo que temía que Crystal lo abandonara si había un escándalo.

Tiró la esponja dentro de un cubo.

—Quizá fuera eso lo que esperaba Fiona.

Llegué al bufete de Lonnie a las once y veinticinco y vi a Jennifer inclinada sobre un archivador, con una falda tan corta que le asomaban por debajo las dos medias lunas de su trasero. No llevaba pantis y tenía las piernas largas y bronceadas gracias a los días libres que se tomaba para ir a la playa con los amigos.

—Jennifer —dije—, deberías ponerte faldas más largas. ¿No recuerdas aquello de «Chica que enseña la braga, pronto la caga»?

Se irguió de súbito y se estiró la falda. Al menos tuvo el detalle de parecer avergonzada. Se dirigió a su mesa castigando el suelo con los zuecos de madera y tomó asiento, dejando al descubierto tanto muslo que me sentí obligada a apartar la vista.

—¿Algún mensaje? —pregunté.

—Sólo uno. La señora Purcell dijo que ya ha vuelto y te espera a las dos.

—¿De hoy o de mañana?

—Ay...

—No te preocupes. Ya me lo imagino. ¿Algo más?

—Ha llegado esto —repuso, alargándome un sobre del servicio urgente de correos. Lo abrí. Fiona me devolvía el contrato, debidamente firmado. Joder. Ya no soportaba sentirme atada a ella—. Y hay alguien que quiere verte —añadió—. La he acompañado a tu despacho y le he llevado un café.

Aquello no me dejó indiferente.

—¿La has dejado en mi despacho sola?

—Tengo trabajo. No podía quedarme.

—¿Cómo sabes que no está registrándome los cajones? —dije, porque era eso lo que yo haría si estuviera en su lugar.

—No creo. Parece buena tía.

Noté que mi termómetro interior se acercaba a la zona roja.

—Yo también parezco buena tía. ¿Y qué? ¿Cuánto tiempo lleva allí? — pregunté; para hacerle justicia, creo que estaba desahogando en ella mis sentimientos contra Fiona, pero de todas formas estaba cabreada.

Jennifer arrugó la cara para darme a entender que estaba pensando.

—No mucho. Veinte minutos. Quizás un poco más.

—¿Es alguien que conozco, al menos?

—Creo que sí —repuso con vocecita débil—. Se llama Mariah nosequé. He supuesto que estaría más cómoda esperándote allí que si se quedaba aquí.

—Jennifer, en todo ese tiempo puede haberme despojado de todo lo que poseo.

—Ya me lo has dicho. Perdona.

—Déjate de perdones y que no se repita. —Recorrí el pasillo interior y me volví para mirarla—. Y cómprate unos pantis.

Cuando pasé por delante del escritorio de Ida Ruth, evité mi mirada conscientemente. Sin duda estaba radiante porque por fin había experimentado en mis carnes un ejemplo de la ineptitud crónica de Jennifer.

La puerta del despacho estaba cerrada. La abrí y vi a una mujer sentada en el sillón de las visitas. Había dejado la taza de café vacía en el borde de la mesa. Tras echar una mirada superficial, habría jurado que mis carpetas siempre estaban así de desordenadas. La miré intrigada, y ella me miró a su vez con unos ojos tan inexpresivos y azules como los de un gato.

No podía tener más de veintiséis años, pero su pelo era de un gris plata, tan brillante como una moneda de níquel recién puesta en circulación. Llevaba poco maquillaje y el color de su piel parecía cálido en comparación con el del cabello, que llevaba peinado hacia atrás y sujeto tras las orejas. Tenía la mandíbula finamente esculpida, nariz y mejillas fuertes, y cejas ligeramente pobladas. La falda del traje chaqueta de lana gris era corta y los pantis, negros y transparentes, realzaban las bien formadas rodillas. En una se veían rastros de una antigua cicatriz. Había un maletín negro en el suelo, al lado del sillón. Parecía una abogada cara de un bufete poderoso. A lo mejor me habían demandado.

Rodeé el escritorio con cautela y me senté. Se quitó la chaqueta con gracia y la colgó como pudo en el respaldo del sillón para que no se arrugara. Por las líneas de sus hombros y sus brazos supe que hacía mucho más ejercicio que yo.

—Soy Mariah Talbot —dijo.

La corta camiseta de seda negra crujió débilmente cuando me alargó la mano. Tenía las uñas largas, de forma oval y pintadas de un color neutro. El efecto no era chillón, sino elegante. Su característica más llamativa era una retorcida cicatriz blanca, probablemente una quemadura, que tenía en la cara exterior del brazo derecho.

—¿Teníamos una cita?—pregunté, incapaz de contener la irritación.

—No, pero estoy aquí por un asunto que creo que le puede interesar —replicó sin inmutarse.

Mi estado de ánimo no hacía mella en su espíritu. La imagen que proyectaba era de compostura, competencia, determinación y eficacia. Su sonrisa, cuando aparecía, apenas suavizaba su expresión.

—¿De qué se trata?

Se adelantó y puso una tarjeta en la mesa: MARIAH TALBOT, UNIDAD DE INVESTIGACIONES ESPECIALES, SEGUROS CONTRA ACCIDENTES EL GUARDIÁN, con una dirección y un teléfono que no me detuve a memorizar. El logotipo era un trébol de cuatro hojas con las palabras CASA, COCHE, VIDA Y SALUD escritas en ellas.

—Tenemos que hablar de su casero.

—¿De Henry?

—De Richard Hevener.

No sé qué esperaba yo, pero no era aquello.

—¿Qué le ocurre?

—Puede que no lo sepa, pero Richard y Tommy son mellizos.

—Ah, ¿sí?—dije, mientras pensaba: «¿Y a quién coño le importa?».

—Hay algo más que es posible que no sepa. Richard y Tommy mataron a sus padres en 1983, en Tejas.

Abrí la boca como si me preparara para el final de un chiste.

La combinación de ojos azules y cabello plateado era fascinante y no podía dejar de mirarla.

—Contrataron a alguien para que entrara en la casa —prosiguió con toda naturalidad—. Por lo que sabemos, el plan era que el ladrón forzara la caja fuerte y se fuera con una cantidad sustanciosa de dinero, además de joyas valoradas en cerca de un millón de dólares. La madre de ambos, Brenda, procedía de una familia tejana increíblemente rica, de apellido Atcheson. Brenda era la hija mayor y heredó una impresionante colección de joyas que legó en testamento a su hermana Karen. Son piezas que han pertenecido a la familia «durante generaciones».

Buscó en el maletín y sacó un archivador de acordeón. Extrajo una carpeta marrón y me la alargó.

—Son recortes de prensa y copias de los dos testamentos.

Abrí la carpeta y miré los primeros recortes, que llevaban fecha del 15, el 22 y el 29 de enero de 1983. En los tres artículos había fotos de Richard y Tommy, solemnes y circunspectos, flanqueados por sus abogados y vestidos con traje, chaleco y corbata. Los titulares decían que habían tenido que declarar en la investigación que se llevaba a cabo por la muerte de Jared y Brenda Hevener. Había más artículos que informaban del curso de la investigación durante aquel

año. No me entretuve leyendo los testamentos.

—Verá que el nombre de su tía Karen aparece en algunos artículos —prosiguió Mariah Talbot—. El ladrón era un golfo que se llamaba Casey Stonehart; había estado ya seis veces en la cárcel por distintos delitos, desde hurtos hasta actos de piromanía, una pequeña especialidad suya. Creemos que abrió la caja fuerte utilizando la combinación que los mellizos le habían facilitado. Luego desarmó los detectores de humo y prendió fuego a la casa para camuflar el robo. Al parecer, y esto es sólo una suposición, el trato era que se quedaría con la mayor parte de las joyas, las que estuviera en condiciones de vender más tarde. Los hermanos se quedarían con el dinero y quizá con unas cuantas joyas de su elección; luego reclamarían a la compañía de seguros la casa, el contenido, las joyas y todo lo que pudieran. Ah, sí, y los coches; las llamas destruyeron dos Mercedes-Benz. Los Hevener fueron encontrados atados y amordazados en el ropero de su dormitorio. Murieron asfixiados por el humo, que siempre es mejor que morir abrasados; aún tuvieron suerte. Ninguno de los hijos estaba por la zona; se hallaban providencialmente fuera de la ciudad y tenían coartadas sólidas. Stonehart, el que hizo el trabajo sucio, desapareció poco después; probablemente estará muerto y enterrado por ahí, aunque no tenemos pruebas. Desde entonces no ha vuelto a dar señales de vida, así que no es arriesgado suponer que los hermanos se libraron de él. Un cómplice es siempre el eslabón frágil en estos asuntos.

—¿Y no podría estar escondido?

—Si lo estuviera, se habría puesto en contacto con sus familiares. Todos son escoria, pero leales hasta el final. No les importaría lo que hubiera hecho.

—¿Y cómo sabe que la lealtad no incluye tener la boca cerrada sobre su paradero?

—La comisaría del sheriff les vigila el correo y les ha pinchado el teléfono. Créame, el silencio ha sido absoluto. Y es un muchacho con una gran dependencia familiar; si estuviera vivo, no soportaría la distancia.

Me aclaré la garganta.

—¿Cuándo ha dicho que sucedió? —pregunté; me lo había dicho, pero no me había enterado.

—En 1983, en Hatchet, Tejas. Las sospechas no tardaron en recaer en los dos hermanos, pero fueron muy listos. Había poquísimos indicios que sugiriesen que habían tenido algo que ver, aunque era más que evidente. Sacaron buena tajada. Para ellos tuvo que ser mejor que la lotería. A juzgar por las apariencias, no había habido roces entre ellos y sus padres, ni discusiones en público, ni ampliaciones recientes de la cobertura del seguro. Y su conexión con Casey Stonehart también era muy débil. No había constancia de que hubieran hablado por teléfono. Las cuentas bancarias no revelaban ninguna retirada inusual de dinero que sugiriese que habían pagado a Casey por sus servicios. Y Casey era

un barriobajero que ni siquiera tenía cuenta corriente. Guardaba el dinero en el colchón; ya sabe, en el Banco Horizontal. Los tres fueron al mismo instituto de enseñanza media. Casey iba un año por detrás de los Hevener, pero no había entre ellos ninguna relación. Ni jugaban en la misma liga ni salían juntos por ahí.

No sé lo que había sentido por Tommy, pero ya se había evaporado.

—¿Y los testamentos de los padres? ¿Contienen algo de interés?

Mariah negó con la cabeza.

—No ha habido ningún cambio desde que los redactaron, y eso fue cuando nacieron los mellizos. El abogado fue un poco descuidado ahí. Tendrían que haber introducido cambios cuando los mellizos alcanzaron la mayoría de edad. Si algo les pasaba a los padres, la tutora designada era todavía la tía Karen.

—¿Qué hizo que la policía se fijara en ellos?

—En primer lugar, que ninguno de los dos sepa actuar. Hicieron mucho ruido, pero se notaba que fingían y que sus lágrimas eran de cocodrilo. Los dos vivían en la casa familiar en aquella época. Tommy era de esos estudiantes que no terminan nunca la carrera; era su forma de negarse a crecer y a independizarse. Richard se creía un hombre con iniciativas, lo que significaba que pedía y despilfarraba el dinero en cuanto llegaba a sus manos. Jared estaba seriamente disgustado con ellos. Los consideraba unos gorriones y estaba harto de los dos. Brenda también. De esto nos enteramos después, por amigos íntimos suyos.

—¿He de entender que se formuló alguna acusación contra los hermanos?

Negó con la cabeza.

—La policía no pudo reunir pruebas suficientes para satisfacer al fiscal del distrito. Desde luego, la compañía de seguros era reacia a pagar, pero los chicos la demandaron y les obligaron a cumplir. Como no habían sido detenidos, ni acusados, ni condenados, Seguros El Guardián no tuvo más remedio que pagar.

—¿Cuánto?

—Doscientos cincuenta mil dólares a cada uno por el seguro de vida. Por la casa y los coches, algo más de tres cuartos de millón. Aquello es Tejas, no lo olvide. El valor del suelo no tiene allí nada que ver con lo que se maneja aquí en California. Además, a pesar de su perspicacia para los negocios, Jared nunca consiguió acumular mucho dinero; seguramente era negro casi todo el que ganó, de modo que era como si no existiese. Al dinero del seguro, súmele el que había en la caja fuerte, que debían de ser otros cien mil; y, además, las joyas. O sea, que les fue muy bien.

Seguros El Guardián y Karen Atcheson, la tía de los chicos, quieren presentar una demanda civil para recuperar lo que han perdido. Estamos convencidos de que los chicos todavía tienen las joyas y que es cuestión de insistir. Y me han encargado a mí la investigación preliminar.

—¿Por qué ahora y no cuando ocurrieron los asesinatos, hace tres años? Ya sé que es más sencillo un caso civil, pero usted aún tiene que hacer encajar todas las

piezas.

—Apareció alguien, un confidente, todo muy secreto. Es un incendiario profesional que habló dos veces con Casey, una antes del incendio y otra poco después. Casey se basó en sus experiencias, ya que aquel trabajo era mucho más importante que cuanto había hecho en toda su misera carrera delictiva.

—¿Y qué iba a obtener a cambio el incendiario?

—Una parte del botín de Casey. Cuando el incendiario se enteró de los asesinatos, se le quitaron las ganas. Temía que lo acusaran de homicidio premeditado, o peor aún, que los hermanos quisieran matarlo. Ha decidido ser un buen chico, y por eso pensamos que seguimos una buena pista.

—¿Por qué no fue a la policía para que se ocuparan ellos?

—Lo hará si Seguros El Guardián encuentra las pruebas.

Dejó la carpeta a un lado.

—¿Y por qué está usted aquí?

Se sonrió como si algo le hiciera gracia.

—He estado husmeando. Parece que los fondos se acaban y que los muchachos ya no se soportan el uno al otro. Contamos con el hecho de que tienen problemas de dinero en efectivo. Por eso Richard le ha alquilado el local. Le pagó usted seis meses por adelantado, y necesitaba el dinero.

—¿Cómo lo sabe?

—Nos inventamos otro solicitante interesado por el local, un escritor que buscaba un estudio alejado de su casa. Cuando Richard rechazó la solicitud alegó que era por el dinero en efectivo. En cualquier caso, la fricción que hay entre ellos podría ayudarnos mucho. No me canso de esperar que uno de los dos se desmorone y acuse al otro. Llevamos tres años tras ellos y nunca hemos estado tan cerca.

—¿Qué tiene que ver conmigo todo esto?

—Nos gustaría contratarla para que nos hiciera un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Queremos que les dé el nombre de un perista de Los Ángeles. Es joyero de profesión y el establecimiento parece legal, pero en realidad es un perista. Trabaja con objetos robados cuando la calidad o la cantidad merecen el riesgo. Si se les está acabando el dinero, los hermanos querrán tirar de las joyas. Estamos convencidos de que todavía no las han tocado.

—Pero no conseguirán ni la mitad de lo que valen vendiéndolas a un perista.

—¿Y qué otra alternativa tienen?

—¿No sería mejor subastarlas por mediación de Christie's o de Sotheby's?

—Christie's y Sotheby's exigirían conocer la procedencia, pruebas de que son suyas, y ellos no tienen esas pruebas. Puede que intenten venderlas a algún particular, y ese es otro motivo para estar al acecho.

—Muy bien. Yo les paso la información sobre el joyero. ¿Y después qué?

—Esperamos a ver si muerden el anzuelo y entonces les echamos el guante. La fiscalía de Houston ya ha hablado con la fiscalía de aquí y están preparados para actuar. En cuanto sepamos que las joyas están en la casa, pediremos una orden de registro y entraremos.

—¿Basada en qué?

—Tendremos al perista, y el perista tendrá al menos una parte del alijo. A los hermanos les costará horrores explicar eso.

—¿Y si no se ponen en contacto con él?

—Tenemos otro plan que preferiría no detallarle ahora. Por el momento le enseñaré las joyas. —Volvió a hurgar en el maletín y sacó otra carpeta marrón con tasaciones y fotografías. Repasó el contenido y fue poniendo las fotos encima de la mesa, mientras me las describía—. Collar *rivière* de diamantes valorado en ciento veinte mil dólares. Brazalet art déco de diamantes y zafiros, veinticuatro mil dólares. Anillo de diamantes con una piedra de siete con sesenta y tres quilates, valorado en sesenta y cuatro mil. Y mire este: collar de ochenta y seis diamantes de tamaño gradual, entre cuarenta y tres mil y cincuenta y un mil. Discúlpeme por las fotos. Son instantáneas preliminares. Las de la tasación están repartidas por el sur de California.

Terminó de entregarme fotos y de recitar precios como una vendedora que va de puerta en puerta.

—¿Por qué está tan segura de que todavía las tienen?

—Es una conjetura lógica —repuso—. Sabemos que compraron una caja fuerte en una ferretería local. Suponemos que la han instalado en la casa para que ninguno de los dos pueda hacer nada sin que lo sepa el otro. El problema es que, legalmente, no podemos entrar.

—Es curioso que diga eso. Yo estuve allí anoche.

—¿Cómo se las arregló?

—Richard estaba fuera y Tommy me llevó allí para enseñármela.

—Supongo que no vería la caja fuerte.

—Me temo que no. Hay muy pocos muebles y ningún cuadro. Lo que sí puedo decirle es que la alarma no funciona. Tommy me dijo que Richard la había hecho saltar tantas veces que al final anularon el servicio. Ahora es sólo un adorno de las ventanas.

—Interesante. Tendré que pensarlo. ¿Cuándo volverá a verle?

—¡No pienso volver a ver a ese tipo! ¿Después de lo que me ha dicho?

—Lástima. Realmente, nos vendría muy bien su ayuda. Se ha interesado por alguna mujer en más de una ocasión, pero Richard siempre lo ha frenado. No se fía de la locuacidad de Tommy. No creo que Richard se haya dado cuenta del peligro que representa usted.

—¿Soy un peligro?

—Desde luego. Tommy va detrás de usted, y eso le da poder..., no mucho,

pero suficiente. Para empezar, tiene acceso a la casa.

—No voy a meter las narices por allí. No tengo ninguna razón para volver. Además, aunque encontrara la caja fuerte, no sabría cómo abrirla.

—No queremos que haga eso. Sólo necesitamos saber dónde está, y no creo que resulte difícil averiguarlo. Cuando tengamos la orden de registro, no queremos que los chicos escondan las pruebas.

Medité un momento.

—No quiero hacer nada ilegal.

Sonrió.

—Vamos, mujer. Por lo que sabemos, no le importa saltarse las normas cuando le conviene.

Me quedé mirándola.

—¿Me han estado investigando?

—Teníamos que saber con quién íbamos a tratar. Lo único que le pedimos es que pase la información sobre el perista.

—No me gusta. Es demasiado arriesgado.

—Y si no hay riesgo, ¿dónde está la gracia? ¿No se trata de eso?

—Quizá para usted.

—Ya le he dicho que pagaremos sus servicios.

—No es cuestión de dinero. No quiero que me chuleen.

—¿A qué se refiere?

—No quiero bajarme las bragas sólo para que puedan echarles el guante. Soy una gran admiradora de la justicia, pero no voy a sacrificarme para que los buenos cumplan su misión.

—No le pedimos que se acueste con él. Lo que haga usted en privado es asunto suyo y de nadie más —alegó y cerró la boca, tal como yo suelo hacer para dar a la otra persona la oportunidad de reflexionar.

Empuñé un lápiz y me puse a dar golpecitos en la mesa, deslizando los dedos por él y dándole la vuelta al llegar abajo.

—Lo pensaré y ya le diré algo.

—No tarde. —Dejó en la mesa un papel con un nombre y una dirección—. Este es el nombre del joyero. Es cosa suya decidir cómo pasará la información. Podrá facturarnos el tiempo y el kilometraje. Si resuelve no ayudarnos, aquí se acaba todo. En cualquier caso, confiamos en su discreción.

Recogí el papel y miré el nombre.

—¿Hay algún teléfono donde pueda localizarla?

—Voy a estar moviéndome de aquí para allá. Si es urgente, llame al número de mi tarjeta, aunque lo mejor es que la llame yo. Me pondré en contacto con usted aproximadamente dentro de veinticuatro horas para ver cómo va todo. No quiero que los hermanos sepan que estoy aquí. Llevo años siguiéndoles la pista y, con este pelo gris, me temo que no paso muy inadvertida. Si descubren que

hemos hablado, también usted estará en el ajo, así que tenga cuidado.

A las dos menos cuarto, tras haber confirmado la cita con Fiona, estaba otra vez en el Camino del Pantano Viejo. El cielo era de un gris acerado y los huecos azules que se habían visto a primera hora ya estaban cubiertos por nubarrones. A la derecha tenía el lago Brunswick. Las ráfagas de aire rebotaban en su superficie como si fueran piedras y sacudían las despeinadas testas de los árboles de la orilla. Aparqué en el mismo sitio que la primera vez, en el arcén de grava. Recogí el bolso y el sobre del informe y miré aquella casa, que parecía atrincherada en la colina como para repeler un ataque. Aunque sólo habían pasado cuatro días, los últimos chaparrones habían hecho crecer la hierba por toda la finca.

No tenía ganas de ver a mi cliente, aunque siempre era mejor eso que pensar en Richard y Tommy Hevener. El problema se me había atragantado como un hueso. Mi impulso inicial había sido olvidarme del despacho nuevo para cortar todos los vínculos; pero soy pobre, y no soportaba la idea de decir adiós a más de mil seiscientos dólares. El conflicto era peliagudo. Moralidad aparte, no podía ser socialmente correcto confraternizar con dos despiadados asesinos. Pero ¿cómo podía cancelar el contrato que había firmado? El protocolo era desconcertante, incluso en California. ¿Tenía que ser educada? ¿Había que confesar las razones por las que se cancelaba? Pensé en la suave luz de los ojos de Tommy, y luego lo imaginé atando pacientemente las manos de su madre antes de que la casa ardiera por los cuatro costados. Si volvía a llamarme, ¿tenía que decirle lo del doble parricidio o bastaba con una excusa? Quería obrar con rapidez. Por otra parte, interrumpir totalmente el contacto era como negarme a ayudar a Mariah Talbot. No suelo eludir el peligro y, como la misma Talbot me había recordado, me saltaba las normas cuando me convenía.

Mientras cerraba el coche con llave, vi a *Trudy*, el pastor alemán hembra que había conocido durante mi primera visita. Venía corriendo por el camino; era un incansable cachorro que no debía de tener ni un año y disfrutaba estando fuera, respirando el frío aire de noviembre. La perra se detuvo para olisquear el aire; luego pegó la nariz al suelo y siguió el caprichoso rastro de cualquier animalejo que hubiera pasado antes por allí, un conejo, una comadreja, o probablemente un mapache errante. La propietaria de la perra, que venía detrás, no dejaba de

observar lo que hacía, por si daba con algo más abultado que ella. Cuando llegué al final de las escaleras de la entrada, la mujer y la perra ya no estaban a la vista. Henry y Rosie me decían siempre que comprara un perro, pero yo no acababa de entender para qué. ¿Por qué iba a reponsabilizarme de un ser que ni siquiera sabe usar la taza del lavabo?

Fiona debía de estar esperando porque abrió la puerta casi en el instante en que toqué el timbre. Su última adquisición era una blusa de crespón y manga larga, inspirada en una cazadora Eisenhower de posguerra, con cinturón. La falda negra de lana era de tubo y le llegaba casi hasta los tobillos, dejando ver sólo la parte menos atractiva de las piernas. Los zapatos eran de tacón alto y grandes, con multitud de correas alrededor del tobillo. Sobre los rizos teñidos de castaño cabalgaba una versión del gorro militar femenino, pero de terciopelo y con lentejuelas. Olfí a tabaco y a Shalimar, y me acordé de pronto de la crema desodorante que mi tía se ponía en las axilas con la punta de los dedos.

—Podía haber aparcado detrás de la casa, así no habría tenido que subir escaleras —dijo Fiona.

El comentario fue inocuo, pero hubo reproche en su voz, como si no tuviera nada mejor que hacer que pelearse conmigo.

—Necesito ejercicio —repliqué, esquivando la provocación.

Mientras se apartaba de la puerta, se ajustó el reloj en la muñeca y lo miró de reojo para ver si había llegado tarde. Yo llegaba puntual, como de costumbre, y me dije: « Para que aprendas, lista », mientras la seguía al interior.

El vestíbulo seguía lleno de andamios y de lienzos de tela que cubrían el suelo como una capa de nieve. No habían tocado nada desde el viernes, y supuse que no confiaba en que los pintores supieran continuar sin estar ella presente. O quizás eran ellos quienes preferían no trabajar en su ausencia. Fiona era de las que obligaban a rehacer todo el trabajo nada más cruzar la puerta. En la pared seguía habiendo muestras de tres clases de blanco.

Cuando le alargué el sobre, fue como si le ofreciera una cucaracha en una bandeja.

—¿Qué es? —preguntó con recelo.

—Dijo que quería un informe.

Abrió el sobre y echó un vistazo al contenido.

—Ah, muy bien. Se lo agradezco —dijo, invalidando todos mis afanes con una simple mirada—. Espero que no le importe hablar en el dormitorio. Tengo que deshacer el equipaje.

—Como usted quiera —repuse; en realidad, sentía curiosidad por ver el resto de la casa.

—El regreso ha sido espantoso y el avión una caja de tomates de treinta y siete plazas que no dejaba de bailar. No me molestaban tanto los brincos como los bandazos. Pensé que no iba a llegar nunca.

—Sería por la tormenta.

—No volveré a subir a un avión pequeño nunca más. Prefiero ir en tren, aunque tarde medio día.

Recogió el neceser, que había dejado en el pasillo. Apenas miró la maleta grande.

—Ayúdeme, por favor.

Levanté la maleta de cantos reforzados, sintiéndome como una acémila mientras la seguía por las escaleras. Qué fina era la muy pедorra. Me fijé en sus piernas mientras subíamos; llevaba medias con costura. Dado su gusto por los años cuarenta, lo sorprendente era que no se hubiera dibujado una raya en la piel de cada una, como hacían las mujeres durante el racionamiento de la segunda guerra mundial. En el descansillo doblamos a la derecha y entramos en un gran dormitorio pintado de blanco y blanco, con una ancha pared de vidrio que daba a la calle. Dejé la maleta en el suelo. Mientras Fiona entraba en el cuarto de baño con el neceser, me puse a contemplar el paisaje.

La playa estaba totalmente envuelta en niebla. Por el horizonte se acercaban nubes de tormenta semejantes a montañas amenazadoras. Las colinas estaban alfombradas de verde; la vida vegetal había respondido a la lluvia con un florecimiento repentino. El lago Brunswick reflejaba el color plateado de las nubes y presentaba una superficie tan lisa y cubierta de motas como un espejo de anticuario. Me volví. La cama de Fiona estaba situada de tal forma que se podía ver casi todo; el sol salía por su izquierda y se ponía por su derecha. ¿Qué se sentiría durmiendo en una habitación de aquel tamaño? En un extremo había unas puertas dobles que dejaban ver un vestidor del tamaño de mi casa. Al otro lado, había una chimenea con butacas y una mesita de cristal en medio. Imaginé a Fiona y a Dow tomando una copa las noches que el doctor pasaba por allí. Me pregunté si alguna vez se habrían metido en la cama para recordar viejos tiempos.

Fiona salió del cuarto de baño y fue hacia la cama, en la que había otra maleta de cantos reforzados, abierta sobre la blanca colcha. Se puso a sacar la ropa que había guardado con tanto esmero.

—¿Por qué no me informa empezando por el principio?

Di comienzo a la perorata con una mezcla improvisada de entrevistas y remitiéndome al informe escrito con una serie de resúmenes bellamente articulados. Empecé por el inspector Odessa, seguí con la visita a Crystal Purcell y luego pasé a Pacific Meadows, punto en que le concreté la naturaleza de las dificultades a las que se enfrentaba Dow Purcell. Todavía no había llegado al grano cuando una amarga nota minó mi confianza. Fiona había estado moviéndose entre la cama y el vestidor, llevando blusas y faldas que colgaba en perchas iguales de blanco satén.

—Será mejor que me siga —sugirió—. De lo contrario, no la oiré y tendrá

que repetírmelo todo. Aún tengo pitos en los oídos; otra razón para viajar en tren.

Fui al vestidor y me quedé en la puerta para continuar con el programa.

—Pues verá, el sábado por la tarde fui a casa de Blanche, poco después de que ella misma me llamara por teléfono...

Fiona se volvió hacia mí.

—¿Fue a casa de Blanche? ¿Y por qué hizo tal cosa?

—Ella me llamó. Me dio la impresión de que las dos habían hablado ya.

—No hice nada de eso y no puedo creer que diera semejante paso sin consultarme. Nadie tiene por qué intervenir en esto sin que yo lo diga. Soy yo quien paga. Si hubiera querido que viera a Blanche, le habría dado su teléfono.

—Pensé que me lo había dado.

—Le di el de Melanie, no el de Blanche. ¿Qué le contó?

—Pues no lo recuerdo. Lo siento de veras, pero se comportaba como si lo supiera todo de mí, así que supuse que había hablado con usted o con Melanie. Dijo que las dos sentían un gran alivio porque no habían hecho más que aconsejarle a usted que contratara a alguien desde que su padre desapareció.

—Eso no tiene importancia. Yo transmitiré la información a las chicas si me parece relevante, pero creo que es inapropiado que se la dé usted. ¿Está claro?

—Desde luego —repuse.

Estaba dolida. Después de haber pagado a Richard Hevener los 1.500 dólares de Fiona, no me quedaba dinero para devolver el cheque. Si descontaba los 450 dólares por el tiempo empleado con Trigg, aún le debía 1.050 en servicios. Si dejaba el caso, no tenía forma de devolverle el dinero, a menos que lo sacara de la libreta de ahorros.

—Por favor, continúe —murmuró, reanudando la faena.

Mi mal genio quería vengar el agravio y tuve que morderme la lengua para no decirle ninguna barbaridad. Me mantuve firme hasta que abrí la boca.

—¿Sabe? Tiene gracia, pero ya estoy harta de sus broncas. He trabajado como una mula todo el fin de semana y, si mis métodos no la convencen, me voy.

La vida volvió a sorprenderme por segunda vez en aquellos escasos minutos. Pareció sinceramente afectada y se echó atrás de inmediato.

—Le aseguro que no ha sido mi intención. Le pido disculpas si la he ofendido.

Para bajarme del burro no hay nada más efectivo que una disculpa. Me eché atrás a la misma velocidad que ella y estuvimos unos minutos echándonos flores antes de proseguir.

Fiona me preguntó por mi estrategia. Como si tuviera alguna.

—¿De qué modo piensa seguir buscándolo?

—Ah —dije—. Bueno, hay otras personas con las que quiero hablar antes de decidir cuál es el siguiente paso —aseguré; en realidad, estaba perdida.

Sus ojos relampaguearon brevemente y pensé que iba a hacerme más

reproches, pero se lo pensó mejor.

—Un par de preguntas —añadí—. Alguien piensa que Dow, las otras dos veces que desapareció, pudo haber ido a una granja para alcohólicos. ¿Hay alguna posibilidad de que en lugar de ir a una de estas instituciones hubiera salido del país?

Titubeó.

—¿Eso es importante?

—Me lo preguntó Lonnie Kingman. Es el abogado en cuyo bufete tengo el despacho. Sugirió que Downan, para poder huir, pudo haber transferido fondos a un banco extranjero.

—No se me había ocurrido.

—A mí tampoco, pero la primera vez que nos vimos usted parecía creer que podía estar en Europa o en Sudamérica.

—Bueno, sí, pero no creo que planeara algo semejante con tantos años de antelación.

—¿Alguna vez se fijó en su pasaporte?

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Es sólo una idea —repuse—. Quizá por eso ha desaparecido también, para que nadie pueda ver dónde había ido en aquellos primeros viajes.

—Decía que tenía dos preguntas.

Esperé a que me mirara a los ojos.

—¿Por qué no me dijo que aquella noche venía camino de esta casa?

Se llevó la mano al cuello. Fue un gesto automático de protección, como para impedir una cuchillada en la arteria carótida.

—Nunca llegó. Pensé que había habido una confusión. Llamé a su oficina al día siguiente, pero ya había desaparecido.

—¿A qué tenía que venir?

—No veo qué puede importar eso, si no llegó.

—¿Había alguien con usted aquella noche? —pregunté.

—¿Para confirmar mi versión?

—Sería interesante, ¿no cree?

—Lamento no serle más útil. Vivimos en una ciudad pequeña. Hay muchas habladurías. Ni siquiera le permitía dejar el coche en el aparcamiento; lo obligaba a meterlo en el garaje. Nadie estaba al tanto de sus visitas.

—Nadie a quien no se lo contase.

Me arrepentí nada más decirlo, porque puso la cara de quien se siente traicionado.

—Dow me juró que no se lo diría a Crystal. Dijo que sólo serviría para hacerla sufrir, y ni él ni yo lo deseábamos.

—No he dicho que se lo dijera a Crystal. Se trata de otra persona.

—Trigg.

—Sí —reconocí. Al fin y al cabo, era su dinero; por tanto, tenía derecho a la información. Mis escrúpulos, aunque escasos, son bastante variopintos—. ¿Qué hay de Lloyd Muscoe? ¿Alguna vez le habló Dow de él?

—Un poco. No congeniaban y evitaban verse siempre que podían. Al principio era una cuestión territorial, como si fueran simios rivales; a Crystal debía de divertirse. Después, las fricciones fueron más por la relación de Leila con Lloyd.

—Dicen que Dow consideraba que Lloyd era una mala influencia para la chica.

—No conozco a Lloyd personalmente, así que prefiero no hablar del tema.

—Vamos, inténtelo. Estoy segura de que algo saldrá.

—Es vulgar, por ejemplo.

—Por suerte, eso no es un delito en California; de lo contrario, yo misma estaría detenida.

—Sabe muy bien a qué me refiero. Están pagando una fortuna para que esté en esa escuela privada. No veo qué sentido tiene si luego pasa la mitad de los fines de semana con alguien como él.

—Pero Lloyd es el único padre que ha conocido. Puede que Crystal crea que es importante que Leila mantenga una relación con él.

—Suponiendo que su motivo sea ese. También podría ser porque así tiene tiempo libre para ella. La conducta de Leila es anormal, no se parece a la de las chicas de su edad. Es evidente que está perturbada. Estoy segura de que a Lloyd le molestaba la injerencia de Dow. En lugar de perder el tiempo con Blanche, debería usted haber hablado con él.

Trigg me había dicho que Lloyd vivía en un pequeño estudio que había en la gran casa de tejado amarillo del cruce de Missile y Olivio. Aparqué enfrente y recorrí a pie el estrecho camino del garaje. Estaba flanqueado por setos, que gotearon cuando los rocé al pasar. Al final del camino vi un Chevrolet de 1952, aparcado en la hierba; tenía alguna que otra hoja en el techo, pero por lo demás parecía limpio y bien cuidado. El patio trasero estaba lleno de matas, y quizás el pequeño estudio de madera fuera antaño el cobertizo del jardinero. Subí dos escalones de escasa altura y llamé a la puerta.

No apareció nadie. Rodeé el estudio y fui de ventana en ventana, mirando el interior. Ví cuatro habitaciones pequeñas: salita, cocina y dos dormitorios de reducidas dimensiones separadas por un cuarto de baño. Todas vacías. Volví a la puerta, abrí el cancel de tela metálica y probé el pomo. La puerta se abrió en cuanto la toqué. Me volví para mirar la casa grande, pero no parecía haber moros en la costa. Entré en el estudio. El eco de mis pasos resonaba en las paredes de y eso.

Las habitaciones olían a moho. Los suelos de linóleo estaban llenos de rozaduras, con el dibujo borrado. En el primer dormitorio había perchas esparcidas. Nada en el armario. En el siguiente vi un colchón en el suelo y, cuando abrí la puerta del armario, dos sacos de dormir iguales en el rincón derecho, como escondidos. La ventana de aquel dormitorio estaba entreabierta, un detalle que no había advertido al rodear el lugar. Puede que Lloyd lo utilizara sólo para dormir de vez en cuando. Cualquiera podía colarse entre los setos de atrás y llegar sin ser visto. Tampoco había nada en el cuarto de baño, salvo el óxido que cubría la bañera independiente y la pila. Los armarios de la cocina estaban abiertos. En el mármol había una taza con restos de líquido. Olía a whisky con Coca-Cola o a una grocería parecida. Abrí todos los cajones. Optimista como soy, siempre espero encontrar alguna pista, preferiblemente algún pedazo de papel con una dirección.

Eché otro rápido vistazo, pero resultó tan decepcionante como el primero. Cerré la puerta y crucé el patio hacia la parte posterior de la casa grande. Media puerta era una ventana, y por ella vi a una mujer mayor vestida con ropa de andar por casa toqueteando un montón de gatos. Conté siete: dos manchados, uno negro, dos atigrados grises, uno atigrado naranja y uno persa, con el pelo largo y blanco, del tamaño de un mastín. Di unos golpes en la ventana. La anciana levantó la vista y me indicó por señas que se había percatado de mi presencia.

Era alta y demacrada, y llevaba el pelo blanco recogido en trenzas delgadas que le rodeaban la cabeza. Al parecer estaba alimentando a su prole, que la rodeaba sin quitarle los ojos de encima y se restregaba contra sus pantorrillas con la boca abierta y dando maullidos que el cristal de la ventana me impedía oír. Ella les respondía, probablemente con algún comentario sobre lo mimados que estaban. Dejó los cuencos en el suelo y todos los gatos se pusieron manos a la obra, siete cabezas inclinadas, como sumidas en profunda oración. La mujer se acercó y abrió la puerta. Por el resquicio salió un intenso olor a gato.

—No está en alquiler —dijo en voz alta—. La he visto entrar allí, pero no está disponible. La próxima vez pregunte antes de violar una propiedad.

Tenía la dentadura mal puesta, pero se la ajustó con un movimiento de mandíbulas entre frase y frase.

—Lo siento —me excusé—. No sabía que hubiera nadie aquí.

—Eso está claro —dijo—. Durante dieciséis años la he ofrecido por doscientos dólares al mes, pero sólo ha venido gentuza. Llegaban y se iban, y algunos no eran más que vagabundos. Paulie me dijo que es lo único que conseguiría con esos precios. Ahora exijo ochocientos cincuenta y está vacía. Hemos progresado.

—Busco a Lloyd Muscoe. ¿No vivía en el estudio?

—Durante un tiempo. Se retrasó dos veces en el pago y la segunda ni siquiera pagó, y lo eché a patadas.

—Así se hace. —¿Dónde había oído ya el nombre de Paulie? Durante la trifulca de Crystal con Leila en la casa de la playa—. ¿Paul es su nieto?

—Nieta, y se llama Pauline. La he criado desde el día en que la borracha de su madre me la dejó en la puerta, cuando tenía seis años.

—¿No es amiga de Leila?

—¿De quién?

—De Leila, la hija de Lloyd.

—Ya no. La madre de Leila lo prohibió. Dijo que Paulie era demasiado salvaje. Pero, por si quiere saberlo, el único salvaje es Lloyd. Creía que podía engañarme porque soy vieja y sorda, pero lo descubrí. Lo eché con cajas destempladas y llamé a un agente de la ley para que se fuera sin armar jaleo. Los sujetos así lo destrozan todo cuando no se salen con la suya.

—¿Sabe adónde ha ido?

—No, ni me importa. ¿Es usted cobradora?

—Soy investigadora privada.

—¿En qué lío se ha metido?

—En ninguno, que yo sepa. Necesito hablar con él.

—No sé nada. Creo que anda por la ciudad, pero es todo lo que sé. Ni siquiera he podido mandarles los recibos, así que los he tirado a la basura. Un hombre guapo, pero vago donde los haya.

—Eso me han dicho. Gracias de todas formas.

—De nada —dijo, y cerró la puerta.

Me senté en el coche a pensar. Lo más sencillo era preguntar a Crystal dónde había ido Lloyd. Dado que compartían la custodia de Leila, supuse que lo sabría. Encendí el motor y me dirigí a Horton Ravine.

La casa del doctor Purcell estaba construida sobre una loma de lujuriante vegetación desde la que, poniéndose de puntillas, se alcanzaba a ver el océano. El edificio en sí no era impresionante, a pesar del talento para el diseño que Fiona se atribuía. Siguiendo su típico estilo, había acumulado bloques escalonados hasta llegar a una azotea de cemento. Delante había una piscina cuya superficie reflejaba la casa, por si el visitante no la había visto bien al llegar. El estilo, aunque futurista, quedaba algo anticuado, ya que imitaba a arquitectos más dotados que ella. Estaba claro que no era del gusto de Crystal, y entendí por qué la irritaba vivir allí. Dado su amor por el chalet de la playa, aquello debía de parecerle una prisión. El Volvo blanco y el Audi descapotable estaban aparcados en el sendero del garaje, junto a un pequeño Jaguar negro que no había visto antes.

Cuando llamé al timbre no oí sonido alguno, pero al cabo de un minuto apareció Crystal. Calzaba botas y vestía un pantalón negro y un jersey grande,

ambos de lana negra. Llevaba el pelo recogido, pero despeinado.

—Qué bien. Gracias a Dios. Quizá puedas ayudarnos. ¡Nica, es Kinsey! Pasa —instó, como agobiada por algo.

—¿Qué ocurre? —pregunté al entrar.

—Anica acaba de llegar de Fitch —dijo—, Leila ha abandonado la escuela sin permiso y estamos tratando de localizarla antes de que lo estropee todo. La expulsarán en cuanto se den cuenta de que se ha ido. No te preocupes por mí; sólo estoy volviéndome loca. Rand se ha llevado a Griff al zoo.

Anica salió de la cocina, con pantalón azul marino y una chaqueta roja con el escudo de la Academia Fitch bordado en oro en el bolsillo del pecho. La camisa era a medida, de un blanco inmaculado, y calzaba unos zapatos azul marino de tacón bajo. Se condujo con naturalidad y esbozó una sonrisa radiante a pesar de la angustia de Crystal.

—Hola, Kinsey. Siempre llegas cuando más se grita en esta casa. Me alegro de verte. ¿Qué tal estás? —dijo, y nos estrechamos la mano.

—Muy bien. Siento lo de Leila. ¿Creéis que viene hacia aquí?

—Esperémoslo —repuso Crystal. Se dirigió a la cocina, hablándonos por encima del hombro—. Haré café mientras decidimos qué puede hacerse. Sabe que no debe hacer autoestop. Se lo prohibí expresamente y...

—Por eso mismo lo habrá hecho —dijo Anica.

—Estaría muerta de preocupación si no estuviera tan enfadada. ¿Cómo te gusta el café, Kinsey?

—Solo, por favor.

Mientras Anica y yo la seguíamos a la cocina, eché un rápido vistazo a la sala que había a mi derecha. El interior de la casa era curioso: suelos de piedra, paredes austeras, nada de cortinas, todo ángulos y luz fría. La marca de Fiona, desde luego. Por encima se había impuesto el gusto de Crystal: alfombras orientales yuxtapuestas, como si formaran un rompecabezas, y muebles con bolsas y enfundados en algodón estampado y ya descolorido. Las mesas de madera y las sillas acolchadas eran de un blanco de anticuario, y los asientos tenían cuadrículas blancas y verdes. Algunos muebles sueltos eran de líneas curvas, y había butacas grandes de mimbre con el asiento redondo. Había también un diván con patas de hierro y pintado de blanco, y lleno de cojines grandes de distinto tejido. Sobre la mesa de café se apilaban varios libros y descansaban unos jarrones con flores desordenadas. El efecto era de comodidad y holganza. Un lugar donde los niños podían vagar sin destrozar mucho porque todo parecía ya destrozado.

La cocina evidenciaba cambios parecidos. Vi el enfoque austero de Fiona: superficies frías y funcionales, y las redondeadas aristas art déco. Crystal había introducido armaritos de cristal y una vitrina para su colección de bandejas de cerámica. La estancia parecía pasada de moda, el lugar favorito de la abuela

para almacenar melocotones y tomates. Los electrodomésticos, en cambio, eran supermodernos. La cocina era una Viking de seis quemadores. Vi dos lavavajillas, cuatro hornos y un mostrador aislado con encimera de granito gris. De las vigas colgaban hierbas secas y una rejilla para las cacerolas de cobre y las sartenes. Al otro lado de la cocina había una chimenea de ladrillo rojo que parecía posterior a la partida de Fiona. Demasiado popular para su gusto.

Nica se sentó en uno de los taburetes que rodeaban el mostrador. Crystal sacaba tazas y platitos del armario, mientras decía:

—A esta niña tengo que escarmentarla. Le voy a imponer un castigo que durará meses. ¿A qué hora se fue?

—Tuvo que ser hacia las nueve y cuarto —respondió Nica—. Se presentó a la supervisora a las nueve, pero dijo que tenía retortijones y que iba a ir a la enfermería. Había quedado conmigo a las diez. Como no aparecía, fui a ver a su compañera de habitación, Amy, y me dijo que había visto salir a Leila con la mochila.

Crystal miró el reloj.

—¿Dónde coño estará?

—Espero que Amy tenga el buen sentido de no decir nada a la dirección —dijo Nica.

—¿Te importa si miro en la habitación de Leila? Puede que encuentre alguna pista sobre su paradero.

—Será mejor que te apresures —repuso Crystal—. Es la segunda puerta a la derecha, al final de las escaleras.

Subí. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. Entré. Me quedé inmóvil un momento, observando la habitación. Estaba pintada con demasiados colores pastel. Hablaba de ilusiones. Leila estaba en esa fase de la madurez (o de la inmadurez) en que los carteles de rockeros medio desnudos convivían con los animales de trapo de su infancia. Todas las superficies estaban repletas de chucherías. Muchas eran los típicos objetos que se regalan las quinceañeras: tazas con frases ingeniosas, estatuillas, bisutería, frascos de colonia. El tablón de anuncios era un collage de entradas perforadas, programas de conciertos e instantáneas en color: jóvenes en concentraciones ruidosas, chicas haciendo gansadas, chicos bebiendo cerveza, fumando hierba y otras actividades macrobióticas. Para tratarse de una muchacha que, según aseguraba, no tenía amigos, contaba con una sorprendente colección de recuerdos. El suelo estaba alfombrado de ropa, que también colgaba de las sillas, de la puerta del armario, de la ventana y de dos pequeños sillones tapizados.

Hice un rápido pero exhaustivo registro de los cajones. Gran parte de la ropa interior estaba ya por el suelo, lo que me facilitó el trabajo. Registré el armario, lleno hasta los topes de viejos juegos de mesa, el equipo de deportes y varias prendas de verano. Me puse a gatas y recorrí la habitación, mirando bajo las

sillas, bajo la cama y bajo el tocador. El único descubrimiento interesante fue una delgada caja de metal metida entre el colchón y el somier. La sacudí, pero no oí más que un rumor. Probablemente el escondrijo de la droga. No tenía tiempo de forzar la cerradura, así que la volví a poner donde estaba. Me sentía mejor después de registrar el cuarto, aunque la incursión no hubiera servido para nada.

Al entrar en la cocina me detuve en el rincón de planificación y miré el calendario familiar que había en la mesa, abierto en noviembre. Mostraba un mes por página, y estas estaban ilustradas con fotos de perros ataviados con ropas infantiles. Noviembre era un cocker spaniel vestido de marinero. El perro tenía grandes ojos castaños y parecía muerto de vergüenza.

Cada día tenía una casilla propia de cuatro centímetros de lado. Vi que tres manos diferentes habían puesto avisos sobre actos sociales y otras actividades. A juzgar por la caligrafía y por la naturaleza de los eventos, deduje que la letra de molde, con tes inclinadas e íes de trazo grueso, era de Leila. La elegante cursiva de color rojo tenía que ser de Crystal. La letra de Rand eran garabatos de bolígrafo azul. Los avisos eran variados y comprendían clases de tenis, visitas al médico y al dentista y actividades lúdico-educativas de Griff. El Audi había pasado la revisión a principios de mes. En los márgenes había números de teléfono. Cada quincena se señalaban las visitas de Leila. Al parecer, aquel fin de semana se había presentado inesperadamente, quizá porque ya había estado con Crystal el anterior.

A mis espaldas, Crystal y Nica colmaban de reproches a Leila, en ausencia de la interesada. Pasé las hojas hacia atrás, hasta llegar a julio y agosto, y vi una caligrafía distinta: mayúsculas en negro. Deduje que era del doctor Purcell, cuya presencia era visible hasta el lunes 8 de septiembre, cuatro días antes de su desaparición. Había puesto avisos sobre dos reuniones, un simposio médico en la Universidad de California-Los Angeles y un partido de golf en el club de campo. Ninguna de aquellas notas parecía importante y supuse que la policía ya las habría revisado.

—No puedo con ella —decía Crystal—. No sé por qué me molesto en preocuparme. Es lo que ella quiere.

—Lo más probable es que vaya a casa de Lloyd —dijo Nica—. Sería muy propio de ella ir corriendo en su busca.

—Estupendo, que se las arregle él con ella. Estoy harta. Si no aparece pronto, llamaré a la policía. Lo único que tengo que hacer es declararla menor ingobernable, y que la encierren.

—¿Y qué sacarás con eso? —replicó Anica—. Ya sé que estás harta, pero si la dejas en manos de los tribunales, te arrepentirás.

—Ella es quien se arrepentirá. Esto es por Paulie, apuesto lo que quieras.

—Olvidate de Paulie —dijo Anica—. No tiene ningún sentido seguir dándole

vueltas a eso.

Con el calendario en la mano, me acerqué al mostrador donde me esperaba ya el café.

—¿Te importa si te pregunto por esto?

Crystal me miró distraída.

—¿Qué quieres saber?

Dejé el calendario en el mostrador y di unos golpecitos en la página abierta.

—Deduzco que Leila no viene todos los fines de semana.

—La mayoría sí. Lloyd y yo solemos turnarnos, pero las cosas salen como salen.

—¿Cómo salen?

Crystal miró la página y señaló el segundo fin de semana de julio.

—Ese fin de semana la invitaron a ir a casa de su amiga Sherry, en Malibu Colony. Su padre trabaja en la industria del cine y lleva a las chicas a los grandes estrenos.

Señalé el fin de semana del 12 de septiembre, cuando desapareció Dow Purcell.

—¿Y éste?

—Lo mismo, pero con otra amiga. La familia de Emily tiene caballos; poseen un rancho en Point Dume. A Leila le encanta montar. Al final se suspendió la visita porque Emily cayó enferma o algo así, y Leila terminó con Lloyd. ¿Por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros y miré los meses anteriores. Aunque el programa de Leila parecía variar, iba de visita a la casa de alguna amiga de la escuela aproximadamente una vez al mes.

—Estoy pensando que a lo mejor se ha ido de la escuela con alguna de sus compañeras de Fitch.

—Es posible, pero lo dudo. Casi todas están haciendo ya cursos preuniversitarios. No se arriesgarían a que las expulsaran. —Se volvió a Nica—. ¿Tú qué piensas?

—No perdemos nada comprobándolo. También se me pasó por la cabeza, y me traje la lista de clase por si teníamos que llamar a alguna familia. —Buscó en el bolso azul marino que tenía a los pies y sacó un cuaderno de anillas con el escudo de la escuela en la cubierta—. ¿Lo reviso a ver si sale algo?

—Espera un momento y deja antes que vuelva a intentar localizar a Lloyd —dijo Crystal. Fue a la mesa y descolgó el teléfono. Marcó siete números y escuchó un momento; luego colgó—. Sigue sin contestar. Es el padrastro de Leila —añadió para que me enterase.

—Lo sé. Lo vi en la playa el día que nos conocimos.

—Estoy llamándolo desde que ha llegado Nica, y sé que está allí. Siempre tiene a los acreedores detrás y no contesta al teléfono. He dejado seis mensajes,

así que sabe que esto es serio. Lo normal sería que devolviera la llamada.

—Mira, necesitaba una excusa para hablar con él —dije—. ¿Por qué no voy a su casa y veo si Leila está allí? Si no está, puedo echar un vistazo por los alrededores.

—No es mala idea. Nica y yo nos quedaremos aquí por si decide aparecer. —Crystal se hizo con un bolígrafo y garabateó unos números en un papel, que me entregó a continuación—. Mis teléfonos y la dirección y el teléfono de Lloyd.

—¿Tienes dos líneas?

—Sí. Esta es personal. La otra, del trabajo.

Señalé la primera.

—¿Por qué no dejáis esta libre? Podéis utilizar la otra para hablar con los amigos de Leila.

—Si encuentras a Lloyd, dile que estoy harta de hacer esto sola. Ya es hora de que apechugue con su parte de la carga.

Mientras me dirigía al coche no pude por menos de preguntarme cómo se las arreglaban los hijos de padres divorciados para no sucumbir entre tantos conflictos y discusiones.

Lloyd vivía en Gramercy Lane, una calle que hacía eses y ochos al pie de las colinas. Miré el plano de Santa Teresa, en busca de las coordenadas. Tendría que entrar en Gramercy por algún cruce y luego mirar los números de las casas para ver si estaba lejos o cerca del domicilio de Lloyd. Dejé el plano abierto en el asiento del copiloto y puse el motor en marcha. Otra vez empezaba a llover, y las gotas resonaban en el techo como piedrecillas que saltasen de la calzada. Puse en acción el limpiaparabrisas y miré el reloj. Las tres y cuarto. Entre la brevedad de los días de noviembre y la oscuridad del cielo encapotado, empezaría a anochecer a las cuatro de la tarde. Por el momento tenía más ganas de irme a mi casa que de cruzar la ciudad en busca de una adolescente fugitiva.

Crucé el arco de piedra de la entrada principal de Horton Ravine y doblé a la derecha, siguiendo la curva. En el primer semáforo volví a mirar el plano con la cabeza ladeada. Gramercy Lane estaba a unos tres kilómetros de la casa de Purcell. Si Leila había salido de Malibu haciendo autoestop en la 101, en dirección norte, era probable que la dejaran en Little Pony Road, que era la salida más cercana por el sur. El semáforo se puso verde y me metí entre el tráfico buscando el carril exterior. Little Pony Road estaba a kilómetro y medio de allí.

Leila haciendo autoestop era una idea que me daba miedo. Había bastantes probabilidades de que la recogiera un ciudadano decente, pero también cabía la posibilidad de que la muchacha se topara con algo con lo que no había contado. No todos los conductores deseaban lo mejor para ella. A los catorce años se sentía invencible. Las agresiones, las violaciones, las mutilaciones y los homicidios eran sucesos que leía en los periódicos, si es que leía alguno. Perversión y anormalidad eran palabras del diccionario, no comportamientos que tuvieran que ver con ella. Deseé que su ángel de la guarda anduviera revoloteando cerca de donde estuviese.

Tomé la rampa de Little Pony. Al llegar arriba, giré a la izquierda y me dirigí hacia las montañas, escrutando la carretera por ambos lados. Los limpiaparabrisas se movían alegremente, esparciendo por el cristal una capa de porquería. Adelanté a una pareja encogida bajo un paraguas; iban andando en la misma dirección que yo, de modo que sólo los vi de espaldas. Yo buscaba a Leila

sola y no les presté atención al principio, aunque me parecieron jóvenes. Sólo cuando los miré por el espejo retrovisor identifiqué el cabello rubio blanquecino de Leila y sus largas y huesudas piernas. El chico que iba a su lado era alto y delgado, y llevaba la mochila con las correas cruzadas de cualquier manera sobre los hombros de la cazadora de cuero negro. Ambos iban con botas y tejanos ceñidos, y con la cabeza inclinada para protegerse de la lluvia. Habría jurado que se estaban fumando un porro. Reduje la velocidad y me detuve junto a la acera, un poco por delante de ellos. Por el retrovisor vi que Leila titubeaba, tiraba algo al suelo y lo pisaba. Mientras se acercaban al coche, alargué el brazo para bajar la ventanilla del copiloto.

—¿Os llevo?

Leila se agachó. Al verme, puso cara de perplejidad, como si me recordara pero no supiera de dónde. El muchacho me miró con hostilidad y desdén. Me fijé en su cutis suave, en su cabello castaño empapado por la lluvia, en su camiseta blanca, visible bajo la cazadora de cuero. Di un respingo al advertir que tenía tetas, ya que había dado por hecho que se trataba de un chico. Tenía que ser Paulie. Estaba destinada a ser hermosa, aunque en aquel momento iba sin arreglar y tenía la actitud desafiante grabada en cada centímetro de su delgado cuerpo. No era guapa en el sentido tradicional, pero tenía un aire feroz y mundano: grandes ojos negros y unos pómulos acentuados por la mala alimentación. Un fotógrafo experto habría ganado una fortuna con la imagen de la sensualidad beligerante que proyectaba.

Me concentré en Leila.

—Hola. Soy Kinsey Millhone. Nos conocimos el viernes pasado en la casa de la playa. Vengo de casa de tu madre. Está preocupada por ti. Deberías haberle dicho que te ibas de la escuela.

—Estoy bien, pero dale las gracias por preocuparse —dijo con sarcasmo.

Aquella pretendida indiferencia era para impresionar a su amiga, pero costaba ser insolente con el agua chorreando por la cara. Tenía dos mechones pegados a las mejillas y el rímel que le ennegrecía las pestañas era ya un río de tinta.

—Creo que deberías decírselo tú. Necesita saber que estás bien.

Leila y Paulie cambiaron una mirada. Paulie le dijo algo en voz baja: conspiradoras tratando de sacar partido del hecho de haber sido pilladas. Paulie se quitó la mochila y se la pasó a Leila. Tras murmurar unas palabras, Paulie se alejó hacia la autopista con paso que quería ser despreocupado.

Leila se acercó a la ventanilla. Había gastado el lápiz enmarcándose los ojos y en los párpados se había puesto sombra azul turquesa. Se había pintado los labios de marrón oscuro, un color demasiado fuerte para la fragilidad cromática de su cabello rubio.

—No puedes obligarme a ir.

—No estoy aquí para obligarte a nada —repliqué—. Pero es posible que prefieras guarecerte de la lluvia.

—Lo haré si prometes no decirle a mamá con quién estaba.

—Supongo que es Paulie. —Leila no dijo nada, y quien calla otorga—. Vamos, sube. Te llevaré a casa de tu padre.

Meditó brevemente, abrió la portezuela y se sentó a mi lado, dejando la mochila a sus pies. Se había echado tantas veces agua oxigenada en el pelo que este parecía sintético, y todavía lo llevaba con aquella extraña mezcla de rizos y mechones que sin duda causaba ataques de desesperación en los directivos del pensionado. También cabía la posibilidad de que Fitch fuera progresista, una escuela donde se permitía a las alumnas «expresarse» luciendo aspectos extravagantes y adoptando conductas excéntricas. En el caldeado ambiente corporal que dominaba en el coche percibí cierto tufillo a marihuana y a ese almizcle femenino que produce la ropa interior que no se cambia durante varios días.

Miré por encima del hombro para comprobar el tráfico y me metí en la calzada cuando se hubo despejado de coches. Por el espejo retrovisor vi a Paulie, reducida al tamaño de un soldado de juguete.

—¿Cuántos años tiene Paulie?

—Dieciséis.

—Por lo que has dicho, a tu madre no le gusta. ¿Por qué?

—A mamá no le gusta nada de lo que hago.

—¿Por qué te has ido de la escuela sin permiso?

—¿Cómo sabías adónde iba? —preguntó, cambiando de tema.

—Lo dedujo tu madre. Cuando veamos un teléfono, quiero que la llames y le digas dónde te encuentras. Está muerta de angustia.

No dije que también estaba hasta los ovarios de ella.

—¿Y por qué no la llamas tú? De todas formas, vas a ir a contárselo.

—Claro que se lo contaré. Eres menor de edad. No pienso contribuir a tu mala conducta. —Nos quedamos en silencio durante una manzana. Luego añadí —: No entiendo qué es lo que te fastidia.

—No aguanto Fitch. Eso es lo que me fastidia, si es que te importa tanto.

—Pensaba que te habían enviado a Fitch porque en la escuela pública no hacías más que armarla.

—Tampoco la aguantaba. Todos eran unos mierdas y unos retrasados. Eran tan imbéciles que me moría de aburrimiento. Las clases eran de risa. Tengo mejores cosas que hacer.

Cruzamos State Street en dirección a la zona residencial de South Rockingham.

—¿Qué tiene de malo Fitch?

—Las chicas son unas pijas. Lo único que les preocupa es cuánto dinero

ganan los culogordos de sus papis.

—Pensaba que tenías amigas.

—Pues no.

—¿Y Sherry?

Me miró a hurtadillas.

—¿Qué pasa con ella?

—Me preguntaba qué tal te lo pasaste en Malibu.

—Bien. Fue divertido.

—¿Y Emily?

—¿Por qué me haces esas preguntas?

—Tu madre dijo que te gustaba montar a caballo en su casa.

—Emily es buena tía. No es tan mala como otras.

—¿Qué más hicisteis?

—Nada. Sándwiches de queso fundido.

La flecha de mi detector de mentiras se estaba acercando a la zona roja. Yo mentía mucho mejor a su edad.

—¿Pues sabes qué creo? Que te saltaste las dos visitas y pasaste aquellos fines de semana con Paulie.

—Ja, ja, ja.

—Vamos, desembucha. ¿Qué más te da?

—No tengo por qué responder si no quiero.

—Leila, me pediste que tuviera la boca cerrada. Lo menos que puedes hacer es contarme la verdad.

—¿Y qué pasa si estuve con Paulie? ¿Qué tiene eso de malo?

—¿Y los demás fines de semana en que se suponía que estabas en casa de compañeras de clase? —Otro silencio hurraño. Probé con otra táctica—: ¿Cómo os conocisteis?

—En Menores.

—¿Estuviste en el Tribunal de Menores? ¿Cuándo?

—En julio hizo un año. Se llevaron a un puñado de gente.

—¿Por qué os detuvieron?

—La poli dijo que por merodeo y allanamiento de morada, pero era mentira. No estábamos haciendo nada, sólo estábamos allí.

—¿Dónde fue?

—No lo sé —respondió con voz enfurruñada—. En una casa vieja y cerrada con tablas.

—¿Qué hora era?

—¿Qué eres tú, fiscal del distrito? Era tarde, las dos de la madrugada más o menos. La mitad de los chicos echó a correr. Los polis se cabrearon y nos llevaron a los demás. Mamá y Dow fueron a buscarme. Estaban muy enfadados.

—¿Y Paulie? ¿Ha tenido problemas con la ley?

—Te acabas de pasar la calle de mi padre —dijo Leila.

Reduje la velocidad y entré en el siguiente camino privado para dar la vuelta. Rehice la media manzana hasta Gramercy y doblé a la izquierda. Era una zona pequeña, un caos de casas baratas que antaño habrían dado cobijo a los recolectores del cercano aguacatal. La calzada era de tierra y no había aceras. Sólo vi una farola en toda la manzana. Leila señaló una vieja casa en forma de A, situada en un montículo. Era la única estructura de su especie, un original chalecito de madera entre tanta choza. Aparqué en el camino de entrada y apagué el motor.

—¿Quieres ir a ver si está? Me gustaría hablar con él.

—¿De qué?

—Del doctor Purcell, si no te importa —repuse.

Leila abrió la portezuela y recogió la mochila, pero la sujeté con una mano.

—Déjala aquí. Tendré mucho gusto en llevártela si está en casa.

—¿Por qué no me la puedo llevar?

—Seguridad. No quiero que te esfumes. Ya tienes bastantes problemas.

Suspiró exasperada, pero obedeció. Pasé por alto el portazo que dio al cerrar. La vi acercarse a la casa por un sendero de grava. Por la falda de la colina bajaban riachuelos que aplastaban la hierba sin cortar. Leila llegó al porche, que sólo estaba protegido por un pequeño capirote de madera. Llamó a la puerta con los nudillos y cruzó los brazos, mirándome mientras esperaba. La casa estaba muy oscura. Volvió a llamar. Se acercó a una ventana y miró con las manos en las sienas. Llamó de nuevo y volvió al coche chapoteando.

—Seguramente volverá enseguida. Sé dónde está la llave y puedo esperarlo dentro.

—Bien. Esperaré contigo. Podemos quedarnos en el coche hasta que aparezca.

La sugerencia no pareció alegrarla. Golpeó la mochila con las botas llenas de barro.

—Quiero entrar. Tengo que mear.

—Buena idea. Yo también.

Bajamos del coche. Lo cerré con llave y la seguí por el sendero. Cuando llegamos a la casa, Leila levantó una maceta de geranios mustios y sacó la llave del originalísimo escondite. Esperé a que abriera y entramos.

—¿La tiene alquilada?

—No. Es de un amigo. De un tipo que se fue a Florida, pero que volverá la semana que viene.

El interior consistía básicamente en una habitación grande. El techo tenía la forma del tejado, rematado en punta. Por una estrecha escalera se llegaba al altillo del dormitorio. Los muebles eran toscos y estaban cubiertos con imitaciones de mantas indias. El suelo era de madera sin pulimentar ni encerar, y

las suelas de mis botas chirriaban a cada paso que daba. Había una vieja estufa, negra y panzuda, que olía a ceniza fría. Un mostrador situado al fondo señalaba la parte de la cocina, que parecía sucia incluso de lejos.

Vi el teléfono en una mesita.

—¿Llamas tú a tu madre o la llamo yo?

—Hazo tú. Voy al lavabo; y no te preocupes, no me voy a escapar.

Mientras hacía sus necesidades, llamé a Crystal. Fiel a mi palabra, omití mencionar a Paulie.

—Voy a quedarme aquí hasta que llegue Lloyd. Si se hace muy tarde, trataré de convencer a Leila de que vaya a tu casa.

—Sinceramente, estoy tan enfadada con ella que no quiero ni verla. Me repondré en cuanto beba algo. Anica está llamando a la escuela. No sé lo que va a decir. Leila merecería que la expulsaran, temporal o definitivamente.

—Estoy contigo —dije—. Te tendré al corriente de lo que hacemos. Deséame suerte.

Oí la cadena del inodoro y Leila salió del pequeño lavabo situado bajo la escalera.

—¿Qué ha dicho?

—No mucho. No está precisamente contenta.

Se sentó en el sofá lleno de bultos. Sin prestarme la menor atención, abrió la mochila y sacó un estuche con maquillaje. Extrajo una polvera, la abrió y se miró la cara. Se limpió el rímel y se miró más detenidamente.

—Mierda. Un puto grano —dijo.

Dejó la polvera, empuñó el mando a distancia y encendió el televisor, le quitó el sonido y me miró.

—Cuando tenía tu edad era como tú —dije.

—Pues qué bien. ¿Me dejas fumar?

—No.

—¿Por qué? Sólo es hierba.

—No me jodas, Leila. Ya huele bastante mal la casa para que encima le eches humo de maría. Háblame de Dow. Y no te pongas quisquillosa; estoy harta de esta historia.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Ya no me acuerdo.

—Venga, te ayudaré. El 12 de septiembre era viernes. Emily estaba enferma y se canceló tu visita, así que tuviste que quedarte en casa. ¿Fuiste a la de la playa?

—No. Estuve aquí.

—¿Recuerdas lo que hiciste aquella noche?

—Supongo que ver un vídeo. Es lo que hago casi siempre. ¿Por qué?

—Me gustaría saber cuándo hablaste con Dow por última vez.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Procuro no hablar nunca con él, si puedo evitarlo.

—Alguna vez tendrías que hablar. Después de todo, es tu padrastro.

—Ya lo sé —dijo—. Pensaba que no se podía interrogar a una menor sin estar su padre presente.

—Eso es sólo cuando te detiene la policía.

—¿Y tú qué eres?

—Detective. Philip Marlowe travestido. —A juzgar por su expresión, probablemente creía que Philip Marlowe era un grupo de rock, pero fue lo bastante lista para no abrir la boca—. ¿Cuántos años tenías cuando Dow y tu madre se casaron?

—Once.

—¿Te cae bien Dow?

—Es buen tío.

—¿Os lleváis bien?

—Dentro de lo que cabe. Es viejo. Lleva dentadura postiza. El aliento le huele a rancio y tiene un montón de normas realmente estúpidas. «Quiero que a las diez estés ya en casa y en la cama. No quiero que te levantes tarde. Ayuda a tu madre con tu hermano» —dijo, imitándolo—. Le contesté: «Oye, para eso está Rand. Yo no soy su criada, joder». Mis notas tenían que ser perfectas; si no, me castigaban durante semanas. Ni siquiera me dejaba tener teléfono propio.

—Qué cabrón —dije—. ¿Dónde crees que está?

—En Canadá.

—Interesante. ¿Por qué lo crees? —Miró la pantalla mientras iba de un canal en otro—. ¿Leila?

—¡Qué!

—Te he preguntado por qué crees que está en Canadá.

—Porque es un mierda —repuso—. Lo único que le preocupaba era estar guapo. Lo oí hablar con una mujer por teléfono. Creo que hace unos seis meses esa gente fue a la clínica y se llevó papeles de contabilidad y muchos historiales de internos. Dow estaba cagado de miedo. Fuera lo que fuese, creo que habría podido ir a la cárcel por aquello, así que supongo que desapareció del mapa.

—¿Con quién estaba hablando?

—No lo sé. No dijo su nombre, y yo no reconocí la voz. De repente, se dio cuenta de que estaba escuchando por la otra línea y esperó a que yo colgara para seguir hablando.

—¿Estabas escuchando?

—En mi cuarto. Yo quería llamar por teléfono. ¿Cómo iba a saber que él estaba hablando?

—¿Cuándo sucedió?

—Un par de semanas antes de que se fuera.

—¿Se lo contaste a la policía?

—Nadie me preguntó y, además, es sólo una suposición. ¿Puedo ver esto y a?

—Claro.

Subió el volumen de la caja tonta y el sonido de la MTV llegó tronando.

Fui al lavabo, que no estaba tan asqueroso como había imaginado. Cerré la puerta. Lloyd había hecho un discreto esfuerzo para que la pila y la bañera estuvieran limpias. El agua de la taza salía coloreada de azul por una pastilla que colgaba en la cisterna y que olía muy fuerte. Después de mear y tirar de la cadena, registré el botiquín y el cesto de la ropa sucia.

Cuando volví al salón, Leila estaba en ese estado hipnótico que genera la televisión. Fuera empezaba a oscurecer y encendí algunas luces. Como no me prestaba atención, aproveché el momento para registrar el escritorio y el contenido de los cajones. Muchos parecían llenos de cosas del otro individuo. No buscaba nada en particular; era simplemente que no podía resistir la tentación de meter las narices en todas partes. Vi un puñado de facturas de Lloyd, todas sin pagar.

Fui a la cocina. El frigorífico no reveló mucho, pero la despensa estaba mejor provista que la mía. Pasta, frascos de salsa, latas de sopa, condimentos, mantequilla de cacahuete y cajas de esos extraños y anaranjados macarrones con queso que sólo podrían comer los niños y los perros. Estaba aburrida y empezaba a tener hambre.

Crucé el salón y subí al altillo, mirando por encima de la barandilla de la escalera. Leila seguía absorta en las imágenes de la pantalla. No podía creer que me dejara fisgar a gusto. La cama de Lloyd estaba sin hacer. En la mesita de noche había una fotografía enmarcada de Lloyd y Leila. Me la acerqué para verla mejor. Tenían que haberla hecho en alguna fiesta de cumpleaños. Estaban los dos sentados ante la mesa de una cocina en la que había un pastel de chocolate con velas. Lloyd y Leila estaban mejilla contra mejilla, y sonreían y hacían muecas a la cámara. Vi una perforación en la oreja derecha de Lloyd. También vi una cajita recién abierta. Lloyd sostenía a la altura de la oreja un pendiente —con una calavera y dos tibias de oro—, perteneciente a un juego que al parecer le había regalado Leila. Era difícil adivinar la época; a juzgar por el cabello de ella, había sido el año anterior.

Los cajones de la cómoda no revelaron nada excepto una nutrida colección de calzoncillos boxer de colores eléctricos. Miré a mi alrededor. Al lado de la ventana había un telescopio con trípode. Me acerqué a ver el panorama, al principio a simple vista, para orientarme. No conocía el barrio y no sabía qué podría querer ver Lloyd desde allí. Me di cuenta, con no poca sorpresa, de que la casa estaba enfrente de la de Fiona Purcell, al otro lado del pantano. A través de la niebla y de la lluvia entreveía el austero perfil de la mansión elevándose en la

ladera de la lejana colina como una fortaleza. La fachada de Lloyd daba a las montañas, mientras que la de Fiona daba al océano y a las islas.

Me incliné sobre el telescopio para mirar por el ocular. Todo estaba negro. Quité la tapa del objetivo y la visibilidad mejoró notablemente, aunque lo único que vi al principio fue mi propio ojo. El paisaje se había reducido a manchas, a objetos distorsionados por la ampliación.

Levanté la vista y busqué el mecanismo de enfoque, volví a mirar por el ocular y lo ajusté. De pronto, la otra orilla adquirió forma y relieve. Vi una rascadura en un pedrusco con tanta claridad y definición que parecía estar a cuatro pasos de mí. La lluvia ametrallaba la superficie del pantano. El cielo se reflejaba en ella, como si fuera plata fundida. Vi que algo se movía a la derecha y giré el tubo un poquito.

Era *Trudy*, el pastor alemán hembra, ladrándole a un palo, una de esas costumbres descerebradas que parecen entusiasmar a los perros. Veía abrirse y cerrarse su boca como si fuera de juguete. El júbilo de los ladridos le sacudía todo el cuerpo, pero el vidrio de la ventana reducía el ruido a un murmullo apenas audible. Tenía las patas llenas de barro, y pude ver claramente las gotas de agua que le resbalaban por el pelaje. Detrás vi un ancho camino de hierba aplastada y árboles jóvenes tronchados a ras del suelo. Podía haberlo hecho un remolque que hubiera reculado hasta la orilla para descargar una lancha. Oí muy lejos el silbido de la propietaria de la perra, y luego su voz, casi inaudible:

—¡*Trudy!* ¡*Truuuudy!*

Trudy miró atrás con pesar, debatiéndose entre su última obsesión y la necesidad de obedecer. Venció la obediencia. Subió dando saltos por la ladera y desapareció por la cima. Orienté el telescopio hacia la casa de Fiona. Las luces se encendían y apagaban regularmente, sin duda gracias a un temporizador. Enfoqué la ventana de su dormitorio, pero no vi el menor rastro de movimiento. Parecía que habría bastado estirar la mano para tocar la ventana, y era una ilusión curiosa. En coche estaba a más de dos kilómetros, y a que había que dar un largo rodeo. Su sector del pantano estaba lleno de casas caras, pero la parte de Lloyd era para pobres y allí sólo había casuchas destartaladas en alquiler, sin mucho valor en el mercado. Me pregunté si Lloyd se habría percatado de quién era la inquilina de la casa que tenía enfrente. ¿Espiaría su dormitorio por la noche para verla desnuda?

Moví otra vez el telescopio. Me sentía como un pájaro revoloteando por encima del pantano. Me fijé en la estrecha lengua rodeada de vegetación y que llegaba hasta la colina. Había un cartel en un poste y pude leer la línea de letras más grandes. Prohibía bañarse e ir en barca. Oscurecía rápidamente y tuve que forzar la vista. Levanté la cabeza y me quedé mirando fijamente la oscuridad. ¿Qué había visto?

Cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, sentí que mi percepción había

cambiado. La alteración fue brusca, como en la prueba que determina el ojo dominante. Tápese el ojo izquierdo con la mano y mírese el índice derecho con el brazo estirado. Luego aparte la mano del ojo izquierdo y tápese el derecho. Mirando por el ojo dominante, la posición del dedo respecto del fondo es constante. Mirando por el no dominante, el dedo parece saltar de lado. En realidad, no cambia nada. El dedo sigue donde estaba, pero el cerebro registra una diferencia. Sentí un amago de ansiedad y el corazón empezó a golpearme el pecho.

Me di la vuelta y bajé corriendo. Leila salió del trance el tiempo suficiente para mirarme. Estaba acostada, con los pies apoyados en el brazo del sofá y las botas de excursión en el suelo.

—Tengo que salir un momento —dije—. ¿Te puedo dejar sola?

—Siempre estoy sola aquí —respondió con voz ofendida.

—Estupendo. No tardaré mucho, pero te agradecería que te quedaras hasta que vuelva. ¿De acuerdo?

—Siiii —repuso.

Volvió a concentrarse en la pantalla y fue cambiando de canal hasta que encontró una vieja película de Tom y Jerry.

Cerré la puerta y me dirigí al coche por el camino embarrado. La luz desaparecía del cielo y la temperatura bajaba. No llovía con mucha fuerza, pero era muy molesto. Subí al VW. Saqué una linterna de la guantera y la probé para ver si las pilas seguían funcionando. La apagué, la dejé en el asiento del copiloto, arranqué y retrocedí por el corto camino de entrada. Doblé y enfilé por la calle principal. En el cruce, giré a la derecha; recorrí un kilómetro; giré de nuevo a la derecha, por el Camino del Pantano Viejo, e inicié el irregular ascenso. Conocía las curvas y conduje con el corazón en un puño, deseando haber meado otra vez antes de salir. El miedo es un potente diurético.

Ante mí apareció la casa de Fiona y me detuve en el arcén. Eché mano de la linterna, bajé y seguí a pie. Allí aún había luz suficiente para ver el camino. Ascendí por la ladera de hierba mojada, resbalando en los momentos más inesperados. Al llegar a la cima me detuve y miré hacia el otro lado del pantano, buscando la casa de Lloyd. Las luces la hacían parecer una ermita encaramada en la colina de enfrente. Esperaba que Leila no desapareciera mientras yo me arrastraba en la oscuridad.

Bajar por el otro lado fue más traicionero aún, y antes de darme cuenta ya estaba perdiendo pie, resbalando y patinando. Cuando llegué al pie de la colina, encendí la linterna. La zona estaba silenciosa, hacía frío y el aire olía a humedad. El agua era negra en la orilla y estaba totalmente en calma. En algunos lugares se veían las huellas de *Trudy*. Recorrí con la luz de la linterna la colina que había dejado a mis espaldas, buscando el pedrusco de la rascadura y el camino de arbolillos tronchados. Me quedé donde estaba, siguiendo con los ojos el perfil

ascendente de la colina. No veía la calle desde allí. Enfoqué la superficie del agua. El fondo parecía hundirse bruscamente, pero pude ver el apagado brillo de la curva de un parachoques, como un tesoro enterrado. No distinguí el nombre de la matrícula personalizada, pero supe que era el maletero del Mercedes plateado de Dow Purcell, hundido en las profundidades.

La investigación nocturna de un accidente tiene lugar en una escena tan desoladora y vistosa como una feria ambulante. Eran cerca de las ocho y casi había oscurecido por completo. El vehículo del juzgado, el laboratorio móvil y un Ford de cuatro plazas estaban aparcados en el arcén, con dos coches patrulla de luces azules y rojas destellantes. Dos agentes de uniforme conversaban mientras la radio, como un charlatán, emitía entre crujidos de interferencias una monótona serie de delitos y faltas que se estaban cometiendo en aquel momento: ruidos de vecinos, una pelea doméstica en otra parte de la ciudad, un merodeador, un borracho orinando en la calle. Santa Teresa es una ciudad de ochenta y cinco mil habitantes, con más delitos contra la propiedad que contra las personas.

Cinco minutos después de haber visto el Mercedes sumergido, subí a gatas la colina y bajé a la calle por el otro lado. Crucé la calzada y subí los peldaños de Fiona de dos en dos, sin detenerme a respirar hasta que llegué arriba. Golpeé la puerta y toqué el timbre, todo a la vez, deseando que respondieran. No me gustaba dejar sin vigilancia el escenario del crimen, pero tenía que llamar a la policía. Volví a llamar al timbre. Después de haber visto la casa de Fiona por el telescopio, no tardé mucho en convencerme de que había salido. Di la vuelta a la casa hasta la parte por donde entraba en la propiedad el camino para coches que se desviaba de la carretera más arriba. No había vehículos aparcados allí, y las tres puertas del garaje estaban cerradas.

El vecino más próximo estaba al otro lado de la calle. Sabía que llamar al azar de puerta en puerta era una lata. Aunque no era muy tarde, ya había oscurecido. Todo el mundo había oído hablar de los intrusos que con cualquier excusa se meten en la casa de las víctimas. Pero no me quedaba más remedio. O eso o subir al coche y empezar a buscar un teléfono público. Llamé al timbre, hablando sin parar conmigo misma: «Vamos, vamos, sal, ayúdame». Miré por los paneles de cristal que flanqueaban la puerta y vi una pequeña parte del vestíbulo. Alguien se movía por la cocina, probablemente preparándose la cena. Apareció por el pasillo y se aproximó a la puerta. Agité la mano, procurando parecer una ciudadana respetuosa de la ley y no una astuta psicópata. Tendría cuarenta y tantos años, vestía jersey y pantalón ceñido y llevaba un delantal

atado a la cintura. Si la inquietó la repentina llamada, no lo dio a entender. Encendió la luz del porche y me observó con cautela.

Hablé en voz alta, para que pudiera oírme a través del cristal.

—Soy amiga de Fiona. No está y necesito utilizar el teléfono.

Vi que miraba hacia la casa de Fiona mientras asimilaba la petición. Comprobó que estaba echada la cadena y entreabrió la puerta. Ya no recuerdo cómo le expliqué la situación, pero tuve que ser muy persuasiva porque me dejé entrar sin poner objeciones y me señaló el teléfono.

Siete minutos más tarde llegaba el primer coche patrulla.

Habían transcurrido ya unas dos horas y casi todos los vecinos de los alrededores estaban en la calle. Permanecían en grupos, protegidos por los paraguas, charlando intermitentemente en voz baja. Al parecer, había corrido ya la noticia de que había aparecido el coche del médico. No era probable que, en circunstancias normales, tuvieran ocasión de reunirse a menudo. Las casas estaban separadas entre sí y, como casi todos sus moradores trabajaban fuera todo el día, suponía que sus caminos se cruzarían poco. Constituían un grupo variopinto; parecía que se hubieran puesto la chaqueta y las botas de agua a toda velocidad. Esperaban pacientemente, en actitud ritual de vigilia, como una delegación de afectados en una asamblea sin precedentes. El cordón policial, una improvisada valla de postes de plástico unidos con cinta, les impedía acercarse. Tampoco había mucho que ver desde donde se encontraban. Hacia la ciudad, el camino estaba envuelto en sombras, sin farolas a la vista. En la dirección opuesta, el asfalto se perdía a lo lejos. Más allá del último callejón sin salida sólo había montes sombríos, tierra inculca respuntada con arbustos y carrascas.

Me senté en el coche, aterida de frío. De vez en cuando encendía el motor para poner en marcha la calefacción y los limpiaparabrisas, aunque aquel monótono *zip-zunk, zip-zunk* me adormilaba. A mi derecha, la colina subía unos cien metros en un ángulo de treinta grados, se curvaba en la cima y bajaba hacia el pantano. La luz fantasmagórica de los focos concentrados en la orilla iluminaba los arbustos de la cumbre. La luz se volvía sombra a veces, cuando se cruzaban los agentes destacados en el lugar. Había hablado brevemente con Odessa cuando llegó. Me había pedido que me quedara y dijo que utilizarían un submarinista para revisar el interior del coche antes de sacarlo. Luego se había alejado por la pendiente mientras yo me preparaba para la espera.

En cierto momento apareció Leila. Estaba con su padrastro, Lloyd, que había vuelto a su casa mientras yo estaba a punto de descubrir el coche de Dow. Se quedaron a un lado, bajo un paraguas negro, alejados de los vecinos. Supuse que habían visto las luces y se habían acercado con el coche de Lloyd. Por una vez, Leila parecía experimentar una emoción distinta del aburrimiento y el desprecio. Con los ojos cargados de rímel y sombra, parecía una niña abandonada, solemne, de ojos saltones, tiritando sin parar. Sabía que debía saludar a Lloyd,

pero no acababa de decidirme. En el camino vi dos equipos con cámara portátil, uno de la KWST-TV, el otro de la KEST-TV. La presentadora rubia de la KEST ya estaba filmando y haciendo entrevistas para el informativo de las once. Llevaba un gran paraguas negro y hablaba con un vecino. No vi más reporteros, pero seguro que andaban por alguna parte.

Moví el espejo retrovisor y vi unos faros que aparecían por la curva. Esperaba ver a Fiona, pero el vehículo era el Volvo blanco de Crystal. Redujo la velocidad y esperó a que un grupo de personas cruzara la calzada; luego se metió en el arcén y aparcó delante de mí.

Recogí el chubasquero del asiento de atrás y me lo eché sobre la cabeza mientras dejaba el calor del VW y me dirigía hacia su coche. Crystal me vio y bajó la ventanilla. Tenía la cara demacrada y el cabello recogido en un moño descuidado. Habían desaparecido el pantalón negro y el jersey que llevaba antes. Parecía haberse vestido apresuradamente, con unos tejanos y una sudadera gris con el nombre de nuestro gimnasio.

—Estaba en bata y zapatillas cuando vino la policía —dijo—. Quisieron traerme en el coche patrulla, pero preferí el mío. ¿Qué ha pasado?

—No mucho. Esto es peor que un plató de cine, con tanta gente mirando. ¿Dónde está Anica?

—Tuvo que volver a la escuela. Sube.

—Gracias —dije.

Abrí la puerta y subí al coche. La silla de Griffith estaba encajada en el asiento trasero, detrás de mí, con los alrededores sembrados de migas y trozos de galletas. Un biberón de plástico con zumo de manzana había dejado un resto pegajoso en el lugar en que apoyé la mano. A mis pies había una ardilla de pelo rosa. Imaginé al niño tirando con fuerza la mantita, el biberón, las galletas y los animales, un diluvio de objetos para poner de manifiesto su presencia. El interior olía a flores y a especias, la colonia de Crystal.

—¿Cómo estás? —dije.

—Aturdida.

—Puede que abandonara el coche —sugerí, sin que viniera a cuento.

—Esperemos que sí.

Movió el retrovisor para mirarse y se pasó el nudillo por debajo del párpado inferior para limpiarse el lápiz de ojos que se le había corrido. Volvió a mover el espejo y se arrellanó en el asiento. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Se notaban las irregularidades de sus rasgos, vistos de perfil. La nariz era demasiado angulosa y la barbilla demasiado estrecha para una frente tan ancha. Imponía más cuando estaba maquillada.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó, como si hablara en sueños.

—Hace horas. A las seis.

—Dijeron que no me diera prisa. Estaba viendo la tele cuando llamó la

policía a la puerta.

—Tuviste suerte. Yo me muero de hambre. No he cenado y estoy a punto de comerme los dedos.

Abrió la guantera.

—Prueba esto. —Sacó una chokolatina magullada y me la dio—. ¿Cómo han encontrado el coche?

—Fui yo quien avisó a la policía. Y ahora están aquí haciendo Dios sabe qué.

Rompí el envoltorio y desplegué el papel de plata; el olor a chocolate se elevó como una nube. Partí la barra por las intersecciones y me puse una cuadrícula en la lengua. Casi leí la letra de la marca grabada en la superficie mientras aplastaba la cuadrícula contra el paladar.

—¿Cómo supiste que era su coche?

—Por la matrícula.

Guardamos silencio. Crystal puso la radio; después, lo pensó mejor y la apagó. La lluvia tamborileaba suavemente en el techo, como la escobilla de un batería en los platillos. La atmósfera era extrañamente íntima. Ambas estábamos fuera de nuestro ambiente natural, constreñidas por el entorno desconocido, unidas por la espera.

—Parece que todavía no han sacado el coche del agua —dijo al cabo.

—Están esperando a la grúa. Odessa dijo que nos informaría de todo lo que sucediera.

Me comí otra letra y guardé el resto de la chokolatina en el bolso. Crucé los brazos para entrar en calor. Crystal emitió un sonido, una mezcla de suspiro y otra cosa: tensión, impaciencia, simple cansancio.

—Sabía que estaba muerto. Es la única explicación que tiene sentido. Te dije que no huiría abandonando a Griff.

—Crystal, todavía no han sacado el coche. No sabemos si está dentro.

—Está dentro. A Leila le dará un ataque.

—¿Por qué? No congeniaban.

—Claro que no. Lo trataba como si fuera basura. ¿Cómo va a reconciliarse con eso?

Vacilé, aunque con ganas de insistir. Estaba más indefensa que nunca. Podía ser mi oportunidad.

—¿A qué se debe esa ira que domina a Leila?

—Es demasiado complicado para explicarlo.

—Nada es demasiado complicado si Dow está muerto.

Crystal se incorporó y me miró.

—¿Por qué iba a decírtelo? No trabajas para mí.

—Tampoco trabajo contra ti. ¿Cuál es el problema de Leila?

—¿Es asunto tuyo?

—No, según se mire. Pero empeorará.

—Eso no lo dudo —replicó. Y después de una pausa, añadió—: Ha sufrido más de un trauma en la vida. Necesita ayuda para superarlos.

—¿Visita a algún psiquiatra?

—Desde hace años. Al principio, tres veces por semana. Ahora sólo va dos veces al mes, los fines de semana que sale de la escuela.

—¿El psiquiatra visita los fines de semana?

—La psiquiatra.

—Perdón. No creía que los psiquiatras fueran tan serviciales.

—Esta lo es. Es realmente fabulosa con los niños. Es el quinto psiquiatra que visita Leila. Yo estaba desesperada.

—¿Cómo la encontraste?

—Por una vez, tuvimos suerte. Charlotte Friedman fue a la escuela con Anica. Vivían en Boston; su marido se retiró y se mudaron aquí.

—¿Qué trauma tiene Leila? Todavía no lo entiendo.

Crystal pareció titubear. Miró al frente con fijeza, y cuando habló su voz era tan inexpresiva y lejana como un viejo disco de gramola.

—Tuve un hijo que se ahogó. Nos afectó a todos, claro. Fue el principio del fin de mi relación con Lloyd. Hay cosas de las que nunca te recuperas. La muerte de un niño es una de ellas.

—¿Qué pasó?

—Jordie. Mi pequeñín. Tenía año y medio. Yo estaba trabajando una noche y lo dejé con la vecina. Jordie se escapó por la puerta mientras la vecina hablaba por teléfono y cayó en la piscina. Cuando lo encontré y llamé a la ambulancia, ya no pudieron hacer nada.

—Lo siento.

—Pensé que me moría, pero para Leila fue peor. Los niños no están preparados para estas desgracias. No las entienden, y es difícil explicarles lo que la muerte significa de forma que lo comprendan. Nunca he sido religiosa; no quería endosarle un cuento de hadas, y menos un cuento en el que yo no creía. La doctora Friedman dice que, cuando se enfrentan a la muerte de un pariente, algunos niños se desconectan; se comportan como si nada hubiera pasado. Otros, como Leila, se ponen a representar. Es una chica difícil, tú lo has visto. Rebelde. Temperamental. He hablado con Charlotte..., con el permiso de Leila, naturalmente. Charlotte cree que la conducta de Leila es su forma de distanciarse, de crear una barrera entre ella y un mundo que considera traicionero. No preocupándose por nadie, sus sentimientos están a salvo. En cualquier caso, sé que la protejo. Ni siquiera estoy segura de cómo voy a contarle todo esto.

—Está aquí. ¿No la has visto con Lloyd?

Se irguió bruscamente.

—No lo sabía. ¿Dónde?

—Al otro lado de la calle, unos tres coches atrás. Al menos estaban allí hace un rato.

—Voy a ver qué hace. —Recogió un paraguas negro y grande que había en el suelo. Abrió la portezuela, sacó el paraguas y apretó el botón para desplegarlo.

—Gracias por la chocolatina. Me has salvado.

—De nada.

Llegó la grúa, iluminando el camino con los faros. Abrí el coche, me puse el chubasquero en la cabeza y cerré la puerta al bajar. Me volví y vi al ayudante del conductor de la grúa que se apeaba de la cabina de un salto. Crystal se cruzó con él y siguió andando, mientras la grúa viraba y empezaba a subir la pendiente marcha atrás. Los macizos neumáticos resbalaban, abriendo dos canales paralelos de hierba triturada. El conductor miraba por encima del hombro, con una mano en el volante. El ayudante daba silbidos penetrantes y le indicaba con el brazo el ángulo de ascenso. La reportera rubia vio a Crystal y fue a su encuentro. Crystal hizo un gesto de negación con la cabeza y le indicó por señas que se apartara.

Volví al VW y giré la llave de contacto. La lluvia se había reducido a un frío calabobos que empapaba poco a poco a los confiados mirones. La temperatura interior había descendido durante mi ausencia y la tibia brisa generada por la calefacción era menos efectiva que mi propio aliento. Vi que la grúa patinaba de lado y luego reculaba pesadamente hacia la cima. No alcanzaba a imaginar cómo se las arreglarían para sacar el Mercedes del agua y subirlo por la embarrada colina.

Me volví para ver dónde estaba Crystal. Había llegado ya al lado de Leila, que estaba en el arcén, con Lloyd. Lloyd la rodeaba con el brazo, pero en cuanto Leila vio a Crystal, corrió hacia su madre. Crystal la abrazó y la meció, apoyando la cara en la cabeza de la muchacha. Luego se pusieron a hablar los tres; Leila con aspecto desdichado; Lloyd, como ausente. Hablaran de lo que hablasen, quien llevaba la voz cantante era Crystal. Madre e hija pasaron por mi lado camino de su cinco puertas. Crystal hablaba con seriedad a Leila, que lloraba en silencio. La miré mientras instalaba a su hija en el asiento delantero y luego rodeaba el coche por detrás para ponerse al volante.

Moví el retrovisor para no perder de vista a Lloyd, que se dirigió a su vehículo con la cabeza caída y las manos en los bolsillos de la chaqueta. Puede que estuvieran compitiendo a ver cuál era mejor progenitor; Leila era el premio, y Lloyd había perdido aquel asalto por puntos. Lo vi encender un cigarrillo y poco después olí el humo que llegaba con el aire húmedo de la noche. ¿Tendría que irme muy lejos para echar una meada sin que me detuvieran por escándalo público?

El inspector Odessa apareció en la cima de la colina y empezó a descender, con unos pasos tan inseguros como los míos. Llevaba un anorak con capucha. Vio

el VW y vino hacia mí. Bajé la ventanilla unos centímetros. Llegó al coche y miró dentro. La llovizna le había formado pequeños charcos en la brillante superficie del anorak y el agua le bajaba por las costuras. Tenía la nariz un poco grande y con una forma que le restaba atractivo. Señaló las luces del otro lado de la colina.

—Quiero que conozca al inspector Paglia.

—Desde luego —dije.

Subí la ventanilla y apagué el motor. Bajé, me puse el chubasquero y lo seguí. Trastabillamos juntos; Odessa iba sujeto de mi brazo, para sostenerse él y darme a mí apoyo.

—¿Cómo va la cosa? —pregunté.

—Es una mierda —repuso—. He visto a Crystal por aquí. Envié a un agente a su casa; pensé que debía saber lo que estaba pasando.

—¿Y Fiona? ¿Se sabe algo de ella?

—No. Hemos avisado a la hija, pero no puede venir hasta que la niñera termine de cenar.

—¿Sabe ella dónde está su madre?

—En principio, no. Dijo que haría unas llamadas para localizarla. Si no, esperaremos a que vuelva a su casa.

Subimos a gatas lo que restaba para alcanzar la cima y nos quedamos allí, mirando el pantano. La luz de los focos había borrado el color del paisaje; sus bordes metálicos estaban tan calientes que evaporaban el agua de la lluvia. Había algunos grupos, al parecer esperando más técnicos o más material. Bajo la superficie del agua vi moverse el resplandor verdoso del submarinista. La imagen del maletero del Mercedes oscilaba de un modo extraño a la luz de los focos.

—¿Está dentro?

—Todavía no lo sabemos. Hay unos seis metros de profundidad. El coche quedó enganchado en una roca, de lo contrario se habría hundido.

El submarinista salió en aquel momento, cubierto de pies a cabeza por un traje azul oscuro y con una botella de oxígeno a la espalda. Se quitó el tubo de la boca y lo dejó colgando mientras andaba hacia la orilla, con algas en las aletas. Se levantó las gafas y se las puso en la cabeza como si fuera una gorra. Cuando llegó a la orilla, el juez de instrucción y otro hombre, ambos con impermeable, se acercaron a él y escucharon su informe, en el que las palabras se reforzaban con ademanes.

Mientras tanto, la grúa había llegado reculando muy cerca de la orilla. Dos hombres con botas hasta la cadera y chubasquero amarillo habían entrado en el agua para prepararse para la difícil maniobra. Uno enganchaba ya una cadena al eje del Mercedes. El otro resbaló y cayó al agua; el chubasquero se hinchó a su alrededor como un salvavidas. Manoteó y maldijo mientras su compañero

bufaba para contener la risa y se metía en el agua para echarle una mano.

Odessa señaló hacia el submarinista.

—El que está con el juez es Paglia.

—Ya lo había supuesto.

Como si hubiera recibido una orden, Paglia se dio la vuelta y nos miró a Odessa y a mí. Se disculpó y vino hacia nosotros por la tierra blanda y pisoteada. Las lluvias de aquellos días habían borrado cualquier rastro de pisadas, pero la trayectoria del coche se había precintado e inspeccionado ya. Después de tanto tiempo, apenas quedarían indicios. Cuando llegó junto a nosotros, el inspector Paglia alargó la mano.

—Señorita Millhone, Jim Paglia. Con Dolan me ha hablado de usted —dijo, con voz profunda y sin inflexiones.

Le eché unos cincuenta años. Llevaba la cabeza afeitada y la pecosa frente cruzada por arrugas verticales y horizontales. Nos dimos la mano e intercambiamos las formalidades de rigor. El teniente Dolan había sido jefe de Homicidios hasta que un ataque de corazón lo obligó a retirarse.

—¿Qué tal le va a Dolan?

—Así, así. Bien, pero lo justo. Echa de menos el trabajo.

Sus cejas eran ondulaciones negras que le sobresalían por las sienes como si fueran alas. Llevaba gafas de lentes pequeñas y ovaladas, con montura de metal. Si las gotas que le caían en las gafas le molestaban, lo disimulaba bien. Había estado fumando con una boquilla blanca de plástico, pero el cigarrillo parecía apagado a causa de la lluvia. Se lo quitó de la boca y miró la boquilla.

—Hemos contraído una gran deuda con usted —dijo—. ¿Cómo se le ocurrió pasar por aquí?

Odessa me tocó la manga.

—Sigán ustedes. Ahora vuelvo.

Lo vi dirigirse hacia el submarinista y hablar con él lejos de oídos indiscretos. Volví a fijarme en el inspector Paglia, cuya mirada no se apartaba de la mía. Parecía haber sido militar, un hombre que había visto muerte y muertos de cerca, y que posiblemente la había causado él mismo en varias ocasiones. Su actitud era cordial, pero sin el fastidioso estorbo de una supuesta calidez. Era amable, pero porque había adquirido la costumbre gracias a una minuciosa aplicación de las normas de «buenas maneras» que había visto en el mundo que lo rodeaba. Era simpático, pero porque gracias a la simpatía obtenía lo que deseaba, que en este caso era ayuda, información, cooperación y respeto. Si yo hubiera sido delincuente profesional, habría tenido mucho cuidado con aquel hombre. Así que, dada mi tendencia histórica a la mentira, al allanamiento de morada y a los hurtos de poca monta, procuré contextualizar cuidadosamente mis explicaciones. Aunque sabía que no sospechaba de mí en absoluto, quería parecer sincera y franca; y no fue difícil, ya que, por una vez, no podía decir

más que la verdad.

—No sé cómo describir el proceso. Estaba en casa de Lloyd. Es el exmarido de Crystal.

—El padrastro de Leila.

—Sí. Esta mañana la chica se escapó de la escuela sin permiso y Crystal imaginó que iría a casa de Lloyd. Le dije a Crystal que trataría de encontrarla y subí patrullando por la zona desde la salida de Little Pony Road, en la Ciento uno. Debí de venir en autostop, porque la vi andando por el arcén. La convencí de que me dejara llevarla a casa de Lloyd, pero él no estaba cuando llegamos, de modo que entramos en la casa. Es aquella que tiene forma de A —dije, señalando al otro lado del pantano. Abrumada por los ojos de Paglia, mi voz empezó a sonar a falso y, sin darme cuenta, empecé a introducir detalles extraños—. Bueno, en realidad la casa no es suya, sino de un amigo que está en Florida. El caso es que empecé a husmear por allí mientras esperábamos. Leila se puso a ver la tele y yo subí al altillo. Había un telescopio y pensé que sería interesante echar un vistazo. Me quedé de piedra al comprender dónde estaba. No sabía que aquel tramo de Gramercy Lane quedara enfrente mismo de Fiona, pantano por medio.

—¿Cree usted que hay alguna relación?

—¿Entre Lloyd y Fiona? No lo sé, pero lo dudo. No he oído nada que lo sugiera.

Sacó una caja de Altoid. Abrió la tapa y guardó la colilla apagada. La lata estaba llena de colillas y ceniza, una forma como otra cualquiera de no alterar el escenario del crimen. Se guardó la caja en el bolsillo del impermeable y sus ojos grises se clavaron en los míos.

—¿Cree que estamos en el escenario de un delito? —pregunté.

—El suicidio es un delito —repuso—. Siga con su historia.

Tenía los dientes inferiores apelotonados por el centro y ribeteados de manchas. Era el único detalle de aquel hombre que parecía fuera de control.

—Cuando miré por el telescopio vi a la perra, un pastor alemán hembra que se llama *Trudy*. La había visto las otras dos veces que subí a ver a Fiona, y siempre por aquí, ladrando como una posesa.

—Los perros son capaces de oler un cadáver incluso bajo el agua —dijo Paglia; era la primera información que me daba.

—¿De veras? No lo sabía. Vi que estaba nerviosa, pero no sabía por qué. Aparte de *Trudy*, vi una rascadura en ese pedrusco que hay a mitad de la pendiente. —Lo señalé, como si fuera un niño de quinto en un examen oral—. También vi dañada la vegetación y arbolillos tronchados. Al principio supuse que habían reculado con un remolque para echar al agua una embarcación, pero entonces vi el cartel y recordé que estaba prohibido bañarse e ir en barca.

Me observó con calculada amabilidad.

—Sigo sin entender cómo relacionó una cosa con otra.

—De repente todo tuvo sentido. El doctor Purcell fue visto por última vez en la clínica. Me enteré de que iba a ir a casa de Fiona, así que...

—¿Quién le dijo eso?

—Un amigo de Purcell, Jacob Trigg. Dow le dijo que había quedado en verla aquella noche.

—¿Habló usted con ella de eso?

—Bueno, se lo pregunté. ¿Por qué no? Yo estaba enfadada. Trabajo para ella, así que debería haberme dado toda la información nada más contratarme.

—¿Qué dijo?

—Afirma que no apareció, y que podía haber habido «una confusión». Supongo que la dejó plantada y que a ella le da vergüenza admitirlo.

—Lástima que no nos lo contara a nosotros. Habríamos peinado la zona. Alguien podía haber oído el coche. ¿Quién va a acordarse nueve semanas más tarde?

Oí a sus espaldas el gemido agudo del motor, los crujidos del cable girando en el cabrestante a medida que iba sacando el Mercedes del pantano. El agua salía por las ventanillas abiertas, por las ranuras inferiores y por las ruedas. La furgoneta del juzgado estaba en la hierba con la puerta trasera abierta. El secretario del juzgado y un agente de uniforme estaban sacando una caja alargada de metal: el ataúd de acero inoxidable en que se metían los fiambres pasados por agua.

—Kinsey —dijo Paglia. Lo miré; me entró frío—. El submarinista dice que hay alguien en el asiento delantero.

El Mercedes colgaba en oblicuo, con el marco hacia el suelo y tres ventanillas abiertas. El agua del pantano salía por todos los resquicios, escurriéndose por el chasis y cayendo en la tierra empapada ya por las lluvias. Miraba conteniendo las reacciones mientras arrastraban el vehículo ladera arriba, chorreando como un bidón con agujeros. Parte de la ventanilla del conductor se había hecho añicos; la mitad inferior era todavía una sierra de vidrios agrietados mientras que la de arriba había desaparecido. En el asiento delantero vi una forma vagamente humana, amorfa, hinchada y llena de barro, con la cara vuelta hacia la ventanilla como si contemplara el paisaje. Después de varias semanas en el agua, el cuerpo antes vivo estaba exangüe, con un color gris perla. Todavía llevaba la chaqueta del traje, pero fue lo único que pude ver desde mi posición. Volví la cabeza bruscamente y se me escapó un gemido. El adhesivo que había mantenido juntos los huesos del muerto se había aflojado tanto que parecía fofo, indiferente, y una capa de gelatina blanca le cubría las cuencas de los ojos. Tenía la boca abierta y la mandíbula caída. Las comisuras se habían estirado para dibujar una expresión final de alegría o de sorpresa; o quizá para lanzar un rugido de cólera.

—Estaré en el coche —dije.

Paglia no me oyó. Iba hacia el Mercedes. Los del depósito se mantenían rezagados. Vi los fognazos de la fotografía de la policía. No podía seguir mirando. No podía quedarme allí. Aquella gente estaba acostumbrada a la imagen de la muerte, conocía sus olores, sus aspectos, las características posturas de los cuerpos en el instante de exhalar el último aliento. Por lo general, en un escenario así y tras la primera impresión de asco, conseguía distanciarme. Pero aquella vez no lo soportaba, no podía quitarme de encima la sensación de que estaba en presencia de algo maligno. Purcell, suponiendo que fuera su cadáver, se había dado muerte o había sido asesinado. Era imposible que hubiera subido en coche la colina para precipitarse después en el pantano accidentalmente.

Cuando volví a casa eran más de las diez de la noche. Los técnicos de la policía todavía trabajaban en el pantano, aunque no se me ocurría qué podía quedar por hacer. Me había quedado un rato por allí y al final había decidido irme a casa. Aún no había cenado. Si no recordaba mal, ni siquiera había comido. El hambre se había hecho sentir y luego había desaparecido al menos dos veces aquella noche; ahora se había esfumado definitivamente, dejándome con un desagradable dolor de cabeza. Estaba tensa y agotada al mismo tiempo, una curiosa combinación.

Gracias a Dios, la lluvia había cesado y el frío también. Las calles despedían vapor que se elevaba en columnas. Las aceras todavía estaban mojadas y el agua goteaba de los árboles con el silencio de la nieve. Las alcantarillas bebían gorgoteantes ríos en miniatura que se ramificaban entre la basura y se precipitaban en los sumideros subterráneos, camino del mar. Empezó a levantarse una niebla que hacía que el mundo pareciera silencioso y compacto. Mi barrio tenía un aspecto diferente, como si la bruma lo hubiera cambiado. Era como si la profundidad hubiera desaparecido y sólo hubiese dos dimensiones, como si las ramas peladas no fueran más que trazos de tinta en una página. Mi casa estaba a oscuras. Había salido a las diez de la mañana, hacía casi doce horas, y no se me había ocurrido dejar ninguna luz encendida. Iba a abrir la puerta cuando vi luz en la ventana de la cocina de Henry, un pequeño cuadro amarillo en la niebla. Guardé las llaves en el bolsillo y crucé el patio.

Me asomé por la puerta trasera. Estaba sentado ante la mesa llena de papeles: certificados médicos, cheques cancelados y recibos, todo ordenado en montones. Llevaba un raído albornoz de franela azul encima de un pijama de rayas azules y blancas, cuyos dobladillos caían sobre las gastadas zapatillas de piel. A sus pies estaban la papelera y el archivador de acordeón que utilizaba para clasificar los papeles de Klotilde. La bolsa marrón con facturas que le había dado Rosie estaba en una silla y aún parecía medio llena. Se pasó la mano por el pelo, dejándose mechadas que apuntaban en tres direcciones. Buscó el vaso de Jack Daniels, tomó un trago y frunció el entrecejo al darse cuenta de que el hielo se había derretido. Se levantó y fue al fregadero a tirar el licor aguado.

—Henry —llamé, dando unos golpecitos en el cristal. Levantó la vista, sin

inmutarse por la interrupción, y me indicó por señas que entrara. Giré el pomo y dije—: Está cerrada.

Me abrió. Mientras me quitaba el chubasquero y lo colgaba en el respaldo de la silla, abrió el frigorífico y sacó un puñado de cubitos, los echó en el vaso y se sirvió otra ración de whisky. Me llegó el olor de lo que había horneado por la tarde, algo con canela, extracto de almendras, mantequilla y levadura.

El desorden de la mesa aún tenía peor aspecto visto de cerca.

—Esto tiene buena pinta. ¿Cómo va? Casi me da miedo preguntar.

—Terrible. Realmente espantoso. Los códigos son un galimatías. No consigo averiguar quién debe qué ni qué está pagado. Los ordené por fechas, pero no encontré ningún sentido. Ahora los estoy clasificando por médicos, hospitales y servicios, y parece que de este modo estoy consiguiendo algo. No me entra en la cabeza que la gente pueda entender estas cosas. Es absurdo.

—Le dije que no lo hiciera.

—Lo sé, pero me comprometí a ayudarla y me gusta cumplir mi palabra.

—Vamos, no sea tan cobardica y devuélvale los malditos papeles.

—¿Y qué hará con ellos?

—Ya se le ocurrirá algo, o cargará el mochuelo a William. Klotilde era su cuñada. ¿Por qué tiene que pringarse usted?

—Me da lástima. Klotilde era su única hermana y se le tiene que hacer muy cuesta arriba.

—Ni siquiera quería a Klotilde. Casi no se hablaban y, cuando lo hacían, era para pelearse.

—No seas tan intransigente con Rosie. Tiene un gran corazón —replicó.

La había puesto como un trapo y ahora se sentía culpable por haberse quejado a sus espaldas. Comprendí que discutir con Henry sólo empeoraría las cosas y alcé al cielo los ojos para mis adentros.

—Lo dejo en paz por el momento, pero no pienso rendirme.

Se sentó a la mesa.

—¿Y a ti qué te pasa? Pareces agotada.

—Lo estoy.

Aparté de la silla un puñado de certificados médicos, pero no supe qué hacer con ellos. Henry se levantó de un salto.

—Trae, ya los pongo yo.

Me alargó el vaso de whisky y apartó los papeles de la mesa para hacer sitio. Recogió la bolsa marrón y la dejó en el suelo; luego me quitó los papeles de la mano y los puso en el suelo también.

—Gracias —dije, y tomé un trago de Jack Daniel's que me quemó por dentro como si de pronto tuviera acidez.

Noté que la tensión se me aflojaba y me di cuenta de lo cansada que estaba. La cabeza había empezado a latirme y retumbarme en sincronía con el pulso.

Devolví el vaso a Henry y me dejé caer en la silla recién despejada.

—¿Qué ocurre?

—Hemos encontrado el coche del doctor Purcell, con su cadáver, suponiendo que sea él. Todavía no me siento capaz de hablar del tema. Deme unos minutos para recuperarme.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No, pero si tuviera Tylenol, me tomaría cuarenta, y de los más potentes.

—Tengo algo mejor. Quédate donde estás.

—No se preocupe, soy incapaz de moverme. Enseguida se lo cuento todo, si no me muero antes.

Crucé los brazos sobre la mesa y apoyé la cabeza en ellos, relajando los hombros. Era la postura que adoptábamos en el parvulario para dar cabezadas y hoy es lo último en relajación personal. A los cinco años aprendí a quedarme profundamente dormida en cuanto mi cabeza tocaba los brazos. Me despertaba diez minutos después, con hormiguilla en la punta de los dedos por la falta de circulación y las mejillas caldeadas por los sueños.

Oí a Henry abrir la nevera y transportar recipientes al mostrador, y percibí el tintineo tranquilizador de tarros y cubiertos. Era como cuando guardamos cama y oímos los sonidos domésticos que salen de una habitación cercana. Debí de quedarme dormida un momento, experimentando el mismo apagón pasajero de la conciencia que hace que los conductores se salgan momentáneamente de la carretera. El sonido se fue y volvió, un breve chapuzón en el inconsciente.

—¿Qué hace? —murmuré sin levantar la cabeza.

—Prepararte un bocadillo. —Su voz parecía llegar de muy lejos—. Ternera asada con cebolla roja que he cortado en rodajas muy finas.

Apoyé la cabeza en la mano y vi que colocaba dos gruesas rebanadas de pan casero sobre el mostrador, una junto a la otra. Las cubrió generosamente de mahonesa, mostaza picante y rábano.

—Es una patada en el estómago, pero necesitas algo fuerte —dijo—. Te levantará el ánimo.

Cortó el bocadillo en dos triángulos y lo puso en una bandeja con un ramito de perejil; a un lado puso variantes, aceitunas y pimiento griego.

Me acercó la bandeja, volvió al frigorífico, abrió el congelador y sacó una jarra, tan fría que se formó una costra helada en cuanto el cristal tocó el aire. Abrió una botella de cerveza y la vertió con cuidado para que no levantara espuma. Recogió su vaso de whisky y se sentó enfrente.

Di un bocado al sándwich. El rábano picaba tanto que se me llenaron los ojos de lágrimas. El olor me entró por la nariz y me hizo estornudar.

—Mmmm. Qué rico. Es increíble lo bueno que está. Es usted un genio.

Utilicé de pañuelo la servilleta de papel. La ternera estaba deliciosa, su fría blandura se complementaba a la perfección con el calor, la sal y la acritud de los

condimentos. De vez en cuando tomaba un trago de cerveza fría, un chorro de cosquilleos y burbujas que sabían a lúpulo. La vida se redujo a sus cuatro elementos básicos: aire, comida, bebida y un buen amigo. Engullí el último bocado, me chupeteé los dedos manchados de mostaza y gemí con gratitud. Aspiré una larga y lenta bocanada de aire, y me di cuenta de que había desaparecido el dolor de cabeza.

—Mejor —dije.

—Sabía que te sentaría bien. Ahora cuéntame lo del médico.

Le hice a Henry un resumen de los sucesos que habían conducido a mi descubrimiento. Sabe cómo funciona mi cerebro y no tuve que darle todos los detalles. La intuición es ese salto que da la mente cuando fusiona dos elementos. Unas veces la relación se hace probando y equivocándose; otras, la pregunta latente se cruza con la observación y la respuesta salta a la vista.

—No vi tanto el coche como el rastro que dejó colina abajo.

—Así que este es el final del caso.

—Supongo que sí, aunque todavía no he hablado con Fiona.

—¿Y ahora qué?

—Lo habitual. El doctor Yee hará la autopsia por la mañana; dado el estado del cadáver, no sé qué averiguarán. El vehículo debía de llevar sumergido desde la noche en que desapareció. En cuanto se haga el informe, supongo que incinerarán los restos.

—Siento oír eso. Es una lástima.

—Es peor cuando los problemas quedan sin resolver. Al menos la familia lo sabe ya y puede proseguir su vida.

Seguimos hablando de aquella forma, analizando nuestras reacciones y especulando hasta que el tema no dio más de sí. Henry recogió la bandeja y la llevó al fregadero.

—Ya lo hago yo —dije.

—Quédate donde estás. —Abrió el grifo del agua caliente y empuñó un cepillo con detergente líquido en el mango. Enjabonó la bandeja, la aclaró y la puso en el escurrer platos—. Por cierto, he visto a un amigo tuyo esta noche.

—Ah, ¿sí? ¿A quién?

Metió la tabla de cortar en la pila y empezó a guardar los condimentos.

—A Tommy Hevener, en el local de Rosie. Te estaba buscando, claro, pero acabamos sosteniendo una larga charla. Parece un buen chico y está por tus huesos. Hizo un montón de preguntas sobre ti.

—Yo también tengo que formular un montón de preguntas sobre él. Es la parte de la jornada que todavía no le he contado.

Se detuvo con la mano en la puerta del frigorífico.

—No me gusta ese tono.

—Tampoco le va a gustar el resto —repliqué, y esperé a que volviera a la

mesa y se sentara.

—¿Qué? —preguntó con aprensión, como si no quisiera saber.

—Resulta que Tommy Hevener y su hermano contrataron a un golfo de Tejas para que entrara en la casa de los padres y se llevara los objetos valiosos, sobre todo joyas valoradas en casi un millón de dólares. El ladrón hizo lo que le habían dicho y luego prendió fuego a la casa para ocultar su rastro. Lo que los chicos no le dijeron es que mamá y papá estaban encerrados en el ropero, atados y amordazados. Murieron asfixiados por el humo mientras ardía la casa.

Henry parpadeó.

—No.

—Sí.

—No puede ser verdad.

—Lo es —insistí—. La investigadora del seguro, una mujer que se llama Mariah Talbot, ha pasado esta mañana por mi despacho y me ha enseñado los recortes de la *Hatchet Daily News Gazette* o como coño se llame. Los he dejado en el despacho, de lo contrario usted mismo podría verlos.

—Pero si es así, ¿por qué no están en la cárcel?

—Porque no había pruebas suficientes, y, como no se les acusó de manera oficial, los chicos acabaron cobrando el seguro de vida, el de incendios y la herencia. En total se quedaron con dos kilos. Su tía y la compañía de seguros están preparando una demanda civil para recuperar lo que quede.

—¿Y cómo saben que no fue el ladrón el único responsable? Puede que sorprendiera a los padres; pensaría que estaban fuera cuando entró en la casa. Quizá fue él quien los ató y los amordazó.

—Por desgracia, nadie ha visto al ladrón desde entonces. Se especula sobre si también lo mataron.

—Pero no pueden estar seguros —dijo.

—Por eso han reabierto el caso. Hace poco apareció un confidente, y Seguros El Guardián quiere seguir adelante basándose en esta nueva información.

—No me lo puedo creer.

—Yo reaccioné igual hasta que vi los artículos. Quiero decir que ahí es donde la cosa encaja. La primera vez que vi a Tommy me dijo que sus padres habían muerto en un accidente. No quería que yo se lo mencionara a Richard porque decía que todavía estaba muy afectado. «Vaya, pobres chicos», pensé. Y allí me tenía usted, pensando en mis padres y compadeciéndome de los muchachos. De verdad, me revienta pensar en lo fácil que le ha resultado engañarme. Cuánta mentira. Según el periódico, incluso ofrecieron una recompensa sustanciosa, cien mil dólares, por «cualquier información que conduzca a la detención y condena del asesino o asesinos de Jared y Brenda Hevener». ¿Por qué no ofrecer millones? Sólo tendrían que pagar si uno de los dos acusara al otro.

—¿Cómo puedes andar en tratos con ellos?

—A eso voy. He firmado un contrato de arrendamiento por un año y he pagado seis meses por adelantado, además del depósito. No puedo olvidarme de ese pequeño detalle y no sé cómo salir de esto. Me dan ganas de renunciar al dinero, pero me cabrea.

—Deja que Lonnie lleve el caso. Él sabrá qué hacer.

—Buena idea —dije—. Pero no termina aquí la cosa.

—Ah, ¿no?

—Mariah cree que las joyas están en alguna parte de la ostentosa casa que han comprado. Quiere que yo localice la caja de seguridad para que la policía consiga una orden de registro. Dice que los haberes de los Hevener están tocando fondo. Han vivido a todo tren y ahora están al borde de la ruina. Mariah espera que intenten vender al menos una parte de las joyas. Como en su día presentaron una reclamación y desde entonces han negado tener algún conocimiento sobre su paradero, las cosas se les pondrían mal. Si consigues que se les vaya la mano, la policía aparecerá con una orden de detención.

—¿Y por qué se iban a arriesgar a venderlas? No son tontos.

—Hasta ahora no, pero empiezan a impacientarse.

—¿Y cómo va a convencerlos esa mujer? No me entra en la cabeza.

—No los convencerá ella. Quiere que sea yo quien lo haga. —Saqué un papel del bolso—. Me dio el nombre de un perista de Los Angeles y me pidió que le pasara la información.

Henry cogió el trozo de papel en el que estaba escrito el nombre del joyero.

—¿Cyril Lambrou es prestamista?

—Joyerero. Dice que su establecimiento es legal, pero también trata con objetos robados cuando la mercancía lo merece. En este caso no hay por qué preocuparse. Mariah me enseñó las fotos: anillos, brazaletes, collares. Fabulosos. Realmente de ensueño.

—¿Y por qué no les da la información ella?

—Porque la conocen y no se lo tragarian.

—¿Y por qué tú?

El tono de Henry era beligerante, y sentí que me ardía la cara.

—Porque le gusto a Tommy.

—¿Y qué?

—Mariah es astuta. Me ha investigado y sabe que a veces me salto las normas.

—¿No estás hablando de incitación al delito?

—¿Por qué iba a ser incitación? Yo sólo hablaré de un tipo que compra joyas. Si son inocentes, no tendrán nada que vender. Incitación es cuando los polis empujan a alguien a saltarse la ley, y yo no voy a animarlos a robar. Eso ya lo han hecho.

—Pero olerán la trampa. Tú les hablas de un joyero, ellos le venden el material y al poco tiempo los detienen y los meten en la cárcel. No puedes estar hablando en serio.

—Entonces será demasiado tarde. Ya estarán entre rejas.

—Supón que les conceden la libertad bajo fianza. En cuanto estuvieran en la calle, vendrían a por ti.

—Vamos, Henry, confie en mí. No voy a aparecer diciendo: «Eh, muchachos, ¿tenéis joyas robadas para vendérselas a este tipo?». Me inventaré un cuento, algo convincente.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. Todavía no tengo clara esa parte.

Exasperado, se recostó en la silla y me miró.

—¿Cuántas veces hemos tenido ya esta conversación? Apareces con un plan estúpido, y te digo que no lo lleses a cabo, pero tú sigues adelante y lo llevas a cabo. Siempre encuentras la manera de justificar tu conducta.

—Es lo que hacen todos.

—Pues peor para ellos —replicó—. Te diré esto una vez y juro que no volveré a decírtelo. No lo hagas. No te metas. No es asunto tuyo.

—No he dicho que vaya a hacerlo.

—¿Cómo vas a encontrar la caja fuerte? Tendrás que entrar en la casa.

—Tommy ya me ha llevado allí una vez. Lo único que tengo que hacer es convencerlo de que vuelva a llevarme.

—Y te llevará, pero con la esperanza de aprovecharse de ti.

—Ya me las arreglaré.

—¿Y por qué correr el riesgo? No creo que debas quedarte a solas con ninguno de los dos.

—No es por tomármelo a la ligera, pero he hecho cosas mucho peores por motivos mucho más débiles.

—Y que lo digas.

—Henry, le prometo que no obraré precipitadamente. Ni siquiera he ensayado lo que voy a decir..., y a sabe, suponiendo que acepte el trabajo.

—¿Y por qué tienes que hacerlo? Seguro que no necesitas el dinero.

—El dinero no tiene nada que ver en esto. Es que no creo que los asesinatos deban quedar impunes.

—No es asunto tuyo. Si la policía hubiera tenido pruebas suficientes, los Hevener habrían sido detenidos y condenados entonces. No había pruebas. Así funciona la ley. Mantente al margen. Por favor.

—¿Sabe una cosa? Me inclino a hacer esto por la misma razón por la que usted se siente inclinado a ayudar a Rosie. Porque no puede evitarlo. Y ahí está el problema. ¿Quiere que no me meta en esto? No se meta usted en los asuntos de Rosie y lo llamaremos empate.

—Ayudar a una señora mayor a pagar las facturas médicas de su hermana no es ni ilegal ni peligroso.

Tenia razón, pero me negué a admitirlo.

—Olvídelo. Basta. Dejemos de discutir. Ocúpese de su vida y yo me ocuparé de la mía.

—Es verdad. No es asunto mío. Haz lo que te dé la gana.

—No se haga el ofendido. No es eso. Creo que se preocupa demasiado.

—¡Y tú no te preocupas lo suficiente!

Eran las once cuando salí de casa de Henry y me fui a la mía. Habíamos hecho un pequeño esfuerzo por limar asperezas, pero no habíamos resuelto nada. Estaba nerviosa y me sentía mal, y supongo que a él le pasaba lo mismo. Entré y dejé el bolso. Encendí el televisor y puse el canal KEST. Ya habían dado los titulares, pero pillé la noticia en pleno desarrollo: «... el Mercedes-Benz recuperado esta tarde en el lago Brunswick ha sido identificado como el vehículo del eminente médico local Dowan Purcell, desaparecido desde el 12 de septiembre. El inspector Paglia, del Departamento de Policía de Santa Teresa, no quiso confirmar...». Para ilustrar la información pasaban imágenes rápidas: la ladera de la colina que daba al pantano, Crystal llegando en coche, el doctor Purcell, la casa de los Purcell en Horton Ravine. A continuación contaron la historia de un gato atrapado en una cañería. Nueve semanas y media de sufrimiento reducidas a un minuto escaso. Seguro que el gato despertaba más compasión.

Llamaron a la puerta. Supuse que sería Henry, para pedirme disculpas, pero vi a Tommy Hevener en el porche.

—Hola. ¿Dónde has estado? Te he llamado antes, pero tenías el contestador puesto. Pensé que te vería en el local de Rosie.

—Henry me ha dicho que te vio.

—Sí. Tuvimos una charla agradable. Es un viejo estupendo.

—Mira, he tenido un día muy duro. Ha ocurrido algo en el caso en el que estoy trabajando.

—¿Quieres hablar del tema? Me gusta escuchar.

—Mejor no. Gracias por el ofrecimiento, pero estoy muerta y quiero dormir.

—Te entiendo. No hay problema. Llámame mañana. Quiero volver a verte.

—Muy bien, te llamaré.

—Cuidate.

—Sí, tú también —dije.

Nada más cerrar la puerta, el corazón se me subió a la garganta. Eché el pestillo y me apoyé en la pared hasta que oí que se alejaba. Un coche se puso en marcha y escuché hasta que el ruido del motor desapareció en la lejanía.

No sé cómo me las arreglé para dormir aquella noche. No tenía ningún

vínculo sentimental con Dow Purcell, pero ver aquel cadáver en el asiento delantero me había afectado mucho. Había visto la muerte varias veces, pero no podía alejar de mí la imagen de aquel plateado ataúd de cuatro ruedas, con su espantoso contenido. Revivía el momento, los focos humeando bajo la lluvia, el gorgoteo del agua escurriéndose por la parte inferior del coche, el olor a barro y a hierba aplastada, la vivida aparición del cadáver en amorfo reposo, con los ojos vueltos hacia la ventanilla y la boca abierta en un rictus de estupefacción. No tardarían en identificar el cadáver; medio día a lo sumo. Tardarían más en examinar el coche y en elaborar una teoría que explicase cómo había terminado en el pantano. Quedaba por saber si Purcell estaba vivo o muerto cuando cayó al agua. Vi su rostro de nuevo, la amplia sonrisa, los ojos invidentes...

Hice un esfuerzo por pensar en otra cosa y me concentré en el problema de Tommy y Richard Hevener. A pesar de mi obstinada postura, había comprendido el punto de vista de Henry y sabía que era correcto. Siempre me meto donde no me llaman, a menudo con consecuencias más serias, y potencialmente peligrosas, de lo que estoy dispuesta a admitir. No tenía ninguna obligación de ayudar a Mariah Talbot ni a Seguros El Guardián; ¿por qué correr entonces a la línea de fuego? Los hermanos no eran mi problema. Mariah había insinuado que tenían un plan alternativo, por si me negaba a colaborar. De todos modos, tenía que encontrar la manera de anular el arrendamiento y recuperar el depósito; Lonnie podría escribirles una carta con mucha dinamita, para que ellos mismos me suplicaran que me fuese. En cuanto al asesinato de sus padres, tenía que creer que la ley acabaría atrapándolos. Por mucho que me doliera admitirlo, castigarlos no era cosa mía. Ay, Señor.

La mayor parte del miércoles estuve ocupada poniendo orden en mi vida. A las seis de la mañana había corrido mis cinco kilómetros bajo las nubes, y después había ido al gimnasio. Había vuelto a casa, me había duchado y había tomado el desayuno, y había llegado a la oficina a las nueve y cuarto. Pasé buena parte de la jornada repasando las facturas pendientes, que pagué con la habitual sensación de triunfo. Me encanta tener a raya a los lobos.

Me senté dos veces ante la máquina de escribir para dar forma al último informe sobre el caso Purcell, con la intención de enviárselo a Fiona por correo. Sin embargo, como ya la había informado y le había presentado una factura el día anterior, andaba escasa de recursos tanto retóricos como monetarios. No me parecía de buen gusto cobrar el tiempo que había pasado esperando a que los polis sacaran a Dow del lago. Teniendo en cuenta que había entregado 1500 dólares a los infames hermanos Hevener, los 1075 que debía a Fiona tendrían que salir de mi cuenta corriente, cuyo último saldo ascendía a 422 dólares. Tenía mucho dinero en una cuenta de ahorro, pero no ganas de tocarlo. Además, acariciaba la fantasía de que Fiona no quisiera el dinero en señal de gratitud por la rapidez y eficiencia con que había concluido el caso. Me había contratado para buscar a Dow y lo había encontrado antes de lo que nadie se figuraba, aunque no en las condiciones que habrían sido de desear. Lo menos que esperaba era una felicitación de 1075 dólares. Ja, ja, ja, rio la pobre inocente.

Pensé en llamar a Crystal para darle el pésame, pero no me atreví. No era amiga de la familia y temía que mis razones se interpretaran como curiosidad morbosa, que, por supuesto, es lo que era en realidad.

Después del almuerzo repasé el expediente que me había dejado Mariah Talbot. Leí los dos testamentos y, entre la jerga legal, conseguí entender que las joyas de los Atcheson se habían legado a Karen, la hermana de Brenda y tía de los dos hermanitos. Después releí los recortes de prensa. Hatchet, Tejas, estaba a unos cien kilómetros de Houston y tenía dos mil ochocientos vecinos. En toda la historia de la ciudad sólo había habido otro asesinato, en 1906, cuando una mujer fue a la chimenea, empuñó un tronco de leña y descalabró a su marido mientras dormía, asestándole seis golpes en la cabeza. El marido había vuelto a emborracharse aquel día, le había saltado los dientes, amaratado los ojos y roto

la nariz. Para celebrar la muerte del cónyuge, echó el tronco al fuego y se preparó un té.

La muerte de Jared y Brenda Hevener salió hasta en la prensa de Amarillo, donde había nacido y se había criado Brenda. Según el periódico, los cadáveres se descubrieron entre los escombros al día siguiente del incendio. La conflagración, precipitada por deflagradores y por el viento, había sido rápida y violenta. Llamaron a los bomberos a la una y seis minutos de la madrugada, y en cosa de diecisiete minutos estaban allí. La casa ardía ya por los cuatro costados y sus esfuerzos se concentraron en impedir que el fuego se propagara a las propiedades contiguas. Los vecinos no tardaron en advertir que no aparecían los Hevener. Al principio se temió que los cuatro miembros de la familia hubieran quedado atrapados y periculado entre las llamas. Luego se supo que Tommy Hevener había ido a San Antonio a visitar a unos amigos, y él se las arregló para localizar a su hermano, que estaba viajando por el sur de Francia.

Los primeros artículos que dedicó la prensa al acontecimiento reflejaban conmoción por las defunciones y solidaridad con los hijos, cuya desolación, al decir de todos, tenía que ser terrible. Había multitud de datos biográficos sobre Brenda y Jared: los servicios que había prestado Brenda a la comunidad, el éxito de Jared en los negocios. Asistió muchísima gente al entierro; las fotos de prensa mostraban una comitiva de varias manzanas de longitud. También había fotos de los dos ataúdes rodeados de flores en el cementerio, y de Richard con la cabeza gacha y Tommy mirando la tumba con cara de desesperación. A Mariah no le había engañado la interpretación de los hermanos, pero pude comprobar que sus expresiones de dolor podían pasar por sinceras con mucha facilidad.

Al cabo de unos días se identificaron el temporizador y los deflagradores, y por aquí dieron con Casey Stonehart, de veintitrés años y escasas luces, ya que había comprado los materiales en un pueblo que estaba sólo a veinticinco kilómetros del suyo. Con su historial delictivo y su cuestionable coeficiente intelectual, no costó deducir que había actuado en colaboración con alguien más; sin duda le faltaba inteligencia para planear y ejecutar el trabajo él solo. Durante los seis meses que siguieron, el tono de la historia fue cambiando conforme crecía el escepticismo público, y la investigación en curso contempló la posibilidad de que los dos hijos estuvieran implicados. Estos lo desmintieron con dignidad ofendida y elevaron enérgicas protestas de inocencia. La policía y la oficina de prevención de incendios replicaron con una serie de declaraciones formuladas con mucha cautela para evitar demandas si sus sospechas resultaban infundadas. La polémica duró varias semanas y se olvidó. De vez en cuando trataba de actualizarse la información, pero casi siempre eran interminables refritos de la versión primitiva. Fuera de las ocasionales preguntas sobre su paradero, Casey Stonehart recibió muy poca cobertura.

Leyendo entre líneas, se notaba que la tensión administrativa empezaba a

acumularse. El fiscal del distrito fue acusado de torpeza; la presión resultó excesiva y al final se vio obligado a dimitir. A pesar de que se inició otra investigación, más minuciosa que la anterior, no se encontraron más indicios. Casey Stonehart fue acusado oficialmente en rebeldía, pero Richard y Tommy Hevener se las apañaron para quedar libres de culpa. Dos pequeños recortes del año siguiente hablaban de la denuncia que habían puesto contra Seguros El Guardián para obtener una serie de compensaciones. Seis meses después se comentaba por encima la autenticación del testamento y el reparto del legado. Qué deprimente cadena de sucesos. Repasé otra vez los artículos para asegurarme de que no se me había escapado nada.

La historia me dejó intranquila. Ya sentía a la Vengadora Enmascarada que llevo dentro apretándose los machos, preparándose para defender la justicia y deshacer entuertos de antaño. Por otra parte, las recriminaciones de Henry me habían tocado peligrosamente lo más íntimo.

Admito que (de vez en cuando) soy imprudente e impetuosa, que el sistema me viene estrecho y que me irrita la obligación de cumplir las normas. No es que esté en contra de la ley y el orden, porque no lo estoy; es que me indigna que los malos tengan tantos derechos y sus víctimas tan pocos. Llevar a los sinvergüenzas ante los tribunales no sólo cuesta una fortuna, sino que no ofrece ninguna garantía de solución. Aun dando por sentado el éxito, una condena no devuelve la vida a los muertos. En este tema, aunque detestaba doblegarme al sentido práctico, estaba de acuerdo con Henry. Por una vez trataría de pensar sólo en mis asuntos.

Salí del despacho poco antes de las tres y fui al banco andando. Por suerte, no se había hecho efectivo aún el cheque que había extendido a nombre de Propiedades Hevener. Puede que Richard esperase a recibir todos los cheques de sus inquilinos para ingresarlos todos juntos un día concreto del mes y no de uno en uno. Di orden de que no lo pagaran, volví al despacho y escribí a Richard una breve nota de disculpa, alegando que mis circunstancias habían cambiado y que no iba a quedarme con el local. Como había firmado el contrato, cabía la posibilidad de que me demandase, pero seguramente no lo haría. Dada su situación, preferiría evitar las batallas legales. A las cinco y media cerré el despacho. Al salir pasé por Correos y eché la carta en el buzón de la calle. Llegué a casa doce minutos después, sintiéndome más ligera que nunca.

Antes de entrar, me acerqué a casa de Henry. Quería decirle que le había hecho caso; me negaba a involucrarme, y suyo era todo el mérito de este insólito rasgo de sentido común por mi parte. Tenía la luz de la cocina encendida. Golpeé el cristal, esperando verlo aparecer por el pasillo. No había el menor rastro de él, ni se oía el piano ni había señales de actividad. Percibí el seductor olorcillo de sus platos al horno, así que no debía de estar muy lejos.

Volví a casa. Encendí la lámpara del escritorio y dejé el bolso en un taburete de la cocina. Recogí del suelo el correo que habían echado por la ranura del

buzón. Todo era propaganda, así que lo tiré a la basura. La luz del contestador automático parpadeaba alegremente. Lo puse en marcha.

Tommy Hevener.

«Hola, soy yo. He estado pensando en ti. Quizá te encuentre más tarde. Llámame cuando llegues» .

Borré el mensaje, deseando poder hacer lo mismo con él.

Fui a la cocina. La lata de tomate del sábado era la última que tenía, así que sabía ya que en la casa no quedaba comida. Miré los armarios de la cocina y el frigorífico. Nunca he visto una receta que pueda prepararse con dos sobres de salsa de soja, medio vaso de aceite de oliva, Cheerios, pasta de anchoas, concentrado de manzana y seis zanahorias que habían criado unas cosas que parecían pelos. Una buena administradora del hogar habría preparado un plato muy nutritivo con tales ingredientes, pero confieso que yo no sabía qué hacer. Eché mano al bolso y fui hacia la puerta. Cena en el local de Rosie..., todo un agradable cambio de costumbres.

El aire nocturno estaba blanqueado por la neblina y olía a sótano. Hacía seis días que llovía de forma intermitente. La novedad ya no era tal, y los que se habían alegrado en su momento maldecían ahora aquel diluvio. La tierra estaba saturada y el caudal de los riachuelos había crecido, arrastrando escombros y desperdicios a su paso. Si no venían unos cuantos días secos, los caudales se saldrían de madre y la escorrentía inundaría las zonas más bajas. Ya había carreteras comarcales llenas de barro y piedras, y con charcos de dimensiones crecientes que ponían en peligro el tráfico.

Con el continuo flujo de actividad que había en el local de Rosie, la barra estaba abarrotada. Los clientes de la *Happy Hour* se irían a las siete de la tarde, en cuanto los precios volvieran a subir. El nivel sonoro había alcanzado una cota altísima que parecía reflejar el creciente nivel de la irritabilidad. La gente estaba harta de impermeables y zapatos mojados, y de las esporas de moho que disparaban las alergias con sus estornudos y sus narices congestionadas.

Dejé el paraguas apoyado en la pared, al lado de la puerta, me quité el chubasquero y lo sacudí antes de colgarlo. Aunque no sirvió de nada, me limpié los pies en el felpudo, por educación. Cuando crucé la puerta interior, vi a Tommy Hevener sentado solo en una mesa cercana. Sentí un brote de ira ante aquella persecución. ¿Cómo iba a echarlo de mi vida? Estaba tomándose un dry martini y tenía el borde de la copa en los labios cuando me vio. Me detuve un momento, una décima de segundo de indecisión, porque entonces descubrí a Mariah Talbot, sentada en un reservado del fondo. La adrenalina me corrió por las venas como un tren de alta velocidad. Llevaba el delator cabello plateado oculto bajo una peluca negra, las gafas de plástico y la bisutería le protegían los ojos azules, y la gabardina la hacía parecer más gruesa. Quien, más allá de la fachada, no reparase en sus elegantes pómulos, sólo vería una mujer anticuada y

sosa en quien no se fijaría nadie entre tanta gente. Era imposible que Tommy reparase en ella; pero, como había hecho yo, podía reconocerla si miraba hacia donde estaba. Era muy difícil camuflar unos rasgos tan clásicos como los de Mariah. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, cambió de asiento en el reservado, quedando de espaldas a nosotros. Esperaba que no se me hubiera notado en la cara la impresión que me había llevado, aunque no sabía cómo me las arreglaría para disimular la estupefacción. Miré a Tommy. Tenía una expresión interrogante, como si hubiera intuido mi sorpresa. Se volvió sin dejar la silla y miró hacia el final de la barra. De pronto me adelanté y me senté a su mesa. Le toqué la mano.

—Perdona por haber sido tan cabrona anoche.

Volvió la cabeza para mirarme y me sonrió.

—No te preocupes. Fue culpa mía.

El leve acento tejano que un par de días antes me había resultado tan atractivo ahora me parecía un amaneramiento. Llevaba un jersey gris de cachemir que realzaba el color de sus cabellos y el verde de sus ojos. Me miraba fijamente, encerrando mi mano en la suya. Me levantó los dedos y me besó la palma. Quise echarme a temblar, no de excitación, sino de miedo. Lo que antes había sido seductor ahora se me antojaba de un exhibicionismo barato. Sabía que era guapo y se hacía el pueblerino vergonzoso para aumentar su atractivo. Pero yo sabía demasiado de él, y su poder erótico me parecía pura manipulación. En un arranque recapitulado comprendí que desde que nos habíamos conocido había jugado a dominar, desde el preciso instante en que había declinado el ofrecimiento de la cerveza. Él mismo había propuesto en su lugar una Pepsi *light* y la había abierto antes de que tuviera tiempo de negarme. Yo había seguido la política de resistencia mínima y él había tomado la delantera. Después, las transiciones habían sido imperceptibles; las había ensayado bien. Se había ganado mi simpatía hablándome de la muerte de sus padres y luego había comentado que las mujeres de California eran engreídas. Sin darme cuenta, me había dedicado a demostrarle que estaba equivocado. Su movimiento final fue muy hábil: «¿Y tú qué prefieres? ¿Los mucho más jóvenes que tú o los mucho más viejos?». No podía creer que me hubiera dejado engatusar hasta tal punto.

Por el rabillo del ojo vi que Mariah salía del reservado para ir al lavabo de señoras. Apoyé la mejilla en la mano.

—¿Estás libre para cenar? Podríamos volver al Emile o probar en algún otro sitio.

—Invítame antes a tomar algo y lo hablaremos.

Señalé su copa.

—¿Qué estás tomando?

—Un dry martini.

Empinó el codo y dejó que la aceituna verde le cayera en la lengua.

Le quité la copa de entre los dedos y me levanté.

—Enseguida vuelvo.

Al pasar junto a él estiró el brazo para detenerme. Lo miré a la cara. Olí su loción para el afeitado. Sentí su mano, caliente y dominadora, en el mismísimo culo. Me libré del abrazo y me incliné sobre él, diciéndole con desenfado:

—No seas malo.

—Soy malo —replicó en voz baja, seguro de sí mismo—. Creía que eso era lo que te gustaba de mí.

—Yo no sería tan confiada —dije.

Me acerqué a la parte de la barra donde estaba William sirviendo cervezas y preparando combinados. Pedí dos martinis con vodka y cambiamos comentarios sin importancia mientras echaba un chorro de vodka en una coctelera plateada y añadía una pizca de vermut. Puso dos copas heladas en la barra.

—¿Querría hacerme un favor? Cuando los haya preparado, ¿tendría la amabilidad de llevárselos al joven del jersey gris? Dígale que estoy en el lavabo y que volveré enseguida. Que empiece a beber si quiere; yo ya me tomaré el mío cuando vuelva.

—Será un placer ayudarte —dijo William.

Puso dos posavasos en una bandeja, luego las copas, y salió de detrás de la barra.

Me dirigí al lavabo de señoras y crucé la puerta. Olía a lejía y sólo tenía un escusado. Sabía por triste experiencia que el asiento de madera de la taza estaba agrietado y se clavaba en los muslos. Mariah estaba ante el espejo ajustándose la peluca. Aparte de la pila y el váter, allí no había más que un cubo grande para la basura y un ventanuco con rejas que daba a un estrecho patio. Vi que debajo del impermeable llevaba un jersey grueso de punto y unos pantalones azules con relleno en la cintura. Los Birkenstock y los calcetines blancos eran un buen detalle. Muy chic.

—¿Qué te parece? —dijo.

—Es un disfraz pésimo. Sólo te he visto una vez en mi vida y te he reconocido nada más entrar.

Sacó una horquilla del bolso y se cardó los mechones superiores para hincharlos.

—Mierda. Me ha costado una fortuna y ni siquiera es pelo de verdad.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Sabes lo cerca que has estado de cagarla?

—A mí me lo vas a decir. Yo y mis grandes ideas —dijo—. Traté de llamarte pero siempre me salía el contestador automático. No quise dejar un mensaje; no es bueno. Nunca sabes quién estará escuchando cuando lo pongan en marcha y no quería correr el riesgo de que Tommy oyera mi voz. Pensé que sería más fácil encontrarte aquí. Vine creyendo que no había peligro y lo vi allí sentado. Casi me da un ataque al corazón.

—Habríamos sido dos. ¿Cómo es que no te vio?

—No preguntes. Fue suerte, supongo. Estaba bregando con el impermeable, así que fingí haber visto a un amigo y me dirigí a un reservado del fondo. Estuve sentada quince minutos, planeando escapar por la cocina. Entonces levanté la cabeza y te vi. ¿Tienes posibilidades de llevártelo?

—Estoy haciendo lo que puedo, pero no me gusta. Anoche pasó por mi casa y me las arreglé para librarme de él, pero es muy insistente. Había decidido enviarlo a paseo y ahora tendré que dar marcha atrás y camelármelo otra vez para cubrirte.

—La vida es dura. —Se arregló unos mechones de la peluca y sonrió—. Tengo una buena noticia. Todas sus tarjetas de crédito están al límite. Tienen entre seis y ocho tarjetas por barba, y el dieciocho por ciento de interés en el debe. Abonan los gastos imprescindibles, lo justo para mantenerse a flote. Relojes de lujo, coches de lujo. La hipoteca asciende a cincuenta de los grandes, por esa monstruosidad que llaman casa. Se han pillado los huevos con unas tenazas y empiezan a sentir el apretón.

—¿Están arruinados completamente?

—Lo estarán si no hacen algo pronto.

Su mirada coincidió con la mía en el espejo. Con aquella ropa y la peluca, parecía una mujer de baja estofa y no la fría profesional que había estado en mi despacho enseñándome sus credenciales. Quizá fuera más camaleónica de lo que había imaginado en un principio.

—Supongo que no has tenido tiempo de decirle a Tommy lo del perista —añadió.

—No voy a hacerlo. Lo siento, pero no te puedo ayudar.

—No te preocupes. —Guardó la horquilla y se volvió para apoyarse en la pila y mirarse en el espejo—. Atraparé a esos mamones con o sin tu ayuda.

—¿Por qué te lo tomas como algo personal?

—El asesinato siempre es algo personal. Me ofende ver que tipos como esos quedan sin castigo. Además, El Guardián me ha prometido una buena gratificación si resuelvo el caso. —Sus ojos eran azul claro, y muy fríos. Señaló la puerta—. Será mejor que te vayas. El Príncipe Azul te espera.

Salí del lavabo y volví a la barahúnda de propulsión alcohólica. El local estaba lleno de humo. Tenía la impresión de haber pasado una hora fuera, pero al mirar el reloj vi que no habían transcurrido ni diez minutos. Me abrí paso entre la multitud y volví a la mesa de Tommy. Henry estaba con él, tomándose el habitual vaso de Jack Daniels con hielo. Tenía los codos apoyados en un sobre marrón, tal vez porque había planeado trabajar un poco más tarde. Sentí renacer la esperanza; su presencia me ahorraría al menos las muestras de intimidad.

Me senté.

—Hola, Henry. Llamé a su puerta hace un rato, pero no lo vi por allí —dije,

con jovialidad exagerada que no pude reprimir.

—Estaba de compras. Necesitaba perejil para el estofado.

—Los estofados de Henry son legendarios —comenté, dirigiéndome a Tommy pero sin mirarlo a los ojos. Tomé un trago de martini y establecí el temblequeante líquido mientras dejaba la copa. Se me habían derramado unas gotas en la mano y las lamí con la lengua.

Henry me miró y nuestras miradas se cruzaron un instante. Sabía en qué estaba pensando. Se sentía mi protector. No tenía intención de dejarme confraternizar con el enemigo sin la debida compañía. Se quedó mirando pensativamente su bebida y me dijo:

—A propósito, he estado mirando ese asunto del que me hablaste.

—Ah.

¿Asunto? ¿De qué asunto hablaba?

—El tipo con el que tienes que hablar es Cyril Lambrou, edificio Klinger, Spring Street, en pleno centro de Los Ángeles. La mujer con la que hablé le vendió unas joyas antiguas de su madre. Casi nunca se las ponía y estaba cansada de pagar las elevadísimas cuotas del seguro.

El alma se me salió del cuerpo. No podía creer que lo estuviera haciendo. Yo me había negado a seguir los planes de Mariah y allí estaba él, poniendo el cebo. Henry se había puesto a fabular por voluntad propia, y lo había hecho por mí. Sabía por qué. Si el nombre del joyero salía de su boca, no podrían culparme a mí después, cuando se estropearan los planes. Henry y Tommy habían sostenido ya más de una charla. Tommy confiaría en él. Todo el mundo confiaba en Henry, porque decía la verdad y porque era recto como una flecha.

—Lo entiendo perfectamente —dije—. Yo pago una fortuna por el seguro, y es un dinero que me vendría muy bien.

Mi voz parecía hueca. Me solté de la mano de Tommy para recuperar la copa y tomar otro sorbo de martini, pero me di cuenta de que temblaba demasiado para llevármela a los labios. Escondí los dedos bajo el muslo. Su frialdad me traspasó los tejanos.

Henry prosiguió, tan zalameramente como un timador ante una víctima fácil.

—Llamé al individuo y le describí el diamante. No quería comprometerse por teléfono, pero pareció interesado. Ya sé que no quieres deshacerte del anillo, pero tienes que ser realista; nunca conseguirás su valor real, y ese sujeto parece más generoso que muchos. Creo que iría a parar a su colección privada, así que quizá valga la pena probar.

Traté de reconstruir por sus comentarios el cuento que se había inventado. Yo tenía un carísimo anillo de diamantes de mi madre y quería venderlo para conseguir dinero en efectivo. Al parecer, le había consultado y él había preguntado por ahí. Hasta aquí bien, pero el intríngulis de una buena mentira es no insistir. En el caso presente debíamos decir un par de cosas más y cambiar de

tema. Si estiras demasiado una mentira, acaba por rebotarte en la cara.

Tenía la boca seca.

—¿Cuánto? —carraspeé, y lo volví a intentar—: ¿Cuánto? ¿Le dio alguna pista?

—Entre ocho y diez mil. Dice que depende de la piedra y de los posibles interesados, pero juró que sería justo.

—El anillo vale cinco veces más —repliqué indignada, porque el anillo de marras tenía un valor sentimental, a pesar de ser imaginario; dadas las circunstancias, entre ocho y diez mil era una miseria.

Henry se encogió de hombros.

—Pregunta en otros sitios. Hay más joyeros en el edificio, pero, como él dice, más vale malo conocido que bueno por conocer.

—Quizá. Ya veremos.

La expresión de Tommy no había cambiado. Parecía escuchar con educación, ni más ni menos interesado de lo que estaría cualquier otro joven.

Sentí un escalofrío en la columna.

—¿Qué hay en el sobre? —pregunté, señalándolo.

—Ah, sí. Me alegro de que me lo recuerdes. Es un regalo para ti.

Me dio el sobre, mirándome con expectación mientras yo quitaba el clavo de punta abierta y lo abría. Dentro, limpiamente ordenadas con sujetapapeles, había un puñado de facturas, presumiblemente de Klotilde.

—Muy bien, me rindo. ¿Qué es?

—Míralo tú misma. Abre uno.

Quité el sujetapapeles y miré la primera factura, que parecía una lista detallada de precios, casi todos de medicamentos:

Cepillo pelo	1,00 dó
--------------	---------

Tiritas 3 m 1/4 x 3	1,22
	dólares

Tiritas 3 m 1/4 x 3	1,22
	dólares

Gasas 23 x 36	3,35 dólares
Jeringuilla desechable	0,14 dólares
Jeringuilla desechable	0,14 dólares
Jeringuilla desechable	0,14 dólares
Catéter multiuso Davol	1,59 dólares
Loción infantil	1,62 dólares
Bandeja de irrigación Bard	2,69 dólares
Vasos dentadura postiza	0,14 dólares

Había alrededor de treinta artículos. El total ascendía a 99 dólares con 10 centavos. Ninguno de los precios me parecía fuera de lugar. Miré el siguiente documento, una lista de ejercicios y sesiones fisioterapéuticos de ciento treinta minutos en total durante los últimos días de julio. En la casilla de cada día figuraban las iniciales «PG», el fisioterapeuta que daba el tratamiento.

Miré a Henry con desconcierto.

—Todo el lote es suyo —dijo—. Las encontré esta mañana y pensé que podría interesarte. Echa otro vistazo.

Miré la siguiente factura. Era por un aparato radiológico portátil, por el transporte del aparato y por dos radiografías, una de la muñeca y otra de la mano. El total ascendía a ciento ocho dólares y cincuenta centavos. Miré el membrete y volví a las dos facturas anteriores. Las tres eran de Pacific Meadows.

—No sabía que hubiera estado en Pacific Meadows.

—Ni tú ni nadie. Se lo he enseñado a Rosie y me ha dicho que Klotilde ingresó allí en primavera. Pacific Meadows fue uno de los diversos lugares donde fue tratada los últimos años. No sé si prestaste atención, pero estuvo hospitalizada por no sé qué, una caída, una neumonía, o aquella estafilococia que pilló. Con Medicare sólo tenía derecho a un número determinado de días, creo que a cien por enfermedad; pero era tan maniática y refunfuñona que se negaron a admitirla en un par de sitios. Dijeron que no tenían habitaciones libres. ¿Me sigues?

—Hasta ahora, sí.

—Comprueba la fecha en que le prestaron los servicios.

—Julio y agosto.

Henry adelantó la cabeza.

—Murió en abril. Llevaba muerta varios meses por entonces.

Estuve unos instantes asimilando la información. Era la primera prueba de fraude que veía. Pero ¿cómo lo habían hecho? Klotilde debió de morir mientras se llevaba a cabo la auditoría en Pacific Meadows. Según Merry, habían querido revisar muchas gráficas y cuentas. Puede que las de Klotilde no figurasen entre ellas. Traté de recordar los pasos que se daban para notificar los fallecimientos a la Seguridad Social. Por lo que recordaba, el depósito extendía el certificado de defunción y lo enviaba a la oficina local de estadística sanitaria, que a su vez remitía el original al registro civil del condado. Acto seguido, la partida de defunción se enviaba a Sacramento, capital de California, donde se procedía a archivarla y a pasar la información a la Seguridad Social.

—Henry, esto es estupendo. ¿Habrá alguna manera de comprobarlo?

Estaba sopesando la posibilidad de convencer a Merry de que fisgara para mí.

Tendría que esperar al fin de semana, que era cuando la muchacha estaba

sola. No me parecía de buena educación abordarla entre semana, con la señora Stegler presente. El plan B era llevar a cabo una pequeña investigación privada, en el caso de que supiera exactamente qué buscar.

Levanté los ojos y vi que Tommy y Henry me estaban mirando.

—Lo siento —me excusé—. Estoy pensando qué puedo hacer con esto.

Tommy debió de llegar a la conclusión de que su educada conducta había durado demasiado. Su mano cayó sobre la mía. El apretón era firme y me impedía soltarme sin llamar la atención.

—Mira, Henry. No quiero entrometerme, pero esta señora me ha prometido llevarme a cenar. Queremos ir al Emile y estábamos tomando una copa.

—Muy bien —dijo Henry—. Volveré al estofado antes de que se pegue a la cazuela.

Me miró al ponerse en pie; sabía bien que no quería abandonarme, pero tampoco se atrevía a insistir. Me sentía tan desamparada como cuando mi tía me dejó por primera vez en el colegio, a los cinco años; no pasó nada mientras estuvo cerca, hablando con los demás padres, pero en cuanto se fue me entró un ataque de pánico. En aquel momento experimentaba la misma sensación, una desazón que lo desdibujaba todo menos la añoranza. Henry y Tommy intercambiaron unas palabras de despedida y, cuando quise darme cuenta, Henry y a se había ido. Tenía que huir de allí. Traté de apartar la mano, pero Tommy la apretó con más fuerza.

Di unos golpecitos con el dedo en el sobre marrón.

—Tengo que analizar esto a fondo, ¿sabes? Tendremos que dejar la cena para otro día. No te importa, ¿verdad?

Le importaba. Su sonrisa se desvaneció.

—Estás incumpliendo una promesa.

—Quizá mañana por la noche. Tengo que trabajar.

Sabía que no era prudente llevarle la contraria, pero la idea de estar a solas con él era intolerable. Mariah ya tenía que haberse ido, y si no, era su problema.

Empezó a frotarme los dedos, con más fuerza de la estrictamente necesaria. La fricción se volvió molesta, pero no pareció advertirlo.

—¿A qué viene este repentino cambio de planes?

—Por favor, suéltame la mano.

Me miraba fijamente.

—¿Alguien te ha contado algo sobre mí?

Apreté los dientes.

—¿Qué hay que contar, Tommy? ¿Tienes algo que ocultar?

—No, claro que no. Pero la gente inventa cosas.

—Bueno, pues y o no. Si digo que tengo trabajo, puedes estar seguro de que es cierto.

Me dio un último apretón y me soltó la mano.

—Entonces te dejaré en paz. ¿Te llamo mañana? No, mejor aún, llámame tú.

—Muy bien.

Nos levantamos al mismo tiempo. Esperé a que Tommy se pusiera el impermeable, recuperase el paraguas y ajustara el cierre. Cuando llegamos a la entrada, recogí mi chubasquero y el paraguas. Me abrió la puerta. Abrevié la despedida, esforzándome en vencer el deseo de salir corriendo. Eché a andar hacia mi casa mientras él tomaba la dirección opuesta, hacia su coche. Procuré andar despacio, aunque de lo que tenía ganas era de echar a correr para poner entre él y yo la máxima distancia posible.

Cerré la puerta con llave en cuanto llegué. Tommy me daba mucho miedo. Fui de ventana en ventana, echando pestillos y cerrando contraventanas para que nadie pudiera espiarme. No me quedé tranquila hasta haber echado todos los cerrojos de la casa. Entonces me senté a la mesa y saqué del bolso la tarjeta de Mariah Talbot. Estar relacionada con ella me ponía nerviosa. Las repentinas sospechas de Tommy habían sido un rasgo siniestro. Lo imaginé registrándome el bolso en cuanto le diera la espalda y encontrando la tarjeta. Las personas como Tommy, obsesionadas por el control, necesitan el constante convencimiento de que no se les escapa ningún detalle. Memoriqué el teléfono y rompí la cartulina en mil pedazos. Sabía para mi desgracia que los dos hermanos tenían aún mi solicitud de arrendamiento, que daba de mí más información de la que yo habría querido ofrecer. Tommy no había acabado de creer en ningún momento que yo estuviera concentrada en el caso de Dow Purcell. Desde su perspectiva, mis actividades, fueran cuales fuesen, estaban relacionadas con él. El narcisismo y la paranoia son diferentes facetas de la vanidad distorsionada que produce la megalomanía. Con la inquietante intuición que suelen tener los psicópatas, se había dado cuenta de que súbitamente tenía miedo de él. Y sin duda se preguntaba quién o qué me había hecho cambiar de actitud.

Marqué el teléfono de la tarjeta, anteponiéndole el prefijo de Texas. Sabía que no la encontraría, pero podía dejarle un mensaje para que se pusiera en contacto conmigo. Pensé en la habilidad con que Henry había dejado escapar el nombre del perista. Había mentido tan bien como yo, y con la misma elegancia. La cuestión era ahora si Tommy haría uso de la información.

El contestador de Mariah se puso en marcha.

«Hola, soy Mariah Talbot. Está usted al habla con las oficinas de Seguros El Guardián en Houston, Texas. Mi horario es de ocho y media a cinco y media, de lunes a viernes. Si llama a otra hora, por favor, deje un mensaje con su nombre, la hora y un número donde pueda localizarle. Compruebo a menudo el contestador y devolveré la llamada lo antes posible. Gracias» .

—Hola Mariah —dije—. Soy Kinsey. Tenemos que hablar. Por favor, llámame al despacho. Si no estoy, deja un mensaje silencioso de diez segundos. Después comprueba los mensajes de tu contestador. Yo llamaré más tarde y

propodré un lugar y una hora para vernos. Gracias.

Sin darme cuenta, había estado hablando inclinada sobre el aparato y protegiendo el auricular con la mano. ¿Qué pensaba? ¿Que Tommy Hevener estaba fuera con un estetoscopio pegado a la pared? Bueno, sí, algo parecido. ¿No querías paranoia?

Después de hacer la llamada me puse a mirar las facturas que me había dado Henry y me dejé arrastrar por la tranquila seguridad del trabajo. En el encabezamiento de la primera factura del montón aparecía el título RESUMEN DE MEDICARE y, más abajo, el epígrafe GASTOS PRESENTADOS EL 29/08/86. Con el historial de Klotilde delante, sabía la causa de aquellos servicios. Conocía algunas de sus enfermedades, pero quería ver qué medicinas y tratamientos le habían dado; así podría comparar los servicios reales con los conceptos por los que la clínica había pasado factura a la Seguridad Social. Mientras revolvió papeles vi un formulario de Exposición de Prestaciones Médicas; balances bancarios con códigos, casillas de pagos reducidos y deducibles; facturas; y diversos partes de tratamiento diario que, supuse, correspondían a la fisioterapia. No se mencionaba ningún diagnóstico, ninguna enfermedad, pero durante la primera mitad de agosto los gastos en medicinas ascendían a cuatrocientos diez dólares y noventa y cinco centavos. En los meses posteriores a la muerte de Klotilde habían pasado factura a la Seguridad Social por cientos de conceptos secundarios, muchos insignificantes. Claro que podía ser un error, una confusión de contabilidad que inadvertidamente había cargado artículos y servicios en la cuenta de una paciente que no los había recibido. Por otra parte, el apellido de Klotilde, un apellido húngaro, inusual y difícil de escribir, aparecía por todas partes, así que no se trataba de no haber sabido identificar bien a un «Smith» o a un «Jones», ni de haber tomado a un «Johnson» por otro con la misma inicial. Lo más útil para mis propósitos era que el número de la Seguridad Social de Klotilde figuraba en todos los formularios. Anoté los datos en un papel, lo doblé y me lo guardé en el bolsillo de los tejanos. Me pregunté si su historial estaría aún en Pacific Meadows. Tenía que seguir allí, me dije. Había muerto en abril y lo más probable era que la clínica guardara el historial en los archivos al menos durante un año y que luego los almacenara.

Esperé hasta las nueve y media, dedicando el intervalo a las faenas domésticas. Limpiar un inodoro puede ser un tranquilizante extraordinario cuando sabes que te está subiendo el nivel de ansiedad. Fregué la pila y la bañera, y luego me puse de rodillas y limpié las baldosas del suelo con la misma esponja. Pasé la aspiradora, quité el polvo y llené la lavadora. De vez en cuando miraba el reloj y calculaba la hora a la que los residentes de Pacific Meadows se irían a dormir. Finalmente, me puse unas playeras negras y me enfundé en una cazadora negra de cuero, más apropiada para el trabajo nocturno que el llamativo chubasquero amarillo. Saqué del abarrotado llavero las llaves de casa y

del coche, me guardé en el bolsillo del pantalón el carnet de conducir y algo de dinero, y por último, eché mano del pequeño estuche de las ganzúas. Eran de un amigo delincuente que había pasado el tiempo libre en la cárcel diseñando un juego de ganzúas que podían pasar por un estuche de manicura. Entre allanamiento y allanamiento, podía rasparme las cutículas y limarme las uñas. Al final me llevé también una linterna plana, del tamaño de un naipe, que me cabía perfectamente en el sostén. Camino del geriátrico, me detuve en la cocina para automovilistas del McDonald's y me llevé una bolsa con hamburguesas, dos Coca-Colas y dos raciones grandes de patatas fritas.

Cuando llegué a Pacific Meadows, el aparcamiento estaba casi vacío. El personal diurno se había ido ya, y en el turno de noche trabajaban menos empleados. Aparqué en una zona oscura, recogí la bolsa con la comida y cerré la puerta del coche. La lluvia había cesado por el momento, aunque amenazaba desde las montañas del norte. Los intervalos entre chaparrones habían bastado para secar algunos tramos del pavimento. Reconstruí mentalmente la planta del edificio para calcular la situación de la habitación de Ruby Curtsinger. Sabía que ante su puerta corredera había un comedero para pájaros y esperaba que me fuera útil como punto de referencia. Acababa de doblar la esquina cuando entró un coche en el aparcamiento.

Me introduje en la protectora sombra de un enebro mientras el conductor aparcaba en la plaza central de la fila. El coche era de los clásicos, largo y achatado, con guardabarros de curva suave, pero de una marca y un modelo que no fui capaz de identificar. Parecía de los años cuarenta, con su color crema y su imponente parachoques delantero de cromo pulido. Cuatro puertas, sin estribos; neumáticos blanquinegros, sin figuritas en el capó. El hombre que bajó era tan elegante como el coche. Tiró al suelo un cigarrillo encendido y lo vio brillar brevemente en el asfalto antes de que la humedad lo apagara. Llevaba una gabardina clara sobre un terno oscuro y zapatos negros con unos tacones que resonaron con fuerza cuando echó a andar. Al acercarse a la luz de la entrada, vi un poblado bigote y un abundante pelo plateado. Desapareció de mi campo de visión. Cuando estuve segura de que se había ido, seguí rodeando el edificio por el camino que discurría tras el estrecho jardín.

La mayoría de las habitaciones estaban a oscuras, y habían corrido las cortinas de las puertas correderas individuales. Cerré los ojos para situar la habitación de Ruby en relación con las de sus vecinos; era difícil, ya que sólo la había visitado una vez. Busqué el comedero de pájaros que colgaba del alero, esperando que el geriátrico no hubiera regalado uno a cada paciente. Delante vi una puerta corredera parcialmente abierta y el centelleo grisáceo de un televisor encendido. Fuera había un comedero de pájaros, colgando de un alambre como un farolillo chino. Me acerqué.

—¿Ruby? ¿Está usted ahí?

La silla de ruedas estaba a cosa de medio metro. Se inclinó para mirarme por el cancel. Tardó un momento en saber quién era.

—Eres la amiga de Merry. Perdona, no recuerdo tu nombre.

—Kinsey —dije, levantando la bolsa de comida—. Le he traído algo.

Abrió el pestillo del cancel y me indicó por señas que entrara, con la huesuda cara radiante de alegría. Empujé el cancel y entré en la habitación. Ruby señaló la bolsa.

—¿Qué hay ahí?

La abrí y miró el interior, mientras le enumeraba el contenido.

—Dos extragrandes, dos súper con queso, dos Coca-Colas, dos raciones de patatas y sobrecitos de tomate y sal. Supuse que lo necesitaría. —Le ofrecí la bolsa—. Lo siento, es posible que se hayan enfriado.

—Tengo microondas.

—¿En serio? Estupendo. Espero que tenga hambre.

—Puedes apostar a que sí.

Se puso la bolsa en el regazo y se acercó a una cómoda. Encima había una tetera eléctrica y un microondas del tamaño de una panera. Metió la bolsa y ajustó el temporizador.

—Vigila que no haya moros en la costa —dijo, mirándome por encima del hombro.

Fui a la puerta que daba al pasillo. Giré el pomo y la entreabrí. El corredor estaba medio a oscuras. Al fondo vi el chorro de luz que salía del puesto de enfermeras. De espaldas a mí estaba el caballero que había visto entrar un poco antes. Quizá fuese un pariente que hacía una visita a deshoras. La puerta de enfrente se abrió de súbito y salió una enfermera con uniforme blanco, cofia blanca almidonada, medias blancas y zapatos planos antivarietas también blancos. No sabía que las enfermeras fuesen vestidas así hoy en día; las pocas que había visto llevaban ropa de calle o traje pantalón verde de fibra sintética y lavable. Era Pepper Gray, la malvada enfermera que había espiado mi conversación con Merry durante mi primera visita. Llevaba un estetoscopio colgado del cuello y miró la hora con expresión preocupada. Echó a andar con decisión hacia el puesto de enfermeras.

El microondas de Ruby emitió un campanillazo a mis espaldas. Di un respingo y cerré la puerta. No tenía seguro, así que esperaba que el olor a comida basura no atrajera al personal de guardia. Ruby sacó la bolsa del microondas y volvió a su sitio, al lado de las puertas correderas. Puso la bandeja de ruedas entre las dos y señaló una silla. No era mi intención compartir su comida, aunque la verdad es que le había llevado demasiada y además estaba muerta de hambre. Ella parecía encantada con la compañía y engulló la súper con queso casi tan aprisa como yo. Las dos resoplábamos mientras le hincábamos el diente a las extragrandes y a las patatas fritas.

—Espero que su corazón resista —dije, tomando un sorbo de Coca.

—¿Y a quién le importa? Ya tengo un código en blanco en el historial y descansaría en paz —Levantó la extragrande, encantada ante la visión del grasiento líquido chorreando por la base, y se lamió una gota de salsa especial que se le había quedado en la comisura de la boca—. No es tan grande como las de la tele, pero está bien.

—Soy una fanática de estas porquerías. ¿Y qué tal se encuentra?

Ladeó la cabeza: «Así así».

—Oí decir que habían encontrado el coche del doctor y me imaginé que pasarías por aquí. Te he estado esperando todo el día.

—Me costó recuperarme. ¿Cómo se han tomado aquí la noticia?

—Algunos están inquietos, pero no creo que haya muchos sorprendidos. ¿Era su cadáver?

—No se sabe todavía. Yo creo que sí. Hoy mismo le han hecho la autopsia. —La puse al corriente, añadiendo algunos detalles morbosos que parecieron gustarle—. Hábleme del personal nocturno. ¿Merodea mucho por ahí?

—Un poco. Cuando me pongo a pasear por el pasillo, los veo sentados ante el mostrador, charlando o trabajando. Algunos toman café o ven la tele en la sala de personal. Las noches suelen ser tranquilas, a menos que muera alguien.

—¿Cuántos son en total?

Ruby sumó mentalmente.

—Siete, entre celadores, enfermeras y auxiliares de enfermería.

—¿Suelen hacer rondas para comprobar que los pacientes están bien?

—La mitad de las veces ni siquiera acuden cuando tocas el timbre. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás reconociendo el terreno?

—Sí. —Me limpié la boca y me puse en el regazo los envoltorios de las hamburguesas y la servilleta de papel—. En realidad quiero ver unos expedientes. ¿Cree que los tienen bajo llave?

Ruby negó con la cabeza y se puso la comida a un lado de la boca para poder hablar.

—Poca gente quiere robar historiales geriátricos.

—¿Y si me guarda usted las espaldas? Me vendría muy bien una ayudita.

Titubeó. Ya no era tan vivaracha.

—Ay, querida. No sé si podría hacer una cosa así. Disimular no es mi fuerte. Incluso de pequeña se me daba mal.

—Ruby, sólo requiere práctica. No puede esperar que se le dé bien si no tiene ganas de hacerlo bien.

Su ya insignificante cuerpo pareció encogerse.

—Lo intentaré, pero creo que lo voy a hacer mal.

—Seguro que lo hace estupendamente.

Al poco rato la veía por la puerta entornada dirigirse con la silla de ruedas

hacia el puesto de enfermeras, que estaba al doblar el ángulo del fondo. Su cometido, aparte de hablar con el personal, era dejar la silla de manera que pudiera ver si se acercaba alguien a las oficinas mientras yo registraba dentro. El trazado del pasillo me permitía entrar sin ser vista, pero temía que alguna enfermera fuese a buscar un historial que no estuviera en la planta. No parecía probable que ocurriera, pero si alguien entraba de repente no tenía forma de explicar qué hacía allí.

Dejé pasar el tiempo necesario para que Ruby llegara al puesto y salí de la habitación, cerré la puerta y doblé a la derecha, recorriendo el pasillo como si no estuviera haciendo nada ilegal. Pasé ante el salón colectivo y ante el comedor; todas las luces estaban apagadas. Me detuve y me apoyé en la pared. Como un animal que sale de caza, cerré los ojos y olisqueé el aire para descifrar los secretos que contenía. Era el mundo de la tercera edad: bollos de canela, aroma de pino, algodón recién planchado y gardenias.

Cuando llegué a las oficinas, respiré hondo y giré el pomo. Cerrado. Podía utilizar las ganzúas, pero no me gustaba la perspectiva de perder quince minutos moviendo cilindros con ganzúas, herramientas de presión y alambres. Seguro que había una manera más fácil. Volví sobre mis pasos y fui al mostrador de recepción, que estaba abandonado a aquellas horas en el mal iluminado entrante. Pasé detrás del mostrador y busqué en los cajones. Tenía el oído alerta a cualquier sonido extraño que pudiera indicar que alguien se aproximaba. En el cajón inferior vi una caja de metal que se abrió al primer roce. Dentro había una bandeja pequeña con varias llaves, todas etiquetadas. Bien por mí. Aquello era más emocionante que buscar carroña. Para no equivocarme me llevé tres llaves: una de Administración, otra de Altas y otra de Historiales Médicos. Cerré la caja y el cajón y volví al pasillo.

Empecé por Administración. Las manos me temblaban ligeramente, 1,2 en la escala Richter, pero por lo demás lo hice bien. Una vez dentro no me atreví a encender la luz, aunque la puerta era sólida. Temía sobre todo que cualquiera que llegase por el aparcamiento se preguntara por qué estaban encendidas las luces a aquella hora. Busqué bajo la camisa y me saqué la linterna plana del sostén. Estaba caliente y emitía una luz débil, pero suficiente para lo que me proponía. Tardé un momento en orientarme. Había visto la oficina de día y tenía una idea bastante aproximada de su distribución.

En el extremo del mostrador estaba la mesa de Merry, y detrás, espalda contra espalda, había otra idéntica. Además había archivadores de ruedas, una fotocopiadora y una fila de archivadores metálicos en la pared del fondo. La pantalla del ordenador de Merry estaba negra, aunque había un puntito amarillento que latía como un corazón. Con la oscuridad no se veía el gran reloj de pared, pero podía oír el constante tictac mientras el segundero medía la esfera. A mi derecha estaba el despacho del doctor Purcell, donde había hablado

con la señora Stegler. A la izquierda, la puerta de Historiales Médicos. Miré el reloj. Eran las diez y veinte.

Empujé con cautela la puerta de Historiales Médicos y vi que se abría. ¡Mi día de suerte! Recorrí el espacio con la luz de la linterna; era muy grande, con cuatro escritorios, una mesa de trabajo, sillas y una fotocopidora. Había archivadores por todo el perímetro de la estancia, además de la fila doble del centro. Vi otra puerta en la pared del fondo. Crucé la sala, giré el pomo y comprobé, encantada, que tampoco estaba cerrada con llave. Me asomé. Un rápido vistazo me confirmó que había llegado a Altas; las tres oficinas estaban conectadas por puertas interiores. Estaba convencida de que el personal de Historiales, las secretarías y los oficinistas de la entrada valoraban en lo que valía la facilidad con que podían pasar de un departamento a otro sin salir al pasillo. Mi júbilo crecía por momentos.

Volví a Historiales y me concentré en el trabajo que me esperaba: encontrar el expediente de Klotilde en aquel almacén abarrotado de historias médicas. Recorrí las paredes con la linterna, buscando en las etiquetas de los archivadores la clave que me indicara el orden en que estaban colocados. Esperaba algo básico; por ejemplo, A, B, C. No hubo suerte. Abrí el primer cajón y contemplé el interminable desfile de documentos. Los expedientes parecían ordenados según un código numérico de seis cifras. Elegí quince historiales al azar, en busca del principio que los vinculaba. Aquellos quince pacientes no compartían ni la edad, ni el sexo, ni la enfermedad, ni el médico. Pues qué bien. Pasé páginas hacia delante y hacia atrás. No veía la relación. Abrí el cajón siguiente. Seguía sin haber nombres a la vista. Probé el cajón inferior y saqué otros diez historiales. Los números de identificación de los pacientes estaban por todas partes: 698727... 363427... 134627. Probé en un cajón de otro archivador. ¿Cómo iba a encontrar el expediente de Klotilde entre los millares que debía de haber allí? Busqué un denominador común: 500773... 509673... 604073. Me avergüenza confesar lo que tardé en descubrir el elemento que unía las series de historiales, pero al final comprendí que eran las dos últimas cifras.

Saqué el papel en el que había anotado el número de la Seguridad Social de Klotilde. No parecía tener ninguna relación con el número de historial, que al parecer se asignaba a los pacientes cuando ingresaban en la clínica. Mi frustración iba en aumento. No toleraba que mis actividades ilegales resultaran estériles. En alguna parte de aquella oficina tenía que haber una lista de pacientes por orden alfabético. De lo contrario, nadie podría buscar entre todos aquellos expedientes. Cerré todos los cajones y recorrí la estancia. La luz de la linterna había adquirido ese preocupante color anaranjado que delata la agonía de las pilas.

Miré por las ventanas; no había el menor indicio de movimiento en el aparcamiento. Fui al interruptor de la luz y la encendí de una maldita vez.

Anduve en círculo, mirando a mi alrededor y tomando nota de todos los detalles de la estancia. Al lado de la puerta había un cuaderno de tapa dura, de considerable tamaño y de unos diez centímetros de grosor, cuyas páginas parecían de papel continuo de impresora. Me acerqué y abrí el libro. Loado sea Dios. Era la Lista Principal de Pacientes, y, para colmo de bendiciones, estos aparecían en orden alfabético. Busqué el inverosímil apellido de Klotilde, anoté su número de identificación y volví a lo de antes. Dejé la luz encendida, pensando: «Que le den por el culo». Reanudé el rastreo, buscando el historial esta vez según las dos últimas cifras de su número de identificación como paciente. Lo encontré enseguida; saqué el expediente del cajón y me lo metí entre la piel y las bragas.

Apagué las luces y volví a Administración. Estaba a punto de salir al pasillo cuando me asaltó el siguiente pensamiento: «Para conocer la verdad, los investigadores de Prevención del Delito tendrán que encontrar el expediente de Klotilde dentro del edificio. Ningún tribunal lo admitirá “entre la carne y las bragas”. Si saco el expediente de la clínica, no servirá para nada y la prueba de la culpabilidad o inocencia de Dow se perderá irremisiblemente».

Qué putada.

Volví corriendo a Historiales Médicos y abrí el expediente. Las páginas seguían una cronología invertida: las últimas observaciones al principio y así hasta llegar a la solicitud de alta, que estaba al final. Enderecé los clavos del broche y saqué la lámina de metal. Con el corazón brincándome de miedo e impaciencia, levanté la cubierta de la fotocopidora y puse la primera página boca abajo. Apreté el botón de encendido. La máquina gimió y empezó a calentarse. La franja de luz recorrió la página y volvió, todo con una lentitud mortificante. La copia apareció lentamente en la bandeja de mi izquierda. Levanté la cubierta y puse otra página. Al menos había suficiente luz para ver. Casi todas las observaciones de los médicos eran superficiales, y vi espacios en blanco muy a propósito para que los defraudadores los utilizaran. Descontados los artículos y conceptos estrictamente médicos, ¿quién iba a investigar y determinar si al paciente le habían puesto tiritas o le habían dado un frasco de loción infantil? Conforme salían las páginas, la misma luz de la fotocopidora me permitía colocar la página siguiente en el sitio exacto. ¿Qué haría si se le ocurría entrar a alguien? Y mientras temía esta posibilidad, temía también acabar esterilizada para siempre.

Dieciséis minutos después había terminado la faena. Ordené las fotocopias y me las metí, todavía calientes, otra vez en las bragas. Luego ordené las páginas del historial, deslicé la lámina metálica por los clavos y doblé estos. ¿Y ahora qué? No me podía llevar el expediente, pero tampoco estaba segura de que no fueran

a entrar después para llevárselo y destruir la información. Volví al archivador de donde lo había sacado. Las dos últimas cifras de su número de paciente eran 44, pero lo puse entre los que terminaban en 54. Así, yo sabía dónde estaba mientras los demás creerían que se había extraviado. Siempre cabía la posibilidad de que lo encontrasen, pero tenía que correr el riesgo.

Salí de Historiales Médicos, cerré la puerta y volví a la oficina principal. El puntito parpadeante del ordenador de Merry iluminaba de un modo sorprendente. Ya me había acostumbrado a la oscuridad y pude ver la hora del reloj. Las doce menos treinta y seis minutos. Hora de largarse. Levanté la trampilla del mostrador y, cuando estaba ya en la puerta del pasillo, oí pasos acercándose. Me quedé paralizada. Procuré que no me invadiera el pánico. El rumor de los pasos era suave pero distinto. Debía de haber corrido el rumor de que había luz en la sala de archivos porque, fuera quien fuese, se acercaba con intención de investigar. No quería creer en serio que fueran a entrar, pero, por si las moscas, volví a la trampilla del mostrador y busqué un escondite. Fui al escritorio de Merry, aparté la silla giratoria y me metí debajo a gatas. Quedé sentada en un montón de cables gruesos, con la cabeza inclinada para no darme contra el cajón de los bolígrafos de Merry. Las puntas del historial de Klotilde se me clavaron en el estómago y en el pecho, produciendo un extraño crujido mientras levantaba los pies y me abrazaba las rodillas.

Se abrió la puerta.

Esperaba que encendieran las luces, pero la sala siguió a oscuras. Ignoraba si alguna parte de mi cuerpo era visible, pero esperaba que quien había entrado se fuera enseguida. Al poco volvió a abrirse la puerta para dar paso a otra persona. Oí que conferenciaban entre susurros, luego una leve disputa y a continuación el ruido de la trampilla cuando entraron en la zona en que yo estaba. ¿Quiénes eran? A lo mejor estábamos celebrando un congreso de rateros, los tres robando historiales por diferentes motivos, aunque igualmente inconfesables. Aquellos dos tenían que estar allí con malas intenciones, porque de lo contrario habrían encendido la luz.

Mucho arrastre de pies y, de repente, los dos estaban ante el escritorio de Merry. La pantalla de su ordenador se iluminó suavemente. Cerré los ojos como una niña. Si yo no los veía, tampoco me verían ellos. Oí que uno se quitaba la chaqueta, la colgaba en el respaldo de la silla de Merry y apartaba esta a un lado. Cuando abrí los ojos, vi unas perneras de pantalón y unos zapatos. Habría jurado que eran del tipo del cabello plateado que había visto en el aparcamiento. Delante de él, a un centímetro escaso de distancia, había una mujer cuyas medias blancas había visto antes. Pepper Gray.

Oí susurros confusos, un gemido gutural, objeciones del hombre y apremios de la mujer. Percibí el callado pero inconfundible rumor de una cremallera bajándose. Casi di un alarido de alarma. ¡Iban a jugar a médicos y yo estaba

encerrada en el consultorio! El hombre se apoyó de espaldas en la mesa, vi sus dedos agarrándose al borde. La mujer se puso de rodillas y empezó a trabajárselo. Las objeciones del hombre se desvanecieron conforme se incrementaban sus jadeos. Él sin duda sentía debilidad por las enfermeras, y probablemente a ella la ponía caliente la posibilidad de que los sorprendiesen.

Hice lo que pude para distraerme. Traté de concentrarme en ideas profundas elevándome a un plano equivalente al Zen. Después de todo, sólo yo tenía la culpa de estar allí. Me dije que se había terminado para siempre aquello de allanar moradas ajenas. Me arrepentí de mis pecados e hice propósito de enmienda. Y eso que estaba ya en plena penitencia, por decirlo de algún modo. Para una persona que jode tan poco como yo, aquello era un castigo de los más crueles e insólitos.

Pepper estaba a menos de un metro, felizmente enfrascada en la palpante virilidad de su amigo, como suelen llamarla eufemísticamente en las novelas que se recrean en tales escenas. La verdad es que la vida sexual del prójimo no es tan fascinante. Por ejemplo, un tipo gimiendo «Pepper, ay, Pep» no parecía tan romántico desde mi punto de vista. Además, no acababa de correrse y temí que la mandíbula de la mujer se desencajara como la de una serpiente. La mujer se puso a hacer ruiditos de ánimo con la garganta. Estuve tentada de intervenir. Hasta el transformador que había debajo de la mesa emitió un leve pitido de entusiasmo, que pareció estimular al hombre. Aunque la voz le salía farfullante, los farfulleos se aceleraron y subieron de volumen. Finalmente, gruñó como si se hubiera pillado el dedo con una puerta y quisiera ahogar el grito.

Los tres nos desplomamos agotados, y recé para que no tuviéramos que fumarnos el cigarrillo *post coitum*. Pasaron diez minutos antes de que se repusieran. Tras una conversación entre susurros, se decidió que ella saldría primero y él la seguiría tras un breve intervalo. Cuando salí arrastrándome del escondite, estaba entumecida, dolorida y con tortícolis. Era la última vez que le pedía a Ruby que me guardara las espaldas.

Eran las doce y media cuando entré en mi casa por segunda vez en lo que llevábamos de noche. Había dejado las llaves en la entrada de la clínica y salido directamente por la puerta principal, con las fotocopias ciñéndome como un braguero. Cuando llegué al aparcamiento, el automóvil de época había desaparecido. Recorrí el asfalto hasta el rincón oscuro en el que había dejado el VW. Antes de sentarme al volante, saqué las fotocopias y las metí debajo del asiento. Parecían manoseadas y tenían las puntas dobladas tras haber estado en implacable contacto con mis muslos y mis costillas. Encendí el motor y salí de la plaza marcha atrás.

Una vez en casa, di una batida de inspección para asegurarme de que todas las puertas y ventanas estaban tan cerradas como las había dejado. Tommy Hevener no se me iba de la cabeza. Me moría de ganas por leer el historial médico de Klotilde, pero las contuve y me senté a la mesa para anotar los últimos datos en las fichas de cartulina. Resultaba extraño repasar las hipótesis que se habían barajado sobre Purcell ahora que sabía que estaba muerto. No me cabía la menor duda de que el cadáver del coche era él. En un plano teórico podía imaginármelo colocando otro cadáver en su lugar; pero en el plano de la realidad no era tan fácil de hacer, sobre todo con un ahogado, ya que los rasgos más característicos permanecen. El patólogo no tardaría en cotejar dentaduras y huellas dactilares para hacer una identificación inequívoca.

Puse las fichas de cartulina en hilera, primero en orden cronológico y luego en el orden en que había hecho las entrevistas. No me pagaban por aquello, pero tampoco me habían despedido oficialmente. Mezclé las fichas al azar, para ver el efecto. Siempre salía la misma historia. Tanto si se había suicidado como si había sido asesinado, Dow Purcell estaba muerto y la vida que había dejado tras de sí era un caos. Pero quedaban tres preguntas sin responder. ¿Dónde estaba su pasaporte? ¿Adónde habían ido a parar los treinta mil dólares? También estaba el pequeño pero intrigante asunto del apartado de correos. Si Dow había pagado por él y lo conservaba para uso personal, ¿por qué había de preguntarle a Crystal si aún lo tenía alquilado?

A las nueve de la mañana llamé a Fiona. Naturalmente, no la encontré. En el mensaje que le dejé en el contestador le dije que estaba buscando la pista de los treinta mil dólares y le di a entender, quizá sinceramente, que algún morador de la casa de Crystal podía ser responsable de la desaparición del dinero. Y le propuse, si aprobaba el gasto, incluir un par de horas más en la minuta. Esperaba que aprovechara la posibilidad de acusar a Crystal o a cualquier persona cercana a ella. Si no lo hacía, lo más probable era que yo continuase con el caso, aunque sólo fuera por satisfacción personal. En mi trabajo no todo gira alrededor del dinero.

Aún no eran las doce cuando terminé de poner al día los asuntos del despacho y me dediqué a los mensajes del día anterior. Jennifer había llamado para avisar que estaba enferma, lo que significaba que se había ido con sus colegas a Los Ángeles para asistir al concierto de su grupo favorito. Le había dicho a Jill que al salir del trabajo la víspera se había olvidado de llevar la correspondencia a Correos. No es que dudara de ella. Si me senté en su silla y me puse a registrar su mesa fue sólo por simple curiosidad. Encontré un montón de cartas sin echar en el cajón inferior, el correo de al menos una semana. Allí estaban mis facturas, las que acababa de pagar, con el franqueo correspondiente en el sobre y listas para echarlas al buzón. Fui a contárselo inmediatamente a Ida Ruth, que juró y perjuró que se lo diría a Lonnie y a John para que la pusieran de patitas en la calle de una vez.

Metí toda aquella correspondencia en una caja y yo misma la eché en Correos. Me pregunté cuánto tardaría Richard Hevener en recibir mi carta y qué haría cuando descubriera que no podía hacer efectivo mi cheque. Peor para él. Habría tenido que ingresarlo el mismo día que se lo di. De Correos fui a la comisaría de policía, con la esperanza de encontrar al inspector Odessa antes de que saliera a almorzar. Cuando llegué, ya se había marchado con otro inspector hacia cinco o diez minutos. Pregunté al agente de recepción si sabía adonde habían ido.

—Seguramente al Del Mar. Van mucho por allí. Si no, pruebe en el Arcade, en la ventana de comidas para llevar. A veces se traen unos bocadillos y se los comen en el despacho.

Le di una tarjeta.

—Gracias. Si no lo encuentro, ¿podría decirle que me llame?

—Desde luego.

Me subí la cremallera de la cazadora y bajé a la calle por las escaleras. Miré el parte meteorológico en el periódico y vi la foto del satélite con una mancha espesa, blanca y giratoria, lo que significaba que se acercaba a la costa otro frente lluvioso. El pronóstico era nubes bajas y niebla por la mañana, con un

cuarenta por ciento de probabilidades de que lloviera por la tarde. La temperatura giraría alrededor de quince grados. Los ciudadanos no tardarían en volverse malhumorados y quisquillosos, deprimidos por el frío y el cielo parcialmente cubierto.

No vi ni rastro de Odessa en el Del Mar, así que fui al Arcade, una sandwichería del tamaño de una caña de cerveza, con un mostrador, tres mesas de mármol y sillas de varillas dobladas. La ventana de comida para llevar estaba al doblar la esquina del edificio; habían puesto un toldo de rayas negras y blancas, y debajo dos mesas y cuatro bancos de madera. El inspector Odessa tenía la cabeza inclinada sobre una caja de plástico rojo que contenía una hamburguesa gigante envuelta en papel y una ración de patatas fritas. El hombre sentado al otro lado de la mesa era Jonah Robb. Era mejor de lo que había esperado.

Había conocido a Jonah hacía unos cuatro años, cuando él trabajaba en el departamento de Personas Desaparecidas y yo estaba buscando a una. Luego lo habían trasladado a Homicidios, ascendido a teniente y nombrado jefe de unidad; sí, era el jefe de Paglia. Cuando nos conocimos, el matrimonio de Jonah, una larga historia de quiero y no quiero, estaba en fase no quiero, y habíamos pasado buenos ratos entre mis sábanas de Wonder Woman. Su mujer, Camilla, volvió a raíz de aquello con sus dos hijas. La siguiente vez que me tropecé con él me dijo que Camilla se había puesto a trabajar como auxiliar de juzgados, un empleo que dejó precipitadamente cuando volvió a abandonarlo. Regresó embarazada de otro. El presunto padre había puesto pies en polvorosa, y la pobre Camilla tuvo que arreglárselas como buenamente pudo. Como es natural, Jonah la acogió en sus brazos, y lo último que supe fue que estaba muy ocupado cuidando de su remendada prole. Desde el primer momento había habido en nuestra relación demasiado drama para mi gusto. Al final me había alejado, pero aún sentía un pellizco de incomodidad cada vez que lo veía.

Vince Odessa levantó la mano al verme.

—Hola, muchachos —dije.

Jonah volvió la cabeza y cruzamos unas palabras de saludo, con una grata distancia en la voz y sin mirarnos a los ojos. Nos dimos la mano como se la habríamos dado al cura de la parroquia.

—¿Qué tal te va? —preguntó.

—Muy bien. ¿Qué tal el niño? —dije—. Ya debe de tener cuatro meses por lo menos.

—Está fabuloso. Nació el 4 de julio, según lo previsto; pesaba cinco kilos y pico. Una buena pieza.

—Guau. ¿Qué nombre le habéis puesto?

—Barras.

—Ah. Por *Barras y estrellas*, el himno nacional.

Jonah vaciló.

—¿Cómo lo has sabido? El nombre se le ocurrió a Camilla, pero eres la primera persona que cae en la cuenta.

—Una vulgar intuición.

Odessa me hizo una seña.

—Siéntate. ¿Quieres comer? —dijo Odessa tuteándome.

Jonah me alargó su caja de plástico.

—Toma. Puedes comerte la mitad de lo que hay. Camilla está empeñada en que haga dieta; engordé al menos siete kilos durante sus últimos meses de embarazo. Ella ha perdido peso enseguida, pero a mí me cuesta.

El trozo de carne que partió con el pulgar y el índice era gordo como una morcilla.

Estaba cerca de él, de modo que habría resultado demasiado llamativo que rodeara la mesa para sentarme al lado del inspector. Así pues, me senté al lado de Jonah. Miré su bocadillo, cortado en diagonal: beicon, lechuga y tomate, con guacamole entre las capas de mahonesa. Eché un poco de sal a la mezcla. Nunca desaprovecho la ocasión de darles un susto a mis riñones.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó Odessa; me pilló masticando, así que, mientras yo trataba de tragar el bocado, volvió a la conversación que sostenía con Jonah—. Hablábamos de Purcell. Jonah oyó el informe del patólogo.

—Así fue. Dadas las condiciones del cadáver, el doctor Yee dice que no le puede hacer pruebas bioquímicas ni biofísicas. A ojo de buen cubero, parece que murió de un tiro en la cabeza. Encontramos el arma en el asiento delantero. Un Colt Python trescientos cincuenta y siete con un solo disparo. El casquillo del cartucho estaba todavía en el tambor. Yee dice que hay un noventa y nueve con nueve por ciento de probabilidades de que ya estuviera muerto cuando cayó al agua.

—¿Era suyo el revólver? —pregunté.

Jonah se limpió la boca y arrugó la servilleta de papel.

—Lo compró antes de separarse de Fiona. Crystal no le habría dejado tener un arma en la casa por el niño. Ella cree que lo guardaba en el despacho de la clínica, en un cajón de la mesa o en la guantera del coche.

—Ante todo, queremos averiguar cómo llegó al pantano —dijo Odessa.

Levanté la mano.

—Había quedado con Fiona. Ella dice que no apareció, pero podría estar mintiendo.

Odessa asintió alegremente, con la boca llena.

—No creas que se nos ha escapado el detalle de que apareció muerto, como quien dice, en la puerta de su casa.

—Y a ver qué te parece esto. Ella es la única beneficiaria de cierto seguro de vida; era parte del acuerdo de divorcio. Lo hemos comprobado —señaló Jonah.

—¿Cuánto?

—Un millón.

—A mí me bastaría —dijo Odessa.

—Aun así, es arriesgado matarlo tan cerca de casa —objeté.

—Quizás esté ahí lo bonito del asunto —dijo Jonah—. Podría haber sido cualquiera. Podrían haberlo atraído hasta allí con cualquier pretexto y haberle metido una bala en la cabeza.

Odessa hizo una mueca.

—¿Y cómo ibas a llevarlo hasta allí?

—Yendo en el mismo coche —repuso Jonah—. Lo llamas y conciertas una cita; le dices que quieres ir a un sitio tranquilo y hablarle de la situación, pero que necesitas que te lleven.

—¿Con qué pretexto?

—¿Quién necesita un pretexto? —dije—. Te escondes en el asiento de atrás y le pones el revólver en la oreja.

—¿Y luego qué? ¿Cómo vuelves en la oscuridad?

—Andando —sugirió Jonah—. No está tan lejos.

—¿Y si te ven? —dije—. Alguien podría situarte en el escenario.

—Quizá fueran dos —replicó Odessa—. Uno se reúne con él arriba y hace el trabajo, mientras el otro espera en el camino con un coche.

—¿Y no aumenta el riesgo añadir un cómplice?

—Depende de quién sea.

Jonah tomó un trago de Coca-Cola. Me ofreció el vaso y bebí. Nos quedamos en silencio un momento, contemplando el paisaje.

—Por otra parte —apunté—, Purcell tenía problemas con la administración central y se enfrentaba a un escándalo público. Puede que pensara en el suicidio. ¿No lo harías tú en su lugar?

—Supongo que sí —admitió Jonah. Parecía apesadumbrado ante la perspectiva—. Los muchachos siguen trabajando con el Mercedes. Tenía una manta de viaje en las piernas y había una botella de whisky vacía en el suelo, delante del asiento del copiloto. Los faros, apagados. La llave, en el contacto, en posición de encendido. La radio, apagada. Llevaba encima documentos de identidad y la cartera, así como el reloj, que, dicho sea de paso, todavía funciona; el maldito chisme no ha atrasado ni un segundo en todas estas semanas.

Odessa se animó al oírlo.

—¿Y qué? Es buena publicidad. Tendríamos que ponernos en contacto con la casa que los fabrica.

—Es un Breitling, sumergible hasta ciento veinte metros.

—¿Recuerdas el anuncio de la estilográfica? —preguntó Odessa.

—Era un boli.

—¿En serio? Me refiero a la que escribe bajo el agua. ¿Cómo se llamaba?

—¿Y a quién le importa?

Odessa sonrió tímidamente.

—Lo siento —se excusó—. ¿Qué más hay?

—No mucho. Parte de la ventanilla del conductor había desaparecido, pero estaba casi entera, aunque agrietada por donde salió el proyectil. Envié a dos muchachos al pantano con el detector de metales, a ver si lo encontraban. La ventanilla del copiloto y las de detrás estaban abiertas, sin duda para que el agua entrara más aprisa.

Odessa hizo una pelota con la servilleta de papel y la tiró por encima de nosotros, apuntando a la papelería. La pelota dio en el borde y cayó fuera.

—No me convence lo del suicidio. No tiene sentido.

—A mí tampoco, y me baso en un par de cosas —dijo Jonah.

—¿Cuáles? —pregunté.

Cruzó los brazos.

—Supongamos que se disparó él mismo, aunque sólo sea como hipótesis inicial. ¿Cómo se las arregló para hundir el coche? Es más, ¿por qué molestarse en hacerlo?

—Quizás estuviera avergonzado —sugirió Odessa—. Se avergüenza de cometer suicidio, así que quiere desaparecer.

—Para no salpicar a la familia —añadió Jonah.

—Claro, ¿por qué no?

—Puede que la póliza de seguros excluyera el suicidio —dijo Odessa.

—¿Y qué? —repliqué—. Fiona no cobraría nada hasta que se encontrara el cadáver. Y en cuanto eso sucediera, la causa de la muerte sería obvia, con una bala en la cabeza y el revólver en el asiento de al lado.

—Sí, ahí falla. Nadie creería que se disparó en la sien por accidente.

Jonah hizo una mueca.

—Siento bajarte de la nube, pero en la póliza no hay ninguna cláusula referente al suicidio. Lo he comprobado.

—Volvamos a la ventanilla del copiloto. ¿Por qué iba a dejarla cerrada cuando todas las demás estaban abiertas?

—Para amortiguar el ruido del disparo —propuse.

—Sí, pero ¿por qué preocuparse? Es decir, ¿qué más le daba que alguien oyerá el disparo? Él sabía que estaría muerto para entonces, ¿qué importancia tendría ya?

—Además, si las demás ventanillas estaban abiertas, el disparo no quedaría muy amortiguado —señaló Odessa.

—Exacto —coincidió Jonah—. Hay algo que no concuerda. No me gustan las redundancias. ¿Pegarse un tiro y luego ahogarse? Un poco exagerado, ¿no?

—Pocos suicidas optan por ahogarse. Cuesta mucho. Aunque quieras morir, el instinto te hace salir a respirar. Demasiado difícil de controlar.

—Virginia Woolf se suicidó así —recordé—. Se puso piedras en los bolsillos y se metió en un río.

—Pero ¿por qué duplicar el esfuerzo? Eso es lo que no cuadra.

—La gente lo hace continuamente —replicó Odessa—. Se toman una sobredosis de pastillas y luego meten la cabeza en una bolsa de plástico. Mezclan vodka con Valium antes de cortarse las venas. Si no funciona lo uno, ya funcionará lo otro.

Jonah negó con la cabeza.

—Sólo estoy tratando de visualizarlo. ¿Cuál es la película de los hechos? Abre tres ventanillas, se pone una manta en las piernas, saca el revólver, se lo apoya en la cabeza y aprieta el gatillo. Mientras tanto, tiene el motor encendido, ha puesto una marcha y está pisando el freno. Pum. El pie deja de apretar el freno, el coche baja por la cuesta y se mete en el agua. Demasiado complicado. Un trabajo de muerte.

—Nunca mejor dicho —dijo Odessa.

—Otra cosa. No me gusta la botella de whisky. Es melodramático. Si el tipo quería morirse, ¿para qué necesitaba echar un trago?

—¿Para tranquilizarse? —sugerí.

—No, no necesitas ninguna excusa para beber —replicó Odessa—. Bebes porque te gusta, ¿y qué mejor ocasión? Te pones ciego antes de largarte. *Bon voyage* y todo eso.

—Sí, pero por lo que he oído decir, era un hombre que iba al grano. No le pega una puesta en escena tan complicada.

—Bebía —subrayé—. Un amigo suyo me dijo que las otras veces que desapareció había ido a un centro de rehabilitación, para desintoxicarse. Pero creo que había vuelto a las andadas hacía unos seis meses.

—Yo, en su lugar —dijo Odessa—, me habría metido un buen cóctel de fármacos. Seguro que tenía acceso a todo lo que se le antojara: hidrocodone, codeína, oxicodone, triazolán...

—Producen estreñimiento —dije, casi en un murmullo.

Jonah seguía con ganas de discutir.

—Los fármacos tardan en surtir efecto. Conocía la anatomía humana lo bastante bien para hacer un buen trabajo; por la trayectoria de la bala, y o os digo que allí se acabó todo.

—Demasiado jaleo para un hombre tan tradicional —dije—. Aunque sólo le eché un vistazo, me fijé en que llevaba traje, camisa de vestir y corbata.

—Y el cinturón de seguridad abrochado —añadió Jonah.

—Pues su matrimonio no tuvo nada de tradicional. Se casó con una fulana de Las Vegas, y eso es pasearse por el lado salvaje —dijo Odessa.

—Quizá no anduviera muy lejos. Fiona dice que tenía problemas de impotencia y que le daba por los objetos eróticos, la pornografía y cosas por el

estilo. A ella le daba asco. Dice que se negó a estar con él en la intimidad, y que fue entonces cuando conoció a Crystal.

Me metí en la boca el resto del sándwich y le robé a Odessa una patata frita.

—No encaja que no haya dejado ninguna nota —señaló Jonah—. Aunque estuviera desesperado, no era un tipo mezquino. Supón que no se hubiera encontrado nunca el coche. ¿Por qué dejar a todo el mundo colgado? Si quería suicidarse, sólo tenía que decir: «Lo siento, amigos, pero así están las cosas. No aguanto más y me voy». ¿Y por qué hundir el coche en el pantano? ¿Qué sentido tenía? En fin, mirémoslo ahora desde otro punto de vista. Digamos que alguien lo hizo por él. Le disparas con las ventanillas subidas para ahogar el ruido. Luego bajas tres para que el coche se hunda más deprisa; así te aseguras de que no quede ninguna bolsa de aire en el techo, para que el coche no flote. No sería tan difícil. Te lo cargas, sueltas el freno de mano, le das un empujón al coche y lo mandas alegremente a las profundidades.

—Lo que nos lleva directamente al punto de partida —dijo Odessa—. Considéralo asesinato y el hundimiento del coche tendrá mucho más sentido.

—El asesino cree que el coche está a siete metros de profundidad y que no lo encontrarán —apunté.

—Exacto. Ahora es cuando el guión se pone al rojo vivo. Encuentras el coche y el asesino tiene que enfrentarse a algo con lo que no contaba.

—Si estás buscando un motivo —dije—, oí decir que Crystal tenía un lío.

—¿Con quién?

—Con su monitor personal. Un tipo con el que trabajó hace ocho o diez meses.

Odessa miró su reloj.

—Tengo que irme. Le prometí a Sherry que le haría un recado. —Se puso en pie y recogió su caja de plástico y la de Jonah; Jonah quiso colaborar, pero el otro estaba ya en la ventanilla del local y dejó las cajas en el mostrador—. Nos veremos en el despacho.

—Yo también me voy. ¿Vas en la misma dirección? —me preguntó.

—Sí, si no os importa —dije; eché mano del bolso y caminamos en silencio—. ¿Cómo te van realmente las cosas?

—Mejor de lo que podría esperarse —repuso.

—Fantástico. Me alegro. Espero que todo salga bien.

—Algo que yo nunca te dije. Aprecio lo que hiciste por mí mientras estuvimos juntos. Me ayudaste a tener la cabeza en su sitio; no lo habría superado solo.

—No fue mi intención hacer una obra de caridad —repliqué.

—Pues así es como me siento, como si me hubieras hecho un grandísimo favor.

—Bueno, tú también me lo hiciste. —Me colgué de su brazo, pero lo pensé

mejor y me solté haciendo como que cambiaba el bolso de posición—. Todavía trabajo para Fiona, ¿sabes? Y le debo unas cuantas horas.

—¿Y?

—Bueno, había pensado aclararlo con Odessa, pero prefiero hablar contigo. Anoche estuve repasando mis notas, y estoy intrigada por el pasaporte de Dow y por los treinta mil que desaparecieron. Si consigo que Fiona me autorice a hacerlo, ¿te importa si lo investigo?

—Depende. ¿Qué te propones?

—No estoy segura. Para empezar, Crystal mencionó un apartado de correos. Fue suyo durante un tiempo, pero dice que dejó de pagarlo. Estaba convencida de que Dow seguía conservándolo para recibir la correspondencia bancaria, pero me pregunto si será verdad.

Me observó un momento.

—No puedo impedírtelo.

—Lo sé, pero no quiero pisarle el terreno a nadie.

—Entonces no la cagues. Si descubres algo, me lo cuentas enseguida. Y no manipules pruebas.

—Yo jamás manipularía pruebas —dije con aire ofendido.

—Ya. Ni tampoco mentirías.

—Bueno, a ti no. —Nos detuvimos en el cruce, en espera de que cambiara el semáforo. Lo miré de reojo; parecía cansado—. ¿De verdad crees que lo mataron?

—Trabajaremos sobre esa base hasta que aparezca otra teoría.

Volví al despacho. Fiona me había dejado un mensaje autorizándome a trabajar otras dos horas, pero nada más. Me senté en el sillón giratorio, con los pies en la mesa, y me balanceé un rato mirando el teléfono. No quería llamar a Crystal en plena crisis, pero no tenía alternativa. Por muy afligida que estuviera por Dow, yo tenía que hacer mi trabajo. Descolgué antes de que se esfumara el ímpetu. Marqué el número de la casa de la playa, porque imaginé que se habría refugiado en el sitio que más le gustaba. Al cabo de dos timbrazos, contestó Anica.

—Anica, soy Kinsey. Creí que habías vuelto a Fitch.

—Y volví, pero el inspector Paglia llamó esta mañana a Crystal para comunicarle que habían identificado el cadáver y que era el de Dow. Me llamó y vine enseguida. Le dije que me tomaría unos días libres, hasta el fin de semana que viene. Esto es más importante. Estaremos aquí hasta el domingo, y luego iremos a la otra casa a poner en orden las cosas de Dow.

—¿Qué tal lo lleva? —pregunté; oía murmullos al fondo y tuve la impresión de que Crystal andaba cerca.

Anica bajó la voz.

—Está fatal. La confirmación de lo peor la ha hundido. Rand dice que se vino abajo en el momento en que se enteró. Siempre decía que le había pasado algo, pero rezaba por estar equivocada.

—¿Y Leila? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Bueno, ya la conoces. Se metió en su habitación y puso la música a todo volumen, volviendo loco a todo el mundo. Discutió con Crystal, así que llamé a Lloyd y le pedí que se la llevara. Ahora hay una paz celestial.

—¿Y el funeral? ¿Va a celebrarlo?

—Lo celebrará el sábado, si puede. Tiene que anunciarlo en los periódicos y buscar un oficiante. Dow no era religioso, así que será más bien un homenaje. Acabo de llamar al tanatorio y dicen que tratarán de tenerlo todo preparado. Crystal quiere que lo incineren... y yo diría que no le queda más remedio.

—Creo que no.

—¿Qué le pasó? El inspector Paglia no dijo nada, pero supongo que se ahogó. El corazón me dio un brinco.

—Bueno, no lo sé. No he oído nada definitivo. Seguramente seguirán trabajando para determinarlo. ¿Puedo ayudaros en algo?

La pregunta sonó a falsa incluso en un oído tan acostumbrado a las mentiras como el mío, pero tenía que cambiar de tema.

—Por ahora no, pero gracias de todas formas. Tengo que dejarte, pero le diré a Crystal que has llamado.

—Ya que te tengo al teléfono, a ver si me aclaras algo. Crystal habló de un apartado de correos que tenía hace tiempo en la ciudad. Necesito el número y la ubicación.

—Espera un momento.

Anica cubrió el auricular con la mano y oí a lo lejos que hablaba con alguien. Me recordó los días que pasaba en la piscina municipal de pequeña y salía del agua con los oídos taponados. El efecto era el mismo. A veces pasaban horas antes de que se me despejaran.

Anica apartó la mano.

—Apartado quinientos cinco —dijo—. Dice que está en Mail & More, en Laguna Plaza. Compruébalo y cuéntale lo que descubras.

—Así lo haré.

Aún no había colgado el auricular cuando el teléfono se puso a sonar.

—Hola —dijo Mariah Talbot—. ¿Puedes hablar o quieres que nos veamos en alguna parte?

—Así está bien. El teléfono es seguro. Todo este rollo de espionaje barato me parece una idiotez, pero no puedo evitarlo. Gracias por llamar.

Busqué un bolígrafo y empecé a hacer garabatos en un papel..., un puñal goteando sangre y una sogá de verdugo, mi especialidad. A veces, hacer estos

garabatos me ayuda a poner en orden las ideas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Bien, te lo contaré.

Le describí la conversación de la noche anterior en el local de Rosie, cuando Henry había echado el cebo del joyero de Los Ángeles.

—¿Crees que Tommy picó?

—No lo sé. Pero pensé que sería mejor contártelo, ya que la última vez que hablamos te dije que no te ayudaría. Ahora está hecho, pero sólo porque Henry se entrometió.

—Muy oportuno por su parte. Viniendo de él, a Tommy no se le ocurrirá que es un engaño.

—Pero aún está lejos del anzuelo.

—No tan lejos. Necesitan dinero con urgencia y tienen la finca hipotecada hasta las cejas. Las joyas son sus únicos bienes. Tienen que venderlas para sobrevivir —aseguró—. Por cierto, ¿dónde terminaste con el *Principe Azul*? Espero que no fuera en la cama.

—Desde luego que no —dije—. Cancelé la cena y no le hizo ninguna gracia. Dijo que no importaba, pero le sentó mal. Ojalá supiera cómo librarme de él sin que se enfade.

—Pues buena suerte. No dejará que te salgas con la tuya. Tommy es un egomaniaco. El te dejará a ti, pero tú a él no.

—Es como una araña. Me acecha; vaya adonde vaya, allí aparece él. Me está sacando de quicio.

—¿Y qué esperabas? Los dos están como una cabra. Si quieres ver a Richard fuera de sí, pregúntale por Buddy y la bici.

—¿Por qué? ¿De qué va?

—Es una historia que oí cuando empecé a trabajar en esto. El tal Buddy jura que cuando tenían diez años ya competían por todo, y siempre estaban zurrándose. Jared pensó que debían aprender a compartir las cosas; les regaló una bici y les dijo que la utilizaran por turnos. Richard no quiso guardar turno, la escondió y le dijo a su padre que se la habían robado. La tuvo oculta durante semanas y jugaba con ella siempre que quería.

—¿Y no se enteró el padre?

—No, pero Tommy sí. Buddy, que era amigo de los dos, había visto a Richard con la bici. Buddy dice que Richard siempre le estaba pegando, y que una vez le rompió la nariz; así que Buddy se lo contó a Tommy para vengarse. Tommy esperó a que Richard estuviera fuera, se llevó la bici y la tiró por un puente.

—¿Y no le hicieron nada?

—Richard se figuró enseguida lo que había pasado, pero ¿qué podía hacer? Todavía le cabrea. Lo que les pasa a esos dos es que prefieren perderlo todo a que el otro tenga su mitad. Si compitieran por una chica, la chica terminaría

cadáver.

—Me estás animando. —Escribí FIN en el papel, con las letras en tres dimensiones, como los grafitos de los pandilleros—. Por suerte ya estoy fuera. Te llamé para que supieras lo que hay, por si alguno hace algún movimiento.

—Vamos. No puedes dejarme ahora con el trabajo a medio hacer. ¿Y la caja fuerte? Tienes que seguir hasta que la encuentres.

—Encuétrala tú. Yo paso de todo esto.

—Piensa en lo estupendo que será cuando les echemos el guante.

—¿A qué viene ese plural? El problema no es mío, sino tuyo.

Se echó a reír.

—Ya lo sé, pero no abandono la esperanza de convencerte.

—No, gracias. Encantada de haber tratado contigo. No estuvo mal —dije, y colgué.

Levanté los ojos del papel y vi a Richard Hevener en la puerta, con gabardina negra y botas negras.

Sentí la típica torridez fría de las insolaciones, un calor abrasador en la piel que me heló hasta los huesos. No sabía cuánto tiempo llevaba allí y no conseguía recordar si había pronunciado su nombre o el de Tommy al final de la conversación. No creía haber pronunciado el de Mariah.

—Hola —dije, tratando de mostrarme indiferente.

—¿Qué es esto? —preguntó; sacó un sobre del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa.

Mi carta planeó en el aire y aterrizó delante mí. El corazón empezó a darme saltos.

—Lo siento de veras —repuse—. Tendría que haberte llamado, pero me pareció feo, no sé por qué.

—¿Qué es lo que pasa?

—Nada. Es que no iba a resultar.

—«No iba a resultar». Y ya está.

—No sé qué más puedo decir. No quiero el local. Pensaba que sí, pero ahora he cambiado de opinión.

—Firmaste un contrato de arrendamiento.

—Lo sé, y te pido perdón por los inconvenientes...

—No se trata de inconvenientes. Hicimos un trato. —Su voz era desenfadada, pero implacable.

—¿Qué quieres que haga?

—Que cumplas las condiciones de arrendamiento que firmaste.

—¿Sabes una cosa? ¿Por qué no se lo comentas a mi abogado? Se llama Lonnie Kingman. Está al final del pasillo.

Ida Ruth apareció detrás de él.

—¿Va todo bien?

Richard la miró de reojo y luego me miró a mí.

—Todo va perfectamente —respondió—. Estoy completamente seguro de que encontraremos la solución idónea a este pequeño problema.

Salió de espaldas. Lo vi volverse hacia Ida, procurando no tocarla al pasar por su lado. Salió de mi campo visual, pero Ida Ruth siguió mirándolo.

—¿Qué le pasa a este tío? ¿Está mal de la cabeza o qué? Parece desorientado.

—No sabes de la misa la media. Si vuelve a aparecer, llama a la policía.

Cerré el despacho con llave y llamé al número tejano de Mariah para dejarle otro mensaje en el contestador. No sabía cuánto tardaría en oírlo, pero no me gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

Fui hacia el norte por la 101 hasta la salida de Little Pony Road, a cinco o seis kilómetros con poco tráfico. Recordé la conversación telefónica con Mariah, las bromas fáciles a costa de los hermanos Hevener. Casi me alegraba de no haber dado mi brazo a torcer. No tenía ni idea de lo que pensaba hacer Richard conmigo, pero supuse que su «solución perfecta» estaría en cualquier punto entre la demanda judicial y la muerte. Miré por el retrovisor para ver si salía algún coche al mismo tiempo que yo.

Laguna Plaza es un antiguo centro comercial en forma de ele, más elegante que muchos y completamente distinto de los inmensos estadios de venta al detalle que se construyen ahora. No tenía patios acristalados con árboles de tamaño natural, ni terrazas para comer, ni pisos comunicados por escaleras mecánicas. Aparqué el VW enfrente de Mail & More, una franquicia que gestionaba buzones privados, recepción y envío de correspondencia, fotocopiadoras, servicio de notaría, tarjetas comerciales y sellos de caucho. Estaba abierto las veinticuatro horas del día, toda la semana.

El interior constaba de dos grandes zonas, cada una con una entrada, y separadas por una pared de vidrio y una puerta también de vidrio. En la zona de la derecha había un mostrador, fotocopiadoras, objetos de escritorio y una empleada que se encargaba de los servicios de embalaje y correos. Por una puerta del fondo vi montones de cajas de cartón desmontadas de varios tamaños, rollos de plástico de burbujas para embalar, papel de envolver y cajas de espuma de relleno.

La empleada no estaba, pero había dejado una nota en el mostrador: CERRADO POR URGENCIA PARTICULAR. DISCULPEN LAS MOLESTIAS. VOLVERÉ EL LUNES. TIFFANY. Si Tiffany era como Jennifer, la urgencia particular sería una sesión de bronceado artificial y un arreglo de las uñas de los pies. Exclamé «yuuuj» y «hola» varias veces, para curarme en salud, mientras me tomaba la libertad de rodear el mostrador para inspeccionar la trastienda. Ni un alma a la vista. Volví al mostrador y esperé un momento, totalmente irritada. Cualquiera podía entrar y robar los objetos de escritorio. ¿Y si tenía que mandar un paquete o necesitaba urgentemente un notario?

Me acerqué a la pared de vidrio y miré la zona colindante: era una auténtica

colmena de buzones, con número y ventanilla de cristal, desde el suelo hasta el techo; en la pared del fondo había un buzón para el envío de cartas y paquetes pequeños. Aquella era la sección que permanecía abierta todo el día. Empujé la puerta de vidrio. Seguí el orden de los números y encontré el 505: quinta fila, quinta columna. Me agaché para mirar por la ventanilla de cristal. No se veían cartas, pero sí una parte de la sala del otro lado, en la que había un hombre distribuyendo las cartas que llevaba en la mano. Cuando llegué a mi columna, golpeé la ventanilla del 505.

Se inclinó para poner la cara a la altura de la mía.

—¿Puedo hablar con usted? —dije—. Necesito que me echen una mano.

Señaló a mi derecha.

—Vaya hacia el buzón.

Fuimos hacia allí, él por su lado de los buzones y yo por el mío. La ranura del buzón de envíos quedaba a la altura del pecho. Esta vez me acerqué y entreví las cartas amontonadas en el cajón de debajo. El hombre era mucho más alto que yo, y la diferencia de estatura lo obligaba no sólo a inclinarse, sino a poner la cabeza en un ángulo anormal.

—¿Qué problema hay? —preguntó.

Saqué una tarjeta comercial y se la pasé por la ranura del buzón para que supiese con quién estaba hablando.

—Necesito información sobre el apartado quinientos cinco.

Recogió la tarjeta y la miró.

—¿Para qué?

—Es una investigación por asesinato.

—¿Trae alguna citación?

—No, no traigo ninguna citación. Si la trajera no haría preguntas.

Me devolvió la tarjeta.

—Hable con Tiffany. Es su departamento.

¿Su departamento? Había dos. ¿De qué estaba hablando?

—No está. Ha dejado una nota diciendo que no volverá hasta el lunes.

—Pues tendrá que volver entonces.

—No puedo. Tengo que declarar ante el juez. No tardaré ni medio segundo — dije—. Por favor, por favor, por favor.

Parecía desconcertado.

—¿Qué quiere?

—Sólo necesito echar un vistazo al contrato para ver quién lo tiene en alquiler.

—¿Por qué?

—Porque la viuda piensa que ha podido recibir material pornográfico en esta dirección y yo creo que no es verdad. Lo único que quiero saber es quién suscribió el contrato.

—No me está permitido revelarlo.

—¿Y no podría hacer una excepción? Quizá sea importante. Piense en todo el sufrimiento que se ahorraría la pobre mujer.

Vi que miraba al suelo. Debía de andar por los cuarenta años, demasiado mayor para aquel oficio. Imaginé su forcejeo interior. Por una parte, las normas eran las normas, aunque personalmente sospechaba que ninguna normativa contemplaba mi petición. No era funcionario público y su trabajo no requería ninguna autorización. Ejecutivo de clasificación de correspondencia. Tenía suerte si le pagaban más del salario mínimo.

—Acabo de hablar con la policía —añadí—; les he explicado que iba a hacer esto y me han dicho que adelante. —No respondió—. Le daré veinte dólares.

—Espere.

Desapareció durante un tiempo que se me hizo interminable. Saqué el billete de veinte dólares de la cartera, lo doblé en sentido longitudinal, formé una V con él y lo puse a caballo en la ranura del buzón, pensando que moralmente era más discreto dejarlo allí que ponérselo en la mano. Me apoyé en la pared, con la atención puesta en la entrada. Tuve una rápida fantasía en la que Richard Hevener entraba con el deportivo haciendo añicos las paredes y aplastándome contra la pared como si fuera un maniquí. En las películas, los personajes siempre se las apañan para apartarse del camino de los trenes que entran fuera de control en las estaciones, o saltan de lado ante los aviones que hacen aterrizajes forzosos en los aeropuertos y ante los autobuses desnortados que se suben a la acera. ¿Cómo se preparaba una en la vida real para dar esos saltos?

—¿Señora?

Me volví. El hombre había reaparecido y el billete ya no estaba. Llevaba el contrato de alquiler, pero escondido en la espalda, como si le intranquilizara mostrarlo. Esperé a que su cara estuviera a mi altura y le hice unas preguntas sencillas, para animarlo. Es lo que llamamos « calentamiento detectivesco » .

—¿Cómo se contratan estos apartados? ¿Se viene aquí y se paga por todo un año?

—Algo así. También puede hacerse por correo. Dejamos un aviso en el apartado cuando llega el momento de pagar la cuota.

—¿Se paga en metálico?

—O con talón nominativo. Valen las dos formas.

—¿Entonces es posible que quien contrata el apartado ni siquiera aparezca por aquí?

—La verdad es que vemos a muy pocos. No nos preocupa quiénes sean mientras paguen puntualmente. He visto que algunos clientes utilizan sobres con membrete, como si aquí tuvieran una empresa con sucursales. Es para reírse, pero la verdad es que nos da lo mismo.

—Apuesto a que sí. ¿Puede pasar el contrato por la ranura para que pueda verlo? Es una investigación legal; me tomo muy en serio estas cosas.

—No. No quiero que lo toque. Puede usted mirarlo durante treinta segundos, pero no puedo hacer más.

—Genial.

Pero ¿en qué mundo vivimos? ¿Sobornas a un tipo con veinte dólares y todavía tiene escrúpulos?

Me puso delante la cartulina, un poco inclinada para que pudiese verla. No dejaba de mirar el reloj, contando los segundos. Vaya plan. Poco sabía aquel tipo que de pequeña era la campeona de ese juego de las fiestas de cumpleaños en el que la madre de la homenajeadada pone varios objetos en una bandeja y luego los cubre con un paño. Todos los asistentes a la fiesta se arremolinan alrededor. Doña Mamá levanta el paño durante treinta segundos para que podamos ver y memorizar los objetos. Yo siempre ganaba, sobre todo porque los objetos eran siempre los mismos: una horquilla, una cuchara, un bastoncito para los oídos y una bola de algodón. Yo utilizaba los treinta segundos para tomar nota de los objetos nuevos o inesperados. La única parte triste de la competición era el trofeo, que consistía normalmente en un frasco de plástico lleno de agua jabonosa, con tubo de soplar incorporado.

El contrato de alquiler era para párvulos y asimilé la información en los dos primeros segundos. La firma parecía de Dow, pero no era su mano la que había puesto la fecha. Aquella letra de molde con «tes» inclinadas e «ies» de trazo grueso era de Leila. Vaya, vaya, vaya.

—Otra tontería más —dije—. ¿Podría escupirse en el dedo y pasarlo por encima de la firma?

—¿Por qué?

Aquel tipo era peor que los niños de cuatro años.

—Porque no estoy segura de si se firmó con bolígrafo o se utilizó una fotocopia.

Frunciendo el entrecejo, se chupó el dedo y frotó la firma. La tinta no se corrió.

—Ajá —dijo.

—¿Cómo se llama?

—Ed.

—Pues bien, Ed. Su ayuda no ha sido en vano. Muchas gracias.

Volví al coche y estuve unos momentos meditando las consecuencias y llegando a la conclusión de que Leila había interceptado el aviso de renovación del alquiler del apartado. Crystal me había explicado que los extractos del Mid-City Bank se enviaban a aquel apartado. Era muy probable que Leila hubiera escrito al banco, quizá con el papel timbrado de Pacific Meadows, falsificando la firma de Purcell o empleando una fotocopia, y solicitado que enviaran los balances de la cuenta al 505. Recorrí con la mirada la fachada del establecimiento. Le habría resultado muy fácil pasar por Mail & More al subir de

la escuela hacia su casa.

Encendí el motor y salí del aparcamiento. Cuando llegué a la calle, vi que la sucursal del Mid-City Bank de Laguna Plaza estaba en la esquina de enfrente. Incluso desde allí se veía el cajero automático que había utilizado para desangrar la cuenta. Lo único que necesitaba realmente era la tarjeta del banco y el número secreto de la cuenta, que Dow probablemente guardaría en el escritorio de su domicilio.

Fiel a mi palabra, llamé a Jonah por teléfono en cuanto llegué al despacho.

—Teniente Robb. ¿Diga?

—Soy Kinsey. Si pasamos por alto los métodos que he empleado, te contaré lo que he descubierto. Juro que no he tocado nada. Todo ha quedado como estaba.

—Acepto.

Le conté la excursión a Mail & More, haciendo hincapié en la conducta de Leila y pasando por alto la mía.

Jonah apenas hablaba, pero seguro que estaba tomando notas.

—¿Dónde está ese apartado postal?

—En Mail & More, de Laguna Plaza. El número es el quinientos cinco.

—Lo comprobaré —dijo—. Qué retorcido.

—Mucho —dije, dando por sentado que hablaba del comportamiento de Leila.

—¿Sabes dónde está en estos momentos?

—Creo que en casa de Lloyd, pero será mejor que lo compruebe. Leila tiene una amiga llamada Paulie, una tía que conoció en el Tribunal de Menores..., creo que en julio hizo un año. Paulie ya había tenido problemas. Se me ha ocurrido que a lo mejor planeaban escaparse juntas. Sería interesante comprobar el historial de Paulie para ver lo que ha hecho.

Me dijo que lo miraría y colgó. Yo ya me sentía culpable. Lo que menos necesitaba Crystal era que acusaran de hurto mayor a su única hija.

Volví al coche y fui a casa de Lloyd. De todas formas, tenía cosas que preguntarle, y aquello me daba una excusa. Si Leila había decidido fugarse, poco podía hacer yo, pero tampoco le perjudicaría que la vigilara discretamente.

Al aproximarme a la casa en forma de A vi que las luces estaban encendidas. Subí por el camino de acceso, aparqué y bajé del coche. Lloyd estaba trabajando en el pequeño garaje independiente. Había abierto el motor de su descapotable y tenía las manos manchadas de grasa. Me miró sin expresión, como si fuera cosa de todos los días verme plantada en su puerta. No sabía qué estaría haciendo en las entrañas del vehículo; cosas de hombres, sin duda. Llevaba tejanos de pernera recortada, una camiseta vieja y sandalias. Tenía un pegote de suciedad en un cristal de las gafas y ya no llevaba el pendiente con la

calavera y las tibias.

—Usted es Millhone —dijo, más para sí que otra cosa.

—Y usted Lloyd Muscoe.

—Me alegro de que hablemos con claridad.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió acercarme. Espero que no le importe.

¿Está Leila?

Esbozó una breve sonrisa.

—Depende de lo que quiera.

Observé el motor abierto, que parecía compuesto de partes a punto de explotar. Yo ya sabía ponerme sola la gasolina; esa era mi primera gran hazaña como conductora.

—¿Qué le pasa al coche?

—Que yo sepa, nada, salvo que está viejo y cansado. Estoy cambiando el aceite, poniéndole bujías nuevas y cosas así.

—Una puesta a punto.

—Más o menos. Tengo que irme dentro de un par de días.

Se inclinó, sacó una cosa retorcida, la limpió con un trapo y la puso otra vez en su sitio. Luego ajustó algo que estaba debajo, entre los órganos principales.

—¿Adónde?

—A Las Vegas —repuso—. Pensaba pedirle a Crystal que me dejara llevarme a Leila. ¿Usted qué dice? —preguntó; en realidad no me pedía consejo, sólo lo había dicho por darme conversación mientras seguía con su trabajo.

—No creo que acepte.

—Con ella nunca se sabe. Está harta de los problemas de Leila.

—Eso no significa que la vaya a echar a la calle —repliqué. Esperé a que contestara, pero en vista de su silencio, añadí—: ¿Cree que otra mudanza será beneficiosa para Leila?

—Al menos en Las Vegas se portará como es debido. Detesta esa escuela a la que va. No hay más que niñas mimadas de buena familia. Es tirar el dinero.

—Leila lo detesta todo.

Negó con la cabeza.

—Necesita que la vigilen, eso es todo. Alguien como yo, que no le permita salirse con la suya siempre que le dé la gana.

—Límites y fronteras.

—Eso mismo.

—Así funciona Fitch, y hasta ahora no le ha servido de nada.

—Mucha zanahoria y poco palo.

—¿Y qué opina Leila?

Me miró con dureza.

—Las opiniones no cuentan aquí. Es cabezota y vaga; si por ella fuera, se pasaría la vida tumbada y viendo la tele. Crystal ha intentado ganarse su amistad

por todos los medios y no ha servido de nada. Los niños necesitan padres, no amiguetes.

Mantuve la boca cerrada. Crystal no dejaría que se fuera, pero yo no había ido para discutir con él.

—¿Acabará de decirme a qué ha venido?—preguntó al cabo, con sarcasmo.

—Pues claro que sí —repuse—. Tengo entendido que Purcell vino a hablar con usted hace unos cuatro meses. Me gustaría saber por qué.

—Había oído decir que Crystal tenía un lío extramatrimonial y había dado por sentado que era conmigo. Lástima que no pudiera decirle que era así. Habría tenido la pequeña satisfacción de darle en la cara.

—No era con usted.

—Me temo que no.

—¿Cuánto tiempo estuvo casado con ella?

—Seis años.

—¿Años malos? ¿Buenos?

—Yo pensaba que buenos, pero, como suele decirse, el marido es el último en enterarse.

—He oído decir que la relación entre ustedes era poco estable.

Se detuvo y se apoyó en el guardabarros mientras se limpiaba las manos.

—Teníamos química. Fuego y paja. En cuanto nos juntábamos, saltaba la chispa. ¿Qué tiene eso de malo?

—¿No saltaban chispas con Purcell?

—¿Bromea? Por lo que sé, era un perverso. Tuvo que ser la gran sorpresa de su vida. Se casa con él pensando que es la respuesta a sus plegarias y resulta que bebe como una esponja y que sólo se le pone tiesa si ella se calza unas botas de tacón alto y le atiza en el culo con un látigo. No me extraña que ella le pusiera los cuernos. Puede que yo le diera algún cachete, pero nunca hice nada parecido.

—¿A usted le fue fiel?

—Que yo sepa, sí. Yo no aguanto esas faenas.

—¿Qué tal se llevaba usted con Purcell?

—Considerando que se llevó a mi mujer, nos llevábamos bastante bien.

—¿Recuerda dónde estaba usted?

Sonrió y negó con la cabeza.

—¿La noche que se dio el chapuzón? Ya lo he contado. La policía estuvo aquí ayer.

—¿Qué les dijo?

—Lo mismo que le estoy diciendo a usted. Yo estaba trabajando aquel viernes, la noche del día 12. Estuve haciendo pruebas con un taxi..., consta en los libros de la compañía. Leila estaba aquí con su amiga Paulie, viendo vídeos. Crystal la recogió el domingo por la mañana, como de costumbre. Pregúnteselo a ella si no me cree.

Lo miré fijamente un momento.

—¿Qué le ha pasado al pendiente?

—Me lo quité para una entrevista, hace unos meses. No quería que el tipo pensara que era maricón.

—¿Le dieron el trabajo?

—No.

—¿Por eso vuelve a Las Vegas, para que cambie la suerte?

—Yo tengo una teoría. ¿Las cosas van mal? Recuerda el último sitio donde fuiste feliz y vuelve allí.

En un arranque de culpabilidad, dediqué todo el viernes a otros clientes. No sucedió nada emocionante, pero al menos gané para las deudas.

El servicio fúnebre por el doctor Dowan Purcell se celebró el sábado a las dos de la tarde, en la capilla presbiteriana de West Glen Road, en Montebello. Me puse el vestido multiuso negro y los zapatos de igual color y me presenté en el lugar a las dos menos cuarto. La capilla era estrecha, con altas paredes de piedra, techo de vigas y cincuenta bancos divididos en dos secciones de veinticinco. El día era húmedo y gris y las seis vidrieras emplomadas, con matices de granate y añil, reducían la escasa luz a una lúgubre oscuridad. No sé mucho de la fe presbiteriana, pero aquella atmósfera me bastaba para borrar me de entre los predestinados.

A pesar de que sólo había asistentes con invitación, se congregó una numerosa multitud que llenó la capilla. Los amigos de Crystal estaban sentados a un lado, y los de Fiona al otro. En algunos casos, la decisión parecía fácil. Por ejemplo, Dana y Joel ocuparon su lugar sin más ceremonias, evitando deliberadamente a la segunda esposa de Dow en señal de fidelidad a la primera. Los que tomé por conocidos comunes parecían debatirse, y se consultaban en voz baja antes de colarse en un banco. Mientras llegaban los rezagados, un organista invisible interpretaba su selección de melodías desconsoladas, algo parecido a Los Cuarenta Principales en versión fúnebre. Aproveché la ocasión para meditar sobre la brevedad de la vida y para preguntarme si Richard Hevener estaría pensando en abreviar la mía. Mariah Talbot no parecía muy alarmada cuando me llamó. Según ella, los hermanos Hevener no se arriesgarían a cometer otro homicidio habiendo transcurrido tan poco tiempo desde los primeros. No sonaba muy tranquilizador.

Crystal se había encargado de los preparativos a toda velocidad, y se notaba. Supongo que organizar un funeral es como organizar cualquier otro acontecimiento social. Unas personas saben hacerlo y otras no. Aquel resultaba

extraño porque no había ataúd, ni urna, ni arreglos florales. El anuncio del periódico sugería a los asistentes que, en vez de flores, dieran dinero a la beneficencia pública en nombre del doctor Purcell. No había ni siquiera una foto suya.

A la hora de sentarme tuve un pequeño conflicto interior. Crystal me había pedido que asistiera, pero habida cuenta que todavía trabajaba para Fiona, me sentía fiscalmente obligada a sentarme en su lado de la iglesia. Me situé en el último banco, al lado del pasillo, con lo cual disponía de una vista panorámica. La hija mayor de Fiona, Melanie, había llegado de San Francisco y acompañaba a su madre por el pasillo con tanta solemnidad como un padre que llevara a su hija al altar. Fiona, como es lógico, iba de luto: traje de lana con botones de pasta en la chaqueta y la falda hasta media pantorrilla. Llevaba los rizos aplastados por un sombrero de terciopelo negro y un velo que recordaba el antifaz del Llanero Solitario. Vi que se apretaba la boca con un pañuelo, pero bien podía estar fijándose el carmín en lugar de enjugarse las lágrimas. El cabello de Melanie, como el de su madre, era negro, aunque su estilo era de lo más serio, teñido con alheña y con un espeso e implacable flequillo. Era más alta y más maciza que Fiona, y vestía un traje pantalón gris oscuro y botines negros.

Blanche las seguía por el pasillo con su ancho vestido de premamá. Se movía despacio, sujetándose la barriga con las dos manos, como para mantenerla en su sitio. Andaba tan cuidadosamente como quien lleva un tazón de sopa y no quiere que se le derrame. Su marido, Andrew, iba junto a ella, avanzando al mismo ritmo. Habían dejado a los niños en casa y todos nos regocijábamos por ello.

La señora Stegler, de Pacific Meadows, se sentó delante de mí; traje marrón, zapatos masculinos marrones y el estropajo de rizos rojos. Había además muchos hombres con aspecto de médicos y vestidos de luto, y algunos ancianos que supuse que serían antiguos pacientes del doctor Purcell.

Crystal y Leila estaban sentadas en el primer banco del otro lado del pasillo. Crystal llevaba un sencillo vestido negro, y la cascada de pelo rubio le daba un aspecto de desaliño elegante. Parecía cansada, hacía mala cara y tenía ojeras. Leila había cambiado lo extravagante por lo extraño: vestido negro de látex con falda negra de lentejuelas. Llevaba el corto pelo, entre rubio y blanco, levantado como si se hubiera erizado por la electricidad estática al peinarse. Jacob Trigg, con traje y corbata, entró en la iglesia ayudándose de las muletas. Se metió en un banco del lado de Fiona, cerca de la puerta. Anica Blackburn apareció entonces y me sonrió con rapidez antes de sentarse en el banco que había delante del mío. Se oían los habituales murmullos y alguna tos ocasional. Miré el programa, preguntándome cómo se las había arreglado Crystal para que lo imprimieran con tanta rapidez. En total, nos aguardaban una antología de himnos, la doxología, dos oraciones, un avemaría cantada, el panegírico y dos himnos más.

Llegó una rezagada, una mujer de pelo semirrubio a la que reconocí tras

echarle un segundo vistazo: Pepper Gray, mi enfermera favorita. La vi quitarse el abrigo y recorrer de puntillas el pasillo más o menos hasta la mitad, donde se detuvo hasta que un hombre se levantó para dejarla pasar. Andaba como si todavía llevara suelas de crepé.

El ministro apareció con una toga como la de los jueces, acompañado por su alguacil espiritual, que reprodujo, en tono de salmodia, lo que se oye en los juicios: «Pónganse en pie». Nos levantamos y cantamos. Nos sentamos y rezamos. Mientras todos teníamos la cabeza inclinada, yo reflexionaba sobre el estado de mis pantalones y el desgobierno de mi alma. No sé por qué no pueden fabricar pantalones que se queden en su sitio. En cuanto a mi alma, habría que considerar un tanto irregular mi primera educación religiosa, ya que me expulsaron de todas las escuelas dominicales a las que fui. Mi tía Gin no se había casado y no tenía hijos propios. La muerte de mis padres me puso inesperadamente bajo su tutela y se dedicó a criarme sin ninguna experiencia, estableciendo las normas sobre la marcha. Desde el principio obró con el convencimiento de que a los niños hay que decirles la verdad, así que obtuve largas y sinceras respuestas a las preguntas más sencillas, la primera de las cuales fue por el origen de los niños.

Mi experiencia catequística más desagradable se produjo durante la primera Navidad que pasé con ella, cuando tenía cinco años y medio. Debí de sentirme obligada a inculcarme alguna doctrina religiosa y me llevó a una iglesia baptista que había cerca del remolque donde vivíamos. La lección de aquel domingo por la mañana versaba sobre María y José, a los que descalifiqué al momento. Por lo que yo entendí, los padres del pobre niño Jesús habían sido unos vagos con tan poco sentido común que lo habían parido en un pesebre. Cuando mi catequista, la señorita Nevely, explicó a mis pequeños compañeros cómo había concebido María al niño, debí de ser la única alumna presente que sabía lo mucho que se equivocaba. Levanté la mano. La señorita me invitó a hablar, encantada de mis ganas de contribuir a la clase. Todavía recuerdo cómo le cambió la cara cuando le detallé la doctrina de la concepción según tía Gin.

Cuando tía Gin pasó a recogerme me encontró en la calle, con una nota prendida al vestido con un alfiler en la que se me prohibía decir una sola palabra hasta que llegaran para llevarme a casa. Por suerte no hubo ningún castigo. Mi tía me hizo un bocata con pan blanco, mantequilla y salchichas de bote, y yo me senté en el escalón de la caravana y me lo comí. Mientras jugaba sola al croquet en nuestro pequeño patio, la tía Gin llamó a todos sus amigos, hablando en voz baja y riéndose mucho. Sabía que le había hecho gracia, pero no por qué.

Cuando el ministro subió por fin al púlpito, hizo los típicos comentarios aplicables a todos los difuntos menos a los más depravados. Terminó el servicio y la gente empezó a desfilar hacia la salida. Me quedé al lado de la puerta, esperando hablar con Fiona antes de que se fuese. Quería concertar una cita para

concretar con ella los detalles de nuestra relación laboral. Finalmente la vi, apoyándose en Mel, que andaba junto a ella. Melanie debió de imaginar quién era yo porque me dirigió una mirada de aviso mientras conducía a su madre hacia el aparcamiento.

Anica me rozó el brazo.

—¿Vienes a la casa? Algunos van a pasar por allí.

—¿Estás segura de que es oportuno? No quiero entrometerme.

—No te preocupes. Crystal me dijo que te invitara. Estaremos en la playa.

—Me gustaría.

—Muy bien. Allí nos veremos.

El aparcamiento se vació lentamente. La muchedumbre se dispersó como si saliera del cine, deteniéndose a charlar mientras partían los vehículos. Fui a mi coche y me uní a la corriente. El cielo se estaba despejando y un pálido indicio de sol parecía filtrarse entre las nubes.

La casa de la playa estaba sólo a tres kilómetros de la iglesia. Debí de ser la última en llegar, porque el arcén de grava de Paloma Lane estaba completamente lleno de coches de lujo. Me apoderé del primer hueco que vi, cerré el coche con llave y anduve hacia la casa. La horcajadura de los pantis se me había bajado ya hasta la mitad del muslo. Me los subí dando un pequeño brinco. Por diez centavos me los habría quitado y los habría tirado entre los arbustos.

Cuando doblé por el camino del aparcamiento vi el mismo coche de época que había visto en Pacific Meadows. Me detuve e inspeccioné la zona con disimulo, para asegurarme de que no me veía nadie. La fachada trasera no tenía ventanas, y el camino por el que había llegado estaba momentáneamente vacío. Rodeé el vehículo y leí la marca del fabricante en el guardabarros derecho. Era un Kaiser Manhattan; en mi vida lo había oído. Las cuatro puertas estaban cerradas, y en los asientos traseros no había nada de interés.

Habían dejado abierta la puerta de la casa y el ruido que salía por ella no se diferenciaba mucho del de una fiesta corriente. La muerte modifica las relaciones entre familiares y amigos. Los vivos tienden a unirse sirviéndose de la comida y la bebida a modo de bálsamo para mitigar el dolor. Suele haber risas. No sé por qué, pero sospecho que es parte integral del proceso de curación, el talismán del doliente.

Habría unos sesenta invitados. A la mayoría los había visto en la iglesia. Las puertas de cristales que daban a la terraza estaban abiertas y se oía el constante batir del oleaje. Un caballero con chaquetilla blanca se movía de aquí para allá con una bandeja, y se detuvo a ofrecerme una copa de champaña. Le di las gracias y me apoderé de una. Descubrí un lugar bajo las escaleras y sorbí champaña mientras buscaba al hombre del bigote y el pelo espeso y plateado.

Jacob Trigg llegó después que yo y se detuvo al borde de la multitud. Muchos

afligidos estaban ya enfrascados en animada conversación y la idea de entrometerse en cualquiera de aquellos grupos sin duda le intimidaba.

—¿Conoce a esta gente?—preguntó Trigg.

—No, ¿y usted?

—A unos cuantos. Me he enterado de que fue usted quien encontró a Dow.

—Lo hice, y siento que haya muerto. Tenía la esperanza de que hubiera huido a Sudamérica.

—Yo también —coincidió Trigg, con una débil sonrisa.

—¿Alguna vez le contó Dow algo de un dinero desaparecido de su cuenta corriente?

—Sé que se dio cuenta. El director del banco acabó preocupándose y le envió el saldo con un signo de interrogación. Dow le dio las gracias, dijo que sabía de qué se trataba y que se encargaría del asunto. En realidad no tenía ni idea de lo que pasaba. Al principio supuso que había sido Crystal, ya que los extractos se enviaban al apartado de correos de su mujer.

—¿Le preguntó a ella?

—No por el dinero. Le preguntó por el apartado de correos. Ella le dijo que hacía cosa de un año que no lo utilizaba. Él no quiso presionarla hasta haber investigado. Tenía que ser alguien de la casa, porque ¿quién más podía tener acceso a la tarjeta de crédito y al número secreto de la cuenta?

—¿De quién sospechaba?

—De Crystal y de Leila, aunque podía haber sido Rand. Es evidente que fue eliminando sospechosos, pero no quería decir nada hasta estar completamente seguro. Crystal y él habían discutido tanto por culpa de Leila que lo había amenazado con abandonarlo; si Dow tenía un problema con Leila, que lo resolviera él solo. Por supuesto, cuando le llegó el turno a Rand, Crystal se puso hecha una furia. No quiso seguir. También por Rand se habría armado la gorda.

—¿Por qué?

—Es de la única persona de quien Crystal se fía para que esté con Griff. Sin Rand, ¿dónde está su libertad? Hiciera lo que hiciese, Dow estaba atado de pies y manos.

—¿Y por qué no canceló la cuenta?

—Estoy seguro de que lo hizo.

—¿Llegó a descubrir quién había sido?

—Si lo averiguó, no me dijo nada.

—Lástima. Como el pasaporte no aparecía, la policía imaginó que se había ido por decisión propia. No sé por qué Crystal no les puso al corriente de lo que pasaba.

—Quizá no lo supiera. A lo mejor Dow pensó que no valía la pena correr el riesgo de investigar.

—¿Y permitir que alguien se quedara impunemente con sus treinta mil pavos?

—¿Papá?

Nos volvimos. Una mujer con una gruesa trenza rubia que le llegaba hasta media espalda estaba detrás de nosotros. Rondaba los cuarenta, iba sin maquillar y llevaba jersey largo de algodón, falda campesina y sandalias. Parecía de esas mujeres que nunca se depilan las piernas, aunque no quise comprobarlo. Era demasiado lista para llevar pantis, y le di unos cuantos puntos por eso. Los míos se me estaban cayendo otra vez; en cualquier momento me llegarían a las rodillas y tendría que andar cojeando.

—Le presento a mi hija Susan.

—Mucho gusto en conocerla —dije.

Nos dimos la mano y los tres nos quedamos hablando un rato hasta que Susan se colgó del brazo de su padre.

—Espero que no le importe que nos vayamos —se excusó—. Hay demasiados ricos para mi gusto.

—Cree que estoy cansado, y tiene razón —confesó Trigg—. Hasta pronto.

—Eso espero.

Tan pronto como se fueron, dejé la copa y busqué el lavabo más cercano. La puerta estaba cerrada. Probé a girar el pomo, pero habían cerrado por dentro. Esperé apoyada en la pared para ser la primera de la cola. Oí la cisterna, y luego el grifo de la pila. Al poco rato se abrió la puerta y salió el hombre del bigote y el pelo plateado. Me sonrió educadamente y se alejó.

Me encerré en el lavabo e hice mis necesidades. Tras subirme los pantis por encima del ombligo, como una faja, salí y busqué un lugar en las escaleras: el tercer peldaño desde la cima, el punto perfecto para observar a los asistentes. Rand paseaba con Griffith en la cadera. El niño llevaba un traje de marinero azul celeste, y Rand reproducía moviendo los labios el monólogo imaginario de Griff como si este fuera el muñeco de un ventrilocuo. No vi a Leila, aunque supuse que andaría por la casa. Crystal no toleraría que le boicoteara el acto.

Los encargados de la comida habían terminado de servir un bufé frío de pechugas de pollo, ensalada de tres clases, espárragos en lata, huevos duros con salsa picante y cestas de panecillos. Junto a la mesa había ya pequeños grupos, aunque ninguno se atrevía a ser el primero. En circunstancias normales, ya haría un buen rato que me habría ido de la casa, pero me intrigaba el hombre del pelo plateado. Lo vi volver al salón, esta vez en compañía de una morena demacrada que llevaba una copa de vino en una mano y se enlazaba con la otra al brazo del hombre. Vestía una blusa de malla negra y manga larga y un ajustado pantalón de cuero negro ceñido por un ancho cinturón de plata. Los tacones de aguja de sus botas parecían mondadientes de doce centímetros. Era una indumentaria más apropiada para trabajar en las esquinas que para asistir a un velatorio. Y, aunque esbelta, no lo era tanto como para estar por encima de las revelaciones despiadadas. Su liposucccionista debería haberle quitado otro kilo de grasa de las cartucheras.

Parecía alerta y no dejaba de mirar a su alrededor con nerviosismo. Su sonrisa, cuando aparecía, era insegura y no acababa de llegar a los ojos. No debería utilizar este vocabulario, pero tenía el «aura» oscura; casi podía ver el campo magnético que la rodeaba. Estaba crispada, lista para el combate. ¿Qué estaba pasando allí? El hombre parecía conocer a mucha gente. Relajado y tranquilo, hablaba primero con un grupo y luego con otro, mientras ella seguía

colgada de su brazo. En contraste con el conjunto de puta que lucía su pareja, él vestía traje de buen corte, de un azul oscuro tradicional, camisa azul claro y corbata de un matiz parecido. Le eché casi sesenta años, aunque era de esos hombres que envejecen bien, delgado y de aspecto saludable. Tenía que ser médico. No se me ocurría qué otro motivo podría haberle llevado a Pacific Meadows a medianoche, aparte de echar un polvo improvisado con Pepper Gray.

Murmuró algo a la mujer y se puso en la cola de la cena, recogiendo la bandeja y la servilleta con los cubiertos. Aunque ella se colocó detrás de él, no se hablaron. Lo vi servirse hasta llenar la bandeja, mientras su amiga se servía un par de hojas de lechuga y cuatro espárragos. El hombre fue a sentarse en el único sitio libre que quedaba en el sofá; dejó la copa de vino y la bandeja en la mesa del servicio y se puso a comer. Cuando su amiga fue a reunirse con él, no había sitio para ella en el sofá. Se quedó en pie un momento, esperando que él se apartase para hacerle un hueco; pero el hombre estaba concentrado en la comida y la mujer no tuvo más remedio que sentarse sola en una silla, algo alejada. Se puso a comer para disimular la contrariedad, aunque nadie parecía haberse dado cuenta. El camarero iba de un lado para otro con una botella de Chardonnay. La mujer levantó los ojos con brusquedad y le enseñó la copa, que el otro llenó generosamente.

Advertí movimiento a mis espaldas y me volví. Anica bajaba por la escalera. Se detuvo un momento para mirar desde la barandilla. Como de costumbre, vestía con buen gusto pero sin que se notara: camisa blanca de manga larga, pantalón negro de pata de elefante y unos mocasines negros tan blandos que parecían zapatillas. Se había puesto espuma en el pelo caoba y se había hecho un copete, con los aladares peinados hacia atrás.

—Buen sitio para sentarse. ¿Has comido ya?

—Dentro de un rato, cuando terminen los de la cola. Aprovecho para mirar a la gente. ¿Quién es aquel hombre de pelo plateado que está en el sofá? El del traje azul oscuro.

Anica siguió la dirección de mi mirada.

—Es Harvey Broadus. Joel y él deben de haberse repartido los honores. Joel y Dana han ido al club de campo, donde Fiona ha recibido a los suyos. Harvey ha venido aquí. De esta manera nadie puede acusarlos de favoritismos.

—¿Quién es la mujer del pantalón de cuero?

—Celine, la mujer de Harvey. Veinteañera. La dejó hace ocho meses, pero se lo ha pensado mejor.

—Ah, sí. Crystal me contó que estaba en medio de un divorcio muy desagradable.

—«Estaba», efectivamente. Supongo que costaba demasiado y ha preferido vivir con ella a que le arranque la piel a tiras. Es un capullo, pero a veces me da

lástima. Ella bebe como una esponja. Se pasa casi todo el año entrando y saliendo de la Betty Ford. El resto del tiempo se va de viaje a lugares de lujo, a La Costa o al Golden Door. Sólo quiere lo mejor.

—¿Es que las personas casadas no son felices nunca?

—Claro que sí. Lo que pasa es que pocas lo son con el cónyuge con el que se han casado. —Vi que miraba a otra parte—. Ah, ah. Será mejor que baje. Luego hablamos.

Anica pasó por mi lado y bajó al salón. Miré hacia la puerta principal y vi a Pepper Gray. Anica la vio también y se dirigió hacia ella. Cambiaron un educado saludo. Anica echó mano de su abrigo e hizo una seña al camarero, que viró hacia ellas con una bandeja llena de copas de champaña. Sin la cofia y el uniforme blancos, Pepper parecía más pacífica y bonita y menos una mujer que prestaba primeros auxilios extramatrimoniales. Miré a mi amigo del pelo plateado, preguntándome si la habría visto al mismo tiempo que yo. Pepper avanzó por el salón. Los dos tenían que saber que ambos estaban allí, pero ninguno prestaba la menor atención al otro y no cambiaron saludos de ninguna clase.

Celine alzó la cabeza, se puso rígida y dejó en la bandeja un tenedor con espárrago. Anica se colgó del brazo de Pepper y la condujo hacia las puertas correderas y la terraza. La cabeza de Celine giró sobre su eje; tenía la mirada helada y fija. Observaba a Pepper con la cautela del conejo que sabe que la zorra está cerca. O sabía que su marido se la pegaba, o tenía un radar extraordinario, aunque probablemente había un poco de las dos cosas. No me costó adivinar la dinámica. Él se iba con otras porque ella era alcohólica y ella bebía porque él se iba con otras. En aquel momento se levantó y salió del salón.

Esperé en las escaleras hasta que sirvieron los postres en un extremo de la mesa y me puse en la cola del bufé, que había encogido considerablemente. No es que tuviera más hambre que otras veces, pero había quedado libre un sitio al lado de Harvey Broadus y quería aprovechar la ocasión. Me apresuré a llenar la bandeja y fui hacia el sofá. Levantó la vista cuando me acerqué. Unos ojos azules preciosos.

—¿Hay alguien sentado aquí?

—No, adelante. Así iré a buscar el postre y usted me guardará el sitio, si no le importa.

—Claro. No hay problema.

Mientras estaba ausente, pasó una mujer de uniforme recogiendo las bandejas abandonadas. Me concentré en la comida, que estaba deliciosa. Comí con mi habitual entusiasmo animal, procurando no resoplar, ni eructar, ni mancharme la pechera. Broadus regresó con el postre y otra copa de vino.

—Pensé que podía necesitarlo —dijo, dejando el vaso de vino en la mesa del servicio.

—Gracias. Precisamente iba a buscar al camarero del Chardonnay.

Me tendió la mano.

—Harvey Broadus.

—Kinsey Millhone —repliqué, estrechándosela. Miré su postre: pastelito de chocolate y almendra, un trozo de tarta de frutas y otro de pastel de coco—. Tiene buena pinta.

—Soy goloso. —Se sentó y se puso la bandeja en las rodillas. Empezó por el pastel—. La vi hace un rato, sentada en la escalera.

—No me gustan las multitudes y no conozco a nadie. ¿Y usted? ¿Es amigo de Crystal o de Dow?

—De los dos. Tenía negocios con Dow.

—¿En Pacific Meadows?

—Sí. ¿A qué se dedica usted? —preguntó, antes de pasar al pastelito de chocolate, que se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

—Trabajo sobre todo en investigación —repuse, y di un buen bocado a un panecillo para no tener que entrar en detalles.

—Triste día —dijo—. He sentido mucho lo de Dow, aunque no me sorprendió. Las semanas previas a su desaparición estaba muy nervioso y deprimido.

Vaya. Chismorrear sobre el muerto en el velatorio. Curioso.

—Pobre hombre. ¿Y por qué estaba así? —pregunté.

—No quiero hablar de eso..., así que digamos que puso la clínica patas arriba.

—Alguien me comentó algo al respecto. Tenía que ver con la Seguridad Social, ¿no?

Probé un bocado de ensalada mientras él abordaba la tarta de fruta.

—¿Ha oído hablar de este asunto?

Asentí con la cabeza.

—A un par de personas.

—Supongo que corren rumores. Una lástima.

—¿Y qué pasó?

—Creemos que fue una equivocación de buena fe, pero puede que ya nunca lo sepamos.

—Los médicos pueden ser incompetentes cuando se trata de negocios —dije, imitando a Penelope Delacorte.

—Y que lo diga. Nosotros nos quedamos atónitos.

—No entiendo lo que pasó. Quiero decir que, por lo que sé, la facturación no la lleva la clínica. Creía que eso era cosa de una compañía de gestión.

Asintió.

—Servicios Administrativos Genesis. Tienen las oficinas en el centro. Joel y yo..., ¿conoce a Joel?

—Lo he visto una vez. Conozco a su mujer.

—Dana es estupenda. La quiero muchísimo. Joel y yo poseemos la finca a través de una compañía llamada Century Comprehensive, que se dedica sobre todo a la construcción, aunque también hacemos otras cosas. Genesis nos alquila el edificio, y también se encarga de llevar la contabilidad: compras, servicios, Medicare, Medicaid..., todo eso.

—¿Y cómo pudo meter la pata Dow?

—Es lo que quisiéramos saber.

—Yo pensaba, bueno, que la compañía de ustedes y la empresa de gestión tenían que ser, por ley, del todo independientes.

—Cierto. Pero Genesis tiene que operar con la información que recibe de Pacific Meadows. En el geriátrico no hay nadie de la empresa de gestión. Si Dow revisaba y cursaba servicios facturables, Genesis le creía a pies juntillas.

—Así que pudo haberles contado cualquier cosa.

—Pudo y lo hizo.

—¿Cómo lo pillaron?

—No estamos seguros. Algún custodio o familiar de algún paciente se daría cuenta de las discrepancias y llamó para quejarse.

—¿A ustedes?

—A la Seguridad Social.

—Un delator. Mala suerte para Dow. Así que los de Prevención del Delito aparecieron y lo investigaron.

—Es lo que suponemos. Ahora mismo no sabemos qué es lo que tienen.

—¿Y si resulta que no fue él?

—Su reputación quedará igualmente por los suelos. En una ciudad de este tamaño, una vez que te salpican los rumores, es casi imposible recuperar el buen nombre. La gente será amable, pero es el beso de la muerte.

—Supongo que desde la perspectiva de Dow, la situación era desesperada.

—Más o menos.

—¿Y si resulta que era inocente? —insistí.

—De todos modos, el mochuelo lo tenemos ahora nosotros. —Miró la hora, dejó la bandeja y se levantó—. Bueno, voy a buscar a mi mujer. Encantado de haber hablado con usted, Kinsey. Espero que nuestros caminos se vuelvan a cruzar en una ocasión más alegre.

—Yo también —dije. Levanté la copa de vino y añadí—: Gracias.

—Me alegro de haberle sido útil.

Lo vi atravesar el salón, en busca de Celine.

Qué embustero. Joel Glazer había hablado por teléfono con Broadus el día que fui a verlo. Casi no había salido de su despacho cuando le transmitió la información. Lo que me había contado Broadus sobre su empresa era prácticamente idéntico a lo que me había contado Joel.

Sonaba el teléfono cuando llegué a mi casa. Dos timbrazos. Tres. Entré y respondí antes de que se pusiera en marcha el contestador. Tommy Hevener. En cuanto oí su voz, supe que debería haber filtrado las llamadas.

—Hola, nena. Soy yo.

Su tono era a la vez íntimo y confiado, como si yo hubiera estado todo el día esperando que me llamara. El sobresalto que sufrí al oírlo bastó para que me pusiera a babear como un perro. Tuve que repetirme que, aunque no quería verlo, lo necesitaba para calmar a Richard. Pasé por alto su actitud seductora y dije, con indiferencia y despreocupación:

—Hola. ¿Cómo estás?

—¿Qué le has hecho a Richard? Está cabreadísimo contigo.

Sentí un nudo en el estómago.

—Lo sé, y lo lamento. Me siento fatal.

—¿Qué ha pasado?

—Ah. Qué ha pasado. Bueno. —«Piensa, piensa, piensa, piensa». La mentira se me escapó de los labios—: Lonnie quería que me quedara en su bufete y se ofreció a rebajarme el cincuenta por ciento del alquiler.

—¿Y por qué no se lo dijiste? Richard lo habría comprendido.

—No me dejó. Estaba tan furioso que no pude entenderme con él.

—¿Por qué no me lo contaste a mí? Podríamos haberlo arreglado. Joder, y por si fuera poco se entera de que habías cancelado el cheque. Tendrías que haberlo visto. Gritaba a pleno pulmón. No sabes de lo que es capaz cuando se pone así.

Tenía la impresión de que sí sabía de lo que era capaz.

—¿No puedes hablar con él en mi nombre?

—Es lo que intento. Pensé que si conocía tu versión podría razonar con él. Lo has resuelto muy mal.

—Tienes razón. Lo sé, pero es lo que le expliqué a él..., sólo pensé que escribirle sería menos violento que decirselo en persona.

—Gran error. Eso es lo que lo sacó de sus casillas.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué crees que pasará ahora?

—Es difícil saberlo cuando se trata de Richard —repuso—. Quizá todo se desinflen. Esperémoslo. De todas formas, ya hemos hablado bastante de él. ¿Cuándo nos vemos? Te he echado de menos.

Su tono era juguetón, pero sólo era una fachada. O me rendía en ese mismo instante o seguiría insistiéndome hasta que lo hiciera. Una ira terca me subía lentamente por el estómago. Procuré hablarle con amabilidad, pero sabía que el mensaje no iba a ser de su agrado.

—Mira, no creo que esta relación me interese. Es hora de que lo dejemos.

Se produjo un silencio sepulcral. Oía su respiración al otro extremo del hilo. Dejó que el silencio se prolongara.

—Es tu estilo, ¿no? —dijo por fin—. Distanciarte. No dejar que nadie se acerque.

—Quizá sea eso. Se aproxima mucho. Sabía que lo comprenderías.

—Sé que te sientes ofendida y lo siento, pero dame una oportunidad. No me cierres la puerta. Merezco algo mejor.

—Estoy de acuerdo. Mereces algo mejor. De verdad, te deseo lo mejor, y siento que esto no haya funcionado.

—¿Podríamos hablarlo al menos?

—No sé para qué.

—¿No sabes para qué? ¿Qué coño es esto?

—No voy a discutir. Si creíste que era diferente, lo lamento mucho.

—¿Quién coño te has creído que eres para hablarme así? Fuiste tú quien me buscó.

—Voy a colgar. Adiós.

—Un minuto, joder. Primero fastidias a mi hermano, y o te defiendo, ¿y crees que puedes echarme toda esa mierda encima? Estás mal de la cabeza.

—Estupendo. Perfecto. Dejémoslo así. —Colgué el auricular.

Con un ligero retraso, el corazón empezó a darme botes como una pelota de baloncesto durante un regate. Me quedé a la espera.

Oí el primer timbrado con un sobresalto. Dos. Tres. Cuatro. Se puso en marcha el contestador.

Oyeron mis frases de presentación y colgaron. Pasaron treinta segundos. El teléfono volvió a sonar. Levanté el auricular y pulsé la palanca para cortar la comunicación. Desactivé el timbre y luego, por si acaso, desenchufé el aparato.

Me senté a la mesa y me llené los pulmones de aire unas cuantas veces. No iba a permitir que aquel tipo pudiera conmigo. Si no había más remedio, hablaría con Lonnie para conseguir una orden de alejamiento. Mientras tanto, tenía que quitármelo de la cabeza.

Saqué las fichas de cartulina y escribí un montón de notas para llenar unas cuantas lagunas. Como si fuera una sesión de Tarot, las ordené en la mesa para revisarlas. Joel Glazer, Harvey Broadus y Pacific Meadows formaban un arco. Junto a estas fichas había otras dos: Penelope Delacorte, la administradora asociada, y Tina Bart, la contable despedida. Joel Glazer y Harvey Broadus se habían tomado muchas molestias para sugerir que Dow era culpable del escándalo de la Seguridad Social que se gestaba bajo la superficie. Lo único que no encajaba era lo que había anotado sobre la relación entre Broadus y la retona enfermera jefe que le tomaba el pulso.

Volví a la tarjeta de Tina Bart. ¿Adónde se habría marchado? Seguro que Penelope Delacorte lo sabía, pero no tenía intención de decírmelo. Movida por un impulso, abrí el cajón inferior, saqué el listín telefónico y miré los apellidos que empezaban por B. Ante la duda, digo yo, ¿por qué no empezar por lo más fácil?

Había cinco Bart, pero ninguna Tina o T. Había un Bart, C., sin dirección, probablemente la inicial de Christine o Christina. Las solteras recurren a las iniciales para evitar a los susurradores telefónicos que marcan números al azar mientras se estrujan la bragueta. Enchufé el teléfono a la clavija y marqué el número de C. Bart. A los dos timbrazos se puso en marcha el contestador. La voz que sonó al otro lado del hilo era de esos secretarios mecánicos generados por ordenador que parecen estar hablando dentro de una lata: « Por favor, deje su mensaje ». El uso de estos protovarones era otro truco de las solteras para que diera la impresión de que había un hombre en casa. Busqué en el Directorio Polk el teléfono de C. Bart. El Directorio Polk, también conocido por « el listado », clasifica direcciones y teléfonos de dos formas. A diferencia de las guías normales, que ordenan la información alfabéticamente por el apellido, el listado la ordena por calles en una sección y por teléfonos en la otra. Si tienes el número de teléfono, pero no la calle, en el Polk encontrarás la calle y el número, además del nombre de la persona allí domiciliada. Del mismo modo, si tienes sólo la dirección, verás el nombre del inquilino junto con el número de teléfono, siempre que este no sea secreto. En el presente caso encontré a C. Bart en un número de Dave Levine Street, no muy lejos de Pacific Meadows. Penelope Delacorte me había dicho que Tina Bart ya trabajaba para Pacific Meadows cuando llegó ella. Era hora de averiguar cuánto sabía.

Antes de salir de casa busqué mi vieja pistola y me la guardé en el bolso. Es una Davis del 32, con un cañón de trece centímetros y proyectiles Winchester Silvertip, de punta hueca. Durante los tres últimos años he oído multitud de reproches por servirme de esta arma, que según dicen es mala y traicionera, un juicio que no ha alterado mi afecto por el ejemplar. Es pequeña y limpia, pesa medio kilo y se siente bien en mi mano. No creía que Richard y Tommy vinieran por mí, pero tampoco podía asegurarlo. Y, claro está, esa era la clase de juego al que jugaban.

Eran casi las cinco cuando subía en dirección norte por la 101. La luz de la tarde ya había desaparecido. El calabobos envolvía el tráfico como el vapor y los limpiaparabrisas dejaban en el cristal manchas simétricas en forma de abanico. Dave Levine es una calle de una sola dirección, y tuve que desviarme por la salida de Missile y girar a la izquierda por Chapel. Di la vuelta y tomé la calle del final para seguir la dirección contraria. Dejé Pacific Meadows a la derecha y empecé a mirar los números de las casas. El edificio que buscaba estaba sólo a una manzana. Encontré un hueco en esa misma acera y aparqué. Me acerqué a pie, encorvada para protegerme de la llovizna.

Era una estructura lisa de paredes estucadas, con cuatro viviendas en total, dos abajo y dos arriba, y una escalera abierta para acceder al primer piso. El Apartamento 1 estaba a mi derecha, y el Apartamento 2 enfrente del 1. El apellido Bart estaba escrito con rotulador negro en el buzón del Apartamento 3. Retrocedí tres peldaños y miré las ventanas del primer piso. Había luz en varias habitaciones del lado derecho. Subí las escaleras, llamé a la puerta y esperé. Detrás de mí, por el espacio abierto que quedaba entre las dos mitades del edificio, la lluvia era como una gasa que vendara la calle. Por la abertura entraba un chorro de aire frío.

—¿Quién es?

—¿La señora Bart?

Oí que ponían la cadena de seguridad, y la mujer entreabrió la puerta.

—¿Sí?

—Disculpe la molestia. Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada y trabajo para la exmujer del doctor Purcell. ¿Podría hablar con usted?

—No sé nada. Hace meses que no lo veo.

—¿No sabe que han encontrado su cadáver en el lago Brunswick?

—Lo he leído. ¿Qué pasó? El periódico no lo explicaba.

—¿Le interesa saber cómo murió?

—Bueno, no creo que se suicidara, si es eso lo que quieren demostrar.

—Yo tampoco lo creo, pero puede que nunca lo sepamos. Mientras tanto, trato de reconstruir los acontecimientos que condujeron a su muerte. ¿Recuerda la última vez que habló con él?

No respondió, pero en sus ojos había información.

Cambió el viento y sentí unas gotas de lluvia en la cara.

—¿Podría entrar?—pregunté impulsivamente—. Aquí fuera hace frío.

—¿Cómo sé que es usted quien dice ser?

Metí la mano en el bolso y saqué la billetera. Extraje la licencia del compartimento plastificado y se la pasé por la ranura. La miró brevemente y retrocedió. Cerró la puerta para quitar la cadena y abrió de nuevo.

Nada más entrar, repitió todo el proceso pero al revés. Me quité el chubasquero y lo colgué de un perchero que había al lado de la puerta. Me detuve para mirar a mi alrededor. El piso era una curiosa mezcla de encanto antiguo y detalles insoportables: arcos, suelo de madera noble, ventanas estrechas con persianas de listones de madera, un viejo radiador de pared situado cerca de la puerta del dormitorio. En la salita había una chimenea con un tronco medio quemado en el fogón, encima de un montón de cenizas. La temperatura del piso no era más alta que la de la calle, pero al menos no había corrientes. Por un pasillo abovedado del fondo vi las baldosas de un cuarto de baño, una combinación retro de marrón y beis que databa probablemente de la época en que construyeron el edificio. Sin verlo siquiera sabía que en el espacio de la cocina no habría electrodomésticos modernos, ni lavavajillas, ni microondas, ni triturador de basuras. La cocina sería original y antigua, una O'Keefe o una Merit, con dos hornos de portezuela de vidrio y una bandejita encima para el salero y el pimentero. Recromada y totalmente adaptada, costaría una fortuna, aunque un horno no acabaría de funcionar bien y el jovencuelo progre que llegara a comprarla se comería el pan a medio hacer sin darse cuenta.

Me indicó con la mano que me sentara en un sillón tapizado de gris y ella volvió a instalarse en el sofá. Era más joven de lo que esperaba, unos cuarenta años, y tan falta de animación que pensé que había tomado algún tranquilizante. Su cabello era del color roble de los viejos suelos de madera. Llevaba un chándal gris y por el cuello de la sudadera le asomaba una camiseta blanca. Se había quitado los zapatos; la forma de sus pies había dejado un perfil de suciedad en la planta de los calcetines blancos de algodón. Por lo visto, no sabía qué hacer con las manos. Por fin cruzó los brazos y escondió los dedos, como para protegerlos del frío.

—¿Por qué ha venido?

—El lunes estuve hablando con Penelope Delacorte en el Saint Terry. Su nombre salió en la conversación y pensé que podría ayudarme a llenar algunos huecos. ¿Me permite que la tutee? —Encogió un hombro con indiferencia y entendí que me daba permiso—. Sé que la señora Delacorte y tú dejasteis Pacific Meadows casi al mismo tiempo. Dijo que por esta zona había pocos puestos de trabajo de tu especialidad. ¿Has encontrado otro empleo?

Quería que diera la impresión de que mi charla con la señora Delacorte había

sido larga y amistosa y no como había sido en realidad.

—Todavía estoy buscando —repuso—. Cobraré el paro hasta que se acabe.

Sus ojos eran de un gris pálido y su actitud desganada.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí? —pregunté.

—Quince años.

—¿Haciendo qué?

—Oficinas. Me contrataron como administrativa y fui ascendiendo. Por las noches iba a la facultad, hasta que me licencié.

—¿En qué?

—En Administración y Economía de Hospitales, que parece más impresionante de lo que es. Siempre me ha atraído más la contabilidad que la administración, así que estaba contenta..., más o menos.

—¿Puedo hacerte unas preguntas sobre Pacific Meadows?

—Claro. Ya no trabajo allí y no tengo nada que ocultar.

—¿A quién pertenecía el edificio antes de pasar a manos de Glazer y Broadus?

—A una compañía llamada Silver Age Enterprises. No sé cómo se llamaba el propietario; puede que hubiera más de uno. Y antes fue de otra compañía, Endeavor Group.

Metí la mano en el bolso, saqué un cuaderno de espiral con un lápiz metido en el alambre y apunté aquellos nombres.

—Cuando era de Silver Age, ¿eran las mismas personas los propietarios y los explotadores o las dos funciones estaban separadas?

—Estaban separadas. Medicare y Medicaid se fundaron como ramas de la Seguridad Social en los años sesenta y sus estatutos no prevenían que se pudieran cometer fraudes. Las normas sobre las diferentes atribuciones de propietarios y explotadores creo que no se introdujeron hasta finales de los setenta, cuando el Congreso aprobó la fundación de unidades de Prevención del Delito, para bien y para mal. No puedes imaginarte cuántos departamentos diferentes vienen detrás de esos tipos: la Inspección General, las secciones civil y penal de la Fiscalía del Estado, el FBI, el Ministerio de Sanidad, la Dirección Económica de Sanidad y la UCFM, la Unidad de Prevención del Delito de Medicare. Eso no detiene a los defraudadores. A los tramposos les gustan las normas y las reglas. Cada vez que pones un tope, se las ingenian para eludirlo. Todo un estímulo para la libre empresa —añadió secamente—. He visto a Pacific Meadows cambiar de manos tres veces, y el precio casi se duplicaba en cada transacción.

Tomé otro par de notas mientras pensaba de qué modo comprobaría cuánto habían significado en dólares aquellas negociaciones.

—¿Trabajaste para Endeavor y para Silver Age?

—En realidad, creo que Silver Age era filial de Endeavor. La cabeza visible de Endeavor era una mujer llamada Peabody. Solía incluir todos sus gastos

personales en nuestros servicios deducibles. Reformaba su casa y lo incluía como «mantenimiento y reparaciones» de Pacific Meadows. O se ponía unas cortinas nuevas y alegaba que las había instalado en las habitaciones de los pacientes. Comida, servicios, viajes, ocio..., lo aprovechaba todo.

—¿No es ilegal hacer eso?

—Puede que algunas fueran legales, pero casi todas estas operaciones eran delictivas. Llamé la atención del administrador sobre algunos conceptos, pero me dijo, literalmente, que me metiera en mis asuntos. Dijo que la compañía de gestión revisaba periódicamente los libros y que todo estaba bien. Sabía que si insistía me iban a poner de patitas en la calle, así que me pareció más fácil tener la boca cerrada. Cuando llegó Silver Age, hubo otro contable durante un tiempo. Luego lo despidieron y volví a encargarme yo de los libros. Es probable que por entonces hubiera ya algún tejemaneje, pero yo no llegué a enterarme de nada en concreto.

—¿Por qué no te fuiste y buscaste otro empleo?

—Aquel me gustaba.

—Podrías haber buscado otro igual en otra parte, ¿no?

—Sí, pero soy muy tozuda. Pensaba que un día reventarían y arderían por los cuatro costados, y que yo estaría allí para presenciarlo, y quizá para atizar un poco el fuego.

—¿Cambió algo cuando llegó el doctor Purcell?

—Durante los primeros meses, no. Luego advertí que aumentaban los gastos por conceptos como servicios de ambulancia, fisioterapia, equipos portátiles de rayos X y sillas de ruedas. Empecé a tomar nota de todo y remití un informe al señor Harrington, el jefe del departamento de facturación de Genesis. Fue un error, como luego se demostró, pero no me importó. No me lo dijo, pero estoy convencida de que le hizo poca gracia, y a que lo comprometía en aquel tinglado.

—Eras una conflictiva habitual.

—Eso espero.

—Y estaban molestos contigo, incluso antes de la auditoría.

Asintió con la cabeza y dijo:

—Mucho. Dejaron pasar algún tiempo y luego me despidieron. El doctor Purcell quiso intervenir, pero no tenía poder y no le hicieron caso. Penelope se enfadó y dejó el empleo en un arrebato, cosa que les vino muy bien. Dio la impresión de que éramos culpables de alguna fechoría y de que Genesis estaba haciendo limpieza. Aún tenían al doctor Purcell de cortafuegos si las investigaciones de Prevención del Delito seguían adelante...

—Cosa que sucedió.

—Desde luego. No desistirán hasta que averigüen qué pasa.

—Si no recuerdo mal, Joel me dijo que Genesis era parte de un grupo llamado Millennium Health Care.

—Sí, pero yo creo que algunas de esas compañías, si no todas, son empresas fantasma cuya función es encubrir a los que tienen la sartén por el mango.

—¿De qué modo?

—La compañía A, propiedad del señor Smith, compra un geriátrico. Smith funda una empresa fantasma con una plantilla de ejecutivos sin ninguna conexión aparente con él. La compañía A vende la institución a esta otra compañía, también del señor Smith, a un precio muy hinchado, convirtiendo las ganancias en beneficios acumulados...

—Que pagan menos impuestos —deduje.

—Exacto. La segunda compañía puede utilizar el valor ficticio de la institución recién adquirida como garantía de otros préstamos. Mientras tanto, aparece la falsa compañía C y el «nuevo» propietario de la institución le arrienda el edificio y los alrededores por un alquiler altísimo.

Levanté la mano.

—Espera un poco. —Retrocedí mentalmente en la cronología. Algo me había llamado la atención mientras hablaba. No era nada que hubiera dicho, sino algo que me estaba preguntando desde que había entrado en aquella casa—. La noche que desapareció, el doctor Purcell salió de Pacific Meadows a las nueve en punto. ¿Pasó por aquí para hablar contigo?

Estuvo callada tanto rato que no creí que fuera a responder.

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Me dijo que había solicitado una entrevista con el FBI. Creía saber lo que estaba sucediendo y quiénes estaban detrás, a saber: Harvey y Joel.

—Pero esos dos no corrían ningún riesgo, ¿no? Quiero decir que, por lo que sé, no tenían que ver con la gestión cotidiana de Pacific Meadows. El auténtico timo tenía que venir de Genesis, ya que las cuentas de la Seguridad Social las tramitaban ellos.

—Puede que haya más conexiones de las que crees. Puede que el doctor Purcell se volviera ambicioso, porque empezó a estampar su firma en servicios que sabía que eran falsos, sobre todo rayos X y ambulancias. Es probable que cobrase algún pellizco por hacerlo. El FBI lo presionó y por eso accedió a colaborar.

—Pero ¿qué sentido tenía cerrarle la boca? Tiene que haber un montón de gente al tanto del fraude. Como tú, por ejemplo.

—Yo nunca tuve ninguna responsabilidad. Ahora que él ha muerto, pueden echarle la culpa de todo.

—¿Le contó a alguien más lo que sabía?

—Si lo hizo, no me dijo nada.

—¿Y por qué recurrió a ti? No creía que lo conocieras tanto.

—Quería que lo ayudara. Supuso que yo no tenía nada que perder.

—¿Crees que les dijo a Joel y Harvey lo que estaba a punto de hacer?

—Si era inteligente, no. Sé que comió con Joel aquel día, pero no me comentó nada más.

—No lo entiendo. Si hay tantos organismos del Estado pisándoles los talones, ¿cómo es que no los han pillado?

Se encogió de hombros.

—Casi todo lo que declaran es legal, y donde las cifras son falsas, todo lo demás parece correcto. Utilizan diagnósticos normales y tratamientos normales. Procuran no pasarse de la raya de una manera evidente. Es como jugar con el capital flotante. Saben hasta dónde pueden apretar sin que se levante la bandera roja.

—Pero la bandera se levantó. ¿Sabes por qué?

—Alguien debió de telefonar para quejarse, porque hablé la semana pasada con el investigador de Prevención del Delito y casi todo lo que le dije ya constaba en sus archivos.

Las facturas falsas de Klotilde tenían que formar parte del plan.

—Poseo cierta información que podría ser de ayuda y me gustaría mirar antes unos papeles a principios de semana, si hay tiempo.

—Eso sería magnífico. Hablaré otra vez con el investigador; yo puedo entregarle lo que sea.

—Hay algo más que no tengo claro. ¿Por qué se arriesgarían a facturar servicios supuestamente prestados a una persona ya fallecida?

—Mira, estás tratando con la administración local, con la estatal y con la federal. Si te pillan, dices «ay» y devuelves el dinero. ¿Crees que la administración te va a procesar por haberte «equivocado» en doscientos dólares?

—Sí, claro. ¿Qué hay entre Harvey Broadus y esa enfermera que se llama... Pepper Gray?

—Dejó a su mujer por ella; luego me enteré de que había vuelto con Celine.

La miré atentamente. No sabía si iba a responder a la pregunta que acababa de ocurrírseme.

—¿Fuiste tú quien llamó a Medicare para quejarse?

—Lo hizo otra persona.

—¿Quién?

—No estoy segura, pero sospecho que ella.

—¿Pepper?

—Sí.

—¿Pepper levantó la liebre?

—Bueno, piénsalo. Cuando Harvey rompió con ella, estaba en la posición perfecta para delatarlos. Vi que su nombre o sus iniciales aparecían a menudo en facturas por artículos o servicios cuestionables. Seguramente preparaba ella las

facturas de toda la clínica. ¿Por qué iba a seguir protegiéndolo si se había deshecho de ella?

—Pues ahora están muy unidos.

—¿En serio? Me sorprende. Imagínate el aprieto en que se verá si él se entera de lo que ha hecho...

Dejó el pensamiento en el aire y lo subrayó con una sonrisa casi imperceptible.

Cuando iba camino de casa pasé por el despacho para recoger fichas de cartulina. Tenía dos paquetes recién comprados en el cajón del escritorio y quería transcribir las notas que había tomado en el cuaderno de gusanillo. Bajé por Dave Levine hasta Capillo, giré a la izquierda, crucé State Street y comprobé que la lluvia había vaciado el centro de Santa Teresa. Era sábado, pasaban de las seis de la tarde y muchas tiendas habían cerrado. Había luz, en los escaparates, pero el interior estaba a oscuras, con la iluminación imprescindible para disuadir a las bandas de ladrones. Doblé por el camino de acceso que rodeaba el edificio de Lonnie y aparqué en la parte trasera.

Bajé del coche. Por encima de la pared trasera veía las luces del chalecito que había al otro lado del callejón. Fui incapaz de resistir la tentación de mirar las habitaciones que había alquilado hacía una semana. El aparcamiento estaba vacío: ni el menor rastro de la furgoneta de Tommy ni de su Porsche rojo. Las persianas superiores de la parte derecha estaban subidas, pero las inferiores estaban bajadas. Vi que una sombra se ponía delante de la luz. Puede que Richard estuviera enseñando la oficina a otra persona.

Me aparté, consciente de que aquello ya no era mío. A lo hecho, pecho; no tenía sentido lamentarse. Suerte que Mariah Talbot había aparecido en el momento oportuno, de lo contrario sería inquilina de unos asesinos despiadados. Crucé el aparcamiento de Lonnie y subí las escaleras hasta la tercera planta. Entré en el bufete, que estaba iluminado pero vacío; recorrí el silencioso pasillo interior y abrí la puerta de mi despacho.

Fui a la mesa, abrí el cajón inferior y saqué los dos paquetes de fichas que todavía estaban envueltos en plástico. Abrí uno y empecé a tomar notas. Durante una hora me sentí segura, absorta en el trabajo. A las siete y cuarto até las fichas con una goma elástica y las guardé en el bolso con el resto del paquete.

Cerré el despacho, salí y bajé al trote por las escaleras. Al llegar al primer descansillo miré por el ventanuco. No es exactamente una ventana, sino una ranura de treinta centímetros de ancho por sesenta de alto, cuyo cometido es ventilar. Desde el primer piso veía con claridad el callejón y la parte posterior del chalecito de los Hevener. La puerta trasera estaba abierta de par en par. Las persianas de la oficina de la derecha (que aún era mía en mi pensamiento)

seguían abiertas. La luz estaba encendida, pero la ventana parecía abrirse ahora a un espacio sin habitar. Algo no cuadraba, pero no sabía qué. Puede que alguien hubiera salido un momento y se hubiera dejado abierta la puerta trasera. Fuera lo que fuese, no tenía la menor intención de ir a fisgar.

Seguí bajando y crucé el pequeño aparcamiento hasta llegar a mi coche. Pasé por el supermercado y compré papel higiénico, vino, leche, pan, huevos, pañuelos de papel y un montón de congelados. Ya en mi barrio, tuve que aparcar a manzana y media de mi casa, lo que me cabreó de veras. Con el bolso de mano y dos bolsas de comestibles, tuve que hacer juegos malabares para cruzar la verja. Mientras avanzaba por el patio vi un movimiento a mi derecha y alguien que surgía de la oscuridad. Di un brinco de un palmo y apenas pude reprimir un grito cuando se me cayó una bolsa y abracé la otra. Allí estaba Tommy Hevener, con las manos en los bolsillos del impermeable.

—Hola.

—¡Maldita sea! ¡Eso no se hace! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hablemos.

—No quiero hablar. Apártate de mi camino.

Me encogí para sacar las llaves. Una bolsa se había roto y me puse a trasvasar el contenido a la otra. Se había cascado la mitad de los huevos, y yo misma había estrujado el pan de molde al querer impedir que se cayera. Cargada con los artículos recuperados, no tenía ni idea de cómo iba a ingeniármelas para entrar en casa.

—Olvídalo —dije.

Encontré las llaves y me acerqué a la puerta, consciente de que Tommy se había adelantado para cortarme el paso. Alargó el brazo y apoyó la mano en la puerta. Se pegó a mí. Aparté la cara para evitar el contacto.

—Aléjate de mí —insistí; pensé en la pistola.

—No hasta que me digas qué está pasando.

—Si no te vas, gritaré.

—No gritarás —murmuró.

—¡Henry!

—¡Chist!

—¡¡¡Henry!!!

La luz trasera de Henry se encendió. Lo vi asomarse por la puerta.

—¡Socorro!

—Zorra —masculló Tommy.

Henry salió por la puerta trasera con un bate de béisbol. Tommy lo vio, dio media vuelta y se alejó a paso tranquilo, con desdén manifiesto, dando a entender que no lo intimidaban. Henry llegó corriendo, con el bate levantado y con una expresión de furia que no le había visto en mi vida. Oí los pasos de Tommy, que se alejaba por la acera.

—¿Qué ocurre? ¿Llamo a la policía?

—No se moleste. Para cuando llegaran, ya estaría lejos.

—¿Te ha hecho daño?

—No, pero me ha dado un susto de muerte.

—Creo que deberías denunciarlo. Así tendrán antecedentes si repite.

—Hablaré el lunes con Jonah.

—Haz algo más que hablar. Ese individuo es peligroso. Tienes que conseguir una orden de alejamiento.

—Para lo que va a servir... De verdad, estoy bien. ¿Podría ayudarme a meter todo esto en casa?

—Desde luego. Abre la puerta y lo tendrás dentro en un abrir y cerrar de ojos.

El domingo hubo mucha lluvia y mucha oscuridad. Pasé el día con el chándal puesto, tirada en el sofá y con un edredón en las piernas. Terminé una novela y empecé otra; tenía otras dos en reserva, así que ya podía salir el sol por donde quisiese. A las cinco sonó el teléfono. Escuché el mensaje para saber quién llamaba. Fiona. Sentí tal alivio que casi me enamoré de ella.

—Siento no haber tenido ocasión de hablar con usted después del funeral — dijo—. Blanche dio a luz a última hora de la tarde.

—Ah, ¿sí? Enhorabuena. ¿Qué ha sido?

—Niña. Tres kilos y trescientos treinta y ocho gramos. La van a llamar Chloe. En realidad, Blanche ya estaba de parto en el servicio fúnebre. Andrew y ella se saltaron la recepción del club de campo y fueron directamente al Saint Terry. Ni siquiera llegó al paritorio. Dio a luz en el pasillo, en una camilla.

—Guau. Por los pelos. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy bien. La niña tuvo que quedarse otro día por una ictericia, pero el médico cree que ya está bien. La llevaremos a casa esta tarde. Le dije a Blanche que le cuidaría a los niños mañana para que ella descansara un poco. Ojalá se haga una ligadura de trompas y ponga fin a todo esto. No puede parir tanta criatura. Es absurdo.

—Bueno, seguro que se alegrará usted de que todo haya salido bien.

—Lo cierto es que la llamo por otro asunto. Anoche, cuando fui al hospital a visitar a Blanche, vi el Volvo de Crystal en el camino de entrada de una casa de Bay. Ya conoce usted ese barrio. Encontrar sitio es una pesadilla. El aparcamiento del hospital estaba lleno, así que tuve que rodear la manzana para buscar una plaza libre, y por eso vi su coche. Como es natural, sentí curiosidad, y esta mañana volví a pasar. Y allí seguía. Supongo que podrá usted averiguar de quién es esa casa.

—Claro que podré. Deme la dirección. —La anoté, y luego dije—: ¿Qué le

preocupa?

—Creo que por fin se está quitando la careta. Ya conoce ese rumor sobre su lio con Clint Augustine, su monitor. Lo había olvidado hasta que vi el coche y empecé a hacerme preguntas. Trame lo que trame, creo que vale la pena averiguarlo, ¿no cree?

—Suponiendo que fuera ella.

—La matrícula decía «Crystal», era inconfundible.

—¿Cómo sabe que fue ella quien lo condujo hasta allí? Pudo haber sido cualquier otra persona.

—Lo dudo. ¿Quién iba a hacerlo?

—No sé, Rand o Nica, o cualquier criado de la casa.

—Melanie también sugirió lo mismo, aunque no sé por qué se empeñan en defenderla. Llamé al inspector Paglia y le expliqué que usted investigaría el asunto. Tal como le dije a él, es exactamente lo que habrían tenido que hacer desde el primer día.

Estaba segura de que el inspector Paglia había sabido valorar su información.

Después de colgar marqué el número del gimnasio. Cuando contestó Keith, oí impactos de pesas al fondo. Los fieles del domingo.

—Hola, Keith. Soy Kinsey Millhone. Cuando estuve ahí la semana pasada, te pregunté por Clint Augustine. ¿No tendrás por ahí su dirección y su teléfono? Creo que me vendría bien un entrenador personal, para variar.

—Deja que lo mire. Espera. —Lo oí abrir el cajón y pasar las páginas de la sobada carpeta de tres agujeros que le había visto en otras ocasiones—. Sé que lo tengo por alguna parte. Aquí está.

Anoté los datos y advertí que la dirección correspondía a la casa de Glazer en Horton Ravine.

—¿Está actualizado tu fichero? Me dijeron que ahora tenía una casa en Bay, cerca del Saint Terry.

—No creo. Es la primera vez que oigo algo así.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? Puede que se haya mudado.

—Hace meses. En febrero o marzo, por esa época. Entonces venía por aquí con regularidad, ocho o diez veces por semana, aunque es posible que se haya llevado los clientes a otro gimnasio. Averigua si está fuera de servicio y dímelo, así quitaré su nombre del registro. Tengo otros monitores muy buenos, si él no estuviera disponible.

—Genial. Muchas gracias.

Saqué el «listado» y pasé páginas hasta que encontré la calle Bay. Recorrí los números de las casas con el dedo hasta que llegué al que me interesaba. Había esperado que Fiona estuviera equivocada, pero el inquilino que figuraba allí era J. Augustine, aunque el teléfono no coincidía con el que me había dado Keith. Marqué este y dio desconectado; no me sorprendió. Sin duda fue de Clint

mientras estuvo hospedado en el chalecito de los Glazer. Estaba claro que había que actualizar la información de Keith. Dejé el «listado». No podía creer que Crystal hubiera ido a buscar a Clint el mismo día del funeral de Dow. Descolgué y marqué el número de Bay.

El hombre que contestó tenía unos modales que rayaban en la impertinencia.

—¿Sí? —Su voz fue brusca e impaciente.

—¿Puedo hablar con Clint?

—No puede ponerse. ¿Quién es?

—No importa. Llamaré más tarde.

La casa de Bay Street era de estilo Victoriano y se había construido probablemente a fines del siglo XIX: era de madera, estaba pintada de blanco y tenía dos plantas y un porche que abarcaba la anchura de la fachada. Muchas residencias unifamiliares de aquel barrio se habían transformado en oficinas del hospital que había a media manzana. No vi el Volvo de Crystal en el camino de acceso. Una cerca blanca rodeaba el patio, que era pequeño y sin hierba, aunque con multitud de rosales podados y reducidos a manojos de ramas con espinas. No costaba imaginar que, cuando echaran flores, estas darían un olor tan dulzarrón como un popurrí. El suelo estaba empapado de lluvia, que caía con suavidad.

Pasé por delante de la casa y di la vuelta en el cruce. Aparqué al otro lado de la calle y me dispuse a esperar. Aún faltaba una hora para que empezara el turno de visita del Saint Terry y las calles estaban casi vacías. Incluso protegida por la cortina de lluvia, tenía la impresión de que me veía todo el mundo, allí sentada al volante. No era una vigilancia, era más bien una incursión en nombre de la batalla que libraban las viudas de Dow. No quería pensar en Crystal, cuya historia con los hombres había sido una sucesión de desastres. Uno la dejó embarazada y al parecer tuvo que criar a la hija ella sola. Se casó con otro que se aprovechaba de ella, y después con otro que parecía muy respetable pero que bebía demasiado y tenía unas inclinaciones muy particulares en la cama. Clint tenía cuarenta y tantos años, era atractivo, robusto y con un cuerpo bien hecho. No parecía muy listo, pero tenía muchísima paciencia con los clientes, cuyos deseos de ponerse en forma eran tan entusiastas como poco duraderos. La última vez que creía haberlo visto había sido poco después de Año Nuevo, cuando llegó al gimnasio un nuevo reemplazo de conversos, arrepentidos de los excesos navideños. Su clientela por aquellas fechas solía ser la más pesada en todos los sentidos. Crystal, a su manera, tenía demasiada clase para tratar con individuos como él; pero, por otra parte, sólo había un matrimonio de distancia entre su presente y su pasado como chica de *strip-tease* y, aunque parecía refinada y de buen gusto, probablemente era tan hortera como él. En el amor, como en otros asuntos, la gente acaba buscando a los de su mismo nivel.

Moví el espejo retrovisor, sin poder olvidarme de Tommy Hevener. Que no lo viera no quería decir que no estuviera por allí. Cada vez que pensaba en él sentía retortijones en las tripas.

A las seis y veinticinco llegué a la conclusión de que Crystal no iba a presentarse por allí. Ya había encendido el motor cuando apareció un Volvo por el cruce con Missile y avanzó hacia donde yo estaba. Crystal iba al volante.

Apagué el motor y seguí sentada. La vi reducir la velocidad y aparcarse en el camino de acceso. Empuñé el paraguas y bajé del coche al mismo tiempo que ella del suyo. Era una de esas ocasiones en que la línea recta era la distancia más corta entre dos puntos; no iba a esconderme entre los arbustos ni a mirar a hurtadillas por las ventanas para buscar la verdad.

—¿Crystal?

Ya había cruzado la verja y se volvió a mirarme. Llevaba una parka impermeable, botas camperas, tejanos ceñidos y un jersey blanco de punto grueso. Abrazaba un paquete de camisas para protegerlas de la humedad. Iba poco maquillada y se había recogido los rubios cabellos en un moño. Se quedó con una mano en el pestillo, visiblemente desconcertada.

—¿Podemos hablar un minuto?

Tardó en responder un poco más de lo normal.

—¿De qué?

—De Clint. Da la casualidad de que vamos al mismo gimnasio.

—¿Qué quieres?

Cabeceé.

—Alguien vio tu coche aquí y pensó que a lo mejor volvías.

Cerró los ojos unos segundos.

—Fiona.

No quería delatarla, pero tampoco veía razones para negarlo. ¿Con qué objeto? Crystal sabía que había estado trabajando para Fiona; además, ¿qué otra persona iba a seguirle los pasos?

—Supongo que sabrás que habló con el inspector Paglia.

—Joder. No puede dejar a nadie en paz. ¿Qué pretende? ¿Vigilar mis movimientos el resto de mi existencia? ¿Hacer que me sigan para poder señalarme con el dedo? Lo que yo haga con mi vida no es asunto suyo, maldita sea.

—Oye, oye, no fue idea mía. Si estás cabreada, desahógate con ella.

—Sí, claro. —Hizo una pausa y se esforzó por dominarse. Cuando volvió a hablar, su voz era más de resignación que de enfado—. Protejámonos de la lluvia. Es ridículo que nos quedemos aquí, empapándonos.

La seguí por la verja. Subimos los peldaños de la entrada y nos refugiarnos bajo el porche. Cerré el paraguas y lo sacudí.

—Supongo que no tiene sentido fingir que no me has visto hoy.

—Me gusta tan poco como a ti.

—¿Sabes? Durante todo el tiempo que estuve casada con Dow, esa mujer hizo cuanto pudo para hacerme desgraciada. ¿Cuánta mierda más tengo que tragar?

—No es la única que oyó los rumores sobre Clint.

—¿Y de quién procedían? De Dana Glazer, seguro. Menudo pendón.

—La gente habla de estas cosas. Antes o después, tenía que salir a la luz.

—Oh, vamos. ¿Sabes una cosa? No hay ninguna ley que diga que no pueda visitar a un amigo, así que ¿por qué no vuelves y le dices que se vaya a tomar por el culo?—Gesticulé como arrepentida y enfadada consigo misma; tras una breve pausa, continué—: No, no me digas eso. No quiero atizar el fuego. Clint era mi entrenador. Hacíamos pesas. Fin del mensaje. Nunca tuvimos relaciones sexuales de ninguna clase. Si no me crees, entra y preguntásele a él. Aquí te espero.

—¿Qué probaría eso? Estoy segura de que es demasiado caballero para delatarte.

—¿No tienes amigos varones? ¿Es que las relaciones entre un hombre y una mujer siempre tienen que pasar por el sexo?

—Yo no he dicho que seas culpable de nada. Te estoy diciendo lo que parece. La gente murmura. Fiona vio aquí tu coche ayer y hoy estás en el mismo sitio.

Me miró con fijeza y pareció tomar una decisión.

—Entra y te presentaré formalmente.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Por qué no? Ya que has llegado hasta aquí... Por cierto, encontré el pasaporte de Dow mientras revisaba su ropa. Estaba en el bolsillo interior del abrigo que se llevó a Europa el otoño pasado.

—Bueno, un misterio menos. ¿Son tuyas?—pregunté, señalando las camisas.

—Otros pueden aprovecharlas.

Abrió la puerta de la casa con una llave que colgaba de su propio llavero. Entró y se hizo a un lado para dejarme pasar. No sé por qué, pero me sentía algo turbada.

La primera habitación estaba amueblada como un recibidor pasado de moda, con un sofá de respaldo curvilíneo, mesas de varios tamaños y sillas estilo reina Ana. Todos los muebles lucían un tapete de punto para protegerlos del polvo y de las manchas de grasa. Había un reloj de péndulo y cientos de chucherías; cristal blanco, cristal de oro, cristal de Steuben, porcelana Lladró, fotos enmarcadas de familiares fallecidos hacía mucho. Crystal apenas miró la habitación, siguió por el pasillo y salió por la cocina a un porche acristalado. Clint estaba en un sillón de ruedas La-Z-Boy, de cara al patio. Crystal dejó las camisas en una mesita de madera y le dio un rápido beso en la frente.

—Te he traído camisas y a una amiga. ¿Recuerdas a Kinsey? Va a tu gimnasio.

Al principio pensé: « No, no es Clint, me confundo. Ha de ser otra persona ». Pero era él. Le ocurriera lo que le ocurriese, no era ni sombra de lo que había sido. Tenía contracturas en las manos y una debilidad muscular tan acentuada que apenas podía mover la cabeza. Había perdido muchos kilos. Tenía las órbitas hinchadas y amoratadas, como si le hubieran dado un puñetazo. Le vi manchas o lesiones cutáneas en la frente y en los brazos. Preferí no ver lo demás. Un viejo corpulento trabajaba en el patio, sujetando ramas de enredadera; probablemente era el padre de Clint, el hombre que había contestado al teléfono.

Crystal estaba diciendo:

—Hemos coincidido en la calle y me preguntó por ti.

—¿Qué tal estás? —dije, como una imbécil; era evidente que no estaba bien y que no lo volvería a estar nunca.

—Clint tiene dermatomiositis, una enfermedad sistémica del tejido conectivo. Muy aguda en su caso. Puede que sea una reacción autoinmune, pero nadie lo sabe. Se la diagnosticaron... a finales de enero, ¿no? —Se lo decía a él, como si buscara confirmación a sus palabras—. Los médicos esperaban que remitiera, y lo más aconsejable fue que estuviera en reposo absoluto.

—¿Por eso alquiló el chalecito de los Glazer?

—Sí. Quería tenerlo cerca de mí para no perderlo de vista. Cuando el contrato terminó, pensamos que era mejor que viniese a casa de sus padres durante un tiempo. —Se acercó a él—. ¿Dónde está tu madre? ¿Ha salido?

La respuesta de Clint fue un murmullo, pero ella pareció entenderlo, probablemente porque llevaba diez meses escuchando sus pautas prosódicas en deterioro creciente.

—¿Por qué no has dejado que la gente sepa la verdad?

—Clint me pidió que no lo hiciera, y yo he respetado su decisión. Por lo que has visto hasta ahora, ¿crees que hay algo más?

—Tendré que decirselo a Fiona.

—Claro —dijo—. Para eso te paga. Me sorprende incluso que lo saques a relucir.

—Podría ser muy complicado quitártela de encima.

Crystal sonrió a Clint, que la miraba con devoción perruna.

—Han descubierto el pastel —le dijo—. ¿Recuerdas a la exmujer de Dow? Por fin ha averiguado que tenemos un tórrido romance. Kinsey nos ha pillado con las manos en la masa.

Me ruboricé. A Clint pareció gustarle la broma y yo a duras penas podía quejarme.

—Tengo que irme —dije.

—Mejor. Se cansa cuando hay visita. Te acompañaré a la puerta.

Sentí el calor de su cólera mientras avanzábamos juntas. Sabía que le había sentado mal aquella invasión de su intimidad. De la suya y de la de Clint.

—Mira, lo siento.

—Olvidalo.

—¿Lo sabía Dow?

—Cualquiera pudo decírselo —repuso—. Yo, desde luego, no. La gente prefiere pensar lo peor. Eso es lo malo.

El tráfico era lento; había coches en todos los carriles de la autopista, estorbados al parecer por un accidente que había ocurrido un poco más adelante. Volví a mi casa por calles normales para evitar el atasco. Las farolas estaban encendidas y las calzadas brillaban como el charol bajo la lluvia. Había luz en todas las casas de mi barrio. Encontré un espacio para aparcar delante de la casa de Henry. Di gracias al cielo, porque me ahorra los charcos de media manzana. Crucé la chirriante verja y rodeé mi casa para ir a la parte posterior. Las luces de la cocina de Henry estaban apagadas. Probablemente estaría en el local de Rosie, donde también yo estaría en un periquete.

Abrí la puerta y entré. Mientras la cerraba, alguien cargó contra ella desde el exterior y reculé con violencia. Mi bolso produjo un impacto sordo al tocar el suelo y vi que el llavero salía despedido y aterrizaba en la alfombra. Seguí trastabillando, manoteando instintivamente para mantener el equilibrio. Cuando llegué al suelo, Tommy Hevener me asió del pelo, me incorporó y me arrastró de espaldas. Tropezamos y se dejó caer con brusquedad, inmovilizándome entre sus rodillas. Me había dado la vuelta como a una tortuga y estaba boca arriba, manoteando en busca de un asidero. Se le había levantado el impermeable, pero no lo suficiente para no amortiguar cualquier golpe que yo pudiera propinarle.

Me echó una mano al cuello y me hundió los dedos de la otra en las mejillas, con tanta fuerza que me obligó a abrir las mandíbulas. Pegó su cara a la mía. Sentí su aliento en mi boca.

—Henry te dio el nombre de un joyero de Los Ángeles y resulta que ese tipo no existe. ¿De qué va todo esto?

La puerta se abrió con violencia, estrellándose contra la pared. Di un grito. Richard estaba en el umbral, con la gabardina negra. Cerró la puerta, totalmente impenetrable mientras Tommy me apretaba con más fuerza.

—Responde.

—No lo sé. Nunca he hablado con él. Alguien se lo dijo a Henry, y él se limitó a darme el nombre. Tú estabas allí.

—No.

Me zarandeó la cabeza, utilizando mi pelo como punto de apoyo. Le clavé las uñas en la mano para que aflojara la presa de los dedos. El dolor era

insoportable.

—Suelta, suelta. Es la verdad. Nunca he visto a ese hombre. Lo juro.

—Dime que no encontraste la caja fuerte y la vaciaste.

—¿Qué caja fuerte?

—La del puto despacho. No te hagas la tonta. Sabes exactamente a qué me refiero. La forzaste. Nos limpiaste y queremos que nos devuelvas la mercancía.

—¿Qué mercancía? Ni siquiera sé de qué estás hablando.

—Levántala —dijo Richard.

Tommy no se movió. Me sujetaba el pelo con tanta fuerza que temí que me arrancase un mechón de cuajo. No podía mover la cabeza. Estaba muerta de miedo. ¿Qué había hecho Mariah? ¿Tenderme una trampa?

—Tommy —dijo Richard.

Tommy dejó de apretar a regañadientes. Me puse de lado y me alejé de él dando vueltas. Me puse a gatas y cabeceé mientras abría la boca con desesperación.

—No sé nada de ninguna caja fuerte. Nunca la he visto. —Me llevé una mano al cuello para tragar más aire—. Tendría que haber sido una idiota para haberla forzado. Todavía tengo la llave. Está en el llavero. —Fui a recogerlo y lo levanté para que lo vieran—. Míralas y piensa. Si lo hubiera hecho, habría cerrado el lugar para que no lo supierais. ¿Iba a dejarlo abierto para despertar sospechas?

—¿Cómo sabes que se quedó abierto? —preguntó Richard.

Parecía más tranquilo que Tommy, pero no menos peligroso. Me quitó el llavero, buscó la llave del despacho y la sacó de la anilla. El resto se lo arrojó a Tommy. Respondí a los dos, mirándolos alternativamente.

—Porque mi despacho actual está allí mismo, al otro lado del callejón. —Richard guardaba silencio y yo empecé a titubear—. Os estoy diciendo la verdad. Anoche pasé por mi oficina. Miré al otro lado del callejón y vi que la puerta estaba abierta.

—¿A qué hora?

—Creo que a las siete. Alrededor de las siete.

—¿Por qué no llamaste a la policía? —preguntó Tommy.

—Pensé que Richard estaría enseñando las dependencias.

Tommy estaba sentado, con las rodillas dobladas, moviendo la cabeza.

—Hostia. No sabes en qué lío estamos. Todo ha desaparecido, joder. Todo el maldito...

—Cierra el pico, Tommy. No hace falta que ella lo sepa. Saquémosla de aquí antes de que aparezca alguien.

—Siento que os robaran los objetos de valor, pero no fui yo. Os lo juro.

—Sí, vale, pero estamos hundidos de todas formas. Sin blanca. Se acabó.

—Déjalo ya —insistió Richard, y me puso en pie de un tirón—. Encárgate de

ella. Yo conduciré.

—Conduciré yo. Es mi furgoneta.

—Muy bien.

Richard me rodeó con los brazos, inmovilizándome los míos contra los costados. Me levantó y me llevó hacia la puerta, mitad a cuestas y mitad a rastras.

Me sujeté al marco el tiempo suficiente para poner los pies en el suelo. Tensé las piernas para obligarlo a detenerse.

—Quiero mi bolso —dije gesticulando.

Me sentía como una niña reclamando el osito de trapo. Tommy se agachó, recogió el bolso y lo registró dando manotazos. Encontró la Davis, comprobó el cargador, se lo guardó y tiró el bolso a un lado. Con él se fueron mis esperanzas. Miré hacia atrás y vi que apagaba las luces, cerraba la puerta y se reunía con nosotros en el patio.

Tenía la furgoneta aparcada a la vuelta de la esquina. Richard me sujetaba el brazo izquierdo y me clavaba tanto los dedos que supe que me saldrían cardenales. Me bloqueaban por ambos lados y andaban a un paso que me obligaba a ir al trote. ¿Qué me harían? ¿Violarme, mutilarme y matarme? ¿Qué sentido tenía? Si me llevaban a su casa, ya podía gritar hasta desgañitarme, porque nadie me oiría.

Llegamos a la furgoneta. Richard abrió la puerta del copiloto. Abatió el asiento y me metió de un empujón en el estrecho espacio que había detrás, estrellándome la cabeza contra el quicio.

—¡Eh! —exclamé.

Aquello era intolerable. Me froté la cabeza como pude en aquel foso. Tommy se sentó al volante. Las dos puertas se cerraron con sendos impactos que sonaron a disparos de fusil. Tommy introdujo la llave en el contacto y puso el motor en marcha. Se apartó de la acera con un chirrido que probablemente dejó una marca de caucho en la calzada. Me aferré al respaldo del asiento, tratando de valorar la situación.

Por el momento estaba a salvo. Tommy estaba demasiado ocupado conduciendo para prestarme atención y Richard no tenía ángulo para volverse y maltratarme otro poco. La lluvia salpicaba en los cristales y Tommy puso en marcha los limpiaparabrisas.

—¿Dónde tenáis la caja fuerte? —pregunté—. A mí aquello siempre me pareció vacío.

—En el suelo del ropero —repuso Tommy—; debajo de la moqueta.

—No te hagas la tonta —dijo Richard, hastiado.

—¿Cuánta gente lo sabía, además de vosotros dos?

—Nadie —contestó Tommy.

—¿Qué es esto? ¿El concurso de las veinte preguntas? —protestó Richard—.

¿Por qué no lo dejas?

—¿Quién la abrió el último?

—Joder, Tommy, esto es una mierda. ¿Vas a seguirle la corriente?

—La abrió Richard. Teníamos algo que queríamos vender. Fue a Los Ángeles el viernes y el tío en cuestión no existía. Pensó que yo se la había jugado y se cabreó.

—¿Cuándo volvió? ¿Era muy tarde?

—No, no era tarde —exclamó Richard con irritación—. Eran las cinco. Fui a la oficina y dejé el material en la caja fuerte.

—¿Seguía allí todo lo demás?

—Claro que sí. Y ahora ¿quieres callarte de una puta vez?

—Quizá te viera alguien con la mercancía y te siguiera. Si vieron dónde estaba escondida la caja fuerte, esperaron a que salieras y la limpiaron.

—¡He dicho que te calles!

Pasó el brazo izquierdo por encima del respaldo y me dio un revés en la cara. No fue un golpe fuerte, pero el muy cabrón me dolió. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me toqué la nariz, esperando que no me la hubiera roto. Parecía que no.

—¡Para ya! ¡Joder! —exclamó Tommy.

—¿Quién te ha nombrado jefe?

—Que la dejes en paz.

—¿Por qué? ¿Porque te la jodes?

—¡No se me jode! —No me gusta que me acusen de acostarme con un tipo al que no soporto. Hubo un momento de silencio, y luego dije—: A lo que íbamos. ¿Cómo abrieron la caja? ¿Con un taladro?

—No te callarás nunca, ¿verdad?

Pensé que era una buena pregunta, pero me callé y me alejé del asiento y de su alcance. El espacio en que estaba era pequeño y estrecho, alfombrado con una moqueta barata. Miré alrededor esperando ver algún arma, una llave inglesa o un destornillador, pero no encontré nada. Palpé el perímetro y mis dedos se cerraron alrededor de un bolígrafo. No creía que fuera muy efectivo, pero ¿por qué no? Apreté el bolígrafo con fuerza. ¿Y si se lo clavaba a Richard en el oído?

El paseo hasta la casa, a toda velocidad por las calles resbaladizas que serpenteaban por Horton Ravine, duró siete minutos. Tuve que sujetarme en las curvas, que me hacían dar bandazos. Cuando Tommy entró en el camino de acceso, sacó el mando a distancia y apretó un botón. La puerta izquierda del garaje empezó a oscilar y a abrirse, y se encendió una luz. Tommy introdujo la furgoneta, se detuvo y echó el freno de mano. La plaza contigua estaba vacía. El Porsche rojo de Tommy estaba en la siguiente. En el otro lado había otro Porsche, de un negro brillante, presumiblemente de su hermano.

Richard bajó del vehículo, dejando abierta la portezuela. Por el hueco,

delante mismo de la puerta de la cocina, vi dos grandes cubos de basura. Por encima de los cubos, en la pared, había una fila de botones. Pensé que Richard iba a apretar uno para cerrar la puerta del garaje, pero lo que hizo fue mirar en la parte trasera de la furgoneta. Abrió una caja de herramientas y rebuscó entre el contenido. Medí la distancia, pero no iba a tener tiempo de abalanzarme, cerrar la puerta y echar el seguro antes de que me lo impidiera. Me volví hacia Tommy.

—Tú estabas en mi casa anoche. Yo vi que había alguien en vuestro local cuando me detuve camino de mi casa. Tú no pudiste limpiar la caja y llegar a mi casa tan pronto.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué?

—Si no fuiste tú, fue él. ¿Quién más sabía la combinación? Sólo vosotros dos, ¿no es cierto?

Richard volvió con una cuerda.

—Nadie te ha preguntado. Sal.

—Piénsalo, Tommy. Por favor.

Tommy guardó silencio un momento. Luego bajó de la furgoneta y la rodeó por delante hasta llegar a la otra portezuela.

—Richard, ¿qué estamos haciendo? Es una majadería. Tendríamos que haberla dejado en paz. No sabe nada.

Richard apenas lo miró.

—Apártate. Ya me ocupo yo.

—¿Quién te ha nombrado jefe? ¿Para qué coño es eso?

—Voy a atarla y a machacarla hasta que nos diga dónde ha escondido la mercancía.

—No piensas con la cabeza.

—¿Quién te ha preguntado? —replicó Richard—. Te dije que no te la follaras. Todo esto es culpa tuya.

—Sí, claro. Ahora es culpa mía —dijo Tommy. Se le había pasado el cabreo y había algo nuevo en su expresión. Metió la mano en el bolsillo del impermeable; sabía que se había guardado la pistola en un bolsillo, pero no recordaba en cuál—. Sabes que tiene razón. Yo sé dónde me encontraba anoche y puedo demostrarlo gracias a ella. ¿Cómo sé que no fuiste tú quien limpió la caja?

Richard dio un bufido.

—¿Por qué iba a hacer algo así? No conozco a nadie a quien colocárselo, por si no te acuerdas.

—Eso dices ahora. Puede que te lo llevaras todo a Los Angeles el viernes. Pudiste venderlo, quedarte el dinero y luego venir con el rollo del robo. Sólo cuento con tu palabra para saber que dejaste la mercancía en su sitio. Después de

tu regreso, y yo no volví a ver las joyas.

—Eso son bobadas.

—Ya te daré yo bobadas. La caja no la reventaron. Quien lo hizo tenía la puta combinación. Sólo tú y yo la conocíamos. Sé que no fui yo, así que sólo quedas tú.

—Que te den por el culo —dijo Richard.

Metió la mano por detrás del respaldo con intención de atraparme. Levanté el bolígrafo y se lo clavé en el dorso de la mano. Rugió de furia. Quiso sujetarme, pero me escabullí hacia el asiento del conductor. Abatió el asiento con violencia, dispuesto a sacarme a rastras. Tomé impulso y le solté dos coces en la mano. Le acerté de lleno y le aplasté tres dedos con el talón.

—¡Hostia! —Apartó la mano y fulminó con la mirada a Tommy—. Joder, Tommy, ayúdame.

—Contesta a mi pregunta.

—No seas idiota. Yo no me llevé nada. Y ahora saquémosla de aquí.

—Eramos los únicos que lo sabíamos. Que le den por el culo al ladrón. No hubo ningún ladrón.

Richard cerró la puerta del copiloto.

—Muy bien, caraculo. Te estoy diciendo la verdad. Yo no lo hice, ¿lo entiendes? Yo no te lo haría, pero tú sí me lo harías a mí, porque ya me lo has hecho antes. Así que ¿cómo sé que no fuiste tú?

—Yo no abrí la caja. Lo hiciste tú, Richard. Quisiste ir solo a Los Ángeles. Las joyas han desaparecido, so...

Richard asió a Tommy por las solapas de la chaqueta. Lo atrajo hacia sí y luego le dio un empujón. Tommy reculó trastabillando, pero consiguió mantener el equilibrio y se lanzó contra él. Vi volar el puño de Richard; alcanzó a Tommy en la boca y este perdió el equilibrio, cayendo sobre los cubos de plástico, que rodaron por el suelo. Me agaché y metí la mano por el lateral del asiento, en busca de la palanca que lo abatía. La encontré y abrí la puerta del conductor. Me deslicé por el hueco, me encogí y bajé pegada al guardabarros sin erguirme. Oía el escalofriante choque de carne contra carne, un gruñido cuando uno u otro encajaba un golpe. Asomé la cabeza. Tommy trataba de incorporarse y de sacar la Davis del bolsillo del impermeable. Las piernas le flaquearon y cayó. Tenía un hilo de sangre en la nariz. Gimió y levantó los ojos hacia su hermano con expresión aturdida. Richard le dio un puntapié. Se agachó y le quitó la pistola de la mano.

Retrocedió un paso y apuntó. Tommy levantó una mano casi sin ganas, y dijo:

—No, Richie, no.

Richard disparó. El proyectil perforó el pecho de Tommy, aunque la sangre tardó en salir.

Richard miró a su hermano sin expresión y le dio con el pie.

—Te está bien empleado, so capullo. Por acusarme.

Tiró la pistola a un lado. La oí chocar contra el suelo del garaje y vi que resbalaba hasta quedar debajo de la furgoneta. Richard pulsó el botón que activaba la otra puerta del garaje. Se condujo con indiferencia mientras rodeaba el Porsche rojo y subía al de color negro. Arrancó y salió marcha atrás. Con el motor gimiendo, fue reculando hasta el camino de entrada.

Rodeé a gatas el morro de la furgoneta y me acerqué a Tommy para tomarle el pulso: estaba muerto. Vi la pistola. Estaba a punto de recogerla cuando me detuve. Mi mano se alzó bruscamente, como un piloto que suspende un aterrizaje. Por nada del mundo quería emborronar las huellas que Richard había dejado en el arma. Me levanté, crucé la puerta y eché el pestillo mientras buscaba el teléfono. No me llegaba la camiseta al cuerpo y temía que Richard volviera a buscarme.

Marqué el 911 y conté lo del tiroteo a la funcionaria que me atendió. Le expliqué quién había disparado, le di el nombre, la descripción del Porsche y la matrícula, H-E-V-N-E-R-1. Le di la dirección de Horton Ravine, repitiendo dos veces cada cosa. Me dijo que me quedara allí hasta que llegaran los agentes.

—Claro —dije, y colgué.

Luego llamé a Lonnie.

Cuando por fin me metí en la cama era medianoche. Los inspectores Paglia y Odessa llegaron a casa de los Hevener poco después que Lonnie y por lo menos hicieron como que me compadecían mientras hablábamos de los acontecimientos que habían desembocado en la muerte de Tommy. Me consideraban una testigo, no una sospechosa, lo que sin duda tuvo mucho que ver con el trato que me dispensaron. Lonnie estuvo ojo avizor, a pesar de todo, y protegió mis derechos durante la entrevista cada vez que creyó que se estaban propasando. La inspección del escenario del crimen duró una eternidad: huellas dactilares, dibujos, fotografías; el interminable bucle de mi declaración, que repetía contando hasta los detalles más absurdos. Guardaron y etiquetaron la Davis como prueba. Pasaría un año por lo menos hasta que volviera a verla. A Richard lo detuvieron en menos de una hora, en la 101, camino de Los Ángeles. Cabía la remota posibilidad de que se hubiera llevado las joyas, pero no estaba segura. Lonnie me llevó a casa.

El lunes por la mañana me salté la carrera, y luego el gimnasio. Donde no tenía agujetas tenía cardenales. También estaba deshecha emocionalmente. Fui a la oficina, empecé a dar vueltas y al final encontré plaza para aparcar a unas seis manzanas. Recorrí a pie todo aquel trecho y tomé el ascensor. Cuando entré en el bufete, vi a Jennifer sentada a su mesa, poniéndose la última capa de laca en las uñas.

Por una vez, Ida Ruth y Jill no parecían vigilarla. Las encontré hablando en el pasillo. Al verme, guardaron silencio y me miraron con lástima.

—El café está hecho —dijo Jill—. ¿Quieres que te traiga una taza?

—Sí, muchas gracias.

Entré en el despacho y marqué el número de Fiona. Cuando contestó, intercambiamos la chachara habitual. Supuse que no sabía nada del tiroteo, porque no lo mencionó. O no le importaba. Siempre cabía esta segunda posibilidad, tratándose de ella.

Al fondo oí ruido de metales, sillas arrastrándose y gritos: la bulliciosa prole de Blanche, que pasaban la tarde en casa de la abuelita. Con aquellos suelos de

cemento, el ruido sonaba a pista de patinaje o de autos de choque.

—Usted me dijo que averiguase quién vivía en la casa de Bay Street. Ya tengo la respuesta. Allí viven los padres de Clint Augustine, y el hijo está con ellos...

—Ya le dije que tenían una aventura.

—Bueno, no exactamente.

Jill apareció por la puerta y dejó una taza de café encima del escritorio. Le lancé un beso y pasé a explicarle a Fiona la enfermedad de Clint. Me había informado sobre la dermatomiositis en el *Manual Merck* que tengo en el escritorio de casa. La enfermedad ya era terrible de por sí, y los síntomas de Clint en particular eran graves.

—Sospecho que durante el último año no ha estado en condiciones de tener relaciones sexuales ni de ningún otro tipo —señalé aliviada al hablar de algo que no fuera el tiroteo de la noche anterior.

—Puede que la haya juzgado mal —admitió Fiona a regañadientes.

—Es difícil saberlo —dije, para no hurgar en la herida.

—¿Y el dinero desaparecido?

—La policía lo está investigando, así que ya lo resolverán ellos. No le cobraré el tiempo que dediqué a ese detalle.

Pareció recuperarse de la desilusión.

—Bueno, supongo que aquí finaliza nuestro contrato. Calcule usted lo que le debo y dedúzcalo del saldo del anticipo. No hace falta que me presente ningún informe final. Con esta llamada será suficiente.

—De acuerdo. Esta misma tarde le enviaré un cheque por correo.

Titubeé un momento.

—¿Podría devolverme el dinero en metálico?

—Claro. No hay problema. Se lo llevaré esta tarde.

Estaba sentada a la mesa, limpiando y organizando archivos, cuando entró Jennifer y me alargó un papel.

« Kinsey :

» Perdona lo que te hice, pero no tenía elección. Aquí está la diferencia entre nosotras: básicamente, tú eres honrada y tienes conciencia. Yo no.

» Mariah» .

—¿Dónde estaba esto?

—Encima de mi mesa.

Más muerta que viva, acerqué el teléfono y marqué el 713, prefijo de Texas, y luego el 555-1212, de información. Cuando respondió la operadora, le pedí el

teléfono del sheriff del condado donde estaba Hatchet. Me dio el número y lo anoté. Luego acerqué la carpeta que me había dado Mariah Talbot. Repasé los recortes de prensa hasta que vi el nombre del sheriff que había investigado el asesinato de los Hevener. Marqué el número de Mariah y escuché el mensaje de siempre: «Hola, soy Mariah Talbot. Está usted al habla con las oficinas de Seguros El Guardián en Houston, Texas...». Colgué. Cualquiera podía grabar un mensaje así en un contestador automático. Cualquiera podía encargar un paquete de tarjetas comerciales.

Marqué el número de Texas y pregunté por el sheriff Hollis Cayo. Me identifiqué y dije desde dónde le llamaba.

—He estado dándole vueltas a dos homicidios que investigó usted en 1983. Jared y Brenda Hevener.

—Los recuerdo —dijo—. Eran buenas personas y no merecían aquello. ¿Qué desea exactamente?

—Creo que debo transmitirle cierta información. Tommy Hevener murió anoche. Su hermano le disparó en medio de una discusión.

Se produjo un momento de silencio mientras mi interlocutor asimilaba lo que le había dicho.

—No puedo decir que me sorprenda. Espero que no me dirá ahora que Richard viene hacia Hatchet.

—No, no. La policía lo detuvo y lo encerró en la cárcel de aquí. Por lo que sé, está en bancarrota total, así que seguramente lo defenderá un abogado de oficio. Pero hay algo que quisiera saber. ¿Llegaron a detener a Casey Stonehart?

—No, señora. Se esfumó. Desapareció del mapa poco después de los asesinatos y probablemente lo ayudaron los dos hermanos. Nuestra mejor hipótesis es que murió, pero nunca lo sabremos. Texas es un estado muy grande. Hay muchas hectáreas donde cavar tumbas anónimas.

—Tengo entendido que la hermana de Brenda Hevener y *Seguros El Guardián* querían presentar una demanda. ¿Sabe usted algo de eso?

—Sí, señora. Creo que por estas fechas andan recogiendo información. ¿Por qué le interesa?

—Hace una semana vino una investigadora privada a mi despacho y me gustaría saber si usted la conoce. Se llama Mariah Talbot.

Casi vi su sonrisa cuando respondió.

—Sí, la conocemos. «María la Arpía». Metro setenta y cinco, sesenta y siete kilos, veintiséis años. Ojos azules y pelo prematuramente gris.

—Bueno, me alegra oírle decir eso. Empezaba a creer que se lo había inventado todo. ¿Cuánto hace que trabaja para Seguros El Guardián?

—Yo no he dicho que trabaje ahí. El caso es que Talbot es el nombre del hermano mayor de Casey. Hay otro que se llama Flynn. Y creo que hay otros dos por alguna parte, pero con los que yo trato es con los dos primeros. La

cuestión es que es una familia de impresentables. No hacen más que entrar y salir de la cárcel, son una banda de sociópatas.

Sentí un escalofrío.

—¿Y qué tiene que ver Mariah con ellos?

—La mujer de que usted habla es Mariah Stonehart, hermana de Casey. La única mujer de la familia.

—Ah —dije.

Cuando colgué, apoyé la cabecita en la superficie de la mesa. Supongo que debería haberlo sabido, pero ya no había ninguna duda: aquella mujer era astuta.

A las diez y media fui a los juzgados municipales a hacer una comprobación para Tina Bart. Sería un consuelo enfrascarse en los interminables trámites de la burocracia cotidiana, donde las probabilidades de violencia y traición eran mínimas. Además, sentía una curiosidad auténtica por las operaciones comerciales de Glazer, sobre todo por su conexión con Servicios Administrativos Genesis. El investigador de Prevención del Delito probablemente le seguía y la pista a las tres empresas más grandes que había oído mencionar: Millennium Health Care, Silver Age y Endeavor Group. No sé por qué, pero tenía la sensación de que las cosas estaban empezando a ponerse feas para Joel Glazer y su socio, Harvey Broadus.

Empecé por la Oficina del Asesor, que estaba en el edificio de la Administración del Condado, y allí repasé los impuestos pagados por Pacific Meadows. Como era de esperar, Glazer y Broadus figuraban como propietarios. Busqué otras propiedades que fueran nominalmente suyas e hice una lista. Salí de la Oficina del Asesor y me dirigí al Registro del Condado. Los archivos estaban ordenados allí por Vendedores y Compradores. Pasé una hora revisando ventas de propiedades, escrituras de otorgamiento, escrituras de fideicomiso, gravámenes fiscales, cesiones de derechos y restituciones. Tina Bart tenía razón. El edificio y el suelo de Pacific Meadows habían cambiado de manos tres veces en los últimos diez años, y cada venta había comportado un aumento sustancial del precio. La finca se había vendido a Maureen Peabody en 1970 por 485.000 dólares. Esta la había vendido a Endeavor Group en 1974 por 775.000 dólares. En 1976 se vendió a Silver Age por 1.500.000 dólares; y, finalmente, en 1980, la adquirió la compañía de Glazer y Broadus, Century Comprehensive, por la friolera de tres millones. Por los impuestos devengados por la operación de compraventa, vi que el valor catastral de la propiedad era de 2.700.000 dólares.

Crucé la calle, entré en la biblioteca pública y me puse a buscar el nombre de Maureen Peabody en los directorios municipales. Entre el directorio y el «listado», descubrí que era la viuda de un hombre llamado Sanford Peabody, quien había trabajado en el City Bank de Santa Teresa desde 1952 hasta que murió, en primavera de 1976. Era muy probable que Maureen comprara el geriátrico con el dinero que había heredado.

Tuve un presentimiento y volví a los juzgados para comprobar los matrimonios celebrados entre 1976 y 1977. Descubrí que en febrero de 1977 se había expedido una licencia de matrimonio a nombre de Maureen Peabody y Fredrick Glazer, el segundo matrimonio para ambos. Ella tenía cincuenta y siete años y él sesenta y dos. No hacía falta mucha imaginación para comprender que Maureen era la madrastra de Joel Glazer. Podía apostar a que el nombre de Maureen volvería a aparecer entre los ejecutivos de Endeavor y Silver Age. La única cuestión pendiente era quién poseía Genesis, la compañía gestora de Pacific Meadows. La compañía figuraba con otras entre las solicitudes de inscripción de una razón social inexistente. La propietaria oficial era Dana Jaffe, en representación de Servicios Administrativos Genesis. La dirección postal estaba en Santa María. Como domicilio privado había puesto la casa de Perdido, la misma en la que vivía cuando estuve buscando a Wendell Jaffe. Era muy probable que Joel la hubiese convencido de que firmara la representación antes de casarse. Puede que Dana entendiera el significado o que no lo entendiera. En la superficie, Genesis era totalmente independiente de Pacific Meadows. En el fondo, Joel Glazer controlaba ambas, lo que lo situaba en la posición ideal para cosechar los beneficios de toda la facturación fraudulenta que se presentaba a la Seguridad Social. Por suerte no iba a estar cerca cuando Dana descubriese que se había casado con otro sinvergüenza. Se había enfadado conmigo cuando había metido a su hijo en la cárcel. La que iba a armar cuando tuviera que renunciar al tren de vida que llevaba en Horton Ravine.

Salí a la luz de la calle, parpadeando como si hubiera estado en un cine. Miré el reloj. Era cerca de mediodía y sentía curiosidad por saber cómo iba la investigación policial. Deduje las dos horas extra que me había concedido Fiona. Luego fui al banco y saqué los novecientos setenta y cinco dólares que le debía. Cruzé Anaconda y fui andando por Floresta hasta la sandwichería Arcade. La ventana de pedidos para llevar estaba abierta, pero no parecía que tuviera mucho trabajo. Las mesas y los bancos estaban aún demasiado húmedos para que los utilizara nadie. Al pasar por delante del escaparate vi a Odessa sentado solo ante una mesa de mármol; era el único cliente del local, a pesar de que la cafetería de enfrente estaba abarrotada. Lo saludé con la mano y entré. Me senté en la silla de varillas dobladas que había al otro lado de la mesa.

—¿Qué tal?—dijo.

—He estado peor. Pensaba que hoy te llevarías la comida al despacho.

—Demasiado deprimente. Necesito luz. Los fluorescentes me dan ganas de suicidarme.

Se estaba comiendo otra hamburguesa que le habían puesto con algunas patatas fritas en una caja roja de plástico.

—Al menos comes a gusto.

Sonrió. El aire húmedo le había encrespado el ya rebelde pelo negro.

Cualquier mujer en su situación se desesperaría probando lacas, geles, espumas y productos contra los rizos. Paglia lo había hecho bien: se había afeitado el cráneo. Odessa señaló las patatas, invitándome a robarle alguna.

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Vengo de fisgar en el registro de la propiedad. Parece que los socios del doctor Purcell han estado defraudando a la Seguridad Social y quieren echarle la culpa a él.

—¿Estás hablando de Glazer?

—Y de Harvey Broadus. Purcell lo descubrió y concertó una cita con el FBI. Nadie sabe lo lejos que estarían dispuestos a llegar para que tuviera la boca cerrada. ¿Qué ha dicho el forense?

—Encontró restos de pólvora en la sien derecha. No había mucha cantidad para analizar, pero dice que la herida tiene más aspecto de haberse producido con semicontacto que con contacto. Significa que la pistola estaba a cierta distancia y no apretada contra la piel. Purcell habría podido hacerlo si su brazo hubiera medido veinte centímetros más. Volvieron a registrar la zona del pantano, pero hasta ahora no han encontrado la bala. Creo que van a ampliar el radio de búsqueda. Es posible que le dispararan en otra parte y después llevaran el coche allí.

—Eso sería muy complicado, ¿no? ¿Con él sentado al volante?

—Tampoco eso le encajaba a Jonah. Ya lo conoces. No deja de pensar en la manta que llevaba Purcell en las rodillas, la verde claro de moaré. Preguntó a Crystal y le dijo que se la había regalado ella. Hace un año le dio una especie de botiquín para urgencias en carretera, por si le pasaba algo: comida, linterna, botella de agua, material de primeros auxilios... Lo llevaba en el maletero del coche. La manta era parte del conjunto. Jonah cree que el asesino se la puso encima y se sentó en las piernas del muerto para conducir el coche hasta el lugar donde lo encontramos. Habría utilizado la manta para no mancharse de sangre.

—Vaya, qué sangre fría. ¿Y el moaré no habría dejado pelos en los pantalones del asesino?

—Claro. Y restos de sangre también, pero ha tenido tiempo de sobra para deshacerse de los indicios.

Tomé una patata frita, la mojé en salsa de tomate y volví a dejarla en la caja.

—Hablé con Crystal anoche. Encontró el pasaporte de Dow en el bolsillo de un abrigo que llevó en el último viaje que hicieron. ¿Y Paulie? ¿Cuál es su historia?

—Jonah me hizo investigarla después de hablar contigo. La primera vez que la detuvieron tenía trece años; su abuela creyó que le habían robado el coche y llamó a la policía, pero resultó que se lo había llevado Paulie. También ha estado detenida por merodeo y por daños intencionados. Es una muchacha con demasiado tiempo libre y poca vigilancia.

—Ella y Leila juntas, problema seguro.

—La investigación no ha terminado. Hemos enviado a un agente a la escuela para comprobar si los días en que estaba fuera del pensionado coinciden con las fechas de los reintegros efectuados por el cajero automático. Si esas chicas pasan el fin de semana en un sitio que no sea su casa, necesitan el permiso de un progenitor o del tutor, además de la autorización de la persona a la que quieren visitar. Por lo visto, siempre se las ha apañado para jugar a dos bandas. No es fácil. La dirección de la escuela ha visto todos los trucos del mundo, pero es una chica lista. Hemos confiscado los extractos bancarios y los archivos del servicio de correos donde está el apartado postal. El fiscal del distrito y el asistente social están hablando con el juez en este preciso momento. Esperamos tenerlo resuelto esta tarde.

—Hay algo más. El otro día pasé por la casa de Horton Ravine. Leila había salido de la escuela sin permiso. Crystal estaba histérica y me autorizó para registrar su cuarto. Tiene una cajita de metal escondida debajo del colchón. Probablemente sea droga, pero también podría estar allí el dinero desaparecido. Quizá Paulie y ella planearan escaparse. No sería mala idea no perderlas de vista.

—Descuida —dijo.

Volví al despacho a la una y cuarto. La lluvia empezaba a caer otra vez y ya me tenía harta. Desde el asesinato de Tommy, con el despliegue de adrenalina que había propiciado, se había apoderado de mí una extraña depresión. La conversación con Odessa había precipitado la caída irremediable. Envié a los tres, a Jonah Robb, a Odessa y a Jim Paglia. Purcell había sido asesinado y, aunque podían tardar en averiguar quién lo mató, seguían trabajando en ello.

Me senté al escritorio y me quedé mirando las hojas del ficus artificial. Visto desde el centro de la habitación, el polvo acumulado parecía talco. Un día de aquellos limpiaría a fondo. Giré el sillón y empuñé un bolígrafo. Dibujé una caja en el secante.

Pasé el resto de la tarde haciendo las faenas que había venido posponiendo durante la semana anterior. Mecanografié la información que había descubierto sobre *Genesis* e hice fotocopias de las facturas de Klotilde, adjuntando una parte razonable de su historial. Esperaba que nadie me preguntara cómo había obtenido aquella información. Mientras hacía fotocopias de los originales y veía la luz pasar por la pantalla, me puse a pensar en la petición de Fiona. ¿Por qué querría que le abonara los novecientos setenta y cinco dólares en metálico? Seguro que había una explicación muy sencilla. No creía que temiera en serio que fuese a darle un cheque sin fondos, así que tenía que ser otra cosa. No se me iba de la cabeza la imagen de su casa de la ladera. Recordé las telas y andamios que

parecían constituir el decorado permanente del vestíbulo.

También le daba vueltas a la manta de moaré verde que Crystal había regalado a Dow, y a la posibilidad de que el asesino se hubiera sentado en sus rodillas después de apretar el gatillo. Yo no habría querido ir muy lejos. Desde luego, no me habría metido por caminos públicos, para evitar que un transeúnte u otro conductor mirasen en el momento más inoportuno y me vieran en brazos de un muerto. Si yo fuera el asesino, habría pensado en el pantano, en lo genial que sería que el muerto y el coche desaparecieran a la vez. Jonah había partido de la base de que el asesino había cometido un error al calcular mal la posición de la roca que había impedido que el coche se hundiera por completo. Pero ¿y si era al revés? ¿Y si el asesino había querido que encontraran el coche? Si la muerte de Dow tenía que parecer un suicidio, el error accidental podía no ser tal error. El asesino sabía que la roca estaba allí y había creído que el coche sería visible cuando se hiciese de día. Pero el vehículo se desvió ligeramente y se hundió tanto que quedó oculto.

Hasta última hora de la tarde no abrí el cajón inferior del escritorio para sacar el listín telefónico y buscar en las páginas amarillas la sección de pintores. Habría unos cien, columna tras columna, unos con anuncios enmarcados, otros con eslóganes graciosos: SI USTED NO PINTA NADA EN SU CASA, LLÁMENOS Y LE PINTAREMOS MONAS; CHARLIE MONAS E HIJOS, PINTORES. Imaginé por un momento a la familia Monas sentada a la mesa de la cocina, proponiendo ocurrencias y comparando ideas a fin de aprovechar al máximo el presupuesto para publicidad.

Empecé por la A y recorrí nombres con el dedo hasta que tropecé con uno que recordaba haber visto en los rótulos que había ante la casa de Fiona. Ocupaba un renglón. RALPH TRIPLET, COLGATE. Sin señas. Anoté el teléfono. Fiona tenía la pinta de ser de las que contrataban a trabajadores independientes, demasiado necesitados de trabajo para discutir con ella. Se había saltado todos los vistosos anuncios de media página y página entera.

Marqué el número de Ralph Triplet. Tenía que inventar una excusa, pero no se me ocurría ninguna.

Respondieron al primer timbrazo.

—Pinturas Ralph Triplet.

—Muy buenas, señor Triplet —dije—. Me llamo Kinsey Millhone. Acabo de hacer un trabajo para Fiona Purcell, del Camino del Pantano Viejo...

—Espero que haya cobrado.

—Por eso le llamo. ¿Tarda mucho en pagar, quizá?

—Más bien es que no paga. ¿Ha visto su casa? Blanco por todas partes. Cualquiera pensaría que es fácil, pero hemos probado ya seis matices distintos: hielo, alabastro, cáscara de huevo, ostra... No encuentra nada que le vaya bien. Cuando llevo pintada media pared, quiere otro color. Demasiado verde, dice. O

que le quite rosa. Y a todo esto hace semanas que no me paga. El arquitecto ha solicitado que se le embargue la finca y yo ya la amenazo con hacer lo mismo. Al final fui a comprobar su crédito. Tendría que haberlo hecho al principio, pero ¿cómo iba a saberlo? Le gusta aparentar, pero el caso es que está utilizando una tarjeta de crédito para saldar las deudas de la otra. ¿Cómo dice usted que se llama?

—No importa —dije, y colgué.

Saqué las fichas sujetas con la goma elástica. Esta vez no escribí nada. Las removí una y otra vez, fijándome en la información que había recogido la semana anterior, sobre todo en los detalles del último día de Dow. La señora Stegler me había hecho de pasada un comentario que en aquellos momentos, a la luz de todo lo que había averiguado desde entonces, me llamó la atención. Dijo que Fiona había pasado por allí mientras Dow estaba fuera comiendo. Lo había esperado en su despacho y finalmente se había ido, dejándole una nota. Yo había estado sentada en aquel despacho y sabía lo fácil que le habría resultado abrir el cajón y sacar la pistola.

Mientras subía por el Camino del Pantano Viejo entre la creciente oscuridad, me sentía como en un estado de animación suspendida. Mi único síntoma de agitación era que tomaba las curvas demasiado aprisa para las condiciones de la húmeda carretera. Tenía una idea, una intuición que verificar antes de llamar a Jonah Robb. Doblé a la izquierda por el camino que se desviaba junto a la finca y me detuve en el aparcamiento de detrás de la casa.

Fui a la puerta principal y llamé al timbre. Tardó lo suyo en responder. Me quedé mirando el lago Brunswick; bajo aquella débil luz, la superficie parecía tan plateada como si fuera de mercurio. Habían transcurrido once días desde la primera vez que había llegado a aquel sitio y me había puesto a contemplar el mismo paisaje. La empinada pendiente era ya un lugar de ensueño poblado de arbustos que llegaban a la rodilla: cardos, avena silvestre y centeno abatidos por el viento. Si seguía lloviendo, la ya reblandecida ladera se hundiría hasta sepultar la calzada.

Se abrió la puerta. Pese a hacer de niñera de sus nietos, Fiona llevaba un traje negro de lana con grandes hombreras y frunces en la cintura. Las solapas y los puños de la chaqueta eran de falsa piel de leopardo. Llevaba el cabello oculto por un turbante que también imitaba la piel de leopardo. No conseguía parecerse a Gloria Swanson. Le di el sobre.

—He incluido una factura para su contabilidad. Espero que no le importe firmar un recibo por el dinero.

—Claro que no. ¿No quiere pasar?

Entré en el vestíbulo. Había un triciclo en el pasillo y el suelo estaba cubierto

con los mismos objetos infantiles que había visto en casa de Blanche: juegos de construcciones, piezas de plástico, un calcetín, galletas partidas, pinturas. Los niños habían construido una gigantesca tienda de campaña con las telas y lienzos del pintor, que ahora cubrían todas las sillas de la sala. Los vi dar saltos, emitiendo las risas chillonas y artificiales que preludian una terrible y encarnizada batalla.

Fiona me firmó el recibo. Se había pintado las uñas de rojo oscuro, y también los labios. Tenía una mancha de carmín en los incisivos. El efecto era extraño, como si tuviera gingivitis. Arranqué la copia del recibo y se la di.

—¿Qué tal está Blanche? —pregunté.

—Muy bien. Al menos esta tarde tendrá paz y tranquilidad. Andrew pasará a recoger a los niños después de cenar..., en el caso de que estemos vivos todavía.

—¿Puedo usar su cuarto de baño?

—Hay uno en la cocina.

—Enseguida vuelvo —dije.

Fiona regresó al salón y se puso a dar órdenes a los nietos para que lo recogieran todo. Me pareció que los niños cooperaban.

Crucé la cocina y abrí la puerta que comunicaba con el garaje de tres plazas. El cielo estaba oscuro y apenas se veía nada en aquel recinto. Había un BMW aparcado en la plaza más cercana, pero las otras dos estaban vacías. Fiona me había dicho que, cuando Dow iba a visitarla, le hacía guardar el coche en el garaje para no dar pie a habladurías. Encendí la luz, pero sirvió de poco.

Saqué la linterna y fui hasta la pared del fondo. Me imaginé sentada en el Mercedes plateado de Dow. Miré a la izquierda y calculé la trayectoria de una bala disparada desde el asiento delantero, que atravesara la cabeza del conductor y la ventanilla y fuera a dar allí. Habría apostado cualquier cosa a que Fiona no se habría molestado en sacar el proyectil de la pared. Tenía a mano pintura blanca de sobra para ocultar cualquier prueba de sus actos. ¿Quién iba a mirar en aquel sitio? La policía y sus detectores de metales estarían rastreando la ladera hasta el camino.

La pared parecía totalmente lisa a la débil luz de la bombilla del techo. Pasé la mano por encima, esperando advertir el ligero bulto del yeso. La pared estaba intacta. Ni una señal. La enfoqué con la linterna en oblicuo, esperando que destacara algún relieve. No había nada. Recorrí todo el perímetro, pero no vi el menor indicio de que a Dow le hubieran disparado allí antes de trasladar el coche. Ni trozos de cristal ni manchas de aceite donde debía de haber estado el Mercedes. Estaba desconcertada, tan frustrada que sentía ganas de llorar. Tenía que ser como yo pensaba. Estaba segurísima.

Se abrió la puerta de la cocina y apareció Fiona. Me miró fijamente.

—Pensé que le había pasado algo.

También yo la miré, con la boca repentinamente seca, mientras buscaba una explicación que justificara mi conducta.

—El inspector Paglia estuvo aquí antes haciendo exactamente lo mismo. Examinó las paredes en busca de una bala incrustada y no encontró ninguna.

—Fiona, lo siento.

—De eso estoy segura. —Guardó silencio unos instantes—. Una pregunta, si me lo permite. Si realmente hubiera matado a Dowan, ¿por qué la habría contratado a usted?

Las mejillas me ardían, pero sabía que tenía que decirle la verdad.

—Pensé que necesitaba que encontrasen el cadáver para cobrar el seguro. Contratándome, quedaba libre de toda sospecha.

Su mirada me traspasó, pero no levantó la voz.

—Es usted una joven muy arrogante. Salga de mi casa.

Y se fue dando un portazo.

Salí del lugar, subí al coche y bajé por la colina, muerta de vergüenza y sin saber dónde meterme. ¿Cómo podía excusarme? Me había equivocado con ella. Me había equivocado con Crystal y Clint Augustine. Me había equivocado con Mariah, que me había tomado el pelo. Al llegar al cruce, giré a la izquierda. Había recorrido una manzana cuando vi una figura conocida que andaba de espaldas por el arcén. Era Paulie, con el pulgar levantado. Tejanos, botas de excursionista y la misma cazadora de cuero negro que le había visto la vez anterior. Cuero de excelente calidad, por cierto. Me pregunté si Leila y ella la habrían comprado con los treinta mil.

Reduje la velocidad y me detuve en el arcén mientras Paulie corría hacia mí. Cuando llegó, abrí la portezuela del copiloto.

—Sube. ¿Vas a ver a Leila?

—Sí. Está en la casa de la playa.

Entró y cerró de un portazo, esparciendo aromas de tabaco y marihuana. Tenía el pelo castaño y liso, y podía haberle brillado si se hubiera acordado de lavárselo. Vi gotas de lluvia prendidas de sus mechones, como si fueran lentejuelas. Tenía un aspecto poco corriente, pero había algo obsesivo en sus ojos grandes y castaños.

—Puedes dejarme en la ciudad —sugirió—. Allí es fácil encontrar quien me lleve.

—No me importa llevarte. Me vendrá bien tomar el aire —dije. Esperé a que no pasara ningún coche y reanudé la marcha—. Tienes suerte de que haya venido por aquí. No suelo moverme por esta zona. ¿Estabas en casa de Lloyd?

—Sí, pero él no estaba y no he encontrado la llave, y no quería esperarle con este frío. ¿No estás harta de esta puta lluvia?

No respondí a aquello.

—¿Sois amigos Lloyd y tú?

—Un poco, por Leila.

—¿Cómo crees que se sentirá cuando Lloyd se vaya a vivir a Las Vegas?

¿Crees que lo echará de menos?

—Una burrada. Se quedó hecha una mierda cuando lo supo.

—¿Ha vuelto a la escuela?

—Hasta el miércoles no. La llevará su madre.

—Bueno, quizá pueda ir a visitar a Lloyd cuando él se haya instalado —dije—.

—¿Cuándo se va? Dijo que dentro de un par de días.

—Más o menos. Quiero que me lleve con él.

—¿Dejarías la ciudad?

—Pues claro. Este sitio es una mierda.

—¿No tienes familia aquí?

—Sólo a mi abuela, y a ella no le importaría. Me deja hacer todo lo que quiero.

La miré.

—¿Has estado alguna vez en Las Vegas?

—Cuando tenía seis años. —Una sonrisa iluminó su cara y su expresión se animó—. Nos alojamos en el Flamingo. Mi hermana y yo nos bañamos en la piscina y comimos tanto cóctel de gambas que vomitó en unos arbustos. Y cuando anochece nos dedicábamos a terminar todas las bebidas que la gente se dejaba en las mesas. ¡Qué fuerte! ¡Hacíamos cada una...! Ni siquiera podíamos andar derechas.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—No la he visto desde entonces, ni a ella ni a mi madre.

Sentí curiosidad, pero ya le había hecho muchas preguntas y no quería que pensara que la estaba interrogando... aunque era lo que estaba haciendo, claro está.

—Yo lo pasaría mal con tanto calor.

—A mí me gusta. Apuesto a que no me molestaría ni siquiera en verano. Me resultaría fácil vivir allí. Qué pasada.

—¿Y el dinero no sería un problema?

—Qué va. Tengo mucho. —Ví que vacilaba, sopesando el patinazo que acababa de dar. Era evidente que había hablado más de la cuenta—. Es probable que encuentre trabajo aparcando coches en cualquiera de los grandes casinos. Algo por lo que den buenas propinas. El tipo que conozco dice que un aparcacoches puede llegar a ganar cien pavos diarios.

—Creía que tenías dieciséis años.

—Todo el mundo dice que parezco mayor. Llevo encima un carnet de conducir falso que dice que tengo dieciocho. Nadie lo comprueba. Mientras aparezcas a la hora de trabajar, ¿a quién le importa? —Yo pensaba que era espabilada, pero sus ideas sobre el funcionamiento del mundo no eran más que fantasías—. ¿Crees que no sé cuidar de mí misma?

—Estoy segura de que sí.

—Me las arreglo bien sola. Ya me he acostumbrado. Vivo en la calle la mitad del tiempo, así que mejor allí que aquí. Quizá Lloyd consiga una casa y me deje vivir con él.

—¿Crees que eso estaría bien?

Me miró con indignación.

—No me lo estoy *follando*. Sólo es un amigo.

—¿Qué hará Leila si te vas? Creía que erais inseparables.

Lo que en realidad estaba pensando era lo fácil que le resultaría a Lloyd meter a las chicas en el coche antes de salir de California. No creía que Paulie quisiera irse sin Leila. La miré y vi que forcejeaba con la respuesta.

—Es su problema. Ya se las arreglará.

Llegamos a casa de Crystal. Me detuve en el aparcamiento y Paulie bajó del coche. No creía que Crystal se alegrara de verla, aunque probablemente se comportaría con educación. Supuse que Leila y Paulie, inseparables como eran, acabarían en la cárcel en las próximas horas. Lástima de Las Vegas y su fabulosa carrera como aparcacoches.

Dejé el motor encendido y esperé a que Paulie llamara al timbre. Vi que en la casa de al lado, sobre el rótulo de SE VENDE, habían cruzado una pegatina que decía VENDIDA. Crystal abrió la puerta. Si le molestó ver a Paulie, no lo manifestó; quizá fuera más fácil tratar con Leila cuando Paulie estaba presente. Vio mi coche y me saludó con la mano. Le devolví el saludo y di marcha atrás, iluminando con los faros el garaje descubierto, donde estaban el Volvo y el descapotable. La plaza de la izquierda estaba vacía y supuse que sería donde aparcaba Dow. Sentí un escalofrío. Doblé por Paloma Lane, recorrí media manzana y me detuve en el arcén. Bajé y volví a la casa. Al pisar el camino del aparcamiento oí crujir la grava, como si masticaran hielo.

Crystal había cerrado la puerta y todo estaba a oscuras. Olía el océano y oía el batir de las olas. El silencio era como un bálsamo que flotara en el inmóvil aire nocturno. La lluvia había dejado tras de sí un fuerte olor a algas marinas, a ramas de pino y a soledad. Hasta la oscuridad poseía un olor propio. «Atrévete a ser idiota», me dije. «De todas formas, hay gente que cree que lo eres, de modo que la cosa tiene poca importancia».

Tal como había hecho en casa de Fiona, visualicé el Mercedes en la posición en que habría estado si Dow lo hubiera aparcado allí aquella noche y me acerqué al punto que habría coincidido con el asiento delantero. Quizá Crystal le había prometido una orgía y se la había explicado con detalles tan apetitosos que Dow había dado plantón a Fiona para irse con su mujer. Seguramente se la imaginó saliendo a recibirlo con un camión sugestivo, o cualquier otra cosa transparente, de un tejido tan suave y sedoso que la brisa del mar lo levantaría. Crystal sabía utilizar su cuerpo. Podía tener ya en casa el Colt Python 357. Había dicho a la policía que Dow lo guardaba en su despacho del geriátrico o en la guantera del

coche. Ella tenía acceso a los dos sitios, gracias sobre todo a las visitas de Griffith al geriátrico. Aunque hubiese aparecido con chándal y zapatillas de deporte, le habría bastado con abrir la puerta del coche y matarlo con la suavidad de un beso. Llevar el cadáver al pantano fue un bonito detalle para despistar y, al parecer, el riesgo de que la vieran en la autopista tuvo menos peso que la posibilidad de complicar a Fiona. Dada la cantidad de dinero que Fiona iba a cobrar, era inevitable creer que sería la primera sospechosa para la policía.

Miré a la izquierda y calculé la trayectoria de una bala disparada en aquella dirección. Al fin y al cabo, si le habían disparado desde el otro asiento y la bala había atravesado la cabeza del buen doctor, dicha bala, después de romper la ventanilla, había tenido que empotrarse en la pared de madera de la casa contigua, que estaba a tres metros.

Anduve por la desigual franja de hierba que se extendía entre el garaje descubierto y la casa de al lado. Puede que antaño hubiera sido un garaje independiente y que lo hubieran adosado posteriormente a la casa como ala de invitados o sala de recreo. Saqué la linterna y la encendí. Aparté los arbustos y barrí con la luz las tablas mal cortadas. El agujero era grande, y tan negro como una telaraña rinconera.

Volví sobre mis pasos y me dirigí a la puerta principal de la casa de Crystal. Pulsé el timbre. Abrió enseguida y como preparada para recibir a un pedigüeño o a un vendedor.

—Ah, no esperaba que fueras tú —dijo—. ¿Qué pasa?

—¿Me dejas llamar por teléfono?

Pareció desconcertada, pero retrocedió un paso y me dejó entrar. Iba descalza, con chándal y con el cabello recogido en lo alto de la cabeza. Miró al exterior.

—¿Y tu coche?

—En el camino. El motor se caló y necesito otro medio de transporte para volver a casa.

—Puedo llevarte yo —propuso—. Espera un momento, que voy por las llaves.

—No, no, por favor. No quiero molestarte. Tengo un buen amigo que vive cerca y es un mecánico experto. Le pediré que eche un vistazo. Quizá pueda arreglarlo ahora mismo.

—Bueno, si no resulta, ya te llevaré yo.

Se oía música a todo volumen en el primer piso. Imaginé a Paulie y a Leila planeando la fuga. Esperaba que la policía se presentase antes de que desaparecieran realmente. No sabía dónde estaba Rand. Quizás en el cuarto de baño, preparando a Griffith para llevarlo a la cama.

Me acompañó al estudio y se quedó en el umbral mientras me sentaba ante el escritorio. Esbocé una sonrisa y dije, con la esperanza de que se fuera:

—No tardaré ni un minuto.

Descolgué y marqué el número de la casa de Jonah. Si contestaba Camilla, la jodíamos. Solía dejar el auricular en la mesa y no decía a Jonah que lo llamaban. Alguien se puso al habla.

—Jonah Robb. ¿Diga?

—Ah, hola. Soy yo.

—¿Kinsey?

Parecía confuso y seguramente lo estaba.

—Sí, soy yo —confirmé.

—¿Qué pasa?

—Estoy en casa de Crystal, la de la playa. Tengo un pequeño problema y me gustaría que vinieras a echar un vistazo.

—Muy bien —dijo con cautela—. Allá voy. ¿De qué se trata?

—No te preocupes. Puedo esperar. ¿Te viene bien? También puedo llamar a Vince.

—Bueno, estoy en mitad de un asunto. ¿Es importante?

—Mucho. ¿Tienes la dirección?

—Conozco la casa. ¿Estás en algún apuro?

—Todavía no, pero podría ser. Hasta ahora, y gracias.

Colgué y, cuando levanté los ojos, Anica estaba con Crystal en la puerta. Las dos muy juntas, Crystal delante, Anica un poco detrás. Anica había apoyado la mano en el brazo de Crystal, y de repente entendí lo que había tenido delante durante todo el tiempo.

—¿Hay algún problema? —preguntó Anica.

—En realidad, no. Estoy esperando a un amigo para que me eche una mano. No sé qué le pasa a mi coche. Llegará enseguida.

—Ah, bueno. ¿Quieres tomar con nosotras una copa de Chardonnay mientras esperas?

—Pues sí.

Las seguí a la terraza. Y allí nos quedamos, sentadas en la oscuridad, las tres solas, bebiendo vino y charlando, escuchando el batir de las olas, hasta que llegó Jonah.



SUE TAYLOR GRAFTON, nacida en Louisville, Kentucky, el 24 de abril de 1940, es una escritora estadounidense autora de novelas detectivescas. Hija del novelista C. W. Grafton, se graduó en la Universidad de Louisville, donde obtuvo su título en Literatura inglesa. Además de sus libros, ha escrito para la televisión y para el cine, algunas de estas obras en colaboración con su marido desde hace más de veinte años, Steven Humphrey.

En 1982, tras trabajar como guionista de televisión en Hollywood, creo el personaje de la investigadora privada Kinsey Millhone, una especie de alter ego, para desquitarse de los disgustos del divorcio por el que estaba pasando, y dio comienzo a su magnífico *Alfabeto del Crimen*, ambientado en la ficticia ciudad de Santa Teresa en California.

Entre los premios recibidos por la escritora encontramos el Mysterious Stranger Award (1983), el Shamus Award (1986) y el Anthony Award (1987). En 2004, Grafton recibió el Premio Literario Ross Macdonald, dado a «una escritora californiana cuya obra supera el estándar de la excelencia literaria». En 2008 Grafton recibió el Cartier Dagger otorgado por la British Crime Writers' Association, y en 2009 el Grand Master Award entregado por Mystery Writers of America.